

MELANIA G. MAZZUCCO

Estoy contigo



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

D.J.57

Índice

Portada

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Veinte

Post scriptum

Fuentes de las citas

Créditos

Tú no temas, porque estoy contigo.

Isaías, 41:10

Una tarde de noviembre estamos sentadas una frente a la otra. Nos separa únicamente una austera mesa de madera que ha perdido todo brillo desde tiempo inmemorial. La rodean una docena de sillas vacías: en este local se suelen escuchar confesiones o se mantienen conversaciones. Cae una lluvia malévola y cansada, y la humedad agrava el frío, pero detrás de la puerta la calefacción está encendida y caldea un poco la habitación. La luz, que cae desde una lámpara polvorienta, es débil, y el niño –echado en el sofá, con la chaqueta del chándal doblada bajo la cabeza a modo de almohada– se ha adormecido. Sobre la mesa hay una botella de agua mineral, el recipiente vacío de un zumo de frutas y un paquete de galletas. Los he comprado en el supermercado de la esquina. Esta vez me he acordado de que ella siempre tiene sed y el niño hambre, y no he cometido el error de presentarme con las manos vacías. La semana pasada me sentí mal. Hay también una pequeña agenda de anillas: para cada día, una página con catorce líneas y amplios espacios en blanco. Es del año pasado y la utilizo como cuaderno.

Pero está cerrada, porque aún no he empezado a tomar notas delante de ella. No tengo grabadora ni cámara de vídeo. Por otro lado, tampoco es que esté haciéndole una entrevista. Nos conocemos desde hace unos meses. No quiero intimidarla ni forzarla a asumir un papel. Es lo que hizo, de manera instintiva, la primera vez que nos reunimos. Aún no sé si voy a ser capaz de escribir su historia. Pero estoy segura de que, si puedo hacerlo, será únicamente porque habrá sido ella misma conmigo, y también yo con ella. Solo entonces yo podré ser ella y seré capaz de encontrar las palabras.

Nuestras conversaciones parecen divagaciones que no llegan a ninguna parte. Avanzamos a saltos repentinos, asociaciones deshilvanadas, de un tema a otro. Las exquisiteces que no pueden faltar en un banquete nupcial, los ritos fúnebres, el sistema educativo de su país, la música, la política. Hablamos en francés, para que se sienta más libre. Hablamos también de lo que le pasó. Pero con delicadeza. Le dije que no íbamos a empezar por el principio. Lo que tuvo que soportar en África ya me lo contará más adelante, si le apetece. Si confía en mí. Esa tarde me está contando por tercera vez su llegada a Roma. Y, de repente, se interrumpe y me pregunta: ¿Los habitantes de Roma son los romanos?

Pues sí, respondo, sorprendida, aunque en Roma también vive mucha gente que no es romana. Me han dicho algo horrible, dice, repentinamente rabiosa. Tienes que decirme la verdad. Es decir, si es verdad. Se trata de lo siguiente: los romanos mataron a Jesucristo.

Me quedo atónita un instante. Me parece extraño, paradójico, que sea ella la que me pida explicaciones sobre la historia de Jesús. Es profundamente católica, estudió en las monjas, hizo la comunión y recibió la confirmación, va a la iglesia todos los domingos y no ha dejado de hacerlo ni siquiera el tiempo en que estuvo fuera de sí. Solo posee un libro, la Biblia, y lo lee siempre. Se sabe de memoria páginas enteras, versículo a versículo. Pero su pregunta revela una angustia tan auténtica que no puedo evitarla. Me aventuro en el relato. El quinto prefecto romano de Judea, Poncio Pilatos. Los guardias del Templo de Jerusalén, que arrestan a Jesús en Getsemaní y lo llevan encadenado al palacio del sumo sacerdote, donde es maltratado e interrogado durante toda la noche, y luego, por la mañana, es conducido al palacio del pretor, porque Judea es una provincia romana y solo el gobernador romano tiene el poder para condenar a muerte. El diálogo entre Poncio Pilatos y Jesucristo, y la última pregunta del prefecto: ¿Qué es la verdad? A la cual Jesús no responde. El pueblo que invoca el nombre de Barrabás. Y luego, sí, los soldados romanos que flagelan a Jesús, lo cubren de escupitajos, lo arrastran hasta el Gólgota y lo izan a la cruz. No es un castigo excepcional, me veo en la obligación de especificar. Lo hacen con todos los criminales extranjeros, los rebeldes y los enemigos de César.

¿De verdad hicisteis eso?, me pregunta. Como si el delito se hubiera cometido la víspera y los asesinos impunes estuvieran vivos y, tal vez, entre nosotros. Los casi dos mil años transcurridos desde ese día ya no significan nada. Pero no porque no recuerde la fecha o porque se confunda. Porque el pasado no cuenta. El tiempo para ella solo existe en el presente. Yo soy romana. Por tanto, yo he matado a Jesucristo.

Las cosas han cambiado bastante desde entonces, intento explicarle sonriendo. Y casi como en broma intento justificarlos. Los romanos no sabían quién era Jesús. No creían en su Dios. ¿No? Peor aún. ¿En qué creían? En los dioses. El dios del mar, de la guerra, la diosa del amor... Pero para entonces muchos ya ni siquiera creían en estos y sentían curiosidad por los dioses de otros pueblos. Mueve la cabeza, en señal de desaprobación, y se calla. Me gustaría volver al punto en que nos habíamos quedado, pero ella insiste. Me doy cuenta, un poco tarde, de que se trata de una cuestión muy seria. Como si la culpabilidad de los

romanos, y por tanto la mía también, pudiera truncar de raíz nuestra joven amistad.

Profundizo. La crucifixión de Espartaco, el jefe de la rebelión de los esclavos, el Imperio romano, la inquietud de Palestina, Tiberio, Jerusalén, los judíos zelotes, los fariseos, los saduceos... El gobernador de Judea y la costumbre de que él mismo liberara, para la fiesta de la Pascua, a un condenado, elegido por la multitud; Pilatos, quien, por miedo a provocar un tumulto, acepta el veredicto de la muchedumbre. Ella ni siquiera me escucha. Y repite: *C'est grave, c'est grave*. ¿De verdad hicisteis eso?

Sí, admito, al final. No lo salvamos, aunque pensábamos que era inocente. Nos lavamos las manos.

Ella asiente, aliviada, y retoma su relato.

UNO

Bajo cualquier forma que se presente, y sea cual sea su causa, el exilio, en sus comienzos, es una escuela de vértigo.

E. CIORAN, *La tentación de existir*

Ella camina. A decir verdad, no es el verbo apropiado. Para ponerse en camino es necesario tener una dirección, y ella no la tiene. Ella pasa. Tropezando, inestable sobre sus piernas y sus pies doloridos, entumecida, casi doblada sobre sí misma, choca con cuerpos, golpea contra hombros, brazos, espaldas, tropieza con maletas, bolsas, zapatos. Quizá alguien la impreca o la empuja a su vez, pero ella no presta atención y, de todas formas, no le importa. Ella pasa. No tiene que ir a ninguna parte. No tiene ninguna cita. Nadie la espera.

El 26 de enero de 2013, a las cinco de la tarde, las estaciones de observación meteorológica de la ciudad de Roma registran una temperatura de cinco grados, pero el sol se ha puesto hace ya media hora y el termómetro está bajando. Sopla un viento del norte moderado, que limpia el aire y barre las calles, formando remolinos con bolsas de plástico, hojas y papeles. Ella pasa. Si se detiene, se congela. Viste unos tejanos oscuros y una chaqueta negra. No bastan para protegerla del invierno. Lleva una gorra de piel en la cabeza, pero no tiene guantes. Tiembla, siente escalofríos y le castañetean los dientes. Nota punzadas en los dedos de las manos, las yemas están ya insensibles. En las mejillas, el frío le hiela las lágrimas.

Casi sin interrupción, los altavoces de la estación de Termini difunden en italiano y en inglés informaciones sobre las partidas y sobre los retrasos de los trenes. El volumen de tales anuncios es alto, pero también el ruido de la multitud; el fragor de los convoyes que parten o que llegan, el retumbar de los motores que sube desde las calles cercanas, inundadas de tráfico, y el ruido de fondo de la estación transforman esas voces automáticas en una letanía sin sentido, molesta, casi alarmante. A lo largo de los andenes de Termini circula sin tregua la acostumbrada muchedumbre de pasajeros, carteristas e inadaptados, los empleados de la limpieza maniobran con los cubos y los sacos de basura,

vociferando, los encargados conducen los carritos refrigerados hacia los coches restaurante, los ferroviarios uniformados se encuentran, se saludan, fuman el último cigarrillo antes de volver al servicio. Ella llora y pasa.

El estanco, el quiosco de prensa, las cafeterías exponen porciones de pizza, bocadillos, revistas, horóscopos, artilugios y botellas de agua mineral. El lado izquierdo de la estación, paralelo a la calle Marsala, está en silencio. El rótulo de la farmacia proyecta una cruz verde sobre la acera desierta. Dentro, entre las estanterías, no se ve ni una sombra. La puerta acristalada de la sala para viajeros está cerrada, a estas horas de la tarde de sábado, el resto de oficinas están vacías. Donde termina la marquesina, brilla el andén en la oscuridad. Los trenes regionales salen desde las vías situadas al fondo, pero por la tarde se van espaciando y, ahora, en esa dirección se encaminan furtivos sobre todo los espectrales habitantes de las casetas en desuso y de los vagones destartalados que se encuentran diseminados en tierra de nadie, tras el amasijo del cruce de vías. La atrae el resplandor de luces del lado opuesto de la estación, el que corre paralelo a la calle Giolitti. Por allí pasan los turistas en busca del tren para el aeropuerto, y tal vez por eso ha sido transformado en una zona comercial, a la que dan el restaurante, un gran almacén, las perfumerías y las tiendas de regalos. Ella pasa.

Parece una calle, ancha como la avenida de una ciudad, que incluye el paso cubierto que separa la zona de los andenes del vestíbulo y une las calles Marsala y Giolitti. De un lado y del otro, cafeterías, bocadillerías, tiendas de degustación y restaurantes con llamativos rótulos de neón, cubículos y negocios donde se venden bolsos, galletas, teléfonos móviles, chocolate, medias, perfumes. En los escaparates de las tiendas de ropa, los maniqués lucen abrigos, plumones y pantalones de lana; en los expositores, jerséis y bufandas variopintas. Ella pasa.

En el inmenso vestíbulo, sobre el tablero suspendido a tres metros de altura, destellan rojos números digitales de dos cifras, precedidos por una letra. Delante de las taquillas, la cola de los pasajeros, apenas una treintena, va evolucionando en orden entre los pasillos delimitados por las cintas. La última semana de enero marca el pico negativo de las presencias en la ciudad. Dentro de poco más de cincuenta horas empezarán los llamados días del mirlo: esas tres jornadas consideradas el periodo menos atractivo para visitar Roma. El único en el que se puede apostar que hará frío: el viento sopla casi siempre de tramontana, los días son oscuros y breves. Quien puede esperar, pospone su viaje. Ella pasa.

Los escasos turistas se zambullen por las escaleras mecánicas hacia la planta

inferior de la estación, siguiendo las flechas que señalan las entradas del metro, o bien salen a la plazoleta. Allí son asaltados por varones mal afeitados y descuidados de mediana edad que les soplan al oído la palabra «taxi». La sospechosa maniobra y sus miradas rapaces denuncian claramente el engaño, pero hay quien pica y sigue a través del aparcamiento y las vallas de unas obras a los falsos taxistas, quienes, tras haberse apoderado de las maletas, las cargan sobre coches destrozados por los años, que más tarde descubrirán que carecen de identificación y de taxímetro. Los confundirán por itinerarios tortuosos e interminables y les robarán por lo menos cien euros antes de dejarlos en su hotel. Los demás vacilan, sospechan, luego niegan con la cabeza y se colocan ordenadamente en la cola bajo la marquesina exterior, en la parada de los taxis oficiales. Ella pasa.

Los coches blancos llegan en oleadas, a intervalos indescifrables y arrítmicos, como el corazón caprichoso de la ciudad. Ahora se condensan igual que un enjambre; luego durante largas pausas no se materializa ni un vehículo siquiera en toda la plaza. A las seis de la tarde ha empezado el partido en el Estadio Olímpico y los taxistas también son aficionados. Quien no espera un taxi se acerca a los bares y los establecimientos situados en la esquina de la calle Manin. Pero para hacerlo tiene que pasar por delante de jóvenes encaramados en los parapetos de mármol de la boca del metro que no muestran una actitud amigable. Desde el recoveco formado por el ángulo de la estación emanan efluvios mefíticos de orina rancia. Ella se sobresalta y se aleja.

A estas alturas, la oscuridad se ha tragado los límites de la plaza. Emergen tan solo los sombreros negros de los pinos, que esparcen sobre el asfalto charcos circulares de sombra. Más al fondo se recortan las murallas oscuras de las ruinas de las termas, iluminadas por la luz roja de un puñado de semáforos que parecen suspendidos en la nada. Ella se detiene y vuelve atrás.

En la fachada principal de la estación, el tejado –una sinuosa ola de cemento armado, petrificada en el acto de romperse sobre la plaza– sobresale del cuerpo del edificio una quincena de metros y protege de las inclemencias la vasta acera que queda por debajo. Las puertas acristaladas se suceden intercaladas con pilares a su vez protegidos por minúsculos tejadillos. Si excluimos las puertas de emergencia, que tienen que permanecer libres de paso, hay dieciocho cristaleras inamovibles: los pilares forman con la pared un recoveco de casi dos metros de largo y unos cuarenta centímetros de profundidad. Prácticamente tiene la forma de una cama individual. De hecho, ahora que la noche se va consolidando, los

residentes de la estación, distribuidos en pequeños grupos, van tomando posesión de sus camastros. Amontonan bolsas de tejido impermeable y carros de supermercado en los que guardan sus tesoros –ropa, papel, chatarra o simplemente basura–. Despliegan los cartones y las mantas y se acuestan. No se hablan y nadie les habla. Una parte de las murallas romanas que rodeaban la ciudad, y que ha sobrevivido a los derribos y las reconstrucciones, cierra como un bastidor esa residencia provisional. Ella llega hasta la punta del recorrido, titubea, luego vuelve sobre sus pasos.

Perpendicularmente, justo en medio de la acera, con el morro hacia la plazoleta, está aparcada una furgoneta de los *carabinieri*. Tiene las luces apagadas y las puertas cerradas. Un agente está sentado al volante, otro patrulla, helado, alrededor de su vehículo. La plaza es un espacio inabarcable, inhóspito, un páramo oscuro atravesado por fantasmas que llevan tras de sí la maleta con ruedas, dando brincos sobre las irregularidades de la pavimentación. Las farolas difunden una débil luz amarillenta. Docenas de marquesinas colocadas sobre postes de metal delimitan las paradas de origen de los autobuses de línea. Muchos aparcamientos están vacíos. Los pasajeros esperan pacientemente de pie. Las letras del alfabeto –A-B-C-D-E...– se suceden en los paneles blancos casi invisibles en la oscuridad. Ella pasa.

Vuelve a entrar en el vestíbulo de la estación, donde las puertas que se abren continuamente disuelven la calidez generada por los cuerpos humanos y retenida por las paredes. Empieza de nuevo su vuelta. Entumecida, coja, confusa, va dando bandazos, se tambalea, vacila. Choca con codos, espaldas, piernas. Pasa de nuevo por delante de los tableros de las taquillas, delante de las tiendas de ropa que están a punto de bajar las persianas metálicas, regresa a la cabeza de las vías. Los trenes han reducido su frecuencia. También la multitud, poco a poco, se va haciendo menor. Los espacios se agigantan, las distancias se dilatan. El ruido se atenúa, los anuncios se van haciendo cada vez más escasos y luego se callan por completo. Ahora tiene que sentarse. Ya no se tiene más en pie. La zona de espera del primer andén es solo para los viajeros con billete. A lo largo de las plataformas y en el interior de la estación, todas las esquinas, los recodos, las cavidades, los rincones, están ocupados.

Sale de nuevo a la plazoleta. Pasa otra vez por delante de la furgoneta. El *carabiniere* la mira. Es la primera persona que se fija en ella desde que vagabundea por la estación y ya han pasado seis horas por lo menos. Le dice algo. Ella no lo entiende. El tono es firme; el gesto, elocuente: Circule.

Ella da unos pasos. Mira a su alrededor. Ya no quedan ni taxis, ni turistas, ni autobuses. Sobre un poste, ve un cartel: es una M blanca sobre fondo rojo. Esa letra no le dice nada. No sabe que se trata del símbolo del metro. Al otro lado de la calle localiza un segundo cartel. Sigue siendo una M, pero tiene otra forma, otro grafismo. La primera es estilizada, angulosa; la segunda, curvilínea. Esa M amarilla sobre fondo blanco le recuerda algo, extremadamente remoto, inasible, pero familiar. Es la M de McDonald's. Se aferra al resplandor de ese recuerdo. Elige justamente esa parte de la acera, desde la que puede ver la M amarilla y sentirse menos perdida. El termómetro marca dos grados. Se echa sobre el cemento, apoya la cabeza sobre la bolsa que ha llevado al hombro durante todas estas horas, se había olvidado de ella, porque está vacía y casi no pesa (solo contiene una gorrita de tela y las ropas de algodón que vistió durante el viaje), y cierra los ojos. Hace más de dos meses que no duerme. Tampoco duerme en su primera noche en Roma.

A las cuatro, la temperatura desciende bajo cero. A poco más de un kilómetro de distancia, un sintecho sale de su madriguera –un paso subterráneo forrado de mantas y cartones– y sigue trastornado a su pequeño chuchito que, sin preocuparse por el frío, tiene que vaciar la vejiga. El perro olfatea los neumáticos de los coches aparcados a lo largo de la calle Piave, en busca del más prometedor sobre el que mear. Del cercano paso subterráneo del Corso d'Italia se eleva un penacho de humo. Algo se está quemando y no es papel, pero el sintecho no tiene móvil ni energías para avisar a nadie: a esas horas de la noche no hay ni un alma dando vueltas por ahí, los locales han cerrado y solo algún coche pasa por su lado corriendo a toda velocidad. Cuando el perro ha soltado el último chorro, vuelve a acostarse.

Ya no es un penacho, sino una nube gruesa y acre, que sale desde la escalera inferior de una salida de emergencia y se disuelve en el aire gélido. Los inquilinos de los edificios decimonónicos construidos al amparo de las murallas aurelianas están acostumbrados a esos malolientes braseros clandestinos, encendidos por los sintechos que han improvisado refugios en los nichos del Muro Torto y en los pasos subterráneos de las calles. En invierno queman de todo: ramas y hojarasca recogidas en la cercana Villa Borghese, papel y cartones encontrados en los contenedores de basura, también plásticos. Se han quejado a la policía municipal, han protestado por la humillante degradación del barrio, pero no ha pasado nada: al contrario, en los últimos meses los campamentos se

han multiplicado. Esa, de todos modos, no es una hoguera más. Alguien avisa, por fin, a los bomberos de que por un paso subterráneo del Corso d'Italia está saliendo humo.

El ulular de las sirenas anuncia la llegada de los bomberos. Las llamas continúan creciendo, el olor resulta nauseabundo. Los bomberos luchan con mangueras y extintores para apagar el incendio.

Cuando el humo se dispersa, en el hueco solo queda basura. Botellas, latas calcinadas, tetrabriks fundidos, cartones destrozados por el fuego y lo que parece ser un montón de trapos pero resultan ser dos cuerpos humanos. Carbonizados. Son retirados y metidos dentro de un saco, a la espera de la autopsia. De las cenizas, milagrosamente intacta, la policía exhuma la documentación de dos hombres, somalíes. Pero no pertenece a los muertos. Los dueños de los documentos constan ambos como encarcelados por robo, desde hace diez días. La nacionalidad, de todas formas, parece coincidir. Otros sintecho acampados a poca distancia hacen correr la voz de que los muertos podrían ser dos refugiados somalíes. Se habían guarecido en aquel agujero desde hacía un tiempo, trabajaban como aparcacoches clandestinos en la plaza del Fiume. El fuego lo habían encendido ellos mismos, en la hora más fría de la noche, para calentarse.

El 27 de enero es domingo. Ella se levanta poco después de las cinco. Aún falta para el amanecer. No siente los dedos, la nariz, la cara, las piernas. Pero tampoco siente el dolor que la lacera, el cuchillo que lleva clavado desde hace semanas en el centro exacto de su cuerpo. No siente nada. Es como si no estuviera donde está, ni fuera quien es. Como si la mujer que va dando bandazos, vacila y vaga por la plazoleta de la estación de Termini fuera otra, una persona a la que ni siquiera conoce. Porque ella no puede ser esta. No tienen nada en común.

Bebe un trago de agua de la fuente. Está helada. Si fuera todavía la persona que fue, se le pasaría por la cabeza lavarse la cara. Desde que nació, no ha habido ni una sola mañana que no se haya lavado la cara. Y el cuerpo, también las manos. La limpieza como una forma de respeto hacia sí misma y hacia los demás es una de las primeras cosas que le enseñó su madre. *Maman* Nzusi no soportaba ver una mancha, una salpicadura de barro, ni siquiera una mota de polvo. Pero esa mañana del 27 de enero ella no es capaz de pensar en nada y ni siquiera recuerda que tiene una madre. No se lava la cara. Aun así, tiene las mejillas mojadas y suaves. Está llorando.

Atraviesa el pasillo interior y desemboca en la calle Marsala. El enorme rótulo que corre por encima de la entrada, Roma Termini, es lo primero que vio ayer, al llegar. Pero son palabras vacías de significado y que no relaciona con nada. No sabe dónde se encuentra, ni en qué parte del mundo. Solo sabe que está lejísimos de su casa. A su alrededor, la gente habla en una lengua que no entiende. La mayoría tiene la piel del color de una escayola, como el enyesado de los muros del hospital.

Se da la vuelta y vuelve a entrar en la estación. Y empieza de nuevo. Durante todo el día, pasa. Pasa y llora. Por la tarde, se acuerda de que tiene un estómago. De todos los órganos, eso lo aprendió en la oscuridad de la prisión, ese es el último que deja de funcionar. No come desde hace dos días. Tiene veinte euros en el bolsillo de la chaqueta. Un billete azul, liso y nuevo, que ayer vio por primera vez. Pero no sabe cuánto valen veinte euros, ni siquiera está segura de que valgan algo. A lo largo de los andenes, a intervalos de veinte pasos, cuelgan lacias unas bolsas de plástico, destinadas a recoger la basura. Tienen colores diferentes –verde, blanco, amarillo, azul– y en el círculo de metal de la embocadura una inscripción medio borrada por las quemaduras de cigarrillo explica en italiano y en inglés qué material ha de ser depositado en cada una: mixto, papel, plástico, aluminio. Pero ella no conoce ni una ni otra lengua y las inscripciones no pueden ayudarla. En realidad, también los que saben leer echan dentro de todo, a la buena de Dios, por distracción, indiferencia o falta de civismo. Ella pasa y vuelve a pasar por delante de las bolsas. Aún no las han vaciado. Algunas rebosan. A la tercera o cuarta vez que pasa, comprende que lo que está buscando se encuentra dentro de las bolsas verdes.

Mete la mano dentro de la primera bolsa verde que no tiene gente a su alrededor. Remueve, revisa, exhuma un trozo de papel embadurnado de salsa, un cartón que contuvo una pizza: pero está vacío. Prosigue. Una tras otra, hurga en todas ellas. Caza un resto de sándwich. Muerde en el lugar donde una boca desconocida ha dejado la huella de sus dientes. Traga un bocado de pan de molde ablandado por la mayonesa y humedecido por la saliva de un extraño. Siente desagrado. Se obliga a tragar. Pesca dos patatas fritas espolvoreadas de sal en un cucurucho rojo de McDonald's. Encuentra un envoltorio de papel aceitoso, en el que se han quedado pegadas unas hojas de lechuga. *Bon Dieu, bon Dieu, bon Dieu*, balbucea. Es el primer pensamiento consciente que se ha formado en su mente desde hace horas, tal vez desde hace días. *Le bon Dieu ne permettra pas que je prenne une infection. Bon Dieu, mon père, aide-moi.*

Almuerza y cena con las sobras de los viajeros. Aprende a distinguir qué caminante está picoteando sin apetito y acabará tirando la mitad de su bocadillo. Cuánto tiempo tiene para recogerlo del suelo antes de que otro –aún más hambriento o solo más hábil que ella– se lo lleve de allí. A qué hora, inmediatamente antes del cierre de la medianoche, el restaurante y la bocadillería tiran los restos de la cocina. La humillación envenena el sabor de las sobras: es como comer excrementos. Un pensamiento que aviva la punzada de dolor en el bajo vientre. Tiene que ignorarlo, tiene que olvidarlo. *Bon Dieu*, se repite a sí misma, *bon Dieu, bon Dieu, ne m'abandonne pas*. Levanta el tono, para hacer que su plegaria sea más eficaz. El sonido de su voz la tranquiliza. Por eso continúa, como una letanía. Habla sola, la gente se queda mirándola un instante, luego aparta la mirada. Mientras implora a Dios y mastica, llora. No es capaz de detenerse. El domingo la estación rebulle como un hormiguero. Estos regresan, esos se marchan, aquellos se reúnen. La estación es una ciudad, un centro comercial; para muchos también es un salón. Un váter, un dormitorio, una cocina. Pasan diez mil personas. Nadie la ve.

El 28 de enero el cielo cargado de nubes oscuras parece haberse posado sobre los tejados y sobre el techo de la estación. Ya no hace tanto frío, y cuando ella se levanta del rectángulo de cemento que queda delante del anuncio del McDonald's, que a estas alturas se ha convertido ya en su cama, se siente aterida, pero no congelada. Tiembla, de todas formas, porque le ha vuelto a subir la fiebre. El vendedor ambulante de bebidas y coco fresco, cuyo tenderete – coronado con el rótulo de *ice-waterfruits*– se ha colocado a poca distancia, se ha acostumbrado a su presencia. No le parece sorprendente. Ella no es la única mujer negra y loca que vaga por esa zona. La estación es el imán de la gente perdida. El vendedor es de Bangladesh y él también tiene la tez oscura. No se le pasa por la cabeza ofrecerle una naranja. Ella no podría pagarla, y además el tenderete no es suyo. La limosna, si quisiera, podría dársela el dueño, pero como no está ahí, aunque quisiera, no se la da. Nadie le da nada. La mujer negra que llora no parece de verdad una pordiosera ni una indigente. Duerme en el suelo y come sobras, bebe las últimas gotas de las latas de cerveza tiradas en los andenes, pero viste un par de vaqueros de buena factura, una gorra de piel y una bonita chaqueta negra, en la que muchos ávidos ojos ya se han posado. Por el borde de la gorra asoma un mechón de pelo sucio, que parece carbonizado, tiene las manos despellejadas, señaladas por recientes tumefacciones, pero también

esmalte rojo sobre unas uñas bien cuidadas. Lloro, vaga y habla sola. Quien pasa por la estación de Termini a finales de enero de 2013 la considera simplemente una loca.

Una mujer negra y loca infunde más miedo que una pordiosera o que una delincuente. Encarna un fantasma femenino atrapado en la memoria milenaria de la gente de este continente, una criatura a la que se le ha hecho daño y que por eso se teme que busque venganza. Por otro lado, el miedo es recíproco. Ella cree que las mujeres blancas son malvadas. Nunca le pediría –y no se la pide– ayuda a una blanca.

A media mañana empieza a llover. Durante todo el día el agua cae monótona de un cielo gris como ceniza. Débil pero insistente, nunca se detiene. Ella tampoco. Mientras las piernas la sostienen, vaga por el interior de la estación. No hay sitios donde poder sentarse. Ella no puede saberlo, pero desde el 2 de agosto de 1980, cuando los terroristas neofascistas pusieron una bomba en la sala para viajeros de segunda clase en la estación de Bolonia, en Italia las estaciones son lugares de paso, de expiación. A menos que uno sea miembro de un exclusivo club o tenga un billete válido, debe vagar sin descanso, sufrir de pie o pagar una consumición para comprarse el derecho al reposo. Al final, agotada, se derrumba sobre uno de los bancos de mármol negro, encajonados entre los pilares de los tejadillos, a lo largo de los andenes. La lluvia se filtra a través de las grietas del techo podrido, gotea por la pared, humedece la plataforma. Sus tejanos se mojan y ya no se secan.

Durante nueve días ella vaga y llora delante, dentro y alrededor de la estación de Termini. Durante esos nueve días tan solo dos personas le dirigen la palabra. El primero es aquel *carabiniere* que le dice: Circule. De manera que la bienvenida que le ofrece Italia es esa invitación no a marcharse, sino simplemente a desplazarse a otro sitio, donde pueda existir sin molestar, sobrevivir sin ser notada. El segundo es un hombre de unos cuarenta años, un blanco, italiano, que está leyendo los paneles de las partidas, en el pasillo interior. Más que verla, la percibe. Evita el contacto ocular, que implica un reconocimiento y compromete igual que un pacto, pero, en cualquier caso, la percibe. A estas alturas tiene un aspecto inquietante. Los ojos completamente abiertos y vacuos, la cara crispada por una tensión espasmódica, la ropa pringosa, el olor acre, la expresión famélica. Le gustaría ayudarla, porque no puede ignorar que tiene problemas. Pero no tiene tiempo. Está a punto de partir o

está esperando a alguien. En cualquier caso, anda ocupado. Le compra un bocadillo, se lo pone en la mano y se marcha.

De manera que el primero que se le acerca de verdad es un extranjero. Negro, como ella, más que ella. Gordito, con entradas, de unos sesenta años (luego afirmará que tiene cincuenta y siete). Se ha fijado en ella mientras hurgaba en la bolsa de la basura. Se le dirige en italiano. ¿Tienes hambre? Como ella no le contesta, lo intenta en francés. *Avez-vous faim, maman?* Ella niega con la cabeza. Deja caer el bocado blanduzco que había capturado en el fondo de la bolsa. Se avergüenza, como si hubiera sido descubierta robando. Tiene la esperanza de que el africano no se haya dado cuenta de verdad. ¿De dónde eres?, le pregunta el hombre. Ella no se lo dice. Tiene miedo. No lo conoce y, a pesar de tener aspecto bonachón, podría haber sido enviado por los que quieren matarla. *Avez-vous des enfants?*, se aventura él. Una *maman* negra, de unos treinta y cinco años, no puede no tener hijos. Ella asiente esta vez. *Où sont-ils? Je ne sais pas*, reconoce, impactada. Había conseguido no pensar en ello, hasta ahora. Había logrado borrar todas las cosas. Incluso a ellos. *Ils sont perdus...* consigue decir a duras penas, balbuciendo, y empieza a llorar de nuevo.

El negro saca su cartera y le tiende cinco euros. Cómprate algo, le dice, pero no comas la basura que recoges del suelo, que te vas a poner enferma. Ella no coge el dinero, pero advierte que el hombre conoce el valor del billete que tiene en el bolsillo y le tiende esos veinte euros. Le ruega que le compre un teléfono. Necesita un teléfono. Ha intentado explicárselo a los de Bangladesh, que mercadean en las tiendas de móviles de la calle Giolitti, pero no entendían el francés. El hombre le asegura que lo hará. Se aleja con los veinte euros. Es todo lo que ella posee. Pero no duda ni siquiera por un instante que pueda robarle o estafarla. Se fía de él. Algo le dice que ese negro, vestido de negro, es un hombre de Dios.

Poco después, en efecto, regresa el hombre con un móvil, que le tiende junto con el cambio. Es un Samsung negro y plata, con la pantalla que se abre de golpe. Solo le ha costado catorce euros y cincuenta céntimos. Es más fácil encontrar un pelo en el culo de un babuino que alguien que quiera comprarse un móvil de vieja generación. Le explica que la tarjeta se activa a las veinticuatro horas. Ella le da las gracias, porque aún no sabe que no va a servirle para nada. Aún cree que pulsará una tecla y hará una llamada, como siempre ha hecho. *Merci, merci, merci*, repite. Le da las gracias y lo bendice. El buen Dios te lo

pagará. El hombre negro vestido de negro la escruta, sorprendido al oír de sus labios el nombre del buen Dios. Le gustaría decir algo. No lo hace. De todas formas, aunque ella sigue diciendo que no tiene hambre, la convence para que lo acompañe al restaurante, porque sostiene que él sí tiene hambre.

Se sientan a las mesitas de la cafetería de la planta superior, que dominan el vestíbulo de las taquillas, como dos viajeros cualesquiera. Él insiste, con firmeza, y al final ella cede y acepta comer algo. Paga él. Solo ahora le dice su nombre. *Frère Antoine*. Ella lo había intuido correctamente: es un religioso, aunque no vaya vestido de cura, ni de monje. Ella, en cambio, no le dice el suyo. *Frère Antoine*, por otra parte, tampoco se lo ha preguntado. Aquí los nombres no se le dicen al primero que llega, y además no significan nada. Cuando llegan, muchos abandonan el viejo nombre con la vieja identidad. Y no todos lo que se han perdido encuentran, pueden o quieren reencontrar el suyo.

Frère Antoine ha sacado un bolígrafo y está garabateando en una servilleta. Es una dirección. Si tienes hambre, la exhorta, puedes ir ahí. ¿Y cómo?, farfulla. La mera idea de dejar la estación la aturde. A estas alturas ya se ha acostumbrado a Termini. Ya no siente miedo del vestíbulo, ni de los andenes, ni de la plaza, ni tampoco, casi, de los desesperados fantasmas que la pueblan de noche. Pero la ciudad que se extiende a su alrededor la percibe como hostil, peligrosa como la selva. Nunca se aventuraría por ella. Es fácil, dice *frère Antoine*. No tiene pérdida. Hay un autobús que sale de la plaza. El número 64. Lo coges y te bajas cuando veas a la izquierda un edificio grandísimo, una especie de templo completamente blanco. Es la plaza Venezia. Luego enseñas este papel: todo el mundo sabrá indicarte qué calle es, queda justo ahí detrás.

Gracias, papá, Dios te bendiga, dice ella. Pero su mirada le revela que no es capaz, en modo alguno, de encontrar la parada de origen del 64 entre las marquesinas de la plaza, ni de subir al autobús, ni de pedir ayuda a los pasajeros o a los viandantes. Ausente, confusa, ella sigue mirando el papel que está encima de la mesa. Está escrito: calle Degli Astalli, 14/a.

DOS

Cuando no se sabe adónde se va,
bueno es saber de dónde se viene.

Proverbio africano

La dirección corresponde a una puerta verde. En ella hay claveteada una tarjeta blanca, discreta, poco llamativa. Ella lee tan solo la primera línea, en letras azules: CENTRO ASTALLI. La puerta se abre casi en el extremo de una pared que recorre casi toda la manzana, ocupada por un único edificio. Monumental, imponente, antiguo, parecido a un convento o a un colegio, aunque desde allí no pueda ni siquiera intuirse la iglesia Del Gesù, cuya fachada ocupa la plaza que queda detrás. La puerta, en cambio, es ordinaria, con la pintura descolorida. La puerta está abierta. En la entrada está situado un hombre, que no lleva ni uniforme ni librea. No parece un policía, tampoco un guarda, pero es él quien contiene a una nube de jóvenes de unos veinte años, que se agrupan en la acera. Se empujan, vociferan. La oficina está abierta hasta las cinco de la tarde, asegura, tranquilos, tranquilos. Un chico grita, en francés, que es la tercera vez que se presenta, que no ha conseguido nunca hacerse con un número. El abogado recibe de diez en diez, se entromete otro, para apaciguarlo, ya han dado los números, vuelve mañana, ven más pronto y ya verás como lo consigues.

Por la puerta salen dos mujeres que llevan velo negro en la cabeza. Pasan rozándola y desaparecen por la esquina. *Frère* Antoine ignora la cola y se dirige determinado hacia la entrada: a los jóvenes que lo observan con incredulidad, alguno con ira, les susurra que aquí las mujeres pasan las primeras, meteos eso en la cabeza. Gracias a la desenvoltura que despliega *frère* Antoine y la complacencia del hombre de la entrada se da cuenta de que conoce el lugar. Ya ha estado allí. Debe de haber acompañado a otras personas antes que a ella. Lo sigue, tranquilizada. En el rellano, detrás del montacargas, hay una cabina. *Frère* Antoine se acerca y le susurra algo a la persona invisible que está tras el cristal. Luego se da la vuelta y la exhorta a bajar.

A la izquierda, una escalera de desgastados peldaños grises se hunde hacia la

planta inferior. Ella se sume en las profundidades, lentamente, agarrándose a la barandilla de madera. Bien pronto el calor reactiva la circulación de la sangre en las manos y en la cara. La asalta un olor a cuerpos, a desinfectante y a sopa de verduras. Algunas puertas, abiertas, se asoman a habitáculos sin ventanas. Intuye figuras sentadas, arrodilladas o tal vez postradas en oración. Un pakistaní espera algo con una toalla al hombro y una pastilla de jabón en la mano. A pesar de estar embutido en un abrigo pringoso, parece a punto de darse una ducha. *Frère Antoine*, que la precede, intercambia unas palabras con una blanca de mediana edad. El tema de la breve conversación debe de ser ella.

El sótano es un pasillo de unos cincuenta metros, iluminado por lámparas rectangulares de neón, que se suceden a una distancia regular en el lado izquierdo. Las paredes están revestidas de baldosas de mayólica, blancas, igual que en un hospital: la uniformidad se ve interrumpida tan solo por una franja gris. También el suelo es de un granito gris, color polvo. Como único toque de vivacidad, el entramado de los tubos del sistema de ventilación, pintados de verde, que discurren colgados de una punta a otra del local. A medio pasillo, hay un mostrador con una cristalera, como en un bar o un restaurante. De hecho, aunque aún no sea la hora, se trata del comedor social. La comida se sirve a las tres en punto. Y se distribuye hasta las cuatro y media. El cocinero y el pinche ya andan trasteando entre los fogones y desde la entrada de la cocina emergen nubes de vapor. A lo largo de las paredes, a ambos lados, una hilera de bancos, en los que se sientan en silencio absoluto una docena de personas. Todas son negras. Llevan ropa remendada, deforme, desgastada. Tienen rostros cansados e impenetrables. A la derecha, los bancos quedan interrumpidos por puertas cerradas. Cada vez que se abre una, se filtra una luz más intensa y brotan voces en varias lenguas. *Frère Antoine* le entrega un cuponcito. Es el tique, le explica. Para la ventanilla de primera acogida. Ella ignora de qué se trata, pero lo coge. No sabe qué hacer. Por eso hace lo que todo el mundo hace. Se sienta y espera.

No se ve con fuerzas para mirar a los demás, formales y serios como si estuvieran en el ambulatorio o en el juzgado y como si del resultado de la deliberación en las estancias cuyas puertas permanecen cerradas dependiese su propia vida. Cierra los ojos y se abandona con la cabeza apoyada en la pared. Pasan diez, veinte minutos, tal vez más. No sabría decirlo. Tras el frío y la humedad absorbidos en la estación y en las noches sobre el jergón, el comfortable calor del sótano la aturde y casi la adormece. La sacude su acompañante, invitándola a ponerse en pie: es su turno.

Frère Antoine le susurra que ahora le buscarán un abogado. *Un avocat?*, se preocupa ella. Yo no quiero un abogado, ¡no lo necesito! Yo no tengo culpa... *Frère Antoine* reprime una sonrisa. En mi país, protesta ella, necesitan un abogado las personas malas. Yo no he hecho nada. Aquí es distinto, la tranquiliza *frère Antoine*. Ya verás, ya te lo explicarán todo. Se ha abierto una puerta, en una de las oficinas del lado derecho, pero él no parece tener intención de entrar. Prefiere desaparecer. Las mujeres negras que se presentan escoltadas por un hombre evocan de inmediato la sospecha de proxenetismo. Y, en cualquier caso, la deja en buenas manos. *Tu n'es plus seule*, la conforta, *vas-y. Dieu te re-re-re-mercie*, dice ella. Nunca antes ha tartamudeado, pero ahora las palabras se encallan en su garganta. El padre esboza un saludo y se aleja. La silueta oscura de su orondo salvador desaparece al fondo del pasillo. Ella está demasiado confusa como para poder responder o escapar. Aún no se ha percatado de que se trata de una despedida.

Volverá a verlo otra vez, en Termini, unos días después. La sotana oscura revoloteando al viento, acompañado por otros dos religiosos. Su andar basculante, su cuerpo grueso, su voz persuasiva. Ella lo reconocerá de inmediato, él, en cambio, titubeará. Ella es una de las muchas personas que ha recogido por los andenes, una más de las que han terminado en la estación de Roma igual que terminan los restos de un naufragio en la playa. Uno de los jóvenes seminaristas que está con él estudia Derecho en Cassino y se ofrece a acompañarla a la próxima reunión con su abogado. Ella asentirá, pero para entonces no necesitará ya un estudiante de Derecho, porque tendrá a un abogado de verdad. *Frère Antoine* le hará un gesto con la mano, una bendición o tal vez un saludo, y ella lo perderá de vista entre la multitud. No volverá a verlo nunca más.

¿Cómo puedo ayudarte?, le pregunta el hombre que está sentado tras un escritorio. Piel de cera. El flequillo le ensombrece aún más sus ojos negros como el carbón, la barba negrísima, como el pelo, le enmarca una cara pálida y escuálida, y, vestido con tejanos y jersey, sin americana ni camisa, no le recuerda en absoluto a ninguno de los abogados que ha conocido en su vida. *Comment puis-je t'aider*, repite Filippo. Antes aun de que ella abriera la boca, ha adivinado que habla francés. Ella se sorprende por ello y la asimetría la asusta un poco. El blanco entiende de ella mucho más de lo que ella entiende de él.

Pero se trata solo de experiencia. Ella es la séptima –y antepenúltima– persona

a la que Filippo, el asesor legal del Centro Astalli, recibe hoy, lunes, el día en que está de guardia en la ventanilla. Y trabaja en el centro desde hace once años. A estas alturas, ya cuenta con una experiencia envidiable con las etnias de África y, aunque existen demasiadas como para que pueda conocer el origen de una persona a primera vista, raras son las ocasiones en que se equivoca de pleno. Al principio se avergonzaba de tener que admitir que era incapaz de memorizar ni una sola cara. Los africanos le parecían todos iguales. Ahora sabe que son diferentes entre sí tanto como un escandinavo de un griego o un irlandés de un eslavo. Reconoce también sus historias, las intuye incluso antes de que se las cuenten. Y sabe que muchas no son verdaderas. En cierto sentido, él está ahí para eso. Es el filtro.

La estancia tiene el techo abovedado igual que una bodega. A decir verdad, se trata precisamente de una bodega. Lo era, por lo menos: el almacén y el depósito de la Compañía de Jesús, hasta que los locales fueron cedidos al JRS, Servicio de los Jesuitas para los Refugiados. Por encima de ellos se ciernen el apartamento en el que viviera San Ignacio, el suelo de mármol policromado de la iglesia Del Gesù, los bronceos, los dorados, las estatuas. Y, todavía más arriba, el espectacular techo barroco con los frescos de Baciccia, un sinfín de nubes y de ángeles en el Paraíso. Pero aquí abajo el cielo queda lejos y se trabaja durante todo el día con luz artificial. A veces en verano, cuando Filippo sale al final de su turno, se sorprende de que el sol aún no se haya puesto.

Se trata de un trabajo elegido y deseado. Pero aún suele pensar en las oficinas con paredes acristaladas, en los edificios de los organismos internacionales. Estudió en la Escuela de Intérpretes, estuvo empleado en el Alto Comisionado para los Refugiados: podría haber llegado a ser funcionario en Bruselas, en Ginebra o en Nueva York. Se habría encargado de los campos de desplazados, pero desde lejos, sin verlos, sin escuchar sus voces, sin cruzarse con sus miradas. En cambio, las cosas sucedieron de otra manera. La amiga de una amiga pidió un permiso de maternidad, la funcionaria necesitaba un ayudante, se presentó él como candidato, lo seleccionaron y lo asignaron primero a la repatriación de los menores no acompañados (en esa época, todos albaneses) y luego al *resettlement*, es decir, la reubicación. Para los refugiados que ya estaban provistos de documentación y certificados, él representaba la estación final del calvario y la primera de una nueva vida. Despedía a personas felices. En los tiempos en que era voluntario de Cáritas había oído hablar de las actividades del JRS y, cuando se presentó la oportunidad de dejar la oficina de ACNUR por el

sótano del Centro Astalli, se mostró disponible. Le advirtieron de que todo sería distinto y de que tendría que poner su marcador a cero. Los solicitantes con los que se iba a encontrar no estaban al final de su recorrido, sino al principio: desesperados, aniquilados, sin nada que perder, a veces hostiles. No se lo pensó ni un día, le parecía que allí podría ser más útil. Los ojos extraviados de esa mujer –de todas las mujeres y de todos los hombres que se sientan en el cubículo de la ventanilla, cuando llegan por primera vez al centro– le dicen que este es el lugar en el que debe estar.

La mesa del escritorio está desnuda. Un ordenador y una impresora lo bastante viejos como para figurar en los despachos gubernamentales de un país del África negra. A un lado y otro de la pantalla se apilan carpetas y legajos. Un teléfono que suena varias veces y al que el hombre no responde. Brigitte se sorprende de eso; ni se le pasa por la cabeza que lo haga por educación y por respeto hacia su persona. Si la llamaran a ella, pensaría que quien la busca tiene un motivo para hacerlo e interrumpiría la conversación. En las estanterías, ficheros de cartón. En la pared de detrás de la mesa, un póster con la fotografía de una niña. Sonriente, negra, con trenzas, tendrá unos seis años. La misma edad que... La pregunta de Filippo impide que ese pensamiento se concrete en su mente y la paralice. ¿Cómo puedo ayudarte?

Tiene unos cincuenta años, quizá algunos más, pero la sonrisa franca y animosa es la de un joven. Por razones que ella no comprende y sobre las que ahora mismo no se hace preguntas, parece estar allí verdaderamente para escucharla. Los hombres la aterrorizan, pero, con asombro, se da cuenta de que no teme a este blanco. Al contrario, le transmite una inexplicable sensación de seguridad. Pero no sabe por dónde empezar.

Filippo espera, paciente. Intenta no dejar que se perciba su cansancio. El turno de la ventanilla es agotador. Por eso se alternan Emanuela, Francesca y él, cada semana. Durante catorce días realizan dos turnos cada uno; la tercera semana, uno solo. Esta es su tercera semana. Debería ser la más ligera. Pero hace poco, al joven tunecino que lo observaba con la misma mirada derrotada y al mismo tiempo hambrienta de esperanza de esta mujer tuvo que decirle que no podía ayudarle. La emergencia de las primaveras árabes se terminó y ya no se le concede asilo a nadie procedente de su país. Y a pesar de que su viaje se debiera a la misma desesperación y la misma necesidad no pudo ofrecerle ayuda. Le aconsejó que se dirigiera a otras asociaciones que se ocupan de emigrantes por

razones económicas. Pero el joven se alteró, fingió que no lo entendía. No pedía, exigía. A un amigo mío lo aceptasteis, gritaba, ¿por qué a mí no?

Filippo nunca pierde la calma, es capaz de aplacar a casi todo el mundo. Nunca lo han agredido de verdad, aunque muchos quisieran hacerlo y alguno incluso lo haya intentado, torpemente, con las manos. Pero le han insultado. Cuando tuvo que decirle que no, un chico marroquí lo maldijo y lo llamó racista de mierda. Racista, a él. Es algo que sucede cada vez más a menudo. Cuando llegó, en 2002, y durante algunos años, escuchaban con respeto lo que decía y se fiaban de sus palabras. Ahora creen que lo saben todo: han recibido alguna información antes de partir y no se resignan a la idea de que sea falsa y engañosa. Se crecen, recriminan. Y cuando se levantan para marcharse, le dicen en tono desafiante: Yo quiero estar aquí y aquí me voy a quedar.

Y, pese a todo, los encontronazos más violentos pueden cerrarse con una reconciliación. Un chico africano con el que discutió rompió a llorar. Cuando le preguntó el motivo, la respuesta lo dejó sin palabras. Nunca pensé que un hombre blanco me quisiera ayudar. Pero en otras ocasiones resulta difícil. Las vidas de los demás –verdaderas, falsas, en todo caso, destrozadas– le caen encima igual que una catástrofe.

Anima a la mujer a que hable francés. Pero él podría hablarle en inglés, en español, hasta en ruso: Filippo conoce lenguas como para mantener entrevistas con gente de los cinco continentes. A estas alturas, ya entiende hasta el *pidgin*. La experiencia le dice, de todas formas, que la mujer hablará un francés correcto, el aprendido en las escuelas cristianas privadas del África negra. Quizá pueda inscribirte, le explica. Pero necesito saber quién eres. De dónde vienes, cómo has llegado. Y por qué. *Oui, j'ai compris*, susurra ella. La oficina en la que se encuentra en ese momento es una especie de aduana. Aunque aún no lo sabe, está a punto de cruzar la auténtica frontera de este país.

La entrevista dura poco más de media hora. A Filippo el caso le parece tan claro –la mujer lo ha expuesto sin ninguna contradicción– que no necesita volver a entrevistarla una segunda vez. Rellena por ella el cuestionario, que viene preimpreso. El año pasado sus compañeras y él formularon las mismas preguntas a más de veinte mil personas. 2013, que acaba de empezar hace unas semanas, anuncia un flujo aún más importante. Las áreas de crisis se multiplican, empiezan a llegar iraquíes, kurdos, sirios. Y aunque ninguno de ellos quiera instalarse aquí, es en Italia donde han desembarcado y es aquí, de acuerdo con la legislación de la Unión Europea, donde tienen que presentar la solicitud de

protección internacional. Al final, le pregunta si lo ha entendido todo y ella responde que sí. En efecto, en un francés preciso y melodioso, Filippo le ha explicado cada uno de los pasos del procedimiento. Pero, al mismo tiempo, no ha entendido nada.

La palabra *réfugiés* le hace pensar en los ruandeses, en los hutus que huyeron y cruzaron las fronteras tras las masacres de 1994, acampados por millones en el Kivu, muriendo de cólera y de ébola, desencadenando revueltas, tumultos, violaciones, barbarie, focos de una guerra que igual que una epidemia estalla una y otra vez, continuamente, y que nadie ha logrado sofocar. Nunca se imaginó que un día iba a asociar esa palabra con su persona. Es un pensamiento desolador.

Filippo le dice que vuelva después de que la fichen. El lenguaje burocrático policial infunde un cierto temor, pero se trata únicamente de hacer que le tomen los datos, las huellas dactilares y le hagan una fotografía. Tienen que hacerlo todos los que han entrado en Italia de forma ilegal. Tras el trámite, podrá estar empadronada ficticiamente en la calle Degli Astalli, 14/a. Según un acuerdo con la comisaría de Roma, solamente cinco asociaciones pueden ofrecer un domicilio, y el Centro Astalli es una de ellas. Solo mediante este empadronamiento ficticio podrá pedir la identificación fiscal, y con la identificación fiscal, podrá presentar en la oficina de refugiados de la comisaría la solicitud para ser reconocida como tal. Ahora te parece todo complicado, pero no te preocupes, la tranquiliza, el abogado del centro seguirá todos tus pasos y te ayudará a preparar la documentación. Voy a concertarte una cita con él.

C'est pas toi mon avocat?, se sorprende. No, la sortea él, con una sonrisa. Evita explicarle que no es abogado, sino tan solo el asesor legal del centro. Además, cree que le está dando una buena noticia. Francesca Napoli trabaja aquí desde hace pocos días, pero es competente, tiene empuje y capacidad. Y, además, es mujer. Le resultará más fácil confiar en una mujer. Francesca no debería estar aquí, hoy, pero ha pasado para dejar unos papeles. Le parece buena idea presentársela ya mismo. Abre la puerta del despacho de al lado y le dice: Mira, aquí la tienes, tu abogada.

Ella observa a la mujer joven que revuelve furiosamente en el armario que está detrás del ordenador y, aturdida, deja escapar una exclamación de sorpresa. ¡No!, piensa, ¡no! No. Pelo castaño largo y ondulado sobre los hombros. Una nariz bonita, pecas sobre la piel clara. Menuda y agraciada como la esposa del *Cantar de los Cantares*, con los ojos como palomas y la boca con una cinta de

color púrpura. Le echa poco más de veinte años. ¡Una *petite fille*, prácticamente una niña todavía! No podrá entender de ninguna de las maneras por lo que he pasado. No podrá ayudarme. No, se repite, obstinada, ella no. *Je ne veux pas une petite fille*, quiero un abogado de verdad. Filippo, que no entiende o que prefiere no entender, cierra la puerta de nuevo.

La desconfianza de la mujer no la sorprende. Está acostumbrado a eso también. Hace unos días, un hombre de Costa de Marfil depositó sobre la mesa del abogado del Centro Astalli un fajo de billetes. Le había explicado con toda claridad que no tendría que pagar la asesoría legal, pero el joven insistía en que aceptara el dinero. Si pago, explicó al final, enojado por su negativa, el abogado trabajará mejor. Nadie hace nada gratis.

Confusa, dolorida, aturdida, se apresura a subir las escaleras. Se topa con jóvenes que se dan prisa por bajarlas. Los hacen pasar en grupos de diez personas, de doce, a medida que se van vaciando las mesas. A pesar de que ahora quienes se ajetrean detrás del mostrador son las voluntarias del comedor y a pesar de que sobrevuela un agradable olor de cocina, caldo, salsa de tomate y carne de ternera, se olvida de que ha entrado aquí para comer. El estómago encogido en un puño, la garganta cerrada. No tiene hambre.

En el exterior, la cola se prolonga ahora por la acera y desemboca casi al final de la calle. Serán por lo menos unas doscientas personas. Todos ellos varones de menos de treinta años. Esperan su turno y, aunque saben o deberían saber que ninguno de ellos se quedará en ayunas, se apremian, se empujan, se tironean de la ropa y se dan codazos, un grupo contra otro, casi feroces. Alguno hay que, resignado, golpea el suelo con los pies y se frota los dedos desnudos para soportar el frío. Todos van vestidos como ella, de forma inapropiada para el invierno de Roma. En la mano aferran un carné azul celeste. Filippo también le dio uno a ella. Está su número, su fotografía, su nombre, la fecha de emisión, la de caducidad. Tendrá que presentarlo y apuntarse en la lista que manejan en la caseta cada vez que quiera comer. Ella aparta la mirada y los deja atrás.

Mientras espera el autobús en la luz crepuscular de esa tarde de principios de febrero, se ve acometida por un extraño malestar. Filippo —es el primer nombre italiano que ha escuchado, no podrá olvidarlo nunca— le ha explicado que en cuanto le tomen las huellas dactilares, le darán una tarjeta con sus datos de empadronamiento y en la parte de atrás le escribirán la fecha de la cita para el registro de su petición. La comisaría comprobará los datos y las huellas, y si todo

está en regla, el día de la cita podrá rellenar los impresos del C3 y presentar la petición, ella cumple con los requisitos para ser reconocida como refugiada. Pero en vez de sentir alivio, en vez de sentirse menos sola y menos desorientada, se siente aún más desesperada que al principio.

Ha tenido que decirle su nombre, porque Filippo le explicó que el nombre es la piedra sobre la que se edifica todo lo demás. El noventa y cinco por ciento de los solicitantes no tiene documentos, porque ha entrado en Italia sin ellos o con pasaportes alquilados que vienen con fotografías removibles y que luego recuperan los traficantes. Los datos proporcionados no son comprobables, la identidad con la que se presenta el solicitante ante las autoridades es la que tendrá que asumir y la que mantendrá durante todo el recorrido. Por eso el momento es delicado y la responsabilidad grave. Resulta esencial comprender cuál es el nombre de pila, cuál el de la familia, cuál el apellido; cada cultura tiene sus propios criterios y no son los nuestros. Transcribir correctamente, respetar las letras dobles, colocar la hache en el lugar apropiado.

Su nombre... Y a ella no se le ocurrió mentir y le hizo escribir en el carné el nombre de verdad, deletreando las letras varias veces, para que Filippo no cometiera errores: este carné lo va a entregar en la comisaría, de ahora en adelante ese será su nombre, en todos los documentos, y ya no podrá cambiarlo.

Y mientras decía: Me llamo Brigitte Zébé Ku Phakua, se dio cuenta de que ella era verdaderamente Brigitte, que todo lo que estaba ocurriendo era real, no una pesadilla de la que podría despertar para regresar a su vida anterior. Tuvo que decirle el nombre de su padre. El nombre de su madre. Su estado civil. La frontera por la que entró, ilegalmente, en Italia. Su lengua materna. La otra lengua que conoce. La fecha de llegada. Su fecha de nacimiento –el 27 de diciembre...– y, mientras pronunciaba ese dato, se acordó de su último cumpleaños y no debería haberlo hecho, pero ella tenía que contárselo todo.

En el relato que le hizo durante la entrevista preliminar, se encuentran ya los elementos esenciales que de ahora en adelante le van a pedir que repita decenas de veces. Delante del abogado, los policías, los funcionarios de la comisaría, los voluntarios y los trabajadores sociales, los médicos, las enfermeras, la psicóloga, el psiquiatra y también de mí, la primera vez: siempre lo hará de la misma manera. Con desapego, la voz neutra, sin expresión alguna, casi como una autómatas. Con precisión quirúrgica, con pocas y esenciales palabras. Siempre las

mismas, igual que una cinta grabada. Sin llorar, sin emocionarse, con una indiferencia que raya en frialdad. Como si estuviera actuando.

¿Preparó un guión y se lo aprendió de memoria? No sería la primera ni la última. Bastante gente se presenta en el centro con una historia preparada por otra persona. Reciclada, negociada, alquilada y vendida igual que una mercancía cualquiera. Una historia fotocopia, que Filippo y Emanuela –y pronto también Francesca– ya han escuchado. Reconocen los mismos episodios, incluso las mismas palabras. Evidentemente, como se trata de una historia que ha funcionado, de boca en boca se ha difundido y perfeccionado. La historia verdadera de uno se convierte en la historia falsa de muchos y se usa y se abusa de ella, hasta que el tejido se estropea, dejando la trama al descubierto.

Muchas de las historias relatadas en las solicitudes de petición de asilo, con el gélido laconismo de los partes burocráticos, son falsas o lo son en parte. Los hechos se exageran, las persecuciones se magnifican, las torturas se agravan. También los familiares muertos son más numerosos. Puede ocurrir que un padre al que han declarado muerto esté vivo en su país o en otra parte, lo mismo un hermano, una hermana o un hijo.

Pero la mayoría son verdaderas. Y no son menos atroces, absurdas, a veces increíbles, porque la realidad ignora la verosimilitud y la coherencia. Y la violencia que un ser humano puede infligir a otro excede casi siempre a nuestra educada imaginación de europeos nacidos y crecidos en tiempos de paz. Y, además, cualquiera que haya sufrido un trauma o se haya adentrado en los laberintos de la psique sabe que para defenderse del dolor y poder soportarlo se deben crear subterfugios y accionar mecanismos de desplazamiento, aplazamiento, extrañamiento, alienación. Y fingir que lo que nos sucedió le sucedió, en cambio, a otra persona.

Lo cierto es que serán necesarios meses antes de que ella sea capaz de reconocerse en esa historia. Que consiga soportarla y comprender que le pertenece. Y no solo no puede aún reconocerse en ella, sino que tampoco debe borrarla, ni olvidarla jamás. Paradójicamente, a estas alturas su historia es su refugio y su domicilio.

En la tarjeta que le proporcionan en la comisaría aparece escrito que su domicilio es la calle Degli Astalli, 14/a. Es allí, en un callejón situado detrás de la Tiburtina, mientras intenta alcanzar la Oficina para la Inmigración de la calle Patini, cuando se da cuenta de que no es la única, sino que forma parte de un

pueblo. Choca contra una turbamulta de cuerpos, que primero la rechaza y luego la succiona. La cola se alborota, palpita y se contrae igual que un corazón de carne negra. Ese descubrimiento inesperado la desorienta. Nunca ha visto nada parecido y no sabe explicarse la causa. ¿Por qué, le gustaría preguntarles, estáis todos aquí?

Ha llegado hasta esta punta extrema de Roma Este para someterse a la sesión fotográfica y para que le tomen las huellas dactilares, pero tiene que luchar para conquistar el tique que le da derecho a ser recibida ese mismo día. Y no tiene fuerzas para ello. Lo consigue porque un gigantesco guineano, que no tendrá ni veinte años, alto como un árbol, la acoge bajo su protección, llamándola respetuosamente *maman*.

Los policías –en realidad, también hay mujeres policía, pero el uniforme las hace idénticas a sus compañeros– le dicen que se desvista, es decir, que se quite el sombrero y la chaqueta, porque en la fotografía tienen que verse bien sus rasgos. Ella –incómoda y humillada– no obedece. La avergüenza mostrar su frente tonsurada. Los agentes se esfuerzan por no mostrarse demasiado rudos. Pero están cansados y nerviosos y no quieren perder el tiempo y, al final, dado que ella sigue titubeando, la conminan de mala manera a que se apresure. Sois tantos y tantos, se justifica el agente mientras le presiona el dedo en la tinta. Sois como la arena del mar. Nunca os acabáis.

De manera que para la comisaría su domicilio está en la calle Degli Astalli, 14/a. Sin embargo, hasta que no regrese al centro, y no quiere regresar porque esa abogada, *la petite jolie*, nunca va a poder ayudarla, su domicilio sigue siendo ese trozo de acera que hay delante de la M de McDonald's. Es allí adonde regresa por la tarde, tras haber deambulado por los alrededores de la estación. Pero ahora que es consciente de su situación, igual que una sonámbula a la que han despertado bruscamente de su aturdimiento, dormir en el suelo, por la calle, expuesta a las miradas y a la curiosidad de todo el mundo, le resulta todavía más duro. Está exhausta, vacía, destrozada, pero no se duerme. Tiene fiebre, el pulso acelerado, no consigue quedarse quieta, alterada por un desasosiego irresistible. Si no hiciera tanto frío, expondría la piel desnuda a la intemperie, se arrancararía la ropa. Respira con dificultad, como si una gran piedra le presionara el corazón. *J'ai tout perdu*, se repite, *tout perdu*.

Todo perdido. Hijos, madre, hermano, trabajo, joyas, dinero, ropa, casa, ciudad. Y su país. En las orejas le zumba la voz del capitán: No debes dejar que

te vean nunca más en el Congo. Y se oye decir a sí misma: Sí, lo entiendo, lo acepto.

Ha encontrado una maleta rota donde termina un andén. Alguien la habrá abandonado porque las ruedas le cuelgan y ya no giran. Pero la cremallera sigue funcionando: ha metido en ella sus escasas pertenencias y la utiliza como almohada. El cuello, doblado en ángulo recto, va sufriendo e hirientes punzadas de dolor se irradian hasta la columna vertebral. No son comparables, de todas formas, con las que generan sus pensamientos. *J'ai tout perdu. J'ai tout perdu.* No puedo seguir viviendo.

En la oscuridad, durante horas, en duermevela, en un estado de semiinconsciencia, le ruega a Dios que intervenga para que Filippo cambie de idea y sea él quien se encargue de ella. No se resigna a tener que aceptar a la *jolie fille* como abogada. Le parece que también en eso ha tenido mala suerte. *La petite jolie ne peut pas m'aider.* Pero la noche del 12 de febrero sucede algo. No es un sueño: al contrario, está insólitamente lúcida. Por eso el recuerdo de esas palabras se imprime con nitidez en su mente. Más de dos años después, me lo cuenta como si acabara de oírlo y las palabras siguieran resonando en su interior.

Son las cuatro, reina un silencio innatural. Brigitte de todas formas sabe que no está sola, porque Dios está cerca de ella. No es que vea a Dios, pero sí es consciente, sin embargo, de su presencia. Esa certeza le emociona.

Yo soy tu Dios, yo te fortalezco, yo te sostengo. Los que hacían la guerra contra ti serán nada, como algo que ya no existe. Yo te cojo de la mano derecha. *La petite fille, c'est elle, Bilí,* le dice la voz de Dios, llamándola con el apodo familiar que utilizan sus parientes, sus amigos, la gente que la quiere. *C'est elle. Qu'il pleut, qu'il neige, c'est elle ton avocat. N'aies pas peur, je t'aiderai.* La chiquilla, Francesca, es ella, ha sido enviada para ti. No tengas miedo. Estoy contigo.

Permanece inmóvil, en la oscuridad, mientras se repite los versículos de Isaías, hasta que la claridad del amanecer diluye la noche. Entonces se levanta, va hacia la fuente, se descalza, se quita los tejanos y los lava bajo el chorro gélido. Los frota, como si quisiera purificarse de la mugre que se ha incrustado sobre la tela y sobre ella. Los estruja, los deja gotear, los huele. El hedor que emanaban parece haberse marchado. Se los pone, aún empapados. Los viste mojados durante horas, hasta que los relojes de la estación señalan la una de la

tarde. Luego se sube al autobús 64 y permanece junto a la puerta, durante todo el trayecto, mirando a su alrededor circunspecta y preparada para bajar de un salto, porque no lleva billete. A las dos, se presenta en el Centro Astalli y pregunta por la abogada Francesca.

TRES

En consecuencia, séame dado, si a este juramento fuere fiel y no lo quebrantare, el gozar de mi vida y de mi arte, siempre celebrado entre todos los hombres. Mas si lo trasgredo y cometo perjurio, sea de esto lo contrario.

HIPÓCRATES, *Juramento*

Era el primero de noviembre. En Matadi las estaciones no se parecen a las vuestras y el otoño no existe. Noviembre es el mejor mes: han terminado las nieblas, las brumas y el gris frío de la estación seca, pero aún no ha empezado el calor tórrido, el bochorno asfixiante, los rayos, los truenos y los chaparrones que arreciarán hasta mayo. El sol ya se había puesto, habíamos encendido las luces y el generador de la corriente chisporroteaba. Estaba de guardia en la clínica, a esa hora siempre estoy allí.

El vigilante viene a buscarme y me avisa de que en la entrada hay un hombre que pregunta por mí. No parece enfermo, no es familiar de nadie que esté ingresado. Le contesto que le diga que deberá esperar, porque antes de poder recibirlo he de completar la ronda de los pacientes y dar las instrucciones sobre los tratamientos para la noche. La clínica es mía, yo soy la propietaria y la directora médica, aunque no me gusta que me llamen *chef*, prefiero *maman Brigitte*. La clínica es mi joya. Es la segunda que he abierto en la ciudad, en 2005. La primera fue en Vousse, en la avenida Ravin, y sigue funcionando; continúo yendo allí alguna vez, pero le doy preferencia a esta, tal vez porque, entre otras cosas, se ha convertido en mi punto de referencia desde que me quedé sola. La llamé «Dieu le veut». En Matadi, todos los ambulatorios y todas las clínicas privadas, incluidas las de los charlatanes, tienen nombres parecidos, para tranquilizar a los enfermos que se ponen bajo la protección de Dios. Pero yo no lo hice para atraer a los pacientes. Yo lo creo de verdad.

«Dieu le veut» ocupa una planta completa de un edificio cercano al estadio Lumumba. Tiene treinta y cinco camas y esa tarde estaban todas ocupadas. A esas alturas no tenía que hacer ningún esfuerzo para buscar enfermos, todo el mundo conocía *l'hôpital* de *maman Brigitte*. Cuando lo abrí, de todas formas, no

sabía cómo atraerlos. En ese barrio yo no era nadie. Puse un anuncio en la radio, que emitían todos los días. El locutor decía esto: «*Centre de Santé Omeco Dieu le veut, avenue Sandoa, numéro 1, est ouvert aujourd'hui à seize heures. Sabez que todo el mundo tiene derecho a hacerse un chequeo gratis.*» En los otros hospitales esos chequeos venían a costar algo así como cincuenta euros. Muchas personas se presentaron de inmediato. La salud, en Matadi, es un lujo que casi nadie puede permitirse. Luego ya fijamos un precio. Con una ficha que podía equivaler a unos cinco euros, los pacientes tenían derecho a una visita del médico y a que le prescribieran las recetas. Los que se habían hecho chequeos gratis volvieron y empezamos a proporcionar los servicios más sencillos – inyecciones, sueros, terapias para la malaria–. Poco a poco fuimos subiendo el precio de la ficha, pero mientras tanto se había difundido la voz de que los médicos de la «Dieu le veut» eran buenos y, a partir de entonces, las cosas nos fueron cada vez mejor.

Por regla general, mis pacientes son parturientas, mujeres con embarazos de riesgo, fiebres tifoideas, abscesos, hiperglucemias, diabetes, parásitos, malaria, tuberculosis, muy extendida debido a la malnutrición. También las gastroenteritis y los desarreglos intestinales son frecuentes; en muchos barrios de la ciudad existen cloacas a cielo abierto y el agua no es potable. E incluso puede ocurrir que nos llegue alguien electrocutado. Los cables de la electricidad están al aire libre, los accidentes resultan inevitables. Mi mejor amiga murió así, con su niño en brazos: su corazón se detuvo, no fue posible reanimarlos.

Mi clínica es de pago, pero también acepto a gente que no tiene dinero. En Matadi todo el mundo sabe mi número de teléfono. Llevo el móvil siempre encendido. Me llaman desesperados a cualquier hora, incluso en plena noche: *Maman Brigitte*, te lo suplico, mi hijo tiene una infección... Mi hija tiene un absceso... Te pagaré cuando mi marido encuentre trabajo. No intentan timarme. Encontrar trabajo en Matadi no es nada fácil. Sobre todo si tienes estudios. Si no conoces a alguien en el gobierno, aunque te hayas sacado el título, te quedas en el paro. Y cuantos más estudios tienes, más difícil es aceptarlo. Muchos hombres se pasan las horas jugando a las cartas y empiezan a beber. El alcohol los destruye. Muchos emigran. Un día salen hacia Europa y durante años no se vuelve a saber nada de ellos. Cómo no iba a ayudar a una madre, yo también tengo hijos. Aún me acuerdo de Egala, una niña paupérrima que se estaba muriendo por una cirrosis hepática, y de Franklet, un huérfano. Tendría unos ocho años, vivía en la calle. Hay millones de niños de la calle en el Congo.

Nadie podía pagar por él. Un diente chico le había agujereado la mandíbula. La herida se había infectado. Corría riesgo de morir. Lo curé. Se hizo grande y fuerte, de vez en cuando aún pasaba a saludarme.

Esa tarde de noviembre, entre los pacientes había también siete manifestantes que habían sido heridos durante los enfrentamientos de la tarde anterior. Las elecciones siguen siendo un periodo turbulento en el Congo. Los resultados siempre provocan protestas, las acusaciones de fraude se suceden unas a otras y las sentencias de los tribunales nunca las sofocan. Aunque en esas elecciones no había votado el pueblo, sino veintiocho diputados, en Kinshasa. A los gobernadores de nuestras provincias los eligen los cargos electos. Siempre me ha interesado la política. Todos aquellos que nacimos después de la independencia creemos que la democracia exige participación. Votar y ser representado es un derecho que pagamos con siglos de esclavitud y de sumisión. Ser una colonia te exime de todas las responsabilidades, las instituciones no te pertenecen. Las tienes, pero no las respetas. En cambio, si tienes la posibilidad de elegir a quien te gobierne, tienes que hacerlo. Seguimos las campañas electorales, los comicios, luego el recuento de votos. También los resultados de esas elecciones los esperaba con impaciencia. El vicegobernador cuyo mandato concluía, Déo Nkusu, apoyado por el presidente, obtuvo menos votos que el candidato independiente, Jacques Mbadu, de manera que dos días después se celebró la segunda vuelta. Mbadu no solo mantuvo sus votos: sumó otros tres. Cuando por fin anunciaron el resultado definitivo, lo anoté en mi agenda. Es una de las pocas cosas que conseguí recuperar de mi casa. Me la enviaron el año pasado. Escribí: Jacques Mbadu, 17 votos; Déo Nkusu, 11. Los partidarios de Mbadu salieron a las calles para celebrar la derrota de Déo Nkusu, llegaron hasta la residencia del vicegobernador. En Matadi somos Bakongo, tenemos un movimiento que sostiene nuestras reivindicaciones: Bundu dia Kongo. Siempre fuimos adversarios del presidente Kabila: primero del padre; luego, del hijo. Siempre ha habido revueltas y algaradas contra el gobierno, siempre sofocadas a sangre y fuego y seguidas por oleadas de represión. El 31 de octubre de 2012 todos los manifestantes eran jóvenes. Por otro lado, en el Congo dos de cada tres personas tienen menos de treinta años.

Bailaban y cantaban, locos de alegría, le gritaban al derrotado: Márchate, largo ya, se acabó. Lo celebraban demasiado pronto, porque el vicegobernador aún no había aceptado el resultado de la votación. Yo no estaba en la calle. Hacía ya tiempo que no iba a las manifestaciones, desde que las prohibieron. Pero mi

padre había sido miembro del partido de la oposición, la Unión para la Democracia y el Progreso Social, y toda la familia pensaba como él. Las reuniones del partido se celebraban en una de sus casas. También mi marido tenía el carné del partido y hasta yo me lo había sacado. Se quedó en mi casa, en algún cajón.

Ya era noche entrada cuando empezaron a llegar los heridos a la «Dieu le veut». Los militares habían cargado contra los manifestantes y los habían dispersado. Ingresamos a siete, seis hombres y una mujer. Tres estaban graves, con heridas de arma de fuego. Al personal de mi clínica lo había elegido yo misma, en persona. Dos médicos, dos auxiliares, ocho enfermeros. Yo no soy médico, pero sé cuándo alguien sabe hacer bien su trabajo. Y quise tener a buenos médicos en la «Dieu le veut». Los curaron.

Al acabar la ronda de los pacientes, me reuní con el hombre que me esperaba. Un tipo gigante, corpulento, vestido con un traje oscuro de buena calidad, los ojos redondos y duros como los de un cuervo. Cada uno de sus gestos traslucía la costumbre del ejercicio de la autoridad. ¿Tú eres Brigitte Zébé?, me preguntó. Sí, le contesté. Tenemos un problema contigo. Lo invité a que me acompañara hasta mi despacho.

¿Has ingresado a heridos después de la manifestación?

Aquí tengo muchos enfermos.

Me han enviado a verte. Tienes suerte, tu vida está a punto de cambiar. Todo te va a ir sobre ruedas. ¿Ves este cheque? Está a tu nombre. Son cien mil dólares. Ve al banco y podrás cobrarlo.

Yo no quería cobrar ningún cheque.

El gigante me enseñó un carné. Lo miré sin prestarle mucha atención. Vi que se trataba de un coronel del ejército. De entrada no me preocupé. No había infringido las leyes. Tenía todos los permisos necesarios para tener mi clínica. Muchos ambulatorios y clínicas son improvisados, ilegales, pero «Dieu le veut» estaba en regla. El coronel colocó un frasco sobre mi mesa, una botella de un litro, quizá, como las de agua mineral, con la etiqueta blanca. La reconocí de inmediato.

No es difícil. Durante la ronda de noche, tan solo tienes que poner siete inyecciones.

Soy cristiana. Estudié para curar a la gente, no para matarla.

Siete inyecciones.

No puedo hacerlo.

Siete inyecciones.

Soy enfermera.

No se lo dije, porque no habría servido para nada, el coronel ya lo sabía y eso no le importaba lo más mínimo, pero yo había hecho el juramento de Hipócrates. Juro no realizar nunca ningún acto capaz de provocar de forma deliberada la muerte de un paciente.

Está bien, Brigitte. Si no quieres, me marchó.

El coronel recogió la botella y se marchó de allí. La botella era de formol. Es un fármaco abortivo. También sirve para embalsamar los cadáveres. Pero inyectado en dosis masivas provoca la parálisis y la muerte.

No esperé hasta el final del turno. Me marché antes. El coronel no me había amenazado y se había mostrado, por el contrario, cortés y casi respetuoso, pero la angustia se apoderó de mí. Regresé inmediatamente a mi casa y se lo conté a Cyprien. De mis tres hermanos, él siempre ha estado más cerca de mí y es al que más quería. Se lo debo todo. Si estoy viva, si pude crecer y llegar a ser adulta, si pude casarme, tener hijos –vivir, en resumen– es gracias a él.

Una tarde –yo tenía casi ocho años– a la salida del colegio seguí a mis compañeros de clase hasta la orilla del Congo. Había dejado de llover hacía poco y el sol brillaba. Era la estación de las lluvias y los temporales habían hecho crecer el río hasta volverlo tumultuoso, inmenso. El barro y los sedimentos le daban al agua un color marrón oscuro, casi negro. Mis compañeros fueron corriendo a la playa, para jugar, y yo los seguí. No sé cómo, me encontré en el agua. La corriente me agarró por los tobillos, perdí el contacto con el fondo y en un instante me sentí arrastrada. Empecé a gritar, pero enseguida me hundí, porque no sé nadar, nunca aprendí, empecé a tragar, salí de nuevo a flote, choqué contra las rocas, me herí y de nuevo me vi hundida otra vez. Me ahogaba, los pulmones se me llenaron de agua. Pero Dios avisó a Cyprien.

Tenía doce años. Aunque estaba ya en secundaria, asistía a la misma escuela que yo y nos había visto bajar al río. Cuando mis compañeros empezaron a gritar ¡¡¡Bilí, Brize, Brize!!!, Cyprien se echó a correr. No se lo pensó ni un segundo siquiera y se lanzó al río. Pero mi cabeza ya había desaparecido. El agua bajaba turbia, la visibilidad era nula, pero se sumergió, empezó a manotear en el punto en que me había hundido y al final agarró un borde de mi falda. Nosotros, en el colegio, llevábamos uniforme. Me arrastró hasta la orilla. Me lo explicaron todo,

yo no lo recuerdo, pero había perdido el conocimiento. Había dejado de respirar. Estaba hinchada como una pelota. Cyprien me puso de costado y me comprimió los pulmones para hacerme escupir el agua. Me brotó de la boca una fuente de lodo oscuro. En el hospital me reanimaron. Tal vez fue por aquello por lo que decidí ser enfermera para salvar a la gente. Pero cuando recobré el conocimiento los médicos me dijeron: Si no llega a ser por ese chiquillo, tu hermano, Cyprien, ya estarías muerta.

En Matadi, Cyprien y yo vivíamos en el mismo rellano de un bonito edificio que daba a una *avenue*. Mi hermano tenía un buen trabajo, era supervisor en el hotel Métropole, el mejor de la ciudad. Hasta el puerto de Matadi confluyen las mercancías y las materias primas que el Congo exporta al mundo entero. El Congo es el país más rico en recursos del África y el más rico también en pobreza. Tenemos coltán, uranio, diamantes, cobre, ya puedes imaginarte el movimiento y la cantidad de hombres de negocios europeos, americanos y chinos que se alojan en ese hotel cada noche. Cyprien y yo nos veíamos todos los días. Coco, su mujer, era maestra en la escuela privada de las monjas. Éramos buenas amigas. Dos años antes habían tenido un niño, al que pusieron de nombre Prince. Cuando venía a visitarnos, mi madre se quedaba con mis hijos y el suyo. Siempre jugaban juntos.

Ahora no sé dónde está Prince, quién se lo llevó, qué habrá sido de él. La última vez, Gervais lo vio cerca de Matadi. Era demasiado pequeño como para acordarse de su padre, tampoco recordaba a su madre. Si aún sigue con vida, ni siquiera sabrá quién es. La idea de no poder encontrarlo, de no poder salvarlo, me rompe el corazón.

A Cyprien se lo expliqué todo, sin ocultarle nada. Los manifestantes, el coronel, el cheque, la botella de formol. Él me miró, suspiró y luego me dijo que había hecho lo que era justo. Estaba preocupado, aunque no quería dejar que yo lo notara.

Cyprien y yo éramos los últimos Phakua. De los cuatro hijos que mis padres trajeron a este mundo, solo quedábamos nosotros. Mi hermano mayor se llamaba Leonard Songo Mavinga. Cuando en 1989 lo enrolaron en el ejército de Mobutu y se marchó para luchar contra los rebeldes en Kisangani, tenía solo quince años. Me acuerdo de que gustaba mucho a las chicas, porque tenía la piel negrísima, era mucho más oscuro que Cyprien y que yo. Era verdaderamente guapo. Pero aún no tenía novia, ni esposa, ni hijos. Cuando regresó, en 1993, ya no nos

reconocía. Hablaba solo. Había perdido la memoria. Ya no sabía quién era, ni quiénes éramos nosotros. Tal vez se volviera loco a causa de las atrocidades que tuvo que cometer o que sufrió o en las que tan solo estuvo presente. Otros dicen que contrajo la malaria cerebral. Otros, en cambio, que fue gaseado, es decir, que respiró gas venenoso en la guerra. Nunca podré saberlo.

Se fue a vivir con mi madre, en un pueblo del Mayombe, entre Madinga y Lukimba, bastante cerca de Boma. Mi hermano había nacido allí, antes de que mis padres se trasladaran a la ciudad. Mi madre, los médicos y los cuidadores lo intentaron todo para tratar de hacer que superara el shock. Las medicinas occidentales, las tradicionales, las chinas; las hierbas, los brebajes, las terapias psiquiátricas, la magia. Pero estaba completamente perdido. La última vez que lo vieron estaba solo, vestía una camiseta roja y chancletas. Se internó en la selva. Alguien intentó convencerlo de que volviera tras sus pasos, porque es peligroso entrar en la jungla solo, desarmado, pero él ni siquiera se dio la vuelta. Leonard desapareció así. La gente de Mayombe dice que se lo comieron las fieras. Lo único que encontramos de él fue un jirón de la camiseta roja colgando de una rama.

Mi segundo hermano se llamaba Valère. Nació en 1966, el mismo año que mi marido. Una noche los militares hicieron una redada en el pueblo. Desde que tengo uso de razón, siempre ha habido alborotos y rebeliones en mi aldea. Nadie se ha sentido nunca seguro. Altercados, explosiones de violencia feroz, sangre. Toda clase de felicidad, de certeza, de bien, incluso la propia vida, era en cierto modo aleatoria. Crecí sabiendo que cada día podía toparme con un muerto en la calle o que mis hermanos mayores podían ser capturados y alistados en el ejército. Los padres iban a buscar a sus hijos a la salida del colegio para ponerlos a buen recaudo. Luego estalló la guerra de verdad. Cuando se llevaron a Valère, hacía años que duraba: había terminado la primera y en agosto de 1998 empezó la segunda. Vosotros la llamáis la gran guerra africana, la guerra mundial africana; si se hubiera librado en Europa, sabríais algo al respecto. Sabéis de Bosnia y de Irak, nada de nosotros. Murieron millones de personas: dicen que seis millones, quizá ocho, pero tal vez fueron muchas más y nunca se sabrá cuántas. Nadie puede contar los cadáveres descuartizados ni los cuerpos sin nombre. Una generación entera desapareció entre las montañas del Kivu y las colinas del Este. Pero no solo murieron los combatientes, sino también civiles desarmados, mujeres y niños, por los abusos, las violaciones, la desnutrición, las enfermedades que ya no se podían curar: hasta la diarrea se volvió letal. Desde

1998, soldados de ejércitos de nueve países, guerrilleros de treinta milicias, rebeldes de sectas religiosas y tribales se masacraban indiscriminadamente en fronteras que se iban moviendo. Los enemigos cambiaban de mes en mes y, del mismo modo, las alianzas. Uno ya no sabía quién luchaba contra quién, ni por qué. No se distinguían las culpas, las razones, el sentido de esa masacre.

El ejército gubernamental necesitaba soldados y los militares alistaban a todos los hombres en condiciones de luchar. Capturaban a los varones que encontraban por la calle, los subían a un camión y los enviaban al este del país. Valère nunca se habría marchado por su propia voluntad. Tenía un hijo al que adoraba, Girens, y era feliz. No estaba entrenado, no le gustaba la violencia y no tenía enemigos. Durante meses no supimos nada de él. Luego, un día regresaron dos de los hombres que habían sido alistados con él. De todos los que habían sido capturados en la aldea aquella noche, ellos eran los únicos supervivientes. Nos contaron que Valère había muerto en combate, el 8 de mayo de 2001, en alguna parte del norte del Kivu. Tampoco hallaron su cuerpo.

Esa noche no logré dormir. Me levanté a las cinco y fui a la iglesia. Me habría gustado hablar con un sacerdote. Recé. Luego me dije *Dieu le veut*. Y me fui a la clínica, como todos los demás días. Trabajar me sentó bien. No volví a pensar en la botella de formol ni en el coronel. Me tomé mi descanso entre las dos y media y las cinco y media; luego empecé el segundo turno, que terminaba a las diez de la noche. Los siete heridos de la manifestación estaban mejor. No podía darles el alta, pero sus vidas ya estaban fuera de peligro.

Entrada ya la tarde, en la ciudad empezaba la fiesta de la Cruz Roja. Y yo quería ir. Nunca he faltado, estoy orgullosa de formar parte de la Cruz Roja. Por eso saqué mi carné del cajón del escritorio y me puse el uniforme. Es bonito nuestro uniforme de la Cruz Roja. Blanco y marrón, de color chocolate, sé que el vuestro es distinto.

Me entretuve charlando con mis empleados, los médicos, los auxiliares, los enfermeros. No tenemos solo una relación de trabajo. A algunos los ayudé a casarse, a otros les presté dinero cuando lo necesitaban. Son como miembros de la familia. Luego me despedí de ellos y me fui a la fiesta.

Recuerdo solo la alegría, las bromas, las risas. Reúnes a unos congoleños y ya tienes música y rumba. Bailé. Me tomé una cerveza para relajar los nervios. Ninguno de mis empleados pudo avisarme de que a las once los militares se presentaron en la «Dieu le veut» y primero les requisaron todos los móviles.

Luego les pidieron que les indicaran quiénes eran los manifestantes, para distinguirlos de los otros pacientes. Los obligaron a hacerlo. Fueron a buscarlos habitación por habitación. Los subieron a los jeeps con cristales tintados y se los llevaron. Nunca se supo nada más de ellos.

Cuando regresé a mi casa ya era tarde, me fui enseguida a la cama. Estaba tan cansada que ni siquiera me quité las medias. Me dormí como un tronco. A la una oí los golpes. Ni siquiera me dio tiempo para preguntar quién era cuando ya habían echado la puerta abajo. Entraron cinco, tres civiles y dos militares. Vinieron directamente hacia mí, sin decir ni una palabra. No necesitaban saber quién era, porque ya lo sabían: venían a por mí. Y yo supe que aquello era el fin. Se nos llevan así, de noche, nos hacen desaparecer, nos tiran al río aún con vida, encerrados en un saco. No le dejan a la familia un cadáver que enterrar, ni siquiera un puñado de huesos. Nuestro cementerio es el fondo cenagoso del río Congo, que tras las gargantas de los rápidos, en Matadi, hacia la desembocadura, es tan ancho como el mar: quizá la corriente nos arrastra hasta el océano. Nos borran. No existe siquiera nuestra muerte.

Empecé a gritar ¡Ayuda, ayuda, ayuda! En casa, solo Gervais se despertó. Los niños tienen el sueño profundo. Y los míos eran muy pequeños. Mi sobrino ya había cumplido los catorce en febrero, pero se quedó en su habitación. No vio nada. Dios protege a mis hijos. Salvó a Gervais. Los dos hombres uniformados me aferraron por un brazo. Empezaron a arrastrarme hacia la puerta. Estaba descalza, al levantarme de la cama solo había tenido tiempo de echarme por encima, sobre la *pagne*, la blusa del uniforme de la Cruz Roja que había dejado sobre el respaldo de la silla. Me ataron las manos con una cuerda y me amordazaron.

Cyprien había oído mis gritos. Sabía lo que estaba ocurriendo, fue consciente de todo, pero aun así salió al rellano. Yo era su única hermana, me quería. Y ya me había salvado la vida una vez. Salió a su encuentro, decidido, dispuesto a enfrentarse con ellos. Pero los hombres son más feroces que la corriente del río Congo. No tuvo tiempo ni de decir una palabra. Le dispararon con la ametralladora. Debía de tener el silenciador, porque tan solo oí una especie de roce. Cyprien se desplomó sobre sí mismo. Murió de golpe.

Nos arrastraron hacia abajo a los dos juntos, hacia un jeep con los cristales tintados. Uno de los dos militares me vendó los ojos, luego me echó algo en las manos. Un líquido ácido, urticante, que me quemó la piel. Me lanzaron en la parte trasera y me echaron encima el cuerpo de Cyprien. Era pesado, me

aplastaba, casi no podía ni respirar. El conductor puso el motor en marcha y partimos. No veía nada, notaba la sangre caliente de mi hermano chorreando sobre mí. El jeep daba saltos en los baches. El asfalto, en Matadi, solo existe en las calles principales, y evidentemente estábamos yendo hacia las afueras. Pero no hacia Kinshasa, tal vez hacia la selva. No sabía adónde estaban llevándome. Solo sabía que nunca más iba a regresar. Que mi madre no volvería a verme jamás. Tenía cuatro hijos: no le quedaba ninguno. No había podido despedirme de los niños. Quizá Gervais no se hubiera percatado de que se me llevaban de allí y no podría explicarles a los otros que no me había marchado por mi propia voluntad. Estaba completamente a oscuras, en Matadi la luz eléctrica falta dos días a la semana, pero de todos modos los vecinos no se habrían asomado. No puedo reprochárselo: si lo hubieran hecho, los habrían matado. Yo ya no existía.

Viajamos durante horas o, por lo menos, así me lo pareció a mí. Luego nos detuvimos. Me bajaron a rastras del coche, me tiraron por los suelos. Estábamos en la selva, notaba el olor a madera húmeda, el movimiento de las hojas. Alguien movió el cuerpo de Cyprien, lo tendieron sobre mí, apretaron su cabeza contra la mía. Le bajaron los pantalones. Las únicas palabras que me dijeron esa noche fueron estas: Ahora, fóllatelo.

CUATRO

Y con los días me encamino y me confundo,
voy, cada vez más lejos de mí,
desgajado...

A. ZANZOTTO, «De un eterno exilio»

«*Et voilà, aujourd'hui je suis en Italie pour ma sécurité.*» Así termina la concisa instancia escrita a mano y fechada el 6 de febrero de 2013 en la que, en un francés escolar pero correcto, Brigitte resume los acontecimientos que la llevaron a Roma. Francesca Napoli guarda el papel en la carpeta y se da la vuelta para colocarla en el fichero. Desde la mesa hasta el mueble archivador hay menos de treinta centímetros, pero se toma su tiempo: el pretexto le sirve para ocultarle los ojos húmedos por las lágrimas. Es la abogada de esta mujer y debe transmitirle seguridad. Brigitte Zébé no debe pensar que es una chiquilla emotiva.

Y, por otra parte, no lo es. No hace dos años siquiera, en la primavera de 2011, se encontró durante un mes bajo los bombardeos de los cazas franceses, en Misurata. En esa época trabajaba para Médicos sin Fronteras. Durante el asedio, el personal sanitario libio huyó de la ciudad: para ocuparse de los más de doscientos cincuenta mil habitantes solo estaban ellos, llegados desde Malta en una barcaza alquilada, que había recorrido en sentido inverso la misma ruta seguida por los inmigrantes y los refugiados. Entre febrero y mayo la ciudad fue prácticamente arrasada por los rebeldes, por los leales, por la OTAN. Las explosiones, cercanísimas, hacían temblar las paredes, rebotar el suelo, estallar los cristales. Tuvo miedo, pero no sufrió ninguna crisis de histeria, un autocontrol que fue considerado sorprendente en una mujer tan joven y por vez primera en la línea de fuego. El hecho es que trabaja en el Centro Astalli desde hace menos de un mes. Brigitte Zébé es uno de los primeros casos que le han sido confiados a ella. Y es un caso terrible.

Lo primero que quiere hacer por Brigitte es profesional: concertarle una cita en la comisaría, para que pueda ponerse en marcha toda la burocracia. Levanta el

teléfono, permanece a la espera, explica, aguarda, concluye. La segunda es humanitaria: ponerse en contacto con el SaMiFo (el centro sanitario público para los inmigrantes forzosos, en el que desde su fundación trabajan empleados y voluntarios del Centro Astalli), para que pueda visitarla un médico. Levanta el teléfono, permanece a la espera, explica, aguarda, concluye. La tercera es simplemente humana: buscarle un sitio donde dormir. No puede dejarla volver a la estación de Termini. Aunque el color oscuro oculta las manchas de humedad, tiene la impresión de que los tejados de Brigitte Zébé están mojados y pegados a los muslos, y la idea de que se están secando al aire, a esta temperatura, la inquieta sobremanera. Además, los ojos brillantes y los escalofríos que la hacen temblar revelan que tiene fiebre, se diría que más bien alta. Los médicos del SaMiFo descubrirán cuál es el problema y la ayudarán. Pero eso tendrá que ser al día siguiente: el ambulatorio está abierto solo por las mañanas. Lo más urgente es encontrar un sitio para esta noche. Una cama en un dormitorio, donde sea, incluso en la periferia más alejada, Roma es grande. Y, además, ella aún no sabe orientarse bien.

Francesca y Brigitte Zébé llegaron casi al mismo tiempo. También ella desembarcó en la estación de Termini, no hace ni veinte días. Y se internó, un tanto aturdida, en el desorden, en el vocerío, en el tumulto. Pero con una mano arrastraba su única maleta y con la otra apretaba la de Jeremy. Y tenía ya una cita concertada con el Centro Astalli para firmar el contrato.

Que se dirigiera a ese centro se lo aconsejaron en Cáritas, mientras prestaba servicio como voluntaria tras haber superado el examen de abogacía. Era diciembre de 2011. Tienes experiencia en derechos humanos, has trabajado para ACNUR, hablas perfectamente tres lenguas: lleva el currículum al Centro Astalli, la exhortaron, ese puesto es para ti. ¿El Servicio de los Jesuitas para los Refugiados? Dudó. Sus experiencias las había desarrollado en instituciones y en organizaciones humanitarias laicas. Después de la primera comunión, no había tenido contacto alguno con los círculos religiosos. El fin de las acciones, no obstante, es más importante que quien las lleva a cabo. El padre Belardelli la llamó para concertar una entrevista y la sintonía fue inmediata. Pero en ese momento la pequeña asesoría legal ya estaba al completo. De manera que se marchó a Sudán del Sur, donde la situación de emergencia humanitaria de la región de Darfur reclamaba cooperantes. Se comprometió con Intersos y no volvió a pensar en el Centro Astalli. En el campo de refugiados de Sudán del Sur la pusieron al mando de un equipo de veinte varones africanos, al principio nada

contentos al saberse a las órdenes de una jovencísima mujer blanca. Se ganó su respeto. En Darfur había un chico canadiense, hijo de un misionero que estaba en Kenia. También Jeremy trabajaba para Intersos. Se gustaron, se enamoraron y vivieron juntos y, diez meses después, cuando el conflicto sirio degeneró y millones de refugiados empezaron a concentrarse en los países limítrofes, proyectaron irse a Jordania. Regresaron a Italia el pasado noviembre únicamente para reorganizarse.

Y en ese momento, mientras establecían contactos y valoraban las diferentes posibilidades, la llamaron del Centro Astalli: una de las abogadas se ha marchado, queda vacante un puesto en la asesoría legal. En la entrevista le propusieron que entrara a trabajar ya, con un contrato indefinido. Dicho de otra manera: se le ofrecía la posibilidad de ejercer la profesión para la que había estudiado, para las personas de las que había elegido ocuparse y para los fines que perseguía desde que, inmediatamente después de sacarse el título de Derecho, se marchó de Nápoles para ayudar a los niños de un orfanato de la India. Una oportunidad que no podía dejar pasar y menos aún a los treinta años. Y su novio renunció a todo y se quedó en Roma con ella y por ella. Aún no han buscado casa. Se han instalado provisionalmente en una residencia para turistas, en el paseo del Tíber. Desde las ventanas se ven los plátanos del río.

Levanta el auricular y telefona a la Casa de Giorgia, el centro de acogida del Centro Astalli para mujeres solas o con hijos menores de edad. Las treinta plazas gestionadas por el Ayuntamiento están ocupadas, las cuatro que el centro se reserva para las emergencias tampoco están disponibles esta noche. La última la acaban de dar precisamente hace nada. Terunesh, una antigua residente etíope a la que todo el mundo cogió cariño, está de paso por Roma. En la actualidad vive en un centro de acogida en Apulia, pero ha tenido que volver para arreglar unos papeles. Es bonito que siga considerando la Casa de Giorgia su casa...

Francesca telefona a la oficina del Ayuntamiento, en la calle Assisi. Expone la situación, detalla las pésimas condiciones de salud de la solicitante. En las entidades municipales no tienen sitio. Llama a la otra casa de primera acogida del Centro Astalli, en Monteverde. Tampoco tienen sitio. Los ojos de Brigitte la observan, no pierden ni un solo movimiento. Escucha todas las conversaciones, aunque no entienda ni una palabra. Los labios hinchados, perfectamente delineados, la nariz pequeña y chata, el óvalo del rostro armonioso, el cutis de bronce bruñido. Rasgos ahora desfigurados por la tensión, que permiten adivinar, de todas formas, el recuerdo de una belleza insolente, marchita.

Telefonea a las monjas de todas las congregaciones que ofrecen alojamiento y primera acogida, incluso las no gestionadas por el Centro Astalli o con las que este no tiene ningún convenio. Nada. Con el paso de los minutos, el tono de su voz cambia. Profesional, aséptico, poco a poco se va haciendo insistente, casi suplicante. Tengo aquí a una mujer de treinta y ocho años, se encuentra en una situación verdaderamente difícil, lleva doce días en la calle, está enferma, sucia, necesita lavarse, entrar en calor, no puede seguir durmiendo a la intemperie, de verdad. Haced un esfuerzo, por lo menos esta noche. Por favor. No hay nada que hacer. Todas las instituciones de referencia están al completo. El SPRAR, que protege a solicitantes de asilo y refugiados, aún no existe, el sistema de acogida no está organizado, no funciona, se colapsa. No hay ni una cama en toda Roma. Brigitte está completamente inmóvil, petrificada. Parece ausente, desvanecida, pero no le quita los ojos de encima. Negros, redondos, grandes.

Emanuela, que trabaja en la asesoría legal del Centro Astalli desde hace más tiempo que ella, le sugiere que lo intente con las Misioneras de la Caridad, las monjas de la Casa Dono di Maria: siempre han echado una mano cuando no nos quedaba ninguna otra puerta a la que llamar.

Y, en efecto, sor Claudia le concede una pizca de esperanza. Haremos lo posible, le asegura, ya verás cómo la colocaremos en algún sitio. Pero tenemos que buscar a alguien que vaya a recogerla. Creo que sor Justine está haciendo unos encargos por el centro. En cuanto sepa decirte a qué hora puede pasarse por ahí, te llamo. La verdad es que estaba a punto de marcharme, objeta Francesca, mirando de reojo el reloj. Puedo quedarme aquí una horita más, pero luego tengo que marcharme. Vaya, confío en poder decirte algo antes. De todas formas, ¿tu refugiada tiene alguna forma de ser localizada?

Est-ce que tu as un téléphone?, pregunta Francesca. No es una pregunta paradójica: incluso el refugiado que no posee más que la ropa que viste, suele tener un móvil. Brigitte asiente, en efecto, saca de la chaqueta el Samsung plateado. Le dicta el número, que no recuerda de memoria, leyéndolo de un papelito arrugado. Francesca se lo dicta a su vez a sor Claudia y se lo repite varias veces, para asegurarse de que esté correcto. Sí, confirma, puede contactar con ella a cualquier hora. Brigitte no le dice que aún no ha utilizado ese teléfono.

Francesca cuelga. Está contrariada, pero es capaz de impedir que Brigitte se dé cuenta. La conoce desde hace poco más de una hora. Zébé se muestra cerrada, escéptica, desconfiada. Su relación no puede empezar con una decepción. Comamos algo, le dice, el comedor aún está abierto. Brigitte toca con los dedos

los cuatro euros en el bolsillo de los tejanos y niega con la cabeza. Empieza a entender el valor del dinero y sabe que no tiene bastante para una comida. Francesca insiste, la convence para que la siga hasta la barra. Cogen una bandeja. Un plato de pasta, legumbres, una naranja, un vaso de agua. Francesca le ha dejado el encargo a Emanuela de que la busque si la llama sor Claudia. De vez en cuando se gira hacia el despacho, pero el teléfono no suena.

Brigitte traga la comida a duras penas. A la abogada niña le ha contado cosas que nunca se imaginó que tendría que contarle a nadie y, a pesar de ello, teme el momento en que tendrá que decirle que no puede pagar. No está acostumbrada a la pasta. Nunca ha comido. No le gusta, ni la consistencia gomosa y tirante, ni el sabor. Y tampoco la carne: sin especias, sin pimentón, le parece insípida y dura. A pesar de ello, se obliga a no dejar nada en el plato. No está acostumbrada a llenar el estómago y se siente hinchada, llena, a punto de reventar. Y el peso que sigue oprimiéndole el pecho hace que le falte la respiración. Ahora tendrás que registrarte y enseñar la tarjeta, dice Francesca. Luego, al ver que el rostro de Brigitte se pone rígido, añade sonriendo: Se trata de una formalidad, lo necesitamos para las estadísticas. Tenemos que saber cuántas comidas servimos y a quién. Solo es eso. *C'est pas pour payer?*, murmura Brigitte. ¡Pagar! Francesca reprime una sonrisa. Es un comedor gratuito. Puedes venir todos los días, de lunes a viernes, a las tres de la tarde. Ya te lo habrán dicho, las mujeres no hacen cola. Es una cuestión de principios. En cierto sentido, es un mensaje. Nosotros queremos transmitir que aquí las mujeres son importantes. Brigitte tiene la esperanza de que sean importantes de verdad.

Son casi las seis. El comedor ha cerrado, los trabajadores han limpiado las mesas, han sacado los bancos, que volverán a colocar mañana por la tarde, los comensales se han marchado. Queda alguien todavía en las duchas, pero en el sótano se ha hecho el silencio. Brigitte y Francesca siguen sentadas a la mesa. El turno ha acabado. Jeremy la espera en la residencia. Aún hay que vaciar las cajas. No tienen muchas cosas, ambos andan desde hace años un poco aquí y allá, en las cuatro puntas del mundo, perros callejeros como esos refugiados cuyas vidas pretenden organizar. Con menos de treinta años, ella ha vivido ya tres meses en un arrabal de Nairobi, siete en Colombia, un mes en Libia, diez en Sudán del Sur. Eso sin contar las residencias en el edificio acristalado de Nueva York, en Ginebra y en Lampedusa. Incluso ahora, podría meter toda su ropa en una maleta y marcharse en cualquier momento. Se ha prohibido mirar el móvil.

En el sótano del centro no hay cobertura, pero su novio y ella se comunican por WhatsApp. Tal vez le ha enviado un mensaje para pedirle que compre algo para cenar. Sor Claudia no ha llamado. Y, entonces, cuando se da cuenta de que el tiempo se ha terminado, de que tiene que marcharse ya, Brigitte se inclina hacia ella y encuentra valor para decírselo.

A las siete de la tarde, mientras Francesca se debate entre pasajeros nerviosos, maltrechos, apretados como sardinas en lata en el autobús que la lleva a la residencia, y se sorprende de que la capital de Italia tenga servicios públicos indignos de Nairobi, la llama sor Claudia. Está bastante irritada. Hemos encontrado un sitio para tu refugiada, pero sor Justine hace media hora que está esperándola delante del Centro Astalli y no aparece. ¿Sabes dónde se ha metido? ¡La he dejado en la plaza Argentina!, exclama Francesca, sorprendida. Sabe lo importante que es que se presente, imagínese, hermana, si no va a ir. Si no me equivoco y es quien yo me imagino, no va a venir, dice sor Claudia. Pero usted no puede saber quién es, objeta Francesca, Brigitte acaba de llegar a Roma. Eso es lo que dicen todas, responde sor Claudia. De todas maneras, sor Justine esperará un cuarto de hora más.

Con dificultad, porque el autobús se hunde en los baches del asfalto y da saltos y sacudidas, entre un empujón y un terremoto, Francesca busca en los contactos el nombre de Brigitte Zébé. La lista de contactos de su móvil es una antología de su vida. Parientes, amigos, refugiados de cinco continentes: Barbara, Benedict, Benjamin, Brigitte... Llama. El número marcado no se encuentra disponible.

Brigitte está en los grandes almacenes de Termini, en la sección de ropa interior: un festival de encajes y puntillas. Tangas, *culottes*, sujetadores *push-up*, camisetas transparentes, enaguas. Brigitte ni siquiera los mira. Cuando la cajera pasa las prendas por la máquina para desactivar el antirrobo, se limita a asentir. Le resulta indiferente el modelo, la talla, el color. Lo único que importa es el precio: unas bragas, un euro. Compra cinco pares de bragas. La cajera probablemente la ha visto durmiendo al raso por los alrededores, loca y desesperada. Se alegra al verla ahora delante de la caja, como una cliente cualquiera. El dinero se lo ha dado Francesca. Cuando salieron del Centro Astalli, la acompañó hasta el Carrefour y le compró un bote de gel. Brigitte se fijó en que la *petite fille* sacó la cartera del bolso, se guardó el cambio y arrugó el

tique. No necesita factura. No va a presentarla en el Centro Astalli para que se la paguen. Pagó con su dinero. Luego, antes de despedirse de ella, le dio un billete y le dijo, sonriendo: Las bragas será mejor que las elijas tú. Tener dinero a su disposición, tras tantas penalidades, la ha embriagado hasta tal punto que ha perdido la noción del tiempo y se ha olvidado por completo de la monja, de la cita, de la cama para dormir bajo techo, esta noche.

Brigitte vaga por el interior y los alrededores de la estación hasta que el vestíbulo se vacía y el frenesí baja tanto fuera como dentro de ella. Se siente mejor. Esta mañana llovía a cántaros y soplaban un viento molesto, pero por la tarde ha salido el sol y el frío ha menguado, de manera que su cuerpo ya no cruje ni siente punzadas, parece expandirse y reencontrarse el equilibrio. Pero, sobre todo: los tejanos se han secado en la calidez del sótano y se ha cambiado la ropa interior. La *petite jolie* pagó por ella, eso significa que la aprecia. El dinero, para Brigitte, es un símbolo de aprecio. Creció en la convicción de que las mujeres blancas son malas. Lo supo desde siempre, ni siquiera se acuerda de quién se lo enseñó, ni de cuándo. Hay verdades que no se ponen en duda, se heredan y se aceptan. Incluso su madre lo cree así. Aunque la madre de su madre fuera una mujer blanca. Procedía de Bélgica. Había emigrado al Congo a mediados de los años treinta, con su marido portugués, negro. Se llamaba Suzanne. Pero eso es todo lo que Brigitte sabe de ella. Su abuela murió cuando solo tenía ocho años, ni siquiera conserva una fotografía suya. Si lo piensa bien, nunca ha conocido a una mujer blanca. Tenía una amiga con los ojos verdes, sí, hija de un francés, pero Viviane no era verdaderamente blanca: era mestiza, porque su madre era negra. Francesca Napoli es la primera.

La *petite jolie* que de ahora en adelante la acompañará en todos sus pasos. Que es su abogada. ¡Una abogada, para Brigitte Zébé! ¡Y ni siquiera tiene que pagarle! Mañana irá al SaMiFo, a pocas manzanas de aquí, es gratis, Francesca se lo ha garantizado al cien por cien. *C'est pas pour les blancs?*, se ha informado, dubitativa. *Mais oui*, ha titubeado Francesca, *ou bien, non. C'est pour vous*. Un ambulatorio solo *per les réfugiés*. La verá un médico. Le analizará la sangre. Si puede curarse, el médico la tratará. Si no puede curarse, es que Dios así lo quiere.

Toma posesión de su baldosa, en la acera. Coloca la cabeza sobre la maleta con las ruedas rotas, que desde hace una semana le sirve como almohada. Cierra los ojos y, quizá por primera vez desde hace meses, se duerme. Un sueño

agitado, constantemente interrumpido por sobresaltos, pesadillas, sudores. Cuando unas manos de hombre hurgan en su cuerpo cree que se trata de un sueño. O de un recuerdo. Por eso cuando abre los ojos por completo un instante le parece estar en la celda de la cárcel. En cambio, está en la calle: la noche se ve atenuada por las farolas y por los faros de los coches que, al pasar, depositan sobre ella un efímero haz de luz. Y los cuatro tal vez cinco hombres que están sobre ella existen de verdad.

No son negros, pero tampoco blancos. Brigitte los define como *faux blancs*. Enseguida los identificará como gitanos. En cualquier caso, son huéspedes de la estación de Termini, como ella. Intentan desnudarla y arrancarle la chaqueta negra. Intenta levantarse, pero ellos la mantienen clavada en el suelo. Durante la pelea, se le sale la gorra de piel, una uña le araña la cicatriz de la frente. Un hombre le mete una mano entre los senos, otro intenta bajarle los tejanos, pero están ajustados sobre sus nalgas torneadas y no ceden. Se debate con todas sus fuerzas y grita con todo el aire que tiene. A pesar de no dormir desde hace meses y haber comido hoy por primera vez desde hace casi dos semanas, a pesar de que la fiebre la tenga desmejorada, solo fue débil cuando era una niña inocente y aprendió a defenderse. Es robusta, fornida y fuerte. Lucha, patalea, muerde dedos y orejas, arranca mechones de pelo, grita. Sus gritos llaman la atención de los *carabinieri* de la furgoneta, los que patrullan bajo la marquesina de la estación. Oye cómo se acercan los pasos. Se libera, se pone en pie y sale corriendo a su encuentro, gritando. *Ils m'ont violée! M'ont violée, violée!*

Pero detrás de ella ya no queda nadie, los asaltantes han salido huyendo por la calle Giolitti. Brigitte sigue gritando, gesticulando. Los *carabinieri* intentan que les explique qué ha pasado. Ninguno comprende el francés. El más joven va en busca de un compañero, con el pelo canoso y una prominente barriga, él sí la entiende e intenta tranquilizarla inútilmente. El cabo la escucha, sin interrumpirla, pero cree que se lo está inventando todo: a esos misteriosos *faux blancs* no se los ve por ahí, la mujer, aunque efectivamente se la vea despeinada y con los tejanos forzados, está sola.

Brigitte está fuera de sí. No es capaz ni siquiera de hablar. Se le traba la lengua, las ideas se le desvanecen. El cerebro se le dispara de nuevo. Como puede, el *carabiniere* consigue que lo lleve hasta el lugar donde habría ocurrido la agresión. Ella descubre entonces que le ha desaparecido la maleta rota con sus pocas cosas. Las únicas y las últimas que había llevado consigo desde el Congo.

Ahora sí que verdaderamente ya no tiene nada. Grita con más fuerza aún. Y llora.

Sí, verdad, verdad, confirma el vendedor bengalí del puesto de bebidas. Ayudándose de los dedos de las manos para hacerse entender con su dificultoso italiano, explica que los hombres eran cinco. Huyeron con la maleta de la señora. Los *carabinieri* no le dicen que presente denuncia. O tal vez es Brigitte quien prefiere desaparecer en la noche. Los hombres uniformados –aunque sean blancos– le infunden todavía un terror incontrolable. Además, ha caído en la cuenta de que los *faux blancs* no se han llevado el móvil. Ni los papeles que le han dado en el Centro Astalli. Ni el carné de la Cruz Roja. Los tenía en el bolsillo de la chaqueta negra y no han conseguido hacerse con ella. No tendría sentido denunciar el robo de una maleta que solo contenía una chaqueta blanca de algodón y unos pantalones cortos. Me marché en pantalones cortos. No sabía adónde iba. No sabía que podía hacer tanto frío. Y los cuatro pares de bragas nuevas... esas sí, preciosas. Pero le daría vergüenza decírselo a desconocidos. Los hombres no pueden saber lo que significa no poder cambiarse las bragas durante días y días. No pueden imaginarse lo que significa no llevar bragas durante semanas. Meses. Ser tan solo una vagina indefensa.

CINCO

¿Cómo he de medir esta soledad?

W. BENJAMIN, Soneto 54

Por detrás del barullo de la avenida Manzoni, la calle, flanqueada por pequeñas villas de dos plantas, en su mayoría transformadas en hoteles sin pretensiones para turistas de recursos limitados, es silenciosa y tranquila. En los escalones de la entrada se demoran enfermeros, jubilados, usuarios que esperan con el número en una mano y el *smartphone* en la otra. En el edificio de la ASL, recientemente reformado e insólitamente acogedor, el SaMiFo ocupa una extensa parte de la planta baja. Hay una oficina, un vestíbulo, varias estancias para los médicos (los de cabecera, el forense que extiende los certificados, los psicólogos, los psiquiatras), una sala de espera con una veintena de sillas rojas y las paredes recién pintadas con una tenue pátina amarilla, así como una biblioteca de la que pueden retirarse libremente libros y revistas. Italianos residentes en los municipios del centro de Roma y solicitantes de asilo se rozan casi sin percatarse.

Los blancos sacan los números de la maquinita y se distribuyen entre las mesas, para fijar la visita o pagar las prestaciones de los especialistas que van a recibir en las plantas superiores; los extranjeros, negros casi todos, las superan, y a la derecha enfilan en búsqueda de la orientación que pueda darles el SaMiFo. La mesa está situada en el centro de la sala de un modo estratégico: nadie puede ignorarla ni sentirse perdido. El encargado del mostrador, un maliano políglota, está listo para dar explicaciones en francés, bambara, wolof. Con cita previa, puede atender alguien que hable tigrina o amhárico. También los negros reciben un numerito. Se visita a treinta personas al día.

Abdu ayuda a Brigitte a gestionar los trámites para pedir la tarjeta sanitaria y poder disfrutar de dicho servicio. Luego la hace entrar en el *back office* para que pueda explicar lo que necesita en un espacio reservado. Los refugiados y, sobre todo, las refugiadas, tienen derecho a no informar a extraños sobre sus sufrimientos.

En el *back office* la escucha Martino, un italiano con gafitas rectangulares de miope, alto, guapo, moreno; él también tiene los ojos negros brillantes y barba, como Filippo. Brigitte le habla en francés y en francés le responde Martino. Acto seguido, ella caerá en la cuenta de que Martino es también un trabajador del Centro Astalli y que está allí precisamente para eso. Al principio, en cambio, su competencia lingüística contribuye a crearle la ilusión de que la mayoría de los italianos habla francés, que es la lengua que se enseña en el colegio, exactamente como lo fue para ella. Cuando Martino le pregunta dónde se aloja en ese momento, responde: en ningún sitio. Él apunta en la ficha «sin domicilio» y, alarmado, la envía de inmediato al médico de cabecera.

La doctora del SaMiFo determina que tiene tuberculosis y la hace rellenar el cuestionario para la TBC. Le dice también que tendría que ingresar en algún centro. Brigitte se niega. Sostiene que es enfermera y que sabe reconocer los síntomas de la enfermedad. Las tres T: tos, transpiración, temperatura. Y ella no tiene tos ni sudores, sino tan solo fiebre. Ha tratado a cientos de tuberculosos en su ambulatorio. La doctora, de todas formas, le realiza el test.

Detecta además una infección severa de las vías urinarias y del órgano reproductor. La paciente no tiene la regla desde hace cuatro meses. Está en edad fértil y refiere recientes abusos sexuales. A pesar de que la desaparición del ciclo puede estar provocada por las violaciones, por la malnutrición o por el shock, a pesar de que la amenorrea no es necesariamente un indicio de embarazo y de que casi todas las solicitantes de asilo, debilitadas por el viaje y por los traumas que han tenido que soportar, la sufren, le prescribe una visita al ginecólogo y un análisis de sangre para medir los niveles de beta-HCG.

Brigitte no se hace una prueba de embarazo desde hace siete años, pero ha realizado cientos. Al principio, antes de que llegaran los modernos tests, cuando trabajaba en un laboratorio, los realizaba de la manera tradicional. Con una jeringuilla, inyectaba la orina de la mujer en el lomo de un sapo. Al cabo de dos horas, aspiraba el líquido y lo aplicaba sobre el cristal. El microscopio revelaba de forma infalible si los espermatozoides habían fecundado el huevo. Su mente rechaza esa idea. No quiere ni pensar que pueda estar embarazada.

La doctora le receta un tratamiento con antibióticos y una serie de pruebas complementarias. Brigitte ni siquiera dirige una mirada a las recetas y se las entrega rápidamente al encargado del mostrador para que programe las visitas. Es una enfermera. Ya sabe lo que tiene y sabe qué son esas pruebas.

Aunque en francés se llama sida, es la misma enfermedad. Con mucha cautela, le han explicado que los seropositivos y los enfermos de aids en Italia (donde se utilizan las siglas en inglés) reciben asilo por razones humanitarias. Y también los inválidos y los afectados por enfermedades graves, en cuyos países de origen no podrían curarse. Es una forma de protección menor, aunque proporciona los mismos derechos que el asilo político. El permiso tiene una vigencia de dos años y puede ser renovado. Italia es el único país que contempla esta clase de protección. Podemos enorgullecernos de esta excepción.

¿Italia?, ha preguntado ella, dudosa. Estás en Italia. En Europa, pero en Italia. Ella asiente. Se acuerda de la primera vez que oyó hablar de Italia. Estaba en el mapa de la Biblia. El apóstol Pedro, explicaban las monjas belgas en catecismo, fue a difundir la buena nueva a la capital del imperio, en Italia.

La información sobre el asilo por motivos humanitarios para los enfermos la ha dejado perpleja y está convencida de que no ha entendido bien. Por regla general, nadie quiere a los enfermos. Son los últimos de los últimos. Esta Italia en la que se encuentra sin haberlo pretendido se anuncia como un país extraño. Pero de todas formas ese no va a ser su caso. No será una refugiada por motivos humanitarios. Cuando, unos días después, le sacan sangre, jura que si el resultado es «positivo», se dejará morir.

La doctora la envía al psicólogo. Urgentemente: lo que quiere decir que han de visitarla lo antes posible. Como revela el acrónimo SaMiFo, el ambulatorio está reservado para la prestación sanitaria a los migrantes forzosos y muchísimos de los que solicitan asilo necesitan una ayuda psicológica. Las mujeres, prácticamente todas. Las que lograron escapar a los abusos sexuales son raras excepciones. Muchas africanas, además, los han sufrido antes, durante y después de su huida. Pero también los más jóvenes son frágiles como el cristal. No hace ni tres días, en el aeropuerto de Fiumicino, se verificó un gravísimo incidente, que consternó a todos los médicos del SaMiFo, porque por cada uno que consigues salvar, pierdes a nueve. A las diez y media de la mañana, un chico de Costa de Marfil se prendió fuego en la Terminal 3. Era un «caso Dublín», repatriado desde Ámsterdam porque el primer país al que había pedido asilo era Italia y le había sido denegado. En cuanto desembarcó, le notificaron la orden de expulsión. Probablemente nadie le informó de que tenía derecho a presentar una apelación contra esa orden. Pero el retorno no se encontraba entre los planes del chico. Su viaje era solo de ida. En la bolsa llevaba un bidón de gasolina. Y en

cuanto le cerraron el paso, se la echó sobre la ropa. Mientras trasteaba con el encendedor, un policía saltó valerosamente sobre él, con el resultado de que él también sufrió quemaduras. De no haber sido por una funcionaria de la aduana que vació encima de ellos el contenido de un extintor, el joven habría ardido como una tea, y el policía, con él. Las últimas noticias eran que estaba ingresado en el Sant'Eugenio, en la unidad de grandes quemados, grave, aunque su vida no corría peligro. La prensa no difundió su fotografía, pero sí las iniciales de su nombre: C. A. Todos los trabajadores del SaMiFo y del Centro Astalli se preguntaron si lo conocían, si había pasado por el comedor social, si lo habían ayudado ellos, o los compañeros de otras ciudades italianas, a presentar esa petición que había sido rechazada. Tenía diecinueve años. Y estaba tan desesperado y decidido que prefería la muerte antes que la repatriación.

Abdu fija la visita para el primer día hábil: el 21 de febrero. Hoy es 19. Brigitte piensa que no va a presentarse. No necesita un psicólogo. En todo caso, un ginecólogo o un especialista en enfermedades infecciosas. Las tarjetas en las puertas le han permitido ver que en el SaMiFo hay médicos de ambas especialidades. Cree en la medicina, en los fármacos, en la ciencia. Y si de verdad ninguno de estos remedios funcionara, siempre puede recurrir a un curandero. Desconfía de la credulidad ancestral, de la ignorancia que atribuye las enfermedades al mal de ojo y la pérdida de la razón a un hechizo, pero algunas veces, en la oscuridad de la prisión, creer que eran los espíritus los causantes de su desgracia habría sido un alivio, como creer que había sido Dios quien la había salvado. La magia es el espejo de la religión. Un psicólogo, en cambio, ¿qué puede hacer por ella? Lo que yo necesito es una cama, un techo, dinero, a mis hijos. Hoy es el cumpleaños de Gervais. Cumple quince años. Es la primera vez que lo celebra sin mí. Pensará que lo he abandonado. Me odiará para siempre.

Brigitte sale del SaMiFo inquieta y consternada. Está en una zona de la ciudad que no conoce, unas manzanas más allá de la estación de metro de Manzoni. Es un mediodía gris y nublado. Ha llovido durante toda la mañana y las aceras del paseo están viscosas e inundadas por charcos oscuros. Un mendigo muestra su pierna amputada por debajo de la rodilla: en un vaso de papel recibe las limosnas de los viandantes. Lo agita, cuando ella pasa por su lado, haciendo tintinear las escasas moneditas de cobre. Brigitte lo ignora, pero la idea de que ese hombre haya creído que ella tenía algo que darle le da ánimos. Camina sin meta, atraída por una construcción blanca que le resulta familiar. De hecho, lo es: se trata del

edificio de las oficinas ferroviarias de la estación de Termini, tan largo como los trenes que desfilan por delante del mismo.

Se encuentra de nuevo en el vestíbulo y, durante unas horas, se protege del frío. Consigue incluso sentarse en el pretil de la fuente que hay en la planta subterránea. Intercambia algunas palabras con un blanco, no sabría decir si es italiano o de otro país. Aún no sabe distinguirlos. Divide el mundo en negros y blancos. No de inmediato, pero se da cuenta de que el blanco le está ofreciendo dinero a cambio de una prestación. No mucho, mejor dicho, poco, pero para algo rápido, conoce un sitio, aquí cerca. Dinero... Lo necesita. Lleva en el bolsillo dos euros y un billete de autobús. Se lo han dado en el Centro Astalli. Le insistieron en que pagara el billete en los transportes. La opinión pública ya se muestra hostil a los solicitantes de asilo, hay que evitar las ocasiones que puedan alimentar la intolerancia. El blanco está convencido de que ella estará de acuerdo. Está acostumbrado a hacer proposiciones semejantes y nunca se ha dado la circunstancia de que lo rechazaran. Pero Brigitte se levanta, enfadada. Ya puede llover, ya puede nevar, nunca más dormiré en Termini. Las noches siguientes las pasa en un banco de la plaza Venezia.

Podríamos habernos conocido en uno de esos días de febrero de 2013. En la plaza Venezia, en el primer piso del palacio que fue sede de la Embajada de la República Serenísima, luego de Austria y, al final, de Mussolini, quien instaló su estudio en la sala del mapamundi, con su tristemente célebre balcón; allí se encuentra la Biblioteca de Arqueología e Historia del Arte. En esa época, estoy escribiendo para *la Repubblica* la serie de artículos que compone el *Museo del mundo*. Cada domingo, en la cuarta página de cultura, explico un cuadro. Me he comprometido a entregar uno cada semana, durante todo un año. Soy un rayo cuando pienso y lenta cuando redacto: para no sentirme presionada por los plazos de entrega, antes del inicio de la publicación ya tengo preparada una veintena. Klee, el beato Angélico, Kokoschka, Jackson Pollock... He elegido los cuadros que más me gustan y mejor conozco, pero, a pesar de ello, necesito comprobar constantemente datos, noticias, recuerdos. He de ser mi propia editora de mesa: los despistes, los lapsus y los errores me serán imputados solo a mí. De manera que algunas mañanas voy en peregrinación a la biblioteca. Si llueve y no puedo utilizar mi *scooter*, voy en autobús. Me bajo en la parada de Aracoeli, cruzo los jardincitos de la plaza Venezia, en la cuesta que desde el Campidoglio desciende hasta el foso. Un recuadro verde delimitado por una

escalinata de travertino y por un vallado bajo de hierro, entre la plaza Aracoeli y la parada final del autobús. La hierba del césped, que jamás riegan ni cuidan, está tiesa por el hielo y repleta de botellas vacías, colillas, cáscaras de naranja y otros restos de acampadas, pese a que un cartel de Roma Capitale, clavado en la tierra desnuda, advierte de que está prohibido pisarla y también está prohibido pasear perros, tirar basura, coger flores. El cartel confía la admonición no a vanas palabras, sino a cuatro elocuentes viñetas: a pesar de ello, se ignora. Una hilera de bancos de mármol bordea la explanada recubierta de grava, en la cima de la ladera, bajo altos pinos seculares y obesos cipreses. Precisamente unos de esos bancos es la cama de Brigitte.

Lo eligió por la cercanía con la parada del autobús. A pesar de que por la noche apenas sale uno cada hora y suben pocas personas, siempre hay alguien. Conductores, estudiantes borrachos que van acabando la ronda de los pubs de Campo de' Fiori, algún mendigo que se regala un viaje en un espacio con calefacción, camareros que regresan a casa después del cierre de los bares. Y, por otro lado, está el coche patrulla de la policía que, mientras la luz de emergencia azul gira perezosa sobre el techo, recorre las calles del centro. Y están los militares que hacen guardia en el blanquísimo e imponente monumento que se cierne sobre la plaza: tan gigantesco y desmesurado, el Altar de la Patria parece velar sobre las criaturas liliputienses que lo rodean. La iluminación de las farolas es escasa, pero aun así esa parte de la plaza no se queda nunca completamente a oscuras. Por la noche le pareció un lugar protegido y, en efecto, lo es. El frío es su único enemigo en las noches de la plaza Venezia.

Pero no nos encontramos. Brigitte –dolorida, aterida– se levanta de su catre antes de las seis de la mañana. Se sacude de la chaqueta las agujas de pino que la han cubierto por la noche, se enjuaga la cara en la cercana fuente de la plaza San Marco, una piña de mármol que eructa, silenciosa e interrumpidamente, un reguero de agua dura y buena del acueducto de Roma. Bebe hasta calmar la sed y se marcha cuando aún no es de día. No quiere que nadie la vea dormir en un banco, por la calle, igual que una vagabunda.

O bien me cruzo con ella cuando, por el contrario, voy a la biblioteca por la tarde y salgo cuando la cierran, pasadas las siete: la oscuridad es ya densa y Brigitte se apresta, furtiva como una sombra, a tomar de nuevo posesión de su banco. No me fijo en ella.

No tiene cama, ni techo, ni dinero, ni hijos. Vaga durante dos días entre la

plaza Venezia y la estación. Camina, camina durante horas, arrebujándose dentro de la chaqueta, sin mirar a su alrededor, sin ver nada, sin saber dónde está, sin meta. El sol brilla en un cielo fantásticamente azul, pero el aire es frío. No conoce el resultado de la prueba de embarazo ni de los análisis de sangre. No habla con nadie desde hace horas. Pero se fía de Martino tanto como de Francesca. El 21 de febrero se presenta puntual en el SaMiFo.

Martino ya la ha tranquilizado diciéndole que estará a su lado: traducirá sus palabras, será su intérprete. Pero cuando la hace pasar a la sala de las visitas, se queda helada. El psicólogo de guardia es una mujer, Maria. De nuevo, Brigitte tiene un impulso de rechazo. Aunque la *petite fille*, Francesca, empieza a gustarle, ella se obstina en preferir un hombre. Un *blanc*. Pero no puede elegir. Hubo un tiempo en que tenía el control de todo. De sus acciones, de las de los demás. Ahora no puede elegir nada, nada depende de ella.

Maria tendrá unos cincuenta años. De estatura pequeña, con el pelo negro y liso, separado en medio de la cabeza por una raya inexorable, la expresión tranquila. Quien trabaja en el SaMiFo es porque ha elegido hacerlo. Pero un turno en la sala de la calle Luzzatti equivale a un mes en una consulta propia. Las otras psicólogas tratan depresiones y situaciones de crisis, tienen como clientes a mujeres infelices, víctimas de abandonos e infidelidades, despidos, maternidades difíciles y síndromes del nido vacío. Maria, a víctimas de torturas innombrables, que han devastado cuerpo y mente, y a las que tal vez solo años de terapia podrán devolver a una vida normal o meramente aceptable.

Maria está ahí para escucharla, para conocerla, para comprender mejor quién fue, quién es y cómo puede ayudarla. Los médicos del SaMiFo trabajan en equipo: todos los miércoles por la tarde se reúnen para intercambiar pareceres, opiniones, actualizaciones. A veces, cuando publican artículos en folletos de información científica ni siquiera los firman: las opiniones de uno son compartidas por todos, pero cada uno de ellos, aunque siempre tenga a su lado al mediador, se enfrenta a solas con el paciente. Y Brigitte opone a Maria una sorda resistencia. No se fía y no se confía. Sobre todo, no quiere recordar lo que le sucedió. Se esfuerza, cada minuto de cada uno de sus días, en borrar tres meses de su vida. Solo así podrá reprimir la angustia que la devora y hallar de nuevo la dignidad. Y el orgullo. Eso no le falta. Tiene –tenía– otra opinión sobre sí misma. En África, una enfermera es alguien.

Así que, con gesto solemne, deposita sobre la mesa una identificación, tan

pequeña como una tarjeta de visita, colocada dentro de su protección de celofán transparente. Los bordes están levantados: la identificación se cayó al agua o la ha empapado la lluvia. Arriba, a la derecha, la fotografía reproduce a una joven y agradable mujer negra, la sonrisa en los labios y el pelo peinado a la *je m'en fous*. *C'est moi, je suis infirmière*, le dice Brigitte a Maria, aunque en realidad se dirija a Martino, porque es su respeto lo que busca.

Se agachan los dos, tienen que acercarse a la identificación porque la fotografía está desenfocada y las letras, borrosas. Consiguen leer que BRIGITTE KU PHAKUA es miembro de la Cruz Roja de la República Democrática del Congo. *Regardez bien*, dice Brigitte, *elle m'a sauvé la vie*.

Yo nací para trabajar, no para quedarme en casa. Intenté hacer negocios ya desde pequeña. Siempre he sido despierta. Y *maline*. No hay una palabra italiana que tenga ese significado. Podrías traducirla como astuta o avispada, pero no es lo mismo. Todos los africanos son *malins* y todos los africanos son comerciantes. Una vez me dijisteis lo mucho que os sorprende que todos, cuando nos preguntáis por la profesión, digamos que somos comerciantes. En vuestro mundo para ser comerciante hay que tener una tienda. En el nuestro, solo hay que tener cerebro. Yo tenía el don del comercio. Llegué a ser *marchande*, al por menor. También mi madre lo era, tal vez empecé para imitarla. En mi infancia la veía ir al mercado todos los días. Tenía un puesto donde vendía arroz, judías, pescado ahumado, nueces de palma. Antes de ir al colegio, pasaba a saludarla o a pedirle dinero. Una vez lo necesitaba para comprar mayonesa. Recuerdo que las monjas belgas nos habían prometido que nos dejarían probar la mayonesa. Ella no quiso, o no pudo, darme dinero. Me lo prestó una amiga suya, que vendía fruta, *gari* y *chikwangué* con cacahuets y bacalao. Nunca he olvidado la generosidad de esa pobre mujer. Muchos años después, cuando me compré el coche, antes de que me llevara a la clínica, le pedí al chófer que pasara por delante del puente Maréchal. Une las dos orillas del Congo, es el puente colgante más largo de África. Cargaba a todas las *maman* amigas de mi madre, que para entonces eran mayores y estaban achacosas y ya no eran capaces de arrastrar sus fardos de mercancías, y las acompañaba hasta el mercado.

Yo, en cambio, empecé con los huevos. Medio cartón, quince huevos. Los compré a uno, los vendí a dos. Compré veinte huevos, luego un cartón entero. Y después dos, tres, diez, cien. Llegué hasta los mil quinientos. Lo que representa cuarenta y cinco mil huevos. Al cabo de un año, tenía camiones para ir a

comprar los huevos por las aldeas y para transportarlos a la ciudad. Yo abastecía a los comerciantes. El secreto reside en estar preparados para vender las cosas que son necesarias. Y en Matadi lo que más se necesita son las curas.

De manera que dejé el comercio por los estudios de enfermería. Tras sacarme el título, empecé a curar en casa. Se presentaba la gente del barrio, dinero había poco en circulación, me pagaban en especie: traían carne, fruta, cerveza. Ni siquiera tenía una cuenta en el banco. Los enfermos llegaban desde primeras horas de la mañana. Al principio, mi marido no objetó nada; por otro lado, siempre estaba fuera, era secretario del gobernador de la provincia: si no estaba en el despacho, estaba de viaje, iba por todo el país, también viajaba al extranjero. Podía estar fuera semanas. Poco a poco mi casa se fue convirtiendo en una especie de hospital de campaña; había enfermos en los sillones, echados en camillas en el salón, tendidos en el suelo. Uno con el gotero en el brazo, otro a la espera de las pastillas o el vendaje para las llagas. Tosían, vomitaban, tenían disentería. Mi hijo, Gervais, tendría dos o tres años, corría entre las jeringuillas, jugaba con los medicamentos. Mi marido me suelta: Así no se puede vivir, Bilí, esto no es sano. Llama a mi madre, a tu madre, a tu tía, para que se queden con el niño. Yo te ayudo a abrir un ambulatorio, lo único que tienes que hacer es sacar de nuestra casa a toda esta gente.

Alquilé un local, en el municipio de Vousse. Estaba completamente vacío. No sabía dónde conseguir muebles ni objetos de decoración y no quería malgastar dinero para comprarlos, ni siquiera de segunda mano, pretendía reservar el capital para las máquinas, para el instrumental quirúrgico y también para el personal. No podía hacerlo yo todo sola y quería llamar a alguna de mis antiguas compañeras de clase, nos habíamos hecho amigas. Entonces me acordé de las viviendas de los marineros, en el puerto. Mi padre había sido subdirector de la Onatra, la compañía pública para el transporte fluvial, por eso sabía dónde se encontraban. Aquellas viviendas estaban abandonadas, los marineros se habían marchado, todo estaba en ruinas. Fuimos de casa en casa: si había alguien, le pedíamos permiso; en caso contrario, nos lo llevábamos y punto. En un día, me hice con cinco camas; en dos días, ya tenía diez. Entonces me hice con una lata de pintura blanca y las dejamos como nuevas. Compré diez colchones, las pinzas, el microscopio. Puse a punto un quirófano y un paritorio. Pedí que me ayudaran a pintar el nombre en la puerta, organizamos una fiesta de inauguración y corté la cinta. Era el año 2001. Al cabo de cuatro, el ambulatorio se había quedado pequeño y abrí la «Dieu le veut» cerca del estadio. A saber si la clínica

seguirá funcionando, si la precintaron o la vaciaron, qué habrá sido de mis médicos, de mis enfermeros, de mis pacientes.

La psicóloga observa que Brigitte está intentando representar el papel de la mujer fuerte, independiente y segura de sí misma. Tiene un tono de voz decidido, casi autoritario. Hablar de sus éxitos la pone en un estado de excitación. Pero es como si no quisiera aceptar su situación actual ni darse cuenta de que deberá tomar medicación y dejarse ayudar. Es importante que establezca de nuevo un contacto entre la mujer que fue –la que quiso ser, la que imaginó y anheló llegar a ser– y la que no eligió ser pero que, en todo caso, sí es ahora, mas parece que está dividida, partida en dos. El niño que ha nombrado, Gervais, dónde se encuentra, cómo está, qué noticias tiene de él, le pregunta Maria. No tengo un hijo, la corrige Brigitte, tengo cuatro. Recoge la identificación de la Cruz Roja y se la mete de nuevo en el bolsillo interior de la chaqueta. La voz se le rompe cuando dice: los he perdido.

No se presenta a la visita de la semana siguiente. La llaman por teléfono, pero no contesta. Avisan al Centro Astalli, pero tampoco Francesca Napoli la ha visto. Hace días que está llamándola y ella tampoco es capaz de localizarla. Reaparece, sin avisar antes, el 7 de marzo; se sienta delante de la puerta de la psicóloga, como si llegara con media hora de retraso, no diez días. Maria la visita de todas formas. Sobre todo en la primera época, es difícil hacer comprender que la puntualidad no es un capricho y que presentarse a una cita es una muestra de respeto incluso hacia uno mismo. Pero como en el SaMiFo no quieren perder a nadie consiguen colocar al intruso entre una visita y la siguiente.

Brigitte no dice dónde ha estado, qué ha hecho, a quién ha visto. Se ha cambiado de ropa. Ha sustituido la chaqueta negra por un impermeable. La primavera es inminente, el invierno va perdiendo fuerza. Deposita sobre la mesa del despacho un montón de collaritos y pulseritas de tela variopinta. Es un regalo, dice eufórica, *pour toi*, Maria. Gracias, pero no tenías por qué hacerlo, protesta la psicóloga. Brigitte no tiene dinero y no ha de malgastar lo poco que le hayan dado en el centro con tonterías de ese tipo. *Oh, je ne les ai pas achetés*, precisa Brigitte. Me las ha dado un *type* de Matadi, me ha reconocido por la calle, le salvé la vida en mi hospital. Y, dado que Maria y Martino no logran ocultar la perplejidad por el hecho de que semejante encuentro fortuito se haya producido verdaderamente, Brigitte se enfrasca en una explicación fantasiosa,

abundante en detalles, pero que podría ser verdadera. Va limpia y tiene un aspecto decoroso. Pero huele a alcohol y, cuando Martino le pregunta dónde duerme, responde de nuevo que en ninguna parte. En la ficha seguirá escrito: «Sin domicilio.»

Por la noche se acuesta donde sea, porque su nombre está escrito arriba en la lista de las urgencias, en la oficina municipal competente, pero aún no ha aparecido un sitio fijo para ella. Ha descubierto una zona de la ciudad que le gusta y ha encontrado una esquina tranquila, en los jardines de la plaza Vittorio. Un pequeño bosque descuidado, con abundante vegetación, acogedor. Los pórticos la protegen de la lluvia, y los árboles, del sol. Camina durante horas por los tenderetes del mercado que queda cerca. Los aromas de las especias que emanan de los puestos le resultan familiares y la embriagan. Respira el olor de la fruta tropical, le recuerda el sabor de la yuca. A nadie, ni entonces ni nunca, le habla de las personas con las que comparte vagabundeos y noches.

Siempre se presenta decente en el Centro Astalli. Pero dónde se lava durante esas semanas sigue siendo un misterio. Nunca hace uso de las duchas. A pesar de que se entre de uno en uno, son comunitarias para hombres y mujeres, y ella tiene miedo de los hombres y se mantiene a distancia de ellos. En el comedor social, en cambio, sí que come. La comida italiana sigue sin gustarle y haría lo que fuera por un plato de *fufu* o de *chikwangué* con judías, pero el nudo del estómago se le ha deshecho. Y tener un lugar al que regresar le sirve sobre todo para darle un orden y un objetivo a sus días, pues, en caso contrario, se pasaría vagando sin rumbo, arrastrando tras de sí por todas partes el peso de la ausencia de los niños, asediada por negros pensamientos que, en cuanto los concibe, ya no se dejan arrancar y se meten en su mente, repetitivos, atroces. Ahora sabe que cuando a Francesca le toca guardia en la asesoría legal, está atareada despachando con las diez personas que han obtenido la identificación y no tiene tiempo para ella, pero que si concierta una cita la recibe en la otra oficina, en la otra sede del centro, en el Collegio Romano, y puede prestarle toda su atención.

Hablar con Francesca le hace bien, más que las gotas que le ha recetado Maria. Pregunta sobre su solicitud de asilo y cuánto tiempo será necesario para que la convoquen ante la comisión. Ha aprendido la palabra nueva que se refiere a ese momento: audiencia. Pide explicaciones sobre cualquier cosa que se le pase por la cabeza, porque es gracias a las respuestas de Francesca como empieza ella a comprender dónde se encuentra y cómo debe vivir aquí.

También pide dinero. Con largos y tortuosos circunloquios. La vergüenza la empuja a inventarse pretextos, pero las necesidades son reales. A veces salen juntas del despacho. Francesca le compra un jersey; a la semana siguiente, una crema para la cara. Le ha dado una gran alegría que Brigitte se la haya pedido. El miedo a que se malogre antes de poder ser ayudada la agobia, y el olor a alcohol que desprende su ropa y su respiración la hace sentirse culpable.

Brigitte no puede terminar como esos dos chicos asfixiados en el paso subterráneo del Corso d'Italia. En estas semanas se ha hablado mucho de ellos en el Centro Astalli. De uno, Abdallah, apenas se sabe más que el nombre. Francesca tan solo puede imaginarse cómo y por qué acabó alcoholizado a los treinta años, entre ratas y jeringuillas. El otro tenía veintiocho años. Chiara, la responsable de planificación, está escribiendo un artículo sobre él y le ha explicado que se llamaba Dek. A menudo se dejaba caer donde las monjas del Sagrado Corazón, en la calle Marsala, junto con otros compatriotas. Siempre alterados: este iba borracho como una cuba y no se tenía en pie, ese otro estaba ebrio, aquel, solo vagamente achispado. Todos ellos, jóvenes altos, grandes, algunas veces amenazantes y agresivos. Las monjas, pequeñísimas de estatura y frágiles como pajaritos, enviaban a la más corpulenta a hablar con ellos. Ninguno de los somalíes levantó nunca una mano sobre ella. Pero Dek era distinto. Tenía que reunirse con su hermana en Inglaterra. Integrada y ya bien instalada. Si no hubiera empezado a beber, habría conseguido rehacer su vida.

La cajera del supermercado de la plaza Indipendenza lo había pillado varias veces robando un litro de vino en tetrabrik. Aun así, no le había parecido un ladrón, sino un muchacho educado y amable que pasaba por dificultades. No lo denunció y llegaron a un acuerdo. Si no podía pagar y necesitaba algo, tenía que decírselo y ella se lo compraría. Y así lo hicieron, varias veces. Con el tiempo, llegaron a confiar el uno en la otra. Pocos días antes del incendio, la cajera incluso lo invitó a su fiesta de cumpleaños. Él se presentó alegre y sobrio, con un traje nuevo, de una espectacular y vistosa elegancia.

Había solicitado protección internacional y la obtuvo porque era refugiado de un país en guerra. Cuando, tras una interminable odisea, llegó hasta Roma, sin duda alguna creía que estaba al final de su viaje, pero en los meses transcurridos a la espera de recibir el ansiado documento, se torció. Su hermana le enviaba paquetes con ropa nueva, que él conservaba en una maleta. La dejaba con las monjas de la calle Marsala y de tanto en tanto iba a procurarse una camisa limpia. La maleta sigue estando allí.

De esta forma –aunque la política del Centro Astalli es la de no proporcionar dinero individualmente, sino de forma oficial–, Francesca le compra a Brigitte un tarrito de crema hidratante de buena calidad. Le parece un buen augurio que empiece a cuidarse.

El 12 de marzo de 2013, Brigitte Zébé presta declaración en la comisaría de Roma para presentar su solicitud de protección internacional. Le entregan un permiso con una validez de tres meses. De ahora en adelante, en caso de que la policía la pare, le bastará con mostrarlo. Ahora ya es formalmente una solicitante de asilo. Ya no puede ser denunciada por inmigración ilegal, ni tampoco ser expulsada. Para el Estado italiano, existe. Y tiene derecho a permanecer aquí por lo menos hasta el día en que la comisión territorial exprese su opinión. En realidad, puede quedarse también después. Si las cosas se pusieran mal, si su petición fuera rechazada, el abogado del Centro Astalli la ayudará a presentar una apelación. Aceptan una buena parte de los recursos.

El 14 de marzo, Francesca la invita a que la acompañe al despacho que queda al lado del suyo y le presenta a un joven rubio de ojos azules y tez lechosa. De todos los blancos a los que Brigitte ha conocido en sus primeros cuarenta días italianos, ese joven es el único al que verdaderamente puede definir como blanco de verdad. Aparenta unos treinta años, pero en realidad tiene cuarenta y tres: los blancos no envejecen nunca. Lleva un jersey azul marino y pantalones oscuros. Parece un profesor recién licenciado, un voluntario cualquiera, y es así como lo considera Brigitte en un principio. Tardará años en descifrar el código de la forma de vestir de los italianos y, a decir verdad, aún no lo ha descifrado. Las personas más importantes con las que se reunirá en Roma visten de forma humilde, sencilla, casi descuidada. No le dice que tiene título de doctor: no tiene ninguna importancia y la enfermera se sentiría intimidada. Simplemente le pide que lo llame padre Camillo.

Trabaja en el Centro Astalli desde hace poco tiempo. Desde que en 1997 entró en el seminario de Génova, su recorrido formativo ha sido una alternancia continua y, en cierto sentido, sorprendente, aunque eso resulte obvio para un jesuita: siempre entre la abstracción de la filosofía y los abismos materiales de la miseria, entre los cursos de teología en la Universidad de Nápoles y los inmigrantes de Padua, la especialización en teología moral en la Universidad de Madrid y la acción apostólica en Scutari, los seminarios y los dispensarios en las

banlieus del Chad, los retiros de oración y el servicio en las parroquias rurales del estado de Veracruz, en México, donde organizó la fiesta de la Virgen de Guadalupe y celebró bautismos entre los *indios*. El padre Camillo, a pesar de que creció entre la parroquia y el oratorio, entró en la Compañía de Jesús ya con veintisiete años, después de licenciarse en Medicina y tras un año de especialización en enfermedades de la sangre. Parecía destinado a alguna comisión de ética sanitaria o de bioética, y de hecho fue precisamente tras un curso de bioética impartido por un jesuita cuando empezó a preguntarse si no sería ese el modo de servir a la Iglesia que le estaba reservado. En cambio, el padre provincial de los jesuitas decidió asignarle antes un puesto durante cuatro años en la revista *Aggiornamenti sociali* y luego, en 2012, trasladarlo al Centro Astalli.

Un lombardo de un pueblecito de la provincia de Monza, en la frontera con la zona de la Brianza, catapultado hacia el magma fangoso de Roma, la ciudad sagrada, obscena y miserable hacia la que confluye más de un tercio de los refugiados que llegan a Italia. Tal vez en las alturas de la Compañía de Jesús lo han identificado como posible sustituto del presidente, el padre Giovanni La Manna, a quien el próximo año se le encomendará otra misión. Mientras tanto, quieren ponerlo a prueba, para comprobar si este encargo es realmente apropiado para él, si el intelectual, el teólogo moral, sabrá convivir con los últimos, si sabrá servir de guía para ellos y para los demás. La formación de un jesuita puede durar trece o quince años y, en realidad, no acabar nunca.

Así que el padre Camillo empezó a prestar sus servicios en la acogida, tras la ventanilla. Su vida ha dado una primera vuelta y ha terminado un ciclo: cuando era estudiante de Medicina, soñaba con ir a África para curar a los pobres. Pero en vez de ir a buscarlos como misionero a sus tierras, se los encuentra delante de él en un sótano del centro de Roma. Con el paso del tiempo, se da cuenta de que la elección de abrir las oficinas en locales que están bajo el nivel de la calle no fue casual. El descenso de esas escaleras incómodas y tristes produce en los blancos un efecto casi catártico que los obliga a un ejercicio de humildad y de reflexión. No es el único que practica cada día. Como si fuera uno de ellos, vive con todos los demás trabajadores, laicos y religiosos, y con los voluntarios: un equipo ya bastante numeroso: entre todos, son más de cincuenta. Los sorprende con su espíritu democrático. Consulta, escucha opiniones y consejos, decide siempre de manera colegiada. Con el paso de las semanas, empieza a convertirse en la persona capaz de resolver los casos más críticos.

Entrevista a solicitantes de asilo, los reparte entre las casas de primera acogida, les proporciona pequeñas sumas de dinero para las necesidades más básicas. También por este motivo el afecto que sienten por él –incluso con años de distancia– excede a la gratitud de los demás. El padre Camillo es la encarnación del alivio, el procurador de las primeras certezas auténticas. Es así también para Brigitte. Mientras ella, apocada, se pregunta por qué le habrán presentado a este amable sacerdote rubio y cuál será su papel en el Centro Astalli, el padre Camillo le comunica la buena noticia. Por fin hemos encontrado un sitio para ti.

El Ayuntamiento te ha ubicado en la Casa di Giorgia, podrás quedarte ahí durante un tiempo. Solo hay mujeres, te encontrarás bien, ya lo verás. La dirección es calle Laurentina, 447.

Es el padre Camillo quien le da instrucciones sobre el itinerario y le entrega los billetes del metro. Brigitte se encuentra tan aliviada que no le dice que no ha subido nunca al metro y que antes de llegar a Roma ni siquiera sabía qué era eso. En sus primeras seis semanas de aprendizaje, el padre Camillo ya ha asimilado que a los refugiados hay que explicárselo todo, incluso las cosas que parecen más elementales, y que no tiene que dar nada por descontado, pero la seguridad que muestra Brigitte lo engaña. De manera que llama por teléfono a la Casa di Giorgia y le dice a la responsable que Brigitte Zébé va para allá. Llegará enseguida, tardará una hora como mucho.

A las seis de la tarde, el padre Camillo toma las últimas decisiones para el día siguiente se despide de Francesca, Emanuela y las chicas de comunicación y se apresta a volver a su vivienda, frente al Quirinale, una sección del antiguo noviciado que comparte con otros dos jesuitas del Centro Astalli. Allí cenan pronto, entre otras cosas porque el gran salón, con techo inclinado de madera, en la última planta, no tiene calefacción y las veladas resultan poco confortables. Pero suena el teléfono. Es la responsable de la Casa di Giorgia. Padre Camillo, Zébé no ha parecido por aquí. ¿Cómo es posible?, se sorprende él. ¡Si hará cuatro horas que salió para allá! La responsable responde lapidaria: Aquí no ha llegado.

SEIS

Vaya adonde vaya en las ciudades me reconocen
los estigmas me han dejado sobre el rostro y sobre la piel profundas señales
igual que las ruedas del carro en los campos tras la lluvia.

G. HAJDARI

Brigitte está sentada en el pretil de la estación de Rebibbia, origen de la línea B del metro, pero en el lado equivocado. Se ha perdido casi de inmediato. La mera idea de que un tren viajara por el subsuelo la ha desorientado. Y en los pasos subterráneos de Termini ha olvidado las instrucciones del padre Camillo, no ha mirado las flechas ni tampoco ha leído las indicaciones. Ha seguido el flujo de los pasajeros y ahora se encuentra aquí. El ruido del tráfico es tal que no oye el teléfono. Responde por casualidad, cuando le vibra el móvil en el bolsillo. La persona que la llama ha intentado localizarla ya diez veces y este es el último intento que se permite. *Dieu le veut.*

¿Brigitte Zébé? Una voz de mujer. Nadie, aparte de Francesca y Martino, la llama por teléfono. A nadie más le ha dado su número. *Qui es-tu?*, se pone en guardia. Oír que alguien la llama por su nombre la hace presa de la ansiedad.

Brigitte Zébé, dice la voz, imperiosa, resolutiva, tienes que venir de inmediato, tengo que inscribirte antes de marcharme. Pero es que no sé cómo hacerlo, *je suis perdue...* Permanece a la escucha, ordena la voz, y haz lo que te digo. De esa manera, esa voz desconocida la guía hasta el tren justo y desde la parada del metro hasta su destino.

Ya es de noche cuando Brigitte cruza la verja que se abre en una elevada pared de ladrillo y enfila el sendero por entre los árboles. El aire huele a resina y a hojas, parece estar en el campo, y no en un barrio densamente habitado en la periferia del sur de Roma. Pequeñas construcciones de una sola planta rodean por tres lados un patio pavimentado. Surgen en la oscuridad un abeto y un cerezo, más tarde le contarán que este brotó de un hueso que alguien escupió en la hierba a saber cuándo y que el primero es el árbol de Navidad que Letizia

trasplantó hace algunos años, con la esperanza de salvarlo. Ambos arraigaron y ahora desafían en altura a la higuera y a la picuala, que ha recubierto con sus brazos verdes las paredes, aferrándose a los tejados de las casas circundantes. Prendas de ropa, lencería y camisetas colgadas en los tendederos y una bicicleta apoyada contra una maceta revelan la presencia de residentes que de momento son invisibles. Solo el zumbido de una televisión lejana rompe el silencio.

La conducen al despacho de la responsable, en la primera casa, a la izquierda. Es una mujer de unos treinta años. Las mujeres, las mujeres..., suspira Brigitte. Las mujeres blancas están por todas partes.

Se llama Letizia. Pelo rojizo, piel de perla, le recuerda curiosamente a la madre superiora de las monjas belgas, la directora de la escuela de Matadi. Esa mujer, severa, algo militar, tenía los mismos colores y los mismos modales que la responsable. Pero Letizia los aprendió en los campamentos de los *scouts*, en el servicio de voluntariado en el comedor social y, sobre todo, en la Casa di Giorgia. Trabaja ahí desde hace años, primero para el servicio del personal, luego como trabajadora social, pero la dirige desde 2009 y ya tiene experiencia suficiente como para saber que para hacer que funcione la convivencia entre personas tan numerosas y dispares, desesperadas y a menudo problemáticas, se requieren pulso y firmeza.

Registra a Brigitte Ku Phakua, introduciendo sus datos en el ordenador, y le explica de inmediato las reglas de la casa. Las residentes tienen que volver antes de las once de la noche y no pueden ausentarse. El Ayuntamiento necesita saber quiénes sois y nos pide explicaciones sobre vosotras. Si faltáis durante tres noches sin motivo, os quedáis fuera. Nos vemos obligados a echaros. La Casa di Giorgia es del Centro Astalli, pero tiene un convenio con el Ayuntamiento, nosotros solo tenemos cuatro plazas nuestras, las otras veintiocho son asignadas por el Ayuntamiento de acuerdo con el Ministerio del Interior. Tú vas a estar en la habitación número cuatro, en el edificio de aquí al lado. Tienes una mesita de noche y un armario, con llave. Los lavabos y las duchas están en la misma planta. La sala común con televisión y la cocina están en el edificio de delante. Eso no quiere decir que cada una de vosotras tenga sus propias provisiones y haga lo que le plazca. No hay bastante espacio y no podemos permitirnoslo. La nevera está cerrada con llave, solo las madres pueden preparar las papillas para sus hijos. No tenéis que preocuparos por cocinar, de eso se ocupan los voluntarios. Te los presentaré, ya los conocerás, y conocerás también a los trabajadores de aquí, mejor dicho, a las trabajadoras, somos cuatro. Marisa,

Giovanna, Rosa, nuestros turnos cubren las horas que van desde las ocho de la mañana hasta las diez de la noche; hay también un voluntario que llega a las seis y media de la tarde, cena con vosotras y duerme en la habitación de la entrada, para atenderos cuando lo necesitéis. Una vez al mes realizarás con nosotras una entrevista de control, para ver cómo vas. El desayuno es a las ocho; el almuerzo, a la una. Se os pide que seáis puntuales. La cena es a las ocho, dentro de poco. Ve corriendo a darte una ducha.

Brigitte no tiene nada que colocar en el armario. Pero saber que podrá cerrarlo con llave hace que se sienta contenta. Su cama, de hierro, pintada de azul, se apoya contra la pared. En otras habitaciones hay literas, pero en la número cuatro cada una tiene su propia cama. Las otras residentes han colgado ropas en las perchas, en las puertas. En los colchones hay un desorden de cachivaches, toallas, velos. Tal vez sean musulmanas, hay también una alfombra para la oración, en una esquina. La habitación es grande, pero carece de reservados, cortinas, recovecos. En todo momento verá a las otras y las otras la verán a ella.

Las otras son negras. Todas proceden de África. Pero no de la misma África. Una viene de Mali, otra de Somalia; la más joven, una chica delgada como un flamenco, de Mauritania. La saludan con una sonrisa. Le dan la bienvenida. No le hacen preguntas, se presentan, dicen sus nombres, ella los olvida de inmediato. Únicamente la de Mali, Pauline, habla francés. Con las otras dos se dan las buenas noches en italiano. Brigitte apoya la cabeza sobre la almohada, despereza los miembros entumecidos sobre el blando colchón. Hace tanto tiempo que no se tiende en una cama. Le parece estar hundiéndose en el agua. Las otras se sumen en el sueño enseguida. En su primera noche en la Casa di Giorgia, Brigitte es la última en dormirse. En las cortinas de las ventanas, el amanecer borda las ramas de los árboles.

Solo meses después, durante una disputa banal por la desaparición de un cepillo, Pauline le dirá que la llaman «tempestad». Que su llegada fue un desastre, que no las dejó dormir durante semanas. Tenía pesadillas, gritaba todas las noches, con una voz inhumana, como si estuvieran degollándola. Incluso se quejaron, presentándose todas juntas en el despacho de la responsable. Pero Letizia no podía hacer nada. Ya tenía bastantes problemas con los que lidiar. Y, además, nunca se había trasladado a ninguna residente por las quejas de las demás. Aprender a convivir es un ejercicio de paciencia y de voluntad.

Las historias de las residentes de la habitación número cuatro son muy parecidas. Por eso durante las semanas que pasan unas junto a otras no hablan nunca sobre ello. No lo necesitan. Los acontecimientos han dejado sobre sus cuerpos señales que son palabras. Brigitte reconoce en las manos y en los brazos de Pauline las cicatrices de las quemaduras. Apagaron cigarrillos sobre su piel. Pauline no sonríe nunca. Le hicieron saltar los dientes a puñetazos. Tampoco tiene dientes Malika, la mauritana. Lo único que le dijo al abogado del Centro Astalli es que se le cayeron. A las compañeras de la Casa di Giorgia no les habla nunca de su marido, el hombre con quien la forzaron a casarse y que la golpeó durante los trece años de matrimonio. Ellas creen que es viuda. Aisha, la somalí, se desnuda tan solo después de que las demás hayan apagado las luces. En las duchas, por casualidad, Brigitte ve en su espalda las marcas dejadas por las botas que calzaban los libios mientras la pateaban, para obligarla a subirse a la barcaza.

En la habitación de enfrente, hay una de Costa de Marfil con una niña de cuatro meses, y también una mujer que viene de su mismo país, Juliette. Es de Kinshasa, pero fue arrestada durante una manifestación de los Bundu dia Kongo a poca distancia de Matadi, en el Bajo Congo. Consiguió escapar de la cárcel y se mantuvo oculta durante años, hasta que su madre reunió el dinero suficiente para comprarle una vía de expatriación, en avión, hacia Francia. Desde París unos conocidos la llevaron a Suiza. Es allí donde ella quiere ir. Pero como pasó por Fiumicino y le pusieron el sello de Italia en su pasaporte, que, por otra parte, era falso, los suizos la rechazaron en la frontera. Juliette no quiere quedarse en Roma. Permanecerá aquí hasta que obtenga el estatuto de refugiada. Luego regresará a París. Brigitte intuye que Juliette y ella han vivido las mismas experiencias. Tal vez las haya encarcelado la misma gente. No se relaciona con ella, casi se mantiene a distancia. Juliette le recuerda lo que ella se esfuerza en olvidar. Durante la cena, cada una llena su plato y se sienta donde puede. A veces ven juntas la televisión, que siempre sintoniza los programas de la RAI, que ninguna de las dos, al conocer poco y mal el italiano, es capaz de seguir. Pero son como dos zapatos desaparejados.

Hay un único tema que las une de verdad. Los niños. De ellos sí que hablan y lo hacen de buena gana. En la habitación número cuatro, todas los han perdido. Pauline no quiere resignarse a la idea de que no volverá a verlos nunca más. Su hija tiene trece años, nació cuando ella tenía quince: se ha quedado en Bamako, con su marido, del que se divorció. El segundo, al que tuvo fuera del matrimonio

y que le provocó el ostracismo de parte de la familia y de la comunidad, hasta lograr un precario perdón, aún es un crío. Cuando huyó, sus padres se lo llevaron a Costa de Marfil. Ella no sabe ni siquiera adónde. Malika, en cambio, se obstina en no aceptar que no volverá a ver a sus hijos nunca más. Cuando el traficante la hizo marchar, se los entregó a una amiga suya, en Senegal. Tenía la intención de reclamarlos en cuanto se asentara en Europa. Hace dos semanas, en cambio, su amiga la informó de que su exmarido los había localizado y había ido a buscarlos. Se los llevó de regreso a Mauritania. Desde entonces Malika llora todas las noches, sentada en la cama, con las fotos de los niños entre las manos.

Y entonces también Brigitte se echa a llorar. De sus niños, ella ni siquiera tiene una fotografía. Y casi siente envidia de Malika, que al menos puede acariciar sus caras sonrientes, cada día más borrosas. Cuando una llora y se sorbe la nariz, y esa succión resuena en el silencio de la casa, las demás, por pudor, fingen que están durmiendo.

SIETE

Y puede sostenerse con un clavo solamente
aquello que en dos partes iguales no puede separarse.
Yo estuve en Roma. Inundado de luz. ¡Cómo
puede únicamente soñar un cascote!

J. BRODSKY, *Elegías romanas*

Je dois aller à l'école?, se sorprende Brigitte. ¿Otra vez? Hice la primaria en las monjas belgas. Luego estuve en el *internat* en el Collège Lukula y más tarde cursé enfermería. Me gustaba estudiar. ¡Pero hace tanto tiempo de eso!

Pasarán algunos meses antes de que te convoquen para la comisión territorial que debe examinar tu caso, explica Francesca. Pero no será tiempo perdido. Al contrario, podrás transformarlo en una oportunidad. Lo primero que debes hacer es aprender italiano. Todas las tardes. Dos horas, desde las dos y media hasta las cuatro y media. Al final del curso, te darán un certificado de asistencia. Poco convencida, Brigitte se limita a barbotar su *Ah, bon*.

Te será útil, insiste Francesca. De entrada porque tienes que demostrar que has empezado el camino de tu recuperación y tu integración y luego porque si quieres trabajar tienes que hablar italiano, no todo el mundo entiende el francés, ya te habrás dado cuenta. Y como la ley dice que no puedes trabajar hasta que se te conceda el estatuto de refugiada y te den el permiso de residencia, por lo menos podrás emplear de forma útil estos meses de espera.

Salen en grupo. Están todas matriculadas en el mismo instituto, el Faro. Caminan juntas hasta la estación de Laurentina, se suben al autobús, luego siguen a pie. Al principio son una docena. Se apretujan las unas contra las otras, como una bandada de pájaros. Entre las horas de viaje y las que pasan en clase, se les va casi toda la tarde. Les queda la noche, con la cena a las ocho en punto, y la sala de la tele. Y las mañanas desganadas, perezosas, en las duchas, o en la cama, esperando a que quede libre una. Hay que organizarse y hacer turnos, porque todas las plazas están ocupadas y no hay tantas duchas como camas.

Mientras espera su vez, Brigitte a veces se duerme. Porque tiene que levantarse siempre pronto. El desayuno es a las ocho y quien llega con retraso ya no come.

De todas formas, no salen con el mismo estado de ánimo. Juliette solo tiene en la cabeza Suiza; Pauline, Francia. Y en esos países el italiano no sirve para nada. Viven los estudios como una obligación inútil, un castigo que no se merecen. Envidian a la de Costa de Marfil, a quien eximen de la asistencia porque tiene que cuidar de su hija pequeña y por las tardes se queda en el patio, asándose al sol. Una semana tras otra el grupo se va disgregando y en mayo ya solo quedan tres. Juliette y Pauline van en metro en vez de en autobús y nunca llegan a clase. En el Faro anotan la ausencia y se la comunican a la Casa di Giorgia. Letizia las convoca en su despacho, pide explicaciones. Ponen unas excusas extravagantes. Brigitte disiente y calla. Pero si Juliette y Pauline no quieren estudiar es problema suyo. Ella se ha marcado un programa y lo respetará. Si sigue aún con vida, es por Italia. Dios ha dicho: Allí donde hayas puesto el pie, ese es tu lugar. No desaprovechará esa oportunidad.

Regresa a los pupitres de la escuela con el entusiasmo de su infancia. Y en cierto sentido es de nuevo una niña. No sabe descifrar los rótulos, no comprende los programas de televisión. No entiende lo que le dicen cuando le dirigen la palabra, no puede hablar con los blancos, excepto los del Centro Astalli y los del SaMiFo, que saben francés. Ella, que aún siente que no vive en ningún lugar, suspendida en una realidad confusa igual que un sueño; ella, que la mayor parte de las horas está perdida en un mudo soliloquio con sus muertos, atraviesa toda Roma, desde el sur hacia el oeste, camina por barrios que no conoce y se presenta a las clases de italiano, casi milagrosamente puntual.

El Faro es un edificio moderno de tres plantas, en la orilla derecha del río, en la parte de arriba de una extensión de césped verde esmeralda, que corona una colina cubierta de casas. De ladrillos rojos, también tiene rojos los marcos de las puertas y los postigos. Era de la Cruz Roja italiana antes de que Susanna Agnelli estableciera allí la fundación creada por ella y por don Luigi Di Liegro. Brigitte aún no está al tanto de ello: se alegraría mucho. Su carné de la Cruz Roja es su talismán. Le salvó la vida, lo lleva siempre encima. Las peripecias de estos meses han descolorido la foto, arrugado los bordes, vuelto borroso su nombre. Pero aún sigue siendo lo más valioso que posee.

Para los romanos, esa zona de Monteverde Nuovo está unida a recuerdos no precisamente agradables: a escasa distancia, uno tras otro, se levantan nada

menos que tres hospitales: el Forlanini, el Spallanzani y el San Camillo, y todos los habitantes de esta ciudad han ido ahí a acompañar a urgencias a alguien, a hacer compañía a algún enfermo o a buscar la capilla ardiente para llorar a algún muerto. Para Brigitte, en cambio, es una zona que irradia esperanza. Se sienta en su pupitre de una plaza, con el tablero de formica verde, y sigue atenta las clases de la maestra, Cecilia.

Cecilia empieza con el alfabeto. Su clase es de nivel básico. Todos sus estudiantes han llegado a Italia hace poco tiempo y aún andan desorientados, perdidos. Por regla general, quienes fueron al colegio en su país aprenden con rapidez y se aclimatan enseguida. Pero los que nunca estudiaron –muchos son analfabetos y, en un número mayor aún, las mujeres– carecen de método, de paciencia, de la atención suficiente, de instrumentos para memorizar la información. No aprenden, las nociones flotan sin anclarse y la frustración los lleva al desánimo. Muchos abandonan. Faltan a una clase, luego a dos, al final se desvanecen en la nada de la que llegaron cayendo como gotas de lluvia. Y su pérdida es una doble desgracia. Porque, paradójicamente, el bajo nivel de instrucción no supone un obstáculo para la integración, sino que incluso puede favorecerla.

A pesar de que por las amplias ventanas le llegan voces y ruidos (el Faro también alberga una casa de acogida y a numerosos chicos extranjeros, los denominados «menores de edad no acompañados»), Brigitte no se deja distraer. Necesita concentrar toda su atención para aprender. Y la ayuda del buen Dios, a quien dirige constantemente una obstinada oración: devuélveme una migaja de mí misma, ayúdame a entender el italiano, ayúdame. Porque, por sí sola, siente que no va a ser capaz. El italiano le resulta difícil. La profesora le repite que en el fondo se parece al francés y que debería resultarle fácil reconocer las afinidades entre ambas lenguas románicas, pero ella no encuentra ese parecido. Como mucho los verbos y los plurales femeninos tienen algo en común. Y los verbos son lo más importante: le basta con conocer una veintena para sobrevivir.

Pero, más que al francés, el italiano se parece al kiyombe, la lengua de su madre, que es de la etnia bayombe. En realidad, es también su lengua materna, la primera que aprendió en Boma, la de las nanas, de los trabalenguas, de los nombres de los objetos cotidianos. El italiano y el kiyombe tienen la misma sonoridad. Incluso las mismas palabras. Por desgracia, no significan las mismas cosas. Al principio, cuando le decían en italiano «*Adesso vengo*» (es decir,

«Ahora voy»), ella se quedaba desconcertada. ¿Judías? ¿Qué tenían que ver las judías? «*Ma de sso*» son judías en kiyombe.

Sus compañeros de curso proceden casi en su totalidad del Cuerno de África o de África Central: son eritreos, etíopes, somalíes, nigerianos, togoleses. Solo uno es afgano. Un joven de unos veinticinco años procede de su mismo país. Al principio, se miran recelosos. Uno y otra piensan que el otro podría ser un espía. O un mentiroso. Alguien que allí estaba del lado de los verdugos y que aquí se presenta como víctima.

En clase son, o deberían ser, más de treinta. En la foto de final de curso, junto al segundo profesor, Gianni, son doce, sonrientes y satisfechos por haber terminado honrosamente el primer curso. Aparte de Brigitte, solo hay dos mujeres más. Se colocan cerca unas de otras y dirigen al fotógrafo una tímida sonrisa. Brigitte se arropa con una bata azul, el pelo dividido en dos por una raya implacable. Las chicas, agraciadas y elegantes, lo llevan recogido en un púdico moño. Cuando casi dos años más tarde, le pregunto si ella y sus compañeros de clase siguen siendo amigos, Brigitte niega con la cabeza. Se han marchado, todos, dice, con amargura. Como si hubieran cometido un acto innoble. Es Italia la que los salvó, tendrían que haberse quedado. Y, en cambio, se morían de ganas de huir de aquí. Las chicas eritreas se separaron: una a Alemania y la otra a Suecia. Los africanos, a Francia; el congolés, a Londres. Aparte de ella, solo uno de ellos se ha quedado. Es el más joven, el chico afgano.

A finales de marzo recoge el resultado de los análisis de sangre. No tiene valor suficiente para abrir el sobre. No en la calle, bajo la marquesina de la ASL de la calle Luzzatti, entre el ir y venir de los italianos enfermos y las miradas interrogantes de los solicitantes de asilo. Se lo mete en la chaqueta y va a coger el metro. A estas alturas ya sabe orientarse en los laberínticos subterráneos, incluso es capaz de hacer transbordo sin perderse. El sobre le presiona el pecho, no es capaz de olvidar su existencia ni un minuto siquiera. De lo que haya escrito allí dentro depende su vida. Es un pensamiento que le provoca pánico, la hunde en la sima negra de la cárcel. Allí su vida tampoco dependía de ella. Estaba a merced de fuerzas superiores. Oscuras o benévolas. *Dieu le veut*, se repite, *Dieu le veut*.

Siempre le parece que el viaje dura una eternidad. En cambio, cuando levanta la vista, en los carteles de la estación ya lee LAURENTINA. Se baja y el latido del corazón se le acelera. Un paseo de unos diez minutos la separa de la Casa di

Giorgia. Son solo algunas manzanas, flanqueando las paredes de los bloques, del edificio del Deutsche Bank, un surtidor de gasolina. Pero se percata de que le resultaría imposible leer el resultado allí dentro. En la habitación número cuatro, a esa hora están las otras. En la cocina, el voluntario prepara la cena, en las duchas se instalan las residentes más jóvenes, que se pasan las horas peinándose y planchándose el pelo, porque aquí ninguna quiere llevarlo rizado. En la sala de la tele siempre está Juliette, quien a pesar de todo lo que le ha pasado por haber participado en una manifestación, sigue la política con atención y ve de forma obsesiva los telediarios. En el jardín, sentada bajo la gran higuera, siempre está Aisha, hablando por teléfono con una pariente suya que vive en Turín. Hace que la llamen, de manera que la recarga de cinco euros del móvil le dura meses. Su pariente está en contacto con la familia de Aisha, que dejó Mogadiscio después de su partida, y la pone al día sobre el estado de salud de todos ellos y sobre los distintos proyectos de fuga de cada uno de sus miembros. Parten desde Somalia uno tras otro, pero los viajes duran meses, incluso años, y a veces se pierden los rastros. Aisha puede estar hasta dos horas hablando. La niña de la marfileña juega en el patio y, como empieza a gatear, la madre la sigue y se desplaza por todas partes. Todo el mundo adora a la pequeña, que nació en Italia, poco después de que su madre se bajara de la barcaza en Lampedusa. Sus morritos y sus balbuceos reclaman la atención de las trabajadoras sociales y de los voluntarios, que procuran hacer que juegue, hacer que sonría. Y como estos nunca dejan sin personal la Casa di Giorgia, siempre hay alguien cerca de ella. La responsable se queda en la oficina hasta el final del turno, pero luego llega el voluntario de la noche, que se coloca en la pequeña habitación de la entrada, de manera que esa tampoco está nunca vacía. En los distintos bloques no hay ni un solo rincón que pueda considerar únicamente suyo. Y nadie debe saber.

Se dirige hacia los jardincillos. Busca un banco vacío. Hay blancos que pasean a sus perros (los blancos no tienen hijos, o tienen pocos, pero tienen muchísimos perros), dos jovencitos que se besan, un borracho echado sobre la hierba, como si estuviera muerto. Elige el rincón más remoto del pequeño parque. Se queda de espaldas a la calle, baja la cremallera de la chaqueta. Venga, ánimo, Bilí.

Las uñas casi desgarran el sobre. Saca el papel, respira profundamente, mira. Sus ojos tan solo buscan una palabra.

Negatif.

Y la encuentran.

Negativo.

Dieu le veut.

No tiene el sida. Vivirá.

Cada dos semanas, Brigitte se reúne con Francesca en su despacho, en la otra sede del Centro Astalli. A pocas manzanas del comedor social, delante del Collegio Romano. Este también se encuentra en un sótano, donde antaño estuvieron las bodegas del Oratorio de Caravita. Pasan el tiempo haciéndose preguntas. Brigitte, sobre la comisaría, sobre la prefectura, sobre los trámites; Francesca, sobre su pasado. Con vistas a la audiencia, necesita entender su historia, profundizar, aclarar las cosas. Si algún episodio resultara opaco o ambiguo, le aconsejará que calle al respecto. Mejor pasar de puntillas que inventar. No es un tribunal, ya lo verás. Los comisarios valoran la sinceridad por encima de todo. Mejor una respuesta honesta que una elaborada mentira.

Francesca tiene un carácter alegre y siempre se muestra sonriente y positiva. Pero Brigitte ha aprendido a descifrar su humor e intuye que ella también tiene sus preocupaciones. Nunca se refiere a las mismas. Pero el mundo de Francesca fuera del Centro Astalli es el único cuya existencia ha por lo menos intuido Brigitte. También su abogada tiene padres, familiares, amigos, una relación. Por eso en todas las ocasiones le pregunta sobre todos ellos –salud, trabajo, traslados–, recuerda los nombres de personas con las que nunca ha coincidido. No es indiscreta: se involucra. Ya no tiene familia: la familia de la blanca a quien siente más cercana es también un poco la suya. Si la *maman* y el papá de Francesca, que viven en Nápoles (hecho que hará que sienta afecto por esta ciudad bien pronto), tienen la gripe, lo lamenta por ellos; si Francesca se pone enferma, se preocupa; si su «marido», el chico canadiense, la hace sufrir, se da cuenta de ello. A pesar de que los hombres negros se hayan comportado horrorosamente con ella, no le parece que los hombres blancos se comporten mejor. Por otro lado, considera erróneas las costumbres que difieren de las suyas y el principio de la relatividad no ha empezado ni siquiera a rozar sus certezas. Lo dice, cortante, suspirando, *Ah, ah, les blancs... vous êtes fous, les blancs...*

Por eso se da cuenta enseguida de que Francesca ha dejado de hablarle de Jeremy. Cuando le pregunta si ya ha encontrado un trabajo en Roma –su común falta de ocupación y su incapacidad de hablar italiano la llevaban a solidarizarse con «*le canadien*»–, Francesca responde, vagamente, que no. No resulta nada fácil para nadie, ni siquiera para un blanco como Jeremy, en un momento de crisis económica y política, mundial, pero también nacional. Has llegado a Italia

en la época más rara de nuestra historia. Estamos sin papa, sin gobierno, con un presidente que finaliza su mandato y con el Parlamento bloqueado a la espera de elegir sucesor: todo está paralizado, petrificado. Francesca le ha dicho que su novio y ella han visto una casa en el paseo del Tíber, pero mucho más abajo de su residencia en Vittorie, se han enamorado de ese barrio, el Testaccio, y la han alquilado. Brigitte –que no tiene casa ni puede ni soñar con tenerla, a saber por cuánto tiempo– se ensimisma en su placer de poner a punto una. De manera que en la cita siguiente le pregunta si ya la han arreglado. Siente curiosidad por saber cuántos muebles les gustan a los blancos. Pero Francesca responde que no, todavía todo sigue desordenado, nunca tiene tiempo y, de todas formas, no le corre prisa. Total, Jeremy se ha marchado. Se ha marchado de un día para otro: en cierto sentido, la ha dejado. Su lugar está en África, el amor a veces no basta.

Pero desde que leyera «Negativo» en el informe de la analítica, Brigitte acude al Centro Astalli para ver a Francesca con un objetivo. Vivirá, podrá vivir. Querría vivir, si vivieran los niños. Si han muerto, en cambio, su vida ya no tiene sentido. Intentó durante meses mantener alejado su recuerdo. Ahora piensa en ellos todo el tiempo. Y se repite que es tarde, que ha pasado mucho tiempo. Si no los raptaron la noche en que se la llevaron, deben de haber muerto. Muerto Cyprien, no tenían a nadie en Matadi que pudiera ocuparse de ellos. Su madre vive en Boma.

Francesca se esfuerza por mostrarse optimista. *Les enfants ne sont pas morts*. ¿Por qué tendrían que estarlo? ¿Quién iba a querer que sufrieran? Son niños. Pero no logra convencerla, ni tranquilizarla. Ha hablado del tema con el padre Camillo. Brigitte ha sido una de las primeras refugiadas cuyos pasos ha podido seguir desde el principio del recorrido. Su personalidad compleja y su desesperada historia le afectan más que las otras. Por otro lado, la ayudaría de todas formas, aunque sintiera rechazo o antipatía hacia ella. Servir es uno de los tres verbos que un jesuita ha jurado respetar como si fuera un mandato. El otro es amar.

Por eso anima a Francesca a intentar localizar a los niños de Brigitte. Han decidido presentar una petición formal a la Cruz Roja Internacional. Al formar parte Brigitte de la organización, deberían contestar inmediatamente. El padre Camillo, sin embargo, le ha recomendado que de momento no le diga nada a Brigitte. No debe hacer que se ilusione. Alimentar esperanzas que pueden no

hacerse realidad sería devastador, nocivo. Y Brigitte aún parece lejos de haber recuperado su equilibrio.

Pero para Francesca Brigitte tampoco es una tutelada cualquiera. Prácticamente es su primera tutela, y quiere acompañarla paso a paso hasta que recupere su vida o, al menos, una vida digna. Se ha jurado a sí misma que si los niños de Brigitte no han muerto ella los encontrará.

Francesca no tiene hijos todavía. Pero no es necesario tenerlos para entender que no se puede vivir mucho tiempo con esa atroz incertidumbre. A finales de marzo, le pide a Brigitte que le dé el número de teléfono de su casa, en Matadi. No, no voy a decir que estás aquí conmigo. Voy a intentar llamar, para preguntar.

Pero Brigitte responde que no es posible, porque en casa no tenía teléfono fijo. Tampoco su hermano, ni su madre en Boma. No, no se acuerda de memoria del número de ningún conocido.

Tal vez sea cierto. Tal vez tenga miedo de dar nombres y de perjudicar a sus amigos. En todas sus conversaciones, hasta el momento, Brigitte solo ha hablado de muertos. Excepto de uno, el propietario de la casa: *monsieur* Louís Bondò estará hecho una furia porque desde noviembre ella no ha pagado el alquiler. Y nadie puede haberlo hecho en su lugar. *Maman*, Marceline Nzusi Tamba, es viuda y no recibe siquiera una miserable pensión porque entre ellas no se contempla la reversibilidad: era ella quien le enviaba cada mes el dinero para que pudiera vivir como se merecía.

Brigitte parece tenerle miedo al misterioso propietario de su apartamento. Todo lo que Francesca consigue que le diga es su profesión: *monsieur* Louís Bondò es comerciante. Vende objetos de segunda mano. Coches, motos, congeladores, aparatos electrónicos, radios, televisores, bicicletas, sofás. Tiene un gran almacén en el municipio de Vousse. Brigitte recuerda el gran rótulo que destaca sobre la entrada: AGENCE KUMBWA BILOCOS. Había un convento de monjas, justo enfrente. Francesca podría ponerse en contacto con ellas. Parece una buena idea. Pero ¿cómo hacerlo? Brigitte no recuerda el nombre del convento, ni el de la congregación.

En cuanto se queda sola, Francesca teclea en el buscador el nombre del presunto almacén de Louís Bondò. El local realmente existe. En una página aparece una fotografía: el rótulo se lee a la perfección. Francesca observa con alivio la imagen en la pantalla del ordenador. Es la primera vez que las historias de Brigitte encuentran un respaldo, una confirmación. No hay ningún número de teléfono, sino una dirección. Teclea el nombre de la calle, aparece un hotel, el

anuncio de una tienda al por mayor que vende productos importados de China y también –exactamente como ha dicho Brigitte– un convento de monjas. El nombre de la congregación no le dice nada. Cristianas, no necesariamente católicas, tal vez metodistas, bautistas, evangélicas, pentecostales o pertenecientes a uno de los muchos movimientos del despertar religioso de África. En el Bajo Congo pululan sectas milenaristas, profetas, místicos y visionarios, cuyos seguidores no temen el martirio. Los belgas los persiguieron como rebeldes y enemigos irreductibles, pero después de la independencia la actitud de los distintos gobiernos no ha cambiado. Las monjas están instaladas en un edificio que parece una ficha de dominó: una guardería, un ambulatorio o un albergue.

La última semana de marzo, Francesca llama a las monjas cristianas de Matadi. Se presenta como colaboradora de una organización no gubernamental dispuesta a participar en varios proyectos en la región del Bajo Congo y habla de un hipotético donativo para su congregación. La monja, que es, como diría Brigitte, *maline*, no deja escapar esa oportunidad y en un amable francés africano expresa un vivo interés, debido a la gran pobreza en la que se mueven ella y las hermanas de su pequeño convento.

Aunque a miles de kilómetros, Matadi comparte huso horario con Italia y el gorjeo agudo de la telefonista –que dice llamarse *soeur* Julienne– llega como si estuviera en el piso de arriba. Debe de tener unos treinta años. Las monjas italianas suelen ser ancianas, ajadas por los años. Solo entre las que se ocupan de los emigrantes y de los refugiados hay algunas de mediana edad: es un sector donde se requieren energías e incluso fuerza física. *Soeur* Julienne propone prepararle una lista de desiderata –cosas de primera necesidad– para esa fantasmagórica oenegé italiana. Solo entonces, después de diez minutos de conversación transcontinental y de cortesías recíprocas, Francesca le explica lo que necesita ella. Está buscando a una persona, un comerciante. Tiene un almacén de productos de segunda mano. Televisores, piezas de recambio para automóviles, aparatos electrónicos... Sabe que se encuentra al otro lado de la calle, tomando como referencia el convento. La persona a la que está buscando se llama Louís Bondò. Necesita su número de teléfono. Este hombre podría tener información sobre los hijos de una mujer que está aquí en Italia. Está al lado de ella, ¿puede pasársela?

Sin que a la monja le dé tiempo para decir que no, le pasa de inmediato a

Brigitte. La conversación se desarrolla en kikongo y en lingala, por lo que Francesca no sabe lo que están diciéndose. Pero no necesita intérprete. Brigitte habla deprisa, se acalora, levanta la voz casi hasta gritar; la lengua, compuesta de palabras cortas, a menudo monosilábicas, con muchas guturales y vocales oscuras, amplifica el efecto de un martilleo; del otro lado, tan solo un largo, atónito silencio.

Cuando cuelga, Brigitte se frota los ojos y se sorbe la nariz. Pero no llora. La actitud de *soeur* Julienne le ha provocado demasiada rabia. La monja no ha querido saber nada al respecto. Como si en el fondo no le importaran nada cuatro niños desaparecidos. No se trata de algo raro, pues al fin y al cabo, en el Congo hay demasiados niños y todos los días se pierden docenas. Son secuestrados, vendidos, asesinados. *Soeur* Julienne tenía miedo. Ha dicho que no cree que pueda hacer algo así. Que tiene que consultárselo a la madre superiora. Ha dicho que vuelvan a llamar dentro de unos días.

Francesca intenta mostrarse objetiva y valorar los hechos sin dejarse abrumar por la decepción. Después de todo, no ha ido tan mal, la hermana no ha dicho que no. Las monjas también son mujeres, comprenderán el tormento de una madre. No permanecerán insensibles. Ya verás como nos ayudarán.

Vuelve a llamar el Viernes Santo. Brigitte no se ha presentado a la cita, aunque en el fondo es mejor así. Francesca tiene buenas sensaciones. Deposita de verdad su esperanza en las monjas de Matadi. El intento oficial con la Cruz Roja y las pesquisas entre algunas oenegés presentes en el Bajo Congo han caído, de hecho, en saco roto. Nadie ha querido comprometerse por una mujer huida a Europa. El miedo es palpable; los intereses, numerosos; las resistencias, de alguna manera, legítimas, aunque humanamente incomprensibles. Por otro lado, es cierto que las monjas viven delante de la Agence Kumbwa. Su convento está a menos de cien metros de la tienda... En el fondo, a ellas no les costaría mucho obtener ese número. A lo mejor ya lo tienen, seguro que conocen al propietario. Y ni ella ni Brigitte le dirían a *monsieur* Louís Bondò cómo han dado con él.

En cambio, *soeur* Julienne le explica lacónicamente que ella y sus compañeras no están autorizadas para ponerse en contacto con hombres desconocidos, Matadi no es Lieja. Francesca mantiene la esperanza de que el verdadero discurso de la monja, más allá de las palabras, sea otro. La tranquiliza sobre el donativo, que se podría materializar en breve. La monja se defiende,

avergonzada, susurra que si quieren hacer dicho donativo se alegrará mucho, pero que no van a buscar a *monsieur* Bondò. ¡Pasado mañana es Pascua!, exclama Francesca, abrid vuestro corazón...

Pero el corazón de las monjas permanece cerrado como una nuez de palma. Desde Matadi ya no llegan más noticias. La investigación ha terminado en un callejón sin salida. Los niños de Brigitte parecen haberse desvanecido en la nada.

Brigitte no sabe lo que es Europa. No sabe lo cerca que está Italia de Bélgica, nación que, en cambio, le resulta bien conocida, dada la historia colonial de su país y de su familia. Ni a qué distancia está Francia, adonde sus compañeras de la Casa di Giorgia juran que se puede ir con poco más de una hora de vuelo, en cuanto se obtiene la acreditación de *réfugiée*. No sabe si Italia es una república o si tiene rey. De hecho, sospecha que tiene una reina, dada la frecuencia con que el nombre Regina (Margherita o Elena) se repite en las calles y en los hospitales de Roma.

Pero la ignorancia es recíproca. El escritor Kourouma recuerda que hubo «un tiempo en que los países africanos eran más conocidos por el nombre de su dictador que por quienes vivían en ellos». Uganda, Idi Amin Dada; República Centroafricana, Bokassa; Níger, Hamani Diori y Kountché; Libia, Gadafi; Costa de Marfil, Nkrumah el Redentor... Y esa época aún no debe de haber terminado por completo si todavía hoy en día del Congo los blancos solo conocen los nombres de los dictadores. Mobutu, Laurent-Désiré Kabila... A finales de abril, sin embargo, de repente algo cambia.

Los miembros del nuevo Gobierno italiano han jurado sus cargos. Entre los ministros, por primera vez en la historia de la República italiana, hay una mujer negra, nacida en el Congo, Cécile Kyenge. Le han asignado el Ministerio de Integración. Su imagen destaca en las portadas de todos los periódicos y aparece constantemente en la televisión. Una mujer de pequeña estatura, cuya sonrisa delata una alarmada inquietud. En la Casa di Giorgia sus compañeras se la muestran, Malika le pregunta si la conoce. Y se sorprende cuando Brigitte le contesta que no, por supuesto, ¡el Congo tiene casi ochenta y dos millones de habitantes! El voluntario de la noche les indica a las residentes que Cécile Kyenge también llegó a Italia siendo ya adulta, como ellas, y que para mantenerse también trabajó como cuidadora. Si Kyenge lo ha conseguido, ellas también podrán conseguirlo. Brigitte y Juliette observan no sin desconfianza el rostro de luna llena de la ministra. Deciden que no se parecen a ella. Debe de ser

de otra etnia. Tal vez procede de Katanga. Y además no es una refugiada. Ella no vino como ilegal, entrando clandestinamente y sin un céntimo en el bolsillo: vino a Italia para estudiar Medicina en la universidad. Es diferente.

En la escuela, la maestra Cecilia –que tiene el mismo nombre de la ministra– le recuerda a Brigitte (Juliette no asiste desde hace semanas) lo importante que es que, por fin, también Italia tenga su hermosa historia de inmigración exitosa. Es un indicio de cambio, una esperanza para todos. Luego añade, bromeando, que quién sabe, a lo mejor también ella podría llegar a ser ministra algún día. Brigitte siente una punzada en el bajo vientre. Hacía mucho tiempo, desde que la infección se curó, que no sentía ese dolor. La política. Eso es todo. Nunca más voy a hacer política. Aunque aquí, tal vez, no se muera por ello. Soy enfermera, protesta, solo quisiera ejercer mi profesión.

No se muere por ello, pero de todas formas se sufre. A Brigitte no le importa, no llega a sentir compasión: su dolor la ha vuelto tan dura como una rama seca. La ministra negra es insultada por multitud de internautas, por alcaldes, por compatriotas, por políticos de partidos rivales. La comparan con un orangután y asocian su foto con un plátano.

OCHO

Y caemos:
Fuimos. Somos.
Somos una sola carne con la noche.
En las venas, en las venas.

P. CELAN, «Lecho de nieve»

Es 10 de junio. Brigitte va a clases de italiano desde hace casi dos meses. Ha llenado una libreta de ejercicios. Ya sabe unos veinte verbos y un centenar de palabras, las que le resultan más útiles para la vida cotidiana. Pero lo practica poco y progresa con una lentitud que la exaspera. Con Francesca, y también con Maria, aún habla en francés. Es la cuarta vez que acude al SaMiFo para reunirse con la psicóloga. Tiene una cita programada. Pero no entra en su consulta. Pide hablar con Martino.

Él la hace entrar en el *back office*, un tanto sorprendido. Por sus modales, pero también por su aspecto. Brigitte parece un agente secreto o un militar. No una mujer. Hace algunos días, Rosa llevó a la Casa di Giorgia dos bolsas de ropa usada recogida por Cáritas. Brigitte se puso a hurgar entre esa ropa que olía a desinfectante. No encontró nada que le gustara. Estaba toda como apagada, oscura, era de franela áspera o algodón grueso. Chándales, jerséis grisáceos, faldas monacales, deformes. A ella le gustaba la moda, le gustaban los colores brillantes, las telas ligeras sobre la piel como el pétalo de una flor. En cambio, en el mercadillo de los gitanos encuentra tres prendas de su gusto: una chaqueta de hombre, una gorra de visera, también de hombre, y una peluca afro, con trencitas de cuarenta centímetros de largo. Se hace con ellas. Pero cuando se las enseña a Rosa, esta la exhorta, asqueada, para que tire esa peluca. Se ve llena de mugre, está infestada de piojos, tírala. Brigitte no le hace caso. Las blancas están obsesionadas con la higiene y tienen miedo de la suciedad, ella no. La pone en remojo con agua hirviendo. Le echa alcohol y jabón. La peluca afro aún sigue en el barreño, macerándose. Algún día, tal vez, tendrá valor para ponérsela y volver

a parecer una mujer. Pero ahora, con la chaqueta de tela gruesa y la gorra encasquetada, nada revela su feminidad, su debilidad.

Tengo que explicarte cosas que no le he explicado nunca a nadie, empieza a decir Brigitte. Pero quiero explicártelas a ti. Te agradezco esta confianza, replica Martino, perplejo, pero tienes que hablar con la persona que te está tratando y esa persona es Maria. Brigitte niega con la cabeza: *C'est toi*, dice, *toi*.

En el SaMiFo, todo el mundo se ayuda, pero cada uno tiene su función y sus competencias. Y la psicóloga es Maria. Pero ¿por qué yo?, insiste Martino.

Porque tú eres un hombre, dice Brigitte, seria. Las mujeres hablan demasiado. Y lo que tengo que decirte es importante.

Al final, Martino consigue convencerla para que hable con él, pero en presencia de Maria. Brigitte se dirige a él, como si la psicóloga no estuviera. Mira fijamente la pared amarillenta, casi como si leyera un texto. Esta vez no divaga, no habla de sus clínicas, de su habilidad profesional, de las operaciones más difíciles en las que ayudó a sus médicos. Ni de sus hijos. Esta vez habla de sí misma. Desde el principio. Desde la tarde del primero de noviembre en que el coronel se presenta vestido de paisano en la «Dieu le veut» y deposita sobre la mesa de su oficina la botella de formol. Habla del secuestro, del viaje en la oscuridad. Y a medida que va hablando se olvida de esa estancia, de Maria y de Martino. De nuevo está echada en el bosque, con el cadáver de Cyprien presionando sobre su cuerpo, y esos hombres, invisibles para ella, que lo empujan contra ella y la obligan a besarlo y lo mueven y le dicen que se folle a su hermano.

Me lanzan al interior de un oscuro antro. Cierran a cal y canto una puerta de hierro detrás de mí, el perno y la cerradura chirrían. Me han quitado el vendaje de la cara, pero no puedo distinguir nada. Tal vez esté en un sótano. Percibo a mi alrededor la presencia de muchos cuerpos, oigo susurros, gemidos, quejas. Al caer, me he golpeado las rodillas, me he roto las medias, no sé si estoy herida. No sé si me he herido durante el viaje. Mi sangre se mezcla con la sangre de Cyprien. Me levanto, a tientas. Alguien me empuja, me tambaleo, me apoyo contra una espalda. Somos muchos, somos demasiados. No hay sitio para sentarse, tenemos que apretujarnos unos contra otros. Afuera el aire es fresco, pero dentro el calor es insoportable, el oxígeno no es suficiente. Sudo mi sudor y el de los demás. Mujeres, pero también hombres, demasiado traumatizados para

dirigirme la palabra. Me sorprende que no me pregunten quién soy, de dónde vengo, qué he hecho para haber acabado allí. Pero yo también acabaré siendo como ellos. No voy a hacer preguntas, no voy a intentar crear vínculos, perderé el interés por mis compañeros. No voy a tener la energía, ni física ni mental, para hacerlo. Y, además, son como yo. Treinta, cuarenta otros yo. Ahora tengo que ocuparme de mi desgracia, no puedo soportar también la de ellos.

Me voy haciendo viscosa, líquida. A través del frágil velo de las medias, mis pies descalzos pisan un suelo de tierra batida, húmedo de sangre, de orina o de ambas cosas. El hedor de hierro podrido, de excrementos y de gangrena corta la respiración. No pregunto dónde estamos, porque nadie lo sabe, como tampoco lo sé yo. Pero lo sabemos todos. Estamos muertos, aunque todavía no. Tendré suerte si nos matan de inmediato. *Maman*, pienso, no vas a poder encontrarme, mamá.

Me quedo de pie, aplastada entre cuerpos desconocidos. Siento que voy a desmayarme y tal vez me desmayo, pero la falta de espacio me impide caer. Nos sostenemos los unos a los otros, como si fuéramos pilares. Alguien reza una oración en kiyombe. Es la lengua que se habla en las provincias que limitan con Angola. La frontera podría estar bastante cerca. También es la lengua de mi madre. *Maman. Maman Nzusi...* Una mujer se queja. En la oscuridad más total, esa cantilena provoca angustia y malestar. Estamos aterrorizados. Cuando abrieron la puerta y me empujaron dentro, todos empezaron a implorar. Creían que habían ido a llevárselos. Aprenderé que se nos llevan a las cuatro, antes del amanecer, todos los miércoles y viernes.

Tengo que ir al baño, me encontraré mal si me sigo aguantando. Me lo hago allí donde estoy, deajo que gotee entre las piernas. Se filtra a través de las bragas, de las medias. Estúpida, me dice la voz de alguien a quien le he mojado los pies, un hombre, que habla kikongo, tienes que hacerlo en la lata, todos tenemos una lata y no debe quedar ni una gota, es tu agua. Aquí no vas a tener otra cosa para beber.

Pierdo la noción del tiempo y de mí misma. Poco después, o tal vez han pasado horas, la puerta de la celda se abre y vienen de verdad. Una voz –sin tonalidad alguna, como si estuviera leyendo una lista de objetos sin significado– articula tres nombres. Tres cuerpos, puesto que ya no se les puede definir como hombres, caen de rodillas, como fulminados. Nos plantan una linterna en toda la cara, alcanzo a ver las paredes de la sala: se trata de un cuartucho, será de dos

por tres metros. El muro sin ventana alguna, el enlucido agrietado por la humedad, aterciopelado de moho. Localizan a los tres prisioneros a los que están buscando, los agarran, los arrancan del amasijo de extremidades, los arrastran afuera. Todos ellos son hombres. Adiós, dice la misma voz masculina de antes. No sé quién es, nunca lo sabré. La próxima vez se lo habrán llevado.

No comemos nada durante horas y horas. Al día siguiente o dos días después, no tengo forma de saberlo, no tengo reloj, no hay ventanas y en el sótano no penetra ni un rayo de sol, tiran algo al suelo. Nos lanzamos encima igual que buitres sobre un cadáver. Una masa suave al tacto y dulce al paladar. Son cáscaras de plátano. En el piso de arriba, los soldados no han recibido provisiones: a veces se olvidan también de ellos y esta es toda nuestra comida de la semana. Cáscaras ennegrecidas, chupadas hasta la corteza, en la que no se ha quedado pegado ni un filamento de la fruta. Y no llegan siquiera para todo el mundo. Llego a roer media cáscara y me trago hasta el tallo. No me importa. No tengo miedo a morir. Yo no me he portado mal, nunca le he hecho daño a nadie, tal vez vaya al Paraíso.

Pero no muero. El estómago vacío se contrae por los calambres, el aire me hincha los intestinos y hace que se me revuelvan. Pero el cuerpo se adapta a la penuria. La segunda noche, o es la tercera, abren la puerta y nos sacan a empujones a cinco. No nos han llamado de la lista, nuestros nombres no les interesan. Todas somos mujeres y comprendemos que no nos llevan a morir.

No nos miramos a la cara. No nos conocemos y no vamos a conocernos. No protestamos, no rogamos, nos dejamos arrastrar como cosas sin vida. Nos separan. Me empujan a una habitación, me tumban en el suelo. Me escupen palabras a la cara, con rabia. Hablan en kiyombe, por eso los entiendo. Me odian. Les han dicho que soy una enemiga del gobierno. Ellos hacen la guerra a los enemigos del gobierno. Los envían aquí para descansar entre un choque armado y otro. Pero este lugar es un castigo. Pueden vengar sobre nosotros el mal que han sufrido.

Se lían a patadas conmigo. Se lían a puñetazos conmigo. Me fustigan con porras de caucho. Apagan cigarrillos en mis manos. Me arrancan las uñas de los pies. Vierten la cera de una vela en la frente, donde nace el cuero cabelludo. Siento cómo chisporrotea la piel y se quema. Me desgarran las medias, me arrancan las bragas. Dos me sujetan por los brazos, otro se sube encima de mí. Me violan el resto de la noche.

Como las cáscaras de plátano, a veces un puñado de arroz medio crudo robado del tazón que comparto con treinta personas. No hablo, no duermo. No puedo sentarme. No puedo ir a hacer de cuerpo. Bebo mi orina de la lata. Respiro con la boca abierta, igual que un pez en el barro: tengo la nariz tumefacta, deformada por los golpes, el interior de las fosas nasales obstruido por grumos de sangre reseca. Goteo por cada orificio y me quemó. Entre las piernas me arde una llama que no puede ser apagada nunca. Algunos días, después de que se hayan llevado a los tres de la lista nocturna y la celda aún no se haya atiborrado con nuevas llegadas, soy capaz de tenderme sobre un saco y me quedo allí, inmóvil, inerte. Desde los músculos de mis doloridos muslos, desde la vulva inflamada, punzadas de dolor me suben hasta el cerebro y lo vacían, todos los pensamientos se alejan de mí sin que pueda retenerlos. Me olvido de todo. No tengo lágrimas que llorar, de mis labios agrietados y tumefactos no sale ni un gemido. Pienso en Dios. *Dieu le veut*. Si Dios quiere dejarme morir, me liberará de todo esto. Aunque yo no voy a morir una muerte verdadera, porque voy a vivir para siempre y la otra vida será eterna, infinita.

Pero Dios no quiere. Aguanto. Resisto. Sufro todo lo que me hacen. Acciones que no tienen derecho a ser dichas. En las lenguas africanas, existen muchas palabras secretas. No pueden ser pronunciadas, porque llevan a otra dimensión, que no pertenece a los hombres. Tampoco esas acciones pertenecen a los hombres. A los demonios, más bien. Al callarlas, no las niego. Sello, por el contrario, su horrenda infamia. Me pisotean, me hieren, me revientan. *Il faut que le bon Dieu les pardonne*. Me violan todas las noches.

El domingo, cuando la comida de los soldados ha sido abundante, nos bajan las sobras. Las arrojan al suelo, como a los perros. Roemos alas de pollo, cortezas de cerdo, colas de pescado frito, picoteamos harina de yuca. No nos sacia, no nos basta. La carne se seca sobre nuestros huesos. Pómulos, costillas, omóplatos empujan la piel, como si quisieran agujerearla. Si pudiera mirarme en un espejo no me reconocería. Pero ¿a quién tendría que reconocer? Ya no sé quién soy. Sangro y ardo. Cuando me violan, cierro los ojos. No quiero verlos. No quiero tener su imagen en la mente cuando mi nombre esté en la lista y se me lleven para matarme.

Brigitte ya no está allí. En el lenguaje médico, sufre un serio episodio disociativo. Maria se ha puesto de pie y se ha ido a llamar a los psiquiatras del

SaMiFo. Luciana y Giancarlo. Les ha pedido que visiten inmediatamente a Zébé. Ambos se pasan por la oficina.

Brigitte no puede descifrar el mensaje. Sospecha que la blanca ha hablado mal de ella, que quiere encerrarla en la cárcel. Algo se le ha roto por dentro. El llanto imparable que la sacude se convierte en una ola de furia. Se vuelve agresiva, levanta la voz. Con dulzura, Maria le dice que ahora se ocupará de ella uno de los médicos. ¿A quién prefieres? ¿A Luciana o a Giancarlo? Brigitte no tiene dudas. La mujer no.

De manera que Giancarlo será su psiquiatra. Rubio, ojos claros, melena leonina y un bigote puntiagudo: todos los refugiados lo llaman simplemente doctor Santone. Parece un apodo mágico y benefactor, pero es de verdad.

Le dice: Ven conmigo, Brigitte, y la lleva a su consulta.

Al igual que Filippo, que Martino, que el padre Camillo, el psiquiatra viste con sencillez. Lleva una camisa de colores. Ahora ni siquiera la desconcierta el color mazorca de su bigote. Ha comprendido que los blancos pueden ser muy diferentes unos de otros y que no se parecen en absoluto. Lo que debe saber de él, ya lo sabe. Francesca le ha explicado que el SaMiFo funciona desde 2006: los médicos ahora tienen mucha experiencia, son muy buenos. Brigitte cree a Francesca. Todo lo que le ha dicho es verdad.

Los ojos azules del psiquiatra, la postura relajada de su cuerpo y el tono calmado de su voz la tranquilizan, aunque no pueden silenciar las voces que le ensordecen el cerebro. Tiene la garganta y la boca secas, la lengua pastosa. Le pide al doctor Santone un vaso de agua. Lleva ya aquí unos meses y todavía se sorprende de lo poco que beben los blancos. Vacía en unos pocos tragos una botella de agua mineral. Solo ahora se percata de que ha hablado de aquella cárcel. Pero no recuerda qué ha dicho. ¿De verdad lo ha contado todo? Han vuelto a su mente detalles que creía que se le habían escapado para siempre. Los últimos tres meses en el Congo son un agujero negro en su memoria.

El doctor Santone toma nota de todos los detalles, pero no hace preguntas: no forma parte de su trabajo filtrar o comprobar la veracidad del relato de los refugiados. Para él, lo que le cuentan es verdad. Por otra parte, incluso las historias prestadas, rellenas de detalles sacados de las historias ajenas, son verdaderas. No tiene prisa por saberlo todo de inmediato, ya habrá tiempo para ello. El trauma es reciente, los recuerdos ya vendrán cuando Brigitte esté preparada para soportarlos. No se muestra preocupado. Su caso parece complejo.

Pero está tratando otros casos igualmente difíciles. Un niño de Togo cuya solicitud de asilo fue rechazada, diagnosticado como esquizofrénico e ingresado diez veces en urgencias, enviado al SaMiFo desde el CARA en un estado de extrema agitación, convencido de que está poseído por los duendes: notaba cómo una serpiente se movía a lo largo de su columna vertebral. Al principio, se negaba incluso a hablar con él, quería que lo viera un morabito. Se sorprendió enormemente de que el doctor Santone quisiera escucharlo. Este reconoció de inmediato el síndrome del «hormigueo subcutáneo», es decir, cuando el paciente percibe con claridad gusanos, insectos o animales moviéndose por debajo de la piel. No es nada orgánico, pero las enfermedades imaginarias son también el relato de un malestar y cada cultura las expresa y las concibe a su manera. Consiguió que le concedieran la asistencia humanitaria. Un varón senegalés, que le había enviado Maria, de setenta años, en Italia desde hacía treinta, perfectamente integrado o, al menos, es lo que le parecía a todo el mundo e incluso a sí mismo, cayó sin razón aparente en un delirio de persecución, convencido de que en África lo habían hechizado para obligarlo a regresar. Un niño guineano seropositivo aseguraba que los espíritus en África estaban tratando de matarlo, pero decía estar tranquilo por encontrarse al otro lado del mar. El chico creía que se había curado por el mero hecho de encontrarse lejos: más allá del océano, la magia ya no tiene efecto, los espíritus no pueden alcanzarlo hasta aquí. Giancarlo tuvo que ganarse su confianza para convencerlo de que tenía que seguir un tratamiento.

Y, además, crisis místicas, trastornos de estrés postraumático sin tratar, ignorados, convertidos en psicosis. Maníaco-depresivos, paranoicos violentos. Jóvenes víctimas de torturas, pero también torturadores, escapados de los campos de Boko Haram, de los talibanes, de Al Shabaab, del EI, masacrados y masacradores, perseguidos por las mismas pesadillas, por las mismas atrocidades. Cometerlas y sufrirlas no deja a nadie indemne. A todos los escucha el psiquiatra, aunque no a todos puede curarlos.

Confía en poder ayudar a Brigitte Zébé. Aun destrozada y confusa, con graves dificultades de habla y tartamudeo, aun al borde de la psicosis, en sus destellos de lucidez esta mujer revela un carácter fuerte, casi férreo. Y tiene valor. Puede lograrlo.

Brigitte permanece en la consulta del doctor Santone más de cincuenta minutos. Es el tiempo medio de una visita psiquiátrica, pero todavía no lo sabe. Hablar con el médico le ha sentado bien. Ya respira mejor y el corazón ha

encontrado de nuevo su latido normal. Al final, le receta un antipsicótico hipnoinductor, fuerte, ya que los neurolépticos normales no han sido suficientes para lograr que durmiera. Apagará la ansiedad y los miedos. Funciona al cien por cien.

Brigitte lee la receta, escéptica. Hubo un tiempo en que era ella quien prescribía las terapias, ahora las recibe. Pero enseguida reconoce el medicamento. Promazina. Es exactamente el apropiado para ella. El doctor Santone es bueno. Se lo dice, con cierta condescendencia: quiere que el psiquiatra sepa lo competente que es. Santone acepta el cumplido con una sonrisa, no irónica. Así que este, a pesar de inaugurarse con una crisis tan violenta, es un buen comienzo. Cualquier relación terapéutica que no se base en una alianza está condenada al fracaso. Un paciente tan solo cura si cree en el médico.

Si hoy él es médico y ella es enfermera, se debe a que la muerte pasó rozándolos, desviando sus vidas para siempre. Ella, de niña, en las aguas del río Congo. Él, siendo ya un muchacho, de vacaciones con sus amigos, en el penúltimo año de instituto. Iban cuatro, viajaban en coche a París: Giancarlo – que había repetido un curso en la escuela primaria debido a una hepatitis – tenía permiso de conducir. Inseparables entre los pupitres del Instituto Azzarita, los cuatro habían decidido matricularse, tras las pruebas de selectividad, en la Facultad de Agronomía, en Perugia, para dedicarse después a la agricultura ecológica. En 1977, se empezaba ya a hablar un poco del tema: los cuatro amigos, contrarios a una sociedad que soñaban con cambiar, estaban convencidos de que el futuro de la tierra estaba en lo ecológico, también su propio futuro. Pero durante el viaje Massimo comenzó a encontrarse mal. Dolor de garganta, fiebre alta. Pensaron en una gripe, en un virus. O en una intoxicación, nada grave. La aspirina, sin embargo, no produjo ningún efecto. La temperatura seguía subiendo. De manera que se detuvieron en las urgencias del Hospital de Ivrea.

El médico de guardia los llamó para hablar en privado. Giancarlo era el mayor del grupo, le había parecido que era el líder. ¿Eres familiar suyo?, le preguntó. No puedo decirte lo que tengo que decirte si no eres de la familia. Pero los padres de su amigo estaban en Roma. Y el médico de guardia le dijo a Giancarlo: Leucemia.

El viaje se interrumpió para siempre. Su amigo regresó a Roma en ambulancia y ellos volvieron, él al volante del coche destartado, los ojos empañados por

las lágrimas. Massimo murió pocas semanas más tarde. Y, con él, sus sueños. Solo uno de ellos se matriculó después en Agronomía. Giancarlo y Federico, en Medicina. Habían seguido la secundaria en los turbulentos años setenta. Entre ocupaciones, manifestaciones, asaltos y peleas, nunca habían estudiado de verdad. Ni imaginaban que fueran capaces de hacerlo. Pero su preocupación se volcó en los libros de medicina. Estudiar para tratar a los otros, para curar.

Su campo no fue la tierra devastada por la contaminación y los cultivos intensivos, sino los cuerpos devastados por las enfermedades. Y luego, después de la especialización en neurología, las mentes poseídas por toda clase de locura. Giancarlo nunca llegó a París. Sus viajes tomaron una ruta distinta, hacia el sur del mundo. En 1982 vació el sótano de la casa y vendió en el mercadillo de Porta Portese todos los muebles, los viejos sofás, la vajilla de porcelana, la cubertería de plata, los cuadros malos, los sillones hechos jirones. Se compró un Land-Rover y, atravesando España, llegó al Sáhara. Ni siquiera la guerra en el sur de Marruecos que lo bloqueó en la frontera lo llevó a desistir. Durante tres meses viajó por Argelia, Níger, Mali... Desde entonces, siempre regresaba a África. Mauritania, Senegal... En un manicomio de Maputo, en Mozambique, donde estuvo trabajando en 1997, tras la guerra civil, descubrió las consecuencias de los conflictos, las cicatrices indelebles de la psique. En el SaMiFo, las abismales diferencias entre los modos de sufrimiento de los blancos y de los negros. Y él, que cree en la igualdad y que vive para hacerla realidad, tuvo que admitir que nos visitan demonios diferentes, nos persiguen fantasmas diferentes, ni siquiera tenemos los mismos sueños.

Con los años, descifró su personal piedra Rosetta y fue capaz de identificar dolencias físicas reales que nacen, sin embargo, del miedo a no haber respetado los rituales de la tradición, así como símbolos y visiones expresados en formas insólitas. También los síntomas necesitan una interpretación cultural, pues, de lo contrario, permanecen mudos. Ahora sus pacientes confían en él como en un morabito o en un brujo. Le confían amuletos, brazaletes cubiertos con suras del Corán y saquitos de polvo entregados por el curandero oficial de su pueblo a un amigo, quien se los pasó a un amigo de un amigo, que se los cosió en la camiseta, para que no se mojaran durante el paso del Mediterráneo, y que al final logró entregarlos al destinatario, en Roma. Envueltos en celofán, pequeños como caramelos, indemnes tras pasar por cárceles y naufragios, tras atravesar el desierto y el mar. Parecen rellenos de arena o de pimienta negra molida. Se los confían a él, para que los custodie, mientras experimentan su medicina de

blanco. Santone tiene un armario lleno. No todo el mundo se ha curado, pero nadie le ha pedido que se los devuelva.

A estas alturas ya conoce muchas lenguas del continente negro, las creencias, los rituales, los refranes, los circunloquios, incluso las palabras tabúes, los silencios, los secretos. Las diferentes formas de la sexualidad. A un chico víctima de torturas le habían aplastado los testículos: tenía que someterse a un espermiograma. Tuvo que explicarle en qué consistía la masturbación, porque el chico desconocía dicha práctica y nunca se le había pasado por la cabeza que podía excitarse por sí mismo. En su idioma, ni siquiera existía esa palabra. En muchos años de viajes había estado en casi todos los países de África, pero nunca en el Congo de Brigitte. La enfermera de Matadi no va a entregarle ni amuletos, ni pulseras con fórmulas de oraciones, ni bolsitas de minerales o caramelos de cenizas de hueso. La promazina será su polvo mágico.

Concierta una cita con ella para el próximo jueves. De ahora en adelante, tendrá que volver a la calle Luzzatti cada dos semanas, hasta que ya no lo necesite. *C'est bien*, dice Brigitte. Santone le encarece que se tome los medicamentos y que no se salte ninguna sesión. Ella afirma que va a colaborar. Cuando deja su consulta, sabe que regresará. Cree en el doctor Santone. Él cargará sobre sus espaldas su angustia. Si la niña abogada es su ángel de la guarda, elige al psiquiatra del bigote como su guía. Santone y Francesca le van a enseñar a vivir aquí.

NUEVE

Camino y recorro calles y avenidas.
¿Qué hacer con este infierno
que en mi interior habita?

V. MAIAKOVSKI,
«La flauta vertebral»

Brigitte Zébé.

Una noche dicen mi nombre. Estoy echada en el saco, sucia, magullada, agotada. Tengo quemaduras y hematomas por todas partes y un incendio entre las piernas. Ni siquiera me muevo. Pero a mi nombre no le sigue ninguno más. Todo el mundo se sorprende, porque nunca se ha incumplido la regla de tres.

A nadie nunca se lo han llevado solo.

Brigitte Zébé.

Me levanto, atontada, dócil, resignada a lo que sea. Un soldado me empuja hasta el piso de arriba y, como no puedo ni caminar, me azuza clavándome en los riñones el cañón del fusil automático. Me entrega a un oficial y se aleja. Es el jefe de la prisión.

Brigitte, dice el oficial, ¿me conoces?

Su cara no me dice nada. Me gustaría decir que sí, tendría que decir que sí. Pero no soy capaz de mentir, aún no he aprendido.

No, no te conozco.

Mírame bien, insiste. Soy el capitán Marckys.

Tengo la impresión de haber oído ya su nombre, pero no recuerdo cuándo, ni por qué.

Es un hombre bajo y corpulento, de unos cuarenta años, la piel de ébano, unas enormes manos, la nariz aplastada.

Niego con la cabeza.

Me empuja al interior de una habitación. Más grande que las demás, más limpia. Nunca he estado ahí. Es su despacho.

He visto tu nombre, dice. Estás en la lista.

Me la muestra. Es una hoja arrugada, sin membrete. Una lista de nombres. El mío está al final de la página.

No debería importarme morir. A pesar de que nunca lo haya deseado, ni siquiera durante las torturas más dolorosas —¿quién iba a desear su propia muerte?—, sería una liberación. Sin embargo, la noticia consigue revolverme en mi apatía. Me gustaría echarme a sus pies, pero no quiero que se ría de mí. Mis ojos se pasean por la habitación. En el suelo, junto a la puerta, hay un montón de sacos de yute. Son los que se utilizan para transportar la harina de yuca. Es allí donde nos encierran, antes de arrojarnos por el acantilado, en el río. Estoy viendo mi propia mortaja.

No estás en la lista de esta noche, dice el capitán, como si eso pudiera servirme de consuelo. Vendrán a buscarte el 3 de enero.

No sé qué día es hoy, así que no sé cuánto me queda de vida. No me veo capaz de decir nada.

¿Eres enfermera?

Asiento. No me sorprende que se lo hayan dicho. Tal vez no estuviera aquí cuando me trajeron. Pero ya debe de saber quiénes son sus prisioneros.

¿Trabajas en una clínica en Vousse?

Ya no, ahora estoy cerca del estadio de Lumumba.

¿Te acuerdas de una mujer a la que le hiciste una cesárea, en 2001?

He hecho tantos partos por cesárea, ¿cómo voy a saber de quién me estás hablando?

Doctor Sambou Sambou, ¿te viene algo a la cabeza?

Pues claro que sí. Es un médico de mi clínica. Le puse su nombre a mi hijo.

Cada uno de nosotros, además del nombre de pila, del apellido y el de su padre, lleva el nombre de otra persona. Se le pone para que reviva en otra generación, en el futuro, a un pariente, a un amigo, a un benefactor, a un protector. Yo llevo el nombre de mi abuela materna, la blanca Brize. El doctor Sambou ahora vive en Chrichina, el segundo de mis hijos.

Es el médico que trajo al mundo a ese niño, junto contigo. A ese niño le puse tu nombre. Se llama Brida. Tú vives en él. Ahora es mayor. Está con su madre, en el este del país.

Me alegro por ti.

Es mi hijo. Ya había salido de cuentas, pero él no se había colocado bien y no quería nacer. Mi esposa no tenía contracciones. Habría muerto. También mi hijo habría muerto. No teníamos dinero para pagar. Ninguna clínica nos aceptaba.

Entonces me aconsejaron: Ve donde *maman* Brigitte. Fui hasta allí. Te dije que te pagaría más adelante, en cuanto cobrara. Tú ingresaste a mi esposa. No volví nunca para pagarte. Me habría gustado, pero no pude hacerlo. No es lo que elegí. Soy un soldado, obedezco. Voy donde me mandan. Tuve que marcharme, he estado lejos siete años.

¿Por qué me cuentas todo esto? ¿Para qué? Ya es demasiado tarde.

Te voy a sacar de aquí, susurra el capitán, su voz reducida a un murmullo. Pero si te vuelven a ver en Matadi, estás muerta. Y yo también estoy muerto.

No estoy segura de entender realmente lo que me está diciendo el capitán. Tal vez tenga miedo de creer. Quien no tiene esperanza es invencible.

En ese momento levanto la mirada y veo el calendario colgando detrás de la mesa. Hoy es 27 de diciembre. Es el día de mi cumpleaños. Estoy en prisión desde hace casi dos meses. Hoy cumpla treinta y ocho años. Y el capitán me está diciendo que no voy a morir. Hoy, 27 de diciembre de 2012, nazco por segunda vez. Solo los que creen pueden reconocer un milagro. *Dieu le veut*. Le sonrío.

Brigitte, tienes que ser sabia. No debes dejar que te vean nunca más en el Congo.

Sí, capitán, le digo, lo entiendo, lo acepto. Haz que salga de aquí.

La noche de Fin de Año, junto con la paga, los soldados han recibido suministros para celebrar la fiesta. También los prisioneros recibimos el regalo *du jour de l'an*: un cucurucho de pollo y cabezas de pescado frito. El capitán Marckys se las apaña para estar de guardia, solo: esa es la única forma que tiene de llevar a la práctica su plan. Los soldados están todos borrachos y arman gresca en los dormitorios, otros se han marchado sin permiso, confiando en el follón de la fiesta. Me gustaría decir su auténtico nombre, porque quiero recordarlo. Pero podría hacerle daño, aunque él también tuvo que abandonar el país: lo avisaron de que estaban a punto de meterlo en la cárcel, al final se dieron cuenta de que desaparecía gente de la lista de condenados. Hizo huir a otros después de mí. Tengo la esperanza de que Dios le conceda larga vida a su hijo, el niño que lleva mi nombre.

A las tres de la madrugada, el cerrojo de la puerta chirría y la puerta de la celda se abre. La voz que articula «Brigitte Zébé» es la del capitán. Salgo, con el corazón en un puño, sin mirar hacia atrás. Mis compañeros y mis compañeras no

saben nada. Creen que me llevan arriba para abusar de mí, como de costumbre. Los soldados han de divertirse, es la noche de Año Nuevo.

Subo las escaleras con dificultades. Desde hace dos meses, vegeto en seis metros cuadrados, nunca he dado más de un paso y no soy capaz de mantener el equilibrio. Me mareo. Mis músculos están débiles, las heridas me duelen. Tengo una infección, la orina que bebo para saciar mi sed sabe a sangre. El capitán me empuja hacia la entrada del edificio, quizá sea un cuartel, no he podido comprobarlo. Que Dios te ayude, *maman* Brigitte, me dice y, sin esperar mi respuesta, me cierra la puerta en las narices.

Está oscuro, no hay luces a mi alrededor, ni siquiera tras los cristales se ve una lámpara encendida. Me asalta el olor del bosque. Follaje en descomposición, podredumbre, agua estancada. De lo que tal vez sean casetas, me llegan el ritmo sincopado de una música lejana y un estallido de carcajadas. Me encamino en la dirección opuesta. Me gustaría correr, pero no puedo hacerlo. Encorvada, doblada en dos, a duras penas consigo mantenerme en posición vertical. Voy descalza. Los pies se hieren con las asperezas del suelo. Espinas y astillas de madera se me clavan en las plantas. Camino en la más absoluta oscuridad por lo que parece ser la pista sin asfaltar que lleva a la prisión. Recorriéndola en sentido inverso, debería llegar a una carretera. Podría parar un coche, un autobús.

No me cruzo con nadie. Ni un vehículo, ni gente a pie. La cárcel no se encuentra en ningún pueblo. Está aislada, perdida en un océano vegetal. Estoy sola en el bosque. Y no sé dónde estoy. El bosque podría extenderse durante cientos de kilómetros a mi alrededor. Avanzo acompañada por el canto de pájaros, reclamos de monos, zumbidos de insectos, chirridos del follaje, roces de plumaje, jadeos de animales. Silbidos, trotes, alaridos, rugidos. Tengo miedo. Nací en Boma y me crié en Matadi: he vivido siempre en una ciudad. Leonard se perdió en la selva, de mi hermano solamente quedó un jirón de la camiseta roja. No quiero desaparecer como él. Mi madre debe tener al menos un cuerpo al que llorar. Sus cuatro hijos desaparecidos en la nada, como si los hubiera soñado. Me aferro a la idea de ella, que me busca y tal vez aún me espera. *Maman, maman, mamá.*

Camino durante horas en la noche, sin saber adónde voy. Únicamente quiero alejarme de la cárcel lo más posible. Si los soldados se percatan de mi huida y me buscan en jeep, no tengo salvación, así que camino por el borde de la pista,

lista para lanzarme entre la vegetación, que, de todas formas, me inspira un terror ilimitado. Por encima de mí, no hay cielo, no hay estrellas, ni luna: tan solo una maraña de ramas, que hacen más oscura la noche.

Al amanecer todavía estoy caminando entre árboles altísimos, las brillantes frondas verdes en las que se enroscan las lianas apenas dejan filtrar la luz del día. Una diáfana neblina desvanece los colores, haciendo espectral la selva. Las raíces resquebrajan la pista, troncos caídos y mal colocados llenan los márgenes. Los cantos de los pájaros se vuelven ensordecedores; los animales, en cambio, parecen haber desaparecido: la caza nocturna ha terminado, ahora duermen en sus madrigueras y en las ramas. Cada paso me cuesta un esfuerzo enorme. Tengo los pies hinchados, parecen ampollas de color púrpura. Están perforados por espinas, horadados por picaduras de insectos. Dejo tras de mí un pálido rastro de sangre. La selva alberga pulgas, moscas negras, hormigas y gusanos que pueden meterse dentro de la carne y hacer que se pudra. Pueden abrirse camino hasta el corazón. Si Dios quiere, se tratará tan solo de picaduras de mosquito.

La selva poco a poco va raleando. Los árboles espontáneos dan paso a las hileras de árboles de mindonga. Durante kilómetros y kilómetros, en los troncos con incisiones hechas para que gotee el caucho, cuelgan las cestas para la cosecha. Luego la pista se convierte en una línea recta, que se adentra en una llanura flanqueada por campos de maíz, por interminables plantaciones de café y de yuca, pero, por entre los tallos grises y las hojas que crecen en todas direcciones, no veo a ningún campesino con su machete. Todavía faltan unas semanas, febrero es el mes de la cosecha.

No he atravesado ni un pueblo siquiera. Estoy tan agotada que no me doy cuenta de las dos serpientes. Perezosamente, enarcando sus vértebras, saliendo por entre los arbustos, avanzan y me cortan el paso. Casi las piso. Las serpientes se ponen nerviosas, yerguen la cabeza, lanzan su lengua, pero no ha llegado para mí el momento de la muerte. No clavan sus colmillos en mis tobillos desnudos. Me dejan pasar y se acurrucan a la sombra de una planta.

El sol ahora está en lo alto y cada vez que disipa las nubes pica sobre mi cabeza desnuda. Es el primer día de enero, con el paso de las horas la temperatura se volverá insoportable.

La pista forestal se cruza por fin con una carretera. La veo desde lejos. Es muy ancha, accesible para vehículos a motor. Oigo su ruido incluso antes de que pueda distinguirlos. Apresuro el paso, pero soy demasiado lenta. Circula un

camión, seguido de cerca por una ranchera. Agito los brazos, muevo las manos, grito, suplico. Los hombres que van al volante no se percatan de mi presencia, pisan el acelerador y me superan. Tan solo me alcanza una salpicadura de barro oscuro. Todavía visto la blusa color chocolate del uniforme de la Cruz Roja que me había puesto la noche en que se me llevaron. Es mi única indumentaria. Ya no llevo la *pagne* de algodón, ni la ropa interior, ni las medias. En la dirección opuesta oigo cómo se acerca un motor asmático. El rugido es fuerte, debe de ser un vehículo potente.

Es un gran camión de diez neumáticos. Avanza con cautela, muy lento debido al mal estado de la carretera. Me planto en el centro de la calzada. Abro los brazos en cruz, para obligarlo a pararse. Mientras extendiendo bien los brazos, siento que algo me presiona el pecho. En el bolsillo de la camisa se quedó mi identificación.

El conductor del camión transporta aceite de palma en barriles de doscientos litros. Los ha cargado en las plantaciones que han desplazado la selva tropical. Le he obligado a detenerse en medio de la nada, le parezco una loca. Lo comprendo. Medio desnuda, magullada y gritando, le hablo con frases incoherentes que deben de parecerle sin sentido alguno. Casi lo obligo a que coja la identificación que le tiendo, aferrándome a la ventana de la cabina. El conductor se ve obligado a mirarla. Es la identificación de la Cruz Roja. En la parte superior, a la derecha, se encuentra la pequeña foto que garantiza que la mujer de la fotografía está inscrita en la sección de la República Democrática del Congo. En ese momento, sin embargo, la loca de la selva poco se me parece. Te lo suplico, en el nombre de Dios, le digo. Sálvame.

El conductor titubea. No quiere problemas. Y cargando con una desconocida como yo se arriesga a enfrentarse con problemas inimaginables. Tal vez haya oído que hay una prisión, en algún lugar, en la selva. Tal vez en la carretera se haya cruzado con jeeps de cristales tintados, aunque nunca lograra distinguir quién o qué había dentro. Tiene miedo. Pero esto no le impide comportarse como un ser humano. Hay un momento en que tienes que tomar una decisión. Es algo que le concierne solo a tu conciencia y tienes una fracción de segundo para decidir. No vas a obtener ninguna recompensa, es más, te va a perjudicar. También eso me pasó a mí esa tarde de noviembre. Le puede pasar a todo el mundo. No es cierto que se trate del destino. El mal siempre es una elección.

Que Dios se lo pague. El conductor echa el freno de mano. Abre la puerta de

la cabina y se baja.

Me esconde entre los enormes barriles de aceite de palma. Si me paran, me avisa, yo no sé que estás ahí. Te has subido a escondidas. Le juro que será eso lo que diga. No me importa adónde se dirige, ni siquiera se lo pregunto. Con tal de que me saque de allí, lo más lejos posible.

Viajamos durante dos días, nunca a más de diez, veinte kilómetros por hora. La lentitud del viaje es exasperante. Me parece ser prisionera de un hechizo, de una brujería. El chirrido de los frenos y el estrépito de otros motores me revela que nos cruzamos con bastantes vehículos; y de pronto, el motor se apaga, nos detenemos en un puesto de control. Pero no registran el camión, ni retienen mucho rato al conductor.

El segundo día el ruido se intensifica, ahora también de coches, reconozco el crepitar de los tubos de escape oxidados, noto la peste del diésel, de la gasolina, de la basura que fermenta al sol. El tráfico aumenta, disminuyen los traqueteos, bajo las ruedas ahora el asfalto discurre liso. Escucho bocinas, voces, el ruido ensordecedor de una ciudad.

El camión se detiene. El conductor sale de detrás de los barriles y me ordena que me baje. Hemos llegado a Kinshasa.

DIEZ

El extranjero al que se impida en su país el ejercicio efectivo de las libertades democráticas garantizadas por la Constitución italiana tiene derecho de asilo en el territorio de la República, de acuerdo con las condiciones establecidas por la ley.

Constitución de la República italiana, artículo 10

La comisión territorial se reúne cinco días a la semana. Se compone de cuatro miembros. Un representante de la prefectura, uno de un organismo designado por el Ayuntamiento, un funcionario de Seguridad Pública y un miembro de ACNUR. Cada uno de estos puede designar un suplente, o más de uno, y entre los suplentes designados por el representante del Ayuntamiento de Roma, que es el padre Giovanni La Manna, el combativo presidente del Centro Astalli, también está la señora Emma, una profesora jubilada, voluntaria del centro. Brigitte la conoce, porque se la encuentra a menudo en el comedor social, donde sirve en el mostrador y le encantaría que estuviera ella en la audiencia.

Los miembros de la comisión reciben de la comisaría de policía los documentos de los solicitantes de asilo. Estos tienen nombre de juego de batalla naval: C3. Son carpetas delgadas, que a veces contienen tan solo una hoja: la petición del solicitante de asilo. Con ella se puede adjuntar un informe u otros datos que se consideran útiles para motivar la solicitud. También la comisaría puede añadir información sobre la persona en cuestión: si las huellas dactilares revelan que ya se han topado con la misma en controles policiales o redadas contra la prostitución, si ha sido ya expulsada o si tiene denuncias en su contra. Las huellas dactilares de Brigitte no han hecho aparecer encuentros previos con las fuerzas de seguridad.

El informe realiza un viaje subterráneo desde la comisaría hasta los antiguos cuarteles de San Marcello, detrás de la plaza Santi Apostoli, donde se reúne la comisión y donde se celebran las audiencias. Los miembros de la comisión reciben el archivo el mismo día de la audiencia. En cada sesión, despachan dieciséis peticiones. Se las reparten, examinan cuatro cada uno de ellos. De

acuerdo con la ley, la carga de la prueba sobre la existencia de los requisitos para el reconocimiento de la protección –es decir, la veracidad de las declaraciones– no le corresponde a los solicitantes de asilo, sino al órgano competente, es decir, a ellos. De manera que se cotejan las informaciones proporcionadas en las peticiones con las de los sitios de política exterior aconsejados por el ministerio, con las agencias especializadas en las zonas de crisis, los archivos de la revista *Limes*, los periódicos extranjeros. A veces seleccionan las peticiones basándose en sus capacidades –hay quien es experto en África y quien lo es de Pakistán, quien sabe lo suficiente sobre los kurdos iraquíes y sobre los autodenominados católicos chinos, quien prefiere evitar los marfileños, porque la situación de la oposición en ese país es demasiado confusa y no se siente capaz de evaluar el alcance real del riesgo–. En Afganistán, en cambio, son todos expertos, ya que en los últimos años los más numerosos en busca de protección han sido los afganos. Inevitablemente es así porque, en el resto de Europa, sus peticiones son rechazadas debido a que su país se considera «seguro» y solo en Italia obtienen asilo. Los representantes de la Seguridad Pública prefieren no expresar preferencias. Tampoco lo hace el padre La Manna, cuya indulgencia ecuménica resulta conocida y, por otra parte, se ajusta al hábito que viste y la fe que lo motiva.

A estas alturas, todo el mundo conoce su elocuencia inexorable y su lógica cartesiana, y si bien el acento napolitano induce erróneamente a considerarlas fruto del fatalismo, su elocuencia es por el contrario filosófica y, sin lugar a duda, política. En los primeros tiempos, los funcionarios del ministerio lo invitaban a mostrar una mayor severidad al valorar las solicitudes. Con una sonrisa soñadora, señalaba la absoluta inutilidad práctica de un rechazo. Hasta qué punto, de hecho, resultaba contraproducente. Es verdad que el sujeto en cuestión no reúne los requisitos para ser reconocido como refugiado, pero si es rechazado, presentará una instancia de revisión. Pasarán meses y, mientras tanto, permanecerá en Italia, improductivo y marginado. Sería una carga y un coste para la sociedad. Y también para sí mismo. Podría ir a la deriva, caer en la delincuencia, darse a la bebida, enfermar. Y esto es lo que ocurre casi siempre. Y luego, si también se rechazara la instancia y se le ordenara abandonar Italia, no lo va a hacer. Porque nadie lo acompañará hasta la frontera. No hay medios, ni hombres, ni acuerdos con el país de origen, ni condiciones para subirlo a un avión. Y, además, ¿adónde iba a ir? Para entonces ya llevaría en Italia muchos años. No hay retorno. Por tanto, mejor será acogerlo y darle una oportunidad. Si

la aprovecha, habremos ganado la apuesta. Se convertirá en un recurso para todos. Es joven, ha sobrevivido, está vivo y se ha hecho más fuerte. Eso es lo único que cuenta. Vamos a darle una oportunidad.

Los biempensantes lo considerarían un saboteador y un subversivo, pero el razonamiento del padre La Manna es impecable y su punto de vista ha llegado a tener sus seguidores. Ahora ya todo el mundo sabe que siempre defiende a los jóvenes, porque ve en ellos, sean quienes sean y sea cual sea el pasado que llevan a sus espaldas, el futuro. A ellos lo único que les pide es que no mientan. Va a la comisión con el traje negro de sacerdote, que infunde un respeto universal. La mayoría de esos jóvenes examinados, musulmanes, nunca han visto un confesionario. A pesar de ello, la audiencia con él recuerda muchísimo a una confesión. El padre La Manna reconoce de inmediato la mentira, al igual que los funcionarios de la prefectura, los policías y los suplentes. Pero la mentira no tiene para ellos el mismo significado. Él quiere que lo admitan. Lo confiesen o no, nada de lo que escribieron en la petición es cierto; que no son más que pobres desgraciados y que declararon falsedades por desesperación, no para engañar o despreciar las instituciones: solo fue para tener una oportunidad. A veces se rinden, llorando, creen que ese reconocimiento supone el final de todo. Y, por el contrario, es el principio. Porque una vez restablecida la verdad, el cura y el solicitante de asilo ya no son juez y acusado, sino dos personas delante de una puerta. Y el padre La Manna conseguirá que se abra.

A veces, el reparto de los expedientes es casual. El orden alfabético o el número de la solicitud constituyen una arcaica cábala. No sé quién examinó el expediente de Brigitte. ¿El presidente, el funcionario de la prefectura, un suplente? El anónimo miembro de la comisión no dejó sus siglas.

La convocatoria de Brigitte es para el 17 de junio. Han pasado poco más de tres meses desde que presentó la solicitud. Una rapidez casi ejemplar. Hasta el año 2012, tan solo había diez comisiones para toda Italia, pero muy pronto, tras el aumento exponencial de las peticiones, se multiplicaron y, al cabo de cuatro años, se distribuyen por todo el territorio nacional, desde Sicilia hasta Gorizia. En 2016, las secciones llegan a ser cuarenta y seis. Aunque en teoría tienen que respetar unos criterios comunes de evaluación y dar respuestas unívocas, no sucede exactamente así. Algunas funcionan, otras no tanto. Algunas son benévolas, casi militantes, y de forma sistemática se ponen de parte del

solicitante. Otras se muestran más proclives a aceptar las directrices del Ministerio del Interior que, dependiendo de las contingencias, abre más la mano o la cierra. Por ejemplo, desde que la emergencia que siguió a las primaveras árabes fue declarada como finalizada, un tunecino o un egipcio no tienen ninguna posibilidad de que su solicitud sea aceptada. Sería necesario que el mecanismo se estropeará, una distracción, casi un milagro. La vida de Brigitte no depende de ello.

Son algo más de las ocho de la mañana cuando cruza el portón del edificio, supera la caseta de vigilancia, sube las escaleras y se sienta en el pasillo del primer piso, con los otros quince solicitantes que han sido convocados para este mismo día. Conoce de vista solo a uno de ellos, los otros no han sido tutelados por el Centro Astalli. Los llaman de tres en tres porque ese día trabajan tres salas para audiencias, pero ella no se fija en eso.

Está algo nerviosa. En los últimos días ha ensayado la audiencia varias veces con Francesca. Esta le ha formulado las preguntas que podrían hacerle, ha escuchado sus respuestas, le ha dado consejos y sugerencias. Pero hoy no ha venido. No acompaña a sus solicitantes durante las audiencias. No debe dar la impresión de que representan un papel. Brigitte está sola con su historia.

Ha pedido hablar en lingala. Es la lengua franca del África bantú, aunque no es su lengua materna ni su lengua de uso cotidiano. No tiene ni idea de quién será el intérprete. Francesca ha dicho que no los conoce. Los llama el Ministerio del Interior, los proporciona una cooperativa con la que existe un convenio y se les paga según el número de servicios. A menudo ellos mismos fueron solicitantes de asilo, hace muchos años. La lista de las ciento veintitrés lenguas en las que un solicitante puede pedir ser escuchado en Roma ocupa dos páginas. Algunas son predecibles, como el árabe, el ashanti, el malinke, el bosnio, el hindi, el igbo, el tigrino, el wolof o el darí. Otras, como el amhárico, el azerí, el diola o el malgache, menos evidentes. Otras más, tales como las lenguas de los kotokoli o de los kusasi, el sango, el gurma, el oromo o el zazaki, lo dejan a uno estupefacto. El Estado italiano practica una sorprendente ecología lingüística.

Brigitte mira sin verla la pared blanca que tiene delante de ella y espera. El reloj del móvil marca el paso de las horas. Cuando la puerta de la primera sala se abre, deja entrever un ambiente anónimo, con dos escritorios. Pero solo uno de ellos está ocupado. A la izquierda, detrás del ordenador, la silueta de una mujer. En la otra sala, un hombre con el cráneo rasurado. El solicitante número uno sale

después de cincuenta minutos, con la cara tensa, la camisa azul manchada de sudor. El solicitante número dos está dentro una hora y media. El doce –le suena de algo– le pregunta cómo le ha ido, como en el colegio, después de un examen. Es nigeriano, responde en inglés. El solicitante número siete se lo traduce en un italiano impreciso al marroquí que tiene sentado cerca de él. Bien, dice el número dos, es algo tranquilo, hacen que te sientas cómodo, te piden que les cuentes tu historia, nada más. El solicitante número cinco, que parece especialmente nervioso, pregunta si te interrogan como si estuvieras en los barracones, para verificar si te lo has inventado todo. No, responde el nigeriano, aliviado. No te presionan. Te están escuchando.

Brigitte entra a las doce y diez de la mañana. La sala es pequeña y carece de adornos, la temperatura es mucho más baja que en el pasillo: el aire acondicionado suelta un chorro de aire polar. La ventana, que se asoma al callejón de abajo, está cerrada. El miembro de la comisión, de quien al principio, detrás del monitor, tan solo puede verse un mechón de pelo gris, está sentado en el escritorio, con los ojos pegados a la pantalla del ordenador. Ella no puede verlo, pero está consultando en una página web las violaciones de los derechos humanos en el Congo. Ha abierto su expediente poco antes de llamarla. Delante de la mesa hay dos sillas giratorias, con el asiento tapizado de tela ignífuga verde. Una mano le hace señas para que se siente.

Brigitte tiene hambre y la espera la ha cargado de tanta ansiedad como de excitación. Hace meses que espera este momento: ahora quiere contar todo, explicar todo, liberarse. Declara nombre, apellido, fecha de nacimiento, país de origen. El intérprete de lingala es un hombre, de pequeña estatura, regordete como un hipopótamo. Se intercambian un saludo formal, luego se sienta a su lado. De él, solo recuerda el nombre y el trasero, monumental, un poco flácido, digno de una *maman*.

El entrevistador es una mujer. No es una casualidad. La comisión considera que las víctimas de tortura pueden hablar de las violencias sufridas con menos vergüenza con una persona de su mismo sexo. Brigitte ya se ha acostumbrado a la omnipresencia de las mujeres y no se queja. La funcionaria le pregunta si acepta realizar la audiencia ante un único miembro de la comisión, por razones de organización, sin perjuicio de que su caso sea revisado por todos los miembros. Brigitte dice que sí.

Explica que llegó a Termini después de haber utilizado un pasaporte falso,

pero del viaje cuenta lo menos posible y solo a regañadientes susurra el nombre de la persona que la ayudó a abandonar su país. En última instancia, en el Congo hay millones de personas que se llaman Constantin. Habla de su etnia, de su religión, de sus estudios, de su familia, de sus hijos. Responde a las preguntas de una forma seca y esencial, dándole tiempo a la funcionaria para transcribir sus palabras en el documento del ordenador. Su relato solo se hace articulado y narrativo cuando recuerda la escena del coronel y la botella de formol y, luego, la del secuestro. La funcionaria tiene en cambio que animarla a que continúe para que hable de la cárcel y de las torturas. Ella se esfuerza por encontrar las palabras adecuadas. Que evoquen el horror sin complacencia. La verdad está desnuda. No quiere compasión, sino justicia.

La funcionaria se resigna y no insiste. Pero quiere estar segura de que la mujer no está repitiendo un guión. Le enseña algunas fotografías de políticos africanos. Algunos son de su país, otros no. Y como ella en su solicitud ha mencionado al vicegobernador del Bajo Congo, la funcionaria le pide que se lo señale con el dedo. Brigitte no vacila. Cómo iba a olvidar esa cara... Al final, de forma espontánea, aunque acordándose del consejo de Francesca, le dice que ha terminado el curso del nivel A1 de italiano. La funcionaria le pregunta si está bien aquí. Brigitte responde: «Sí, estoy haciendo todo lo posible para aprender italiano y encontrar un trabajo, me gustaría trabajar de enfermera.»

La funcionaria se despide de ella. La audiencia ha terminado. Brigitte saluda al intérprete. Está satisfecha con su trabajo: aunque lleva viviendo en Italia hace décadas y se casó con una mujer italiana, le parece que conoce bien el idioma. Salen juntos de la sala, porque él ha terminado por hoy, nadie más ha pedido hablar en lingala. Se aleja rápidamente, con el trasero basculando a cada paso. Al año siguiente, Brigitte se lo encontrará bajo los pórticos de la plaza Vittorio. Saldrá a su encuentro sonriendo. El intérprete no la reconocerá o fingirá no reconocerla. Ella pensará que lo hace para protegerse y seguirá su camino.

A los otros solicitantes, que todavía están esperando en las sillas del pasillo, ahora se los ve destrozados por el calor y por el cansancio y casi no se fijan en ella. Se pregunta cuánto tiempo tendrá que esperar antes de saber si su solicitud ha sido aceptada. La funcionaria no le ha dicho nada al respecto. El padre La Manna, en cambio, tiene la costumbre de decirle al solicitante que se quede tranquilo. No puede garantizar el resultado de la audiencia, cuyo contenido debe ser examinado por toda la comisión, pero si no encuentra motivos razonables

para que la solicitud sea rechazada, prefiere que el solicitante lo sepa. Para qué dejarlo con la incertidumbre.

En la plaza Santi Apostoli, el sol hace arder los adoquines y desde abajo asciende una llamarada que quema casi los pies atravesando la frágil protección de las sandalias. Brigitte atraviesa la plaza y se encamina hacia el Centro Astalli. La plaza Venezia es un espejo candente, un cascote desgajado del sol. Transeúntes y turistas se deslizan rozando las paredes, bajo la exigua sombra de los aleros de los edificios. Los blancos van todos medio desnudos. Chicas, ancianas, gordos, jovencuelos y señoras maduras ostentan impudicamente hombros, brazos, axilas, pies, piernas taraceadas con racimos de venas. Y, a pesar de ello, entre estas personas es donde ha pedido vivir. Antes de salir, se volvió hacia la funcionaria y le dijo: Quiero darle las gracias a las autoridades italianas y a todos aquellos que me han ayudado. Sin embargo, ella nunca se destapará de esa forma. Eso no se hace, no está bien. Se seca con el dorso de la mano el sudor que le gotea por la frente. Los blancos nunca se van a creer que ella, nacida en el ecuador, haya descubierto en esta ciudad el calor verdaderamente sofocante. Le parece que aquí el sol quema como el fuego.

Al final de las dieciséis audiencias, los cuatro miembros se reúnen para debatir sobre las mismas. Están agotados y maltrechos. En este antiguo cuartel no hay sistema de aire acondicionado y la refrigeración se confía a los climatizadores portátiles, que algunos prefieren no encender siquiera para no pillar un trancazo en cuanto salgan. De todos modos, el edificio ha sido bien rehabilitado, el mobiliario espartano tiene un aspecto digno y el conjunto no transmite esa sensación de abandono y dejadez fatalmente asociada con lo público en Italia.

Con el tiempo, han aprendido a no implicarse en la dolorosa brutalidad de las historias que tienen que escuchar. Pero, después de las audiencias, los archivos C3 ya no son números, ni nombres. Son voces, cuerpos escuálidos o deformados por los esfuerzos, manos que se retuercen por la tensión; son ojos redondos, abiertos de par en par, oscuros; lágrimas que surcan mejillas imberbes, caras de hombres remendadas por cicatrices, de mujeres orgullosas como máscaras. Voces, rostros y llantos que no consiguen sacarse de la mente y que en ocasiones los visitan en sueños. Juzgar la vida de otro ser humano, con quien te reúnes apenas una hora, decidir su futuro por las palabras que te dice en una lengua que

no entiendes y cuyos matices, resonancias y secretos se te escapan, es una responsabilidad que pesa y, con el tiempo, agota. Muchos comisarios se buscan sustitutos cada vez más a menudo y, luego, renuncian, dimiten, se rinden.

Una mujer que trabajó durante años en una comisión romana no consigue olvidar a los dos asesinos con los que se reunió. Un sirio de Alepo, de veintitrés años, un rostro anodino, en modo alguno atemorizado, que admitió haber matado a su hermano. Tras el estallido de la guerra civil, consiguió escapar de la prisión y de Siria. Se dirigía a Alemania, pero fue interceptado en la costa siciliana, por lo que se vio obligado a presentar su solicitud aquí. No puede ser devuelto, porque Siria es una zona de guerra y las leyes lo prohíben. El otro es un chico de Ghana. Durante la audiencia, reveló que asesinó a su tía, por razones triviales, le pareció entender. Una disputa, un asunto de dinero. En su país existe la pena de muerte. La ley prohíbe el rechazo de los solicitantes de asilo que podrían sufrir tratos degradantes o ser condenados a la pena capital. Ella, sin embargo, se opuso. Pidió una investigación adicional. Por absurdo que pueda parecer, el asesinato podría incluso no ser verdad y ser utilizado como un comodín por un jugador dispuesto a echarse un farol para ganar la máxima apuesta. Pero, si fuera verdad, aún sería peor. ¿Qué podemos hacer con un chico que ya ha matado y ha salido impune? ¿Hasta qué punto pueden ser divergentes la ley y la moral común?

Dos años más tarde, mientras intento reconstruir las etapas de la odisea de Brigitte, les pregunto a los comisarios qué forma tienen de comprobar los hechos. La cuestión –para mí, que estoy acostumbrada a bucear en los archivos, con fuentes documentales y testigos para reconstruir o construir mis historias, y que llevo meses trabajando con el caso real de Brigitte– resulta fundamental. No solo es una cuestión de estética, sino también de ética de la literatura.

Hago un descubrimiento asombroso. El Estado no exige que comprueben los hechos. Sería imposible. Un refugiado casi nunca es capaz de proporcionar pruebas de la persecución que ha sufrido, el único cuerpo del delito del que dispone es, a veces, paradójicamente, su propio cuerpo. Lo que el Estado pide es que los hechos narrados sean verosímiles. Que respeten el principio de verosimilitud.

Eso es lo que se le pide también al autor de una novela.

Si es capaz de suspender nuestra incredulidad, si lo seguimos hasta la última

página, si creemos en los hechos que inventa y nos ensimismamos en sus protagonistas.

La Italia del futuro nacerá a partir de las historias que hayan sido relatadas. Y serán historias que habrán sido relatadas y, por tanto, construidas, para nosotros.

Somos los lectores y los críticos de la novela nacional.

No los autores del relato.

Cada comisionado presenta sus cuatro casos y los otros formulan preguntas, exponen sus dudas, si las hay. A pesar de tener historias, experiencias y visiones del mundo diferentes, rara vez tienen opiniones encontradas. A menudo, el representante de Seguridad Pública señala quisquilloso las incongruencias de las narraciones. Como malos guiones, películas malas o malas novelas, están plagadas de agujeros, de acontecimientos inverosímiles, de conductas improbables. Y despistes: nombres que no cuadran, fechas inexactas, igual que textos publicados sin la revisión de un buen editor. Otros, que también se han fijado en esas incongruencias, consideran que no son relevantes. Subrayan los nervios del solicitante, su bajo nivel de educación y, por tanto, sus limitados recursos verbales, incluso en su lengua materna, la imprecisión de los recuerdos, a veces la dificultad de entender realmente las preguntas (y que por vergüenza no la reconocen). Y el miedo. Algunos solicitantes tiemblan solamente con la idea de estar ante la presencia de representantes de las fuerzas del orden.

Sobre un chico senegalés de veinte años de edad aún se sigue discutiendo bastante. En los últimos tiempos, han aumentado de forma desmesurada los jóvenes de ese país que se declaran perseguidos por ser gays. Deben de haberse enterado de que hasta ahora esta motivación ha funcionado en Italia. Por alguna misteriosa razón, el país más homófobo de Europa Occidental se ha mostrado generoso con los homosexuales de África Occidental. Así que a los chicos de Senegal se les recomendó –¿dónde, quién?– esta estrategia. Y hasta que no se difunda un mensaje diferente, seguirán representando con convicción y ensimismamiento esta historia, evidentemente prestada, a menudo sin saber siquiera de qué están hablando en realidad. O, si lo saben, están dispuestos a correr el riesgo. Después de haber esperado durante años para poder entrar en Europa –después de haber vagado por el desierto y de haber perdido los mejores meses de su juventud en las cárceles libias–, representar por un día o por un mes delante de desconocidos blancos que nunca más volverán a ver ese papel del

pédé –del marica– es el último, y el más leve, de sus trabajos. Las historias van en oleadas. Cuando esta ya no funcione, encontrarán otra.

Sin embargo, el suplente de la administración local defiende al chico, dice que no se lo puede juzgar como mentiroso solo porque su historia-fotocopia se parece a muchas otras. Todas las historias de discriminación sexual se parecen entre sí. Y, además, ¿cómo se puede reconocer a un gay? La orientación sexual no es una marca que una persona lleve grabada en la frente. Votan: dos a favor, dos en contra. El voto del presidente vale doble. *In dubio pro reo*. La solicitud es aprobada.

También se discute sobre el nigeriano. La directriz es conceder asilo a los que proceden del norte del país, sacudido por la violencia terrorista, y rechazar a todos los demás. Pero su historia también la han oído ya los cuatro miembros. En las últimas tres semanas, todos los nigerianos han declarado que proceden de la misma región, del norte, que se han librado de la misma masacre y que han sido testigos del incendio de la misma iglesia católica. Pero no han sido capaces de describir la iglesia y tampoco ha sabido hacerlo el joven de esta mañana. Al revisar su C3, el funcionario del Ministerio del Interior había señalado el nombre de la iglesia (Santa Teresa) y había buscado la fotografía en internet. Sabía cómo era el techo y de qué color eran las paredes. La descripción no coincide, el joven nunca estuvo allí. Le pasaron el nombre de esa iglesia y de esa localidad porque había funcionado con otros. Siempre hacen lo mismo. El miembro de ACNUR dice que podría tratarse de otra iglesia, pues han sido quemadas centenares de verdad y, como esa zona es inmensa, el solicitante podría haberse equivocado debido al nerviosismo. Votan. La petición es rechazada.

En el C3 de Brigitte se adjunta el informe del especialista forense del SaMiFo, quien certifica las lesiones traumáticas halladas en su cuerpo durante el reconocimiento: los resultados de las quemaduras causadas en las manos y en los muslos por un objeto al rojo vivo (una tea ardiente) y el goteo de plástico fundido, la deformación de la uña del segundo dedo del pie derecho, las heridas lacero-contusas y la alopecia en la región occipital, las cicatrices en la pierna izquierda que afectan al cincuenta por cien de la superficie cutánea. Los traumatismos no son recientes, se remontan a hace unos seis meses. En el mismo documento, el doctor Santone resume el estado psicológico de la solicitante y su condición de extrema fragilidad y vulnerabilidad. El suplente que ha transcrito la audiencia se la lee a los tres ausentes. El caso de Brigitte se liquida en cuestión de minutos, por unanimidad.

ONCE

La puerta es la que elige, no el hombre.

J. L. BORGES,
«Fragmentos de un Evangelio apócrifo»

Kinshasa tiene diez millones de habitantes. La capital de mi país es una aglomeración inmensa, ilimitada. He estado allí muchas veces, para ir de compras: la carretera desde Matadi es la mejor del Congo y con un buen automóvil se recorre en pocas horas. Pero de esos diez millones de habitantes, tan solo conozco a uno de ellos.

Mi padre murió en 1986, yo acababa de cumplir doce años. Me quedan de él pocos recuerdos. Pero cuando Michel Phakua Phakua era subdirector de la Onatra, era un hombre adinerado, alguien importante en Matadi. Tenía un amigo y, cuando este murió, se hizo cargo de su hijo. El chico se llamaba Constantin. Mi padre le pagó los estudios y consiguió que se licenciara. Para Constantin, fue un padre. Y Constantin, un hermano para mí. Tengo que encontrarlo. Solo él puede ayudarme.

No sé en qué punta de la ciudad me ha hecho bajar el conductor del camión y, aunque recuerdo la dirección de Constantin —a menudo nos enviamos cartas, paquetes, regalos—, no sé cómo llegar hasta su barrio, pero también me sé de memoria su número de teléfono. Me acerco a una mujer, se da cuenta de que necesito ayuda y me ofrece algo de dinero, para que pueda comprarme algo de comer. Pero yo no pienso en comer. Hay una vendedora ambulante, detrás de un tenderete: expone barritas de pan, asediadas por nubes de moscas que ella ahuyenta agitando la mano. Le pido que me diga el nombre de este barrio, de esta calle. Y dónde puedo hacer una llamada telefónica. La vendedora me indica una cabina, al otro lado de la calle.

Constantin ha salido hace media hora para ir al trabajo. A mitad de camino, se da cuenta de que se ha olvidado el móvil en casa. Lo habría dejado allí, por una vez, pero tenía una cita para comer con su esposa: si ella quería decirle algo, sin duda lo llamaría a ese número. Y, al oírlo sonar en vano, se alarmaría. Así que

vuelve tras sus pasos y lo recoge. Si Constantin no hubiera contestado a mi llamada telefónica, no sé qué habría sido de mí. *Dieu le veut*.

Mon frère, c'est Bilí, aide-moi, sauve-moi.

Lloro, ruego, susurro. Constantin no entiende, me veo sobrepasada por la emoción, no consigo explicarme y, de todos modos, tengo demasiado miedo para hacerlo. No sé si mi buen hermano está solo o si alguien puede oírme. Constantin se percata de que es inútil preguntar.

Espérame, Bilí, dice, no te muevas, ahora mismo voy a recogerte.

Me acuclillo en el bordillo de la acera, cerca de la mujer del pan. Mi aspecto la inquieta, pero no me pregunta nada. Le ofrezco las monedas, no las acepta y me tiende una hogaza. No he comido nada desde la noche del 1 de enero. Hoy es 3. El olor de la harina me marea. Cuando el coche se detiene en la esquina de la calle, ni siquiera tengo fuerzas para levantarme. Constantin viene hacia mí y exclama, *Bilí, mon Dieu*, ¡pero qué te ha pasado!

Lo primero que hago en casa de Constantin es ir al cuarto de baño y darme una ducha. Me quedo bajo el chorro de agua hasta que se me pone la piel de gallina. Me gustaría deshacerme no solo de la sangre y la suciedad sino también del recuerdo de la cárcel. Luego me visto, con ropa de la mujer de Constantin – está más gruesa que yo, me queda ancha–. Aunque, tal vez, en realidad, ella era como yo: soy yo quien ha adelgazado hasta quedar irreconocible. Está planchada, limpia, huele a jabón. Me echo colonia en las muñecas y en el cuello. Me hago la ilusión de que la esencia de las flores desvanece el hedor a sudor y esperma que siento todavía en las fosas nasales. Luego como un plato de arroz con pollo, mientras mi buen hermano me observa, inquieto. Solo al final se lo cuento todo. Él se limita a suspirar, Ay, ay, ay, Brize, mi Brize, es un lío terrible.

Baja los estores de las ventanas, cierra las cristaleras, echa las cortinas. Se pregunta si alguien lo ha visto entrar conmigo. Si la vecina con quien nos cruzamos en la entrada se habrá fijado en mí o bien si su propio cuerpo le ha ocultado mi presencia. Se ha arrepentido de haberme llevado a su casa. Ahora está en peligro. Pero es mi hermano, yo soy su hermana. No hemos nacido de la misma sangre, ni del mismo vientre. Pero eso no importa realmente. Todo lo que tiene –su hermosa casa, su bella esposa, su buen trabajo con un sueldo de funcionario– se lo debe a mi padre. A Michel Phakua Phakua, de la Onatra. El

agradecimiento es algo impagable. Constantin llama a un médico, un amigo: no le dirá a nadie que me ha examinado.

El médico me saca las espinas de las plantas de los pies tumefactos y de las piernas, desinfecta las picaduras, me aplica un tratamiento en los hematomas que me amoratan la piel, en las llagas de las manos y los muslos, las quemaduras de ácido y fuego. Me da una crema para las heridas en la vagina y las infecciones. Constantin está poniendo en peligro su vida por hacer que me curen. Si el médico lo traicionara por codicia, pensando en una recompensa, sería el final para él. Estoy agradecida, de verdad. Pero, al mismo tiempo, no me importa que me curen. Me siento impaciente, inquieta, casi deliro. Me muero de ganas de marcharme y no puedo hacerlo. De nuevo estoy recluida, aunque esta vez no sea en una prisión, sino en una bonita casa en un barrio residencial de la capital. Pero no puedo salir, no he de dejar que me vean, nadie sabe que estoy aquí. No existo.

No puedo saber qué ha ocurrido en los últimos dos meses. ¿Mi familia sigue con vida? O, mejor dicho, durante mi ausencia, alguien podría haber muerto. Mi madre es mayor. Nació en 1936, en enero de 2013 tiene casi setenta y siete años: se habrá enterado de mi desaparición, podría haber muerto de un ataque al corazón. Su hermana gemela, Albertine, ya murió de un paro cardíaco. En mi casa, en Matadi. Estaba casada con un diácono y no tuvo hijos: cuando enviudó, me la llevé conmigo. Se ocupaba de mis hijos. Tenía un carácter difícil y conflictivo, a veces se presentaba en la clínica para pedirme dinero o para protestar por alguna injusticia que afirmaba haber sufrido: era la única persona en Matadi que se atrevía a montarme una escena. Pero yo la quería y fui yo quien se la encontró muerta. Yo, la primera en inclinarme sobre ella y sentir que ya no salía ningún aliento de sus labios. Mi madre y la tía Albertine eran idénticas. Dicen que los gemelos tienen, en realidad, un único cuerpo y que mueren de las mismas enfermedades. ¿Habrán muerto mi madre como ella?

Y mi joven cuñada, Coco... Le mataron a su marido, podrían haber ido a detenerla también a ella. Y su hijo, Prince, tiene solo dos años. Y mis hijos. Gervais oyó los ruidos, aquella noche, pero ¿entendió lo que pasaba? ¿Y los mellizos? También ellos son parecidísimos y uno no se mueve sin la otra. Aissy tiene la piel clara, de color café con leche, y será mucho más hermosa que yo. Y Chrichina, que, cada mañana cuando me iba a la clínica, me abrazaba con fuerza y me observaba, entrecerrando sus ojos miopes, como si tuviera miedo de que un

día no volviera a casa y quisiera imprimirse en la memoria mis rasgos. Y Trifeen, la pequeñita, que tiene la piel cubierta por una pelusa de terciopelo, como un cachorro. Ya se criaron sin un padre, ahora también me han perdido a mí. ¿Qué será de ellos, qué les han hecho? ¿Se los han llevado?

En casa no tenemos teléfono, pero de todas formas no podría ponerme en contacto con ellos: Constantin me lo prohíbe categóricamente. Nadie tiene que saber que estoy viva. A medida que pasan los días se me mete en la cabeza la idea de que mis hijos han muerto. Constantin me dice que no tengo ningún motivo para pensarlo. Pero yo no doy crédito a sus palabras y no consigo librarme de ese pensamiento. Se convierte en una idea fija, en una obsesión y, por último, en una certeza: una verdad innegable.

Los niños, se lo suplico, tienes que buscar a los niños, Cyprien está muerto, mamá está en Boma, se han quedado solos, tal vez se los hayan llevado, tal vez los hayan dejado morir. Constantin dice que los buscará, pero no lo hace. Es demasiado peligroso. Lo primero es sacarme del país, pero aún no es capaz de imaginar cómo.

Una tarde, mi buen hermano regresa a casa antes de lo habitual, un poco después de las dos. Es 24 de enero. Han pasado más de veinte días desde que me escondí en Kinshasa. Físicamente estoy mejor. Psíquicamente voy a la deriva. Veo por todas partes a mis hijos muertos, tumbados en sus camitas. Inmóviles, con los ojos cerrados y los miembros rígidos y fríos. *Arréglate bien, ma soeur*, dice Constantin. Prepárate, tenemos que salir de inmediato.

Me lavo, me echo perfume. Del armario de su mujer elegiría la ropa que más me gusta, pero Constantin me impone otra. Más tarde entenderé por qué. Me pongo unos pantalones cortos de color beis –vosotros los llamáis «piratas» o «capri» con descosidos a la moda a la altura de la rodilla; me los ciño con un cinturón de cuero blanco. Un polo blanco con botoncitos y una chaqueta de algodón, también blanca. Son buenas prendas, de Zara. Las sandalias son de color beis, a juego con los pantalones. Me pinto las uñas con esmalte color rojo, me coloco sobre la nariz un par de gafas de sol que me ocultan por completo el rostro, me calo en la cabeza un sombrero de tela para ocultar la quemadura en la frente: parezco una señora de la alta sociedad. Es tan raro. Aunque yo era una señora de la alta sociedad. Nunca salía sin esmalte en las uñas, siempre me vestía bien.

Constantin me acompaña a la calle. Un jeep con cristales tintados espera

delante del portal, con el motor en marcha, y, al verlo, siento un escalofrío. Me gustaría huir, pero él me sujeta de un brazo. Es un amigo, dice, te ayudará a salir del país. Pero ¿cómo?, exclamo. ¡No tengo pasaporte! Nunca he tenido pasaporte. ¿Para qué necesitaba yo un pasaporte? Yo estaba bien. Tenía de todo. Nosotros no viajamos por placer, como vosotros. Viajamos por deber. O por desesperación.

No necesitas pasaporte, mi amigo ya te lo explicará. Es diputado. Haz lo que te diga. Confía en él. Subimos al asiento trasero, el diputado ni siquiera se da la vuelta y le ordena al conductor que se ponga en marcha. Solo veo su nuca, afeitada, y los musculosos hombros ceñidos en una americana azul.

El jeep viaja rápido. Por detrás de la ventana tintada, desfilan las calles, los bloques de edificios de Kinshasa, la multitud ruidosa y variopinta de la metrópolis. Una vez más, no sé adónde voy. En presencia del conductor, el diputado no dice ni una palabra y yo no pregunto nada. Me dejo transportar como un objeto. Después de una hora, o tal vez menos, nos detenemos. Hemos estacionado delante de un edificio acristalado, resplandeciente de carteles. Taxis, autobuses, jeeps, se agolpan en las entradas. Ahora sé que es la terminal de salidas del aeropuerto internacional N'djili, pero en ese momento estoy tan obnubilada y asustada que no entiendo nada. Sigo al diputado y a Constantin por un vestíbulo repleto de gente. Aún cojeo y me cuesta seguirlos. Me acompañan a una sala de espera y el diputado me indica que me quede sentada, esperando a que vuelva. Si alguien me pregunta algo, debo decir que salgo de viaje con mi marido. Soy su esposa. A continuación, el diputado se aleja con las maletas en dirección a los mostradores de facturación.

Constantin se queda conmigo hasta que el diputado vuelve con las tarjetas de embarque. En ese momento me abraza, me besa tres veces en las mejillas, me estrecha entre sus brazos con fuerza, un buen rato, como si no fuera a volver a verme nunca más. Y entonces soy consciente de que realmente también estoy perdiendo a este último hermano mío. Adiós, Brigitte, dice, que Dios te proteja. No intento retenerlo, sé que no puede hacer nada más por mí. Me esfuerzo para no llorar, pero no soy dueña de mis nervios, me deshago en lágrimas. Constantin cruza la puerta acristalada del aeropuerto y desaparece entre la multitud de viajeros. No he vuelto a verlo nunca más.

Omnia mea mecum porto.

BÍAS DE PRIENE

Como una sombra, sigo al diputado por los pasillos del aeropuerto. No quiere que me muestre nerviosa. Si lloras, susurra, te llevan de vuelta a la cárcel. Tengo que mantener la calma, tengo que estar callada. No tengo que dar la nota de ninguna manera. Si me quedo en silencio, todo irá bien. En la aduana, le tiende los dos pasaportes al oficial de la cabina. Soy su esposa. Llevo la misma ropa que ella viste en la fotografía. Es el pasaporte de ella el que ojean, de pasada. En ningún momento lo llevaré en la mano. No sé ni cómo se llama la mujer a quien debo mi tercera vida.

En la puerta de embarque nos dejamos caer en incómodas sillas de plástico, juntos. El diputado casi no me mira, como si quisiera saber lo menos posible acerca de mí. Me repite constantemente las pocas instrucciones indispensables. Si te preguntan algo, solo di que eres mi esposa. Viajo por trabajo y te llevo conmigo. Es la primera vez, estás contenta por ello y un poco asustada. Eso bastará. Luego aparta la mirada, pega los ojos a la pantalla del móvil y me ignora. No quiere que hablemos. Estamos rodeados por decenas de personas, cualquiera podría oírnos. Este hombre, al que no conozco, que no me debe nada, está arriesgando su vida por mí.

Bueno, no por mí, sino por Constantin. Tal vez el diputado sea el hermano del alma de Constantin, del mismo modo que Constantin es el mío. Lazos tejidos con los dolores de cada uno, por las alegrías ofrecidas y correspondidas, más fuertes que el miedo, que nada puede romper. O bien no es el amor lo que lo mueve, sino el interés. Constantin le habrá pagado, habrá comprado mi viaje y mi vida. Todo tiene un precio. Cómo podré pagar una deuda tan grande.

Se ha hecho de noche. Cuando llaman para el embarque, ya son las once pasadas y muchos pasajeros, que se han quedado dormidos con la cabeza reclinada en la barbilla, se sacuden sobresaltados, de mala gana. Nos ponen en

fila india como ganado, nos suben a un pequeño autobús, que atraviesa una extensa pista de asfalto. Focos alineados en el suelo dibujan calles de luz. Las puertas del autobús se abren delante de una escalera baja y ancha, con peldaños de metal que trepan hacia la oscuridad. El diputado me invita a subir. Yo no me percaté de que esa escalera conduce a bordo de un avión. Cuando alcanzo ya la parte superior distingo una forma cilíndrica blanca, en la que corre una inscripción en rojo: TURKISH AIRLINES.

Cruzo por una puerta tan estrecha que a duras penas permite pasar a una persona. Una mujer con uniforme rojo y un sombrerito también rojo en la cabeza me dedica una sonrisa mecánica, sin calor. Por delante de mí, hileras e hileras de butacas, separadas por un estrecho pasillo. Avanzo. El techo bajo se cierne sobre nosotros. Antes de sentarse en el lugar asignado por el billete, los pasajeros apiñan maletas, bolsas, mochilas y bolsos en los compartimentos superiores que están abiertos. Hay butacas en todas partes. Cien, doscientas, renuncio a contarlas. Muchos pasajeros ya están sentados, nos miran avanzar con ojos somnolientos. Pero lo que me abruma no es el gran número de personas aglomeradas en un espacio tan angosto. Es su color. Todos ellos son blancos.

Me detengo, paralizada por el terror. Deliro. Los blancos van a pedirme el billete. Y como no lo tengo, me harán bajar. Y en cuanto me hayan bajado, los militares me encontrarán y me llevarán de nuevo a la cárcel.

El diputado tiene que empujarme con fuerza, para obligarme a sentarme. Me abrocha el cinturón de seguridad. Yo no quiero. Es como si quisiera atarme. Cuando se me llevaron, me ataron. Me revuelvo. Pero el diputado me obliga a mirar a mi alrededor. Todo el mundo se abrocha el cinturón, él también.

Minutos interminables en los que no pasa nada. Azafatas y sobrecargos vestidos de rojo nos enseñan los pasos que se deben seguir en caso de emergencia. Si el avión sufriera una pérdida de presurización, de los compartimentos correspondientes colocados sobre los asientos las máscaras de oxígeno... ¡Un avión! De manera que estoy a bordo de un avión. No quiero coger un avión. Los aviones se caen. Aparte de los que sobrevuelan por encima de nuestras cabezas, minúsculos en el cielo como insectos, yo solo he visto un avión en una película cuyo título no recuerdo. El avión se precipitaba en el mar. No quiero morir, pero si tiene que suceder, quiero que sea en un lugar donde mi cuerpo pueda ser hallado. El diputado ve cómo me corren las lágrimas por las mejillas y me da un codazo imperioso. Mantén la calma, susurra, no permitas

que nadie se fije en ti. Me aferro a los reposabrazos, esforzándome por detener el llanto y por vencer estos insensatos terrores míos. No me importa parecerle supersticiosa o ignorante, pero no quiero crearle ningún problema. De todos modos, la verdad es que somos demasiados y pesamos demasiado como para poder elevarnos en el aire. Vamos a caer. Y tampoco va a ser en el mar, porque aquí no hay mar. Vamos a caernos en el río. Así que voy a terminar de todos modos en las turbias aguas del Congo a las que estaba destinada.

No me piden el billete. La cabina vibra cuando alguien cierra el portón. Ahora ya no me puedo marchar a ninguna parte, estoy atrapada. Quién me garantiza que este avión me va a llevar lejos. Podría detenerse en cualquier ciudad. Aeropuertos hay muchos en mi país: las carreteras están en mal estado o cortadas, algunas zonas están fuera del control de cualquier autoridad y actualmente el avión es la forma más segura de viajar. Y en este otro aeropuerto habría alguien esperándome para llevarme de regreso a la cárcel. El diputado ha traicionado a Constantin, me ha traicionado a mí. *C'est la prison, murmuro, n'est-ce pas?*

El diputado ni siquiera me responde. Mira el reloj. Vamos con retraso. Deberíamos haber despegado hace un rato. Esta espera –que la tripulación deja que transcurra sin dar explicaciones– le preocupa. En su cara oscura se dibujan dos profundos surcos. No debe de tener más de cuarenta años. No quiere morir por mí.

El avión despega en la noche. A través de la ventanilla, por debajo de mí, cada vez más lejos, veo miríadas de luces, puntos que vibran y titilan como las chispas de las brasas. Luego todo se vuelve oscuro. Estamos sobrevolando la selva tropical, vamos al encuentro con el amanecer. Lloro. Rezo. Murmuro el nombre de mi madre. Nzusi, Marceline, *maman*. Temo que las blancas azafatas vengan a pedirme el billete, yo no lo tengo. Temo que miren la foto en el pasaporte y se den cuenta de que esa mujer no soy yo. Que me pidan que diga el nombre de mi marido y yo no lo pueda decir porque no lo sé. No puedo y no debo saberlo, del mismo modo que él no quiere saber el mío. El diputado me sacude, ahora parece de verdad muy enojado, a punto de perder la paciencia. Deja de gimotear, ordena, tienes que estar contenta, sonreír: estás a salvo, ya no pueden detenerte, estás salvada.

Las azafatas no me piden el billete ni me preguntan el nombre. Pasan por el

estrecho pasillo entre las dos filas de butacas, empujando un carrito que desprende olor a comida. Me ofrecen una bandeja, en la que están alineados envases de plástico envueltos en celofán. La rechazo. Tengo el estómago hecho un puño por el miedo y me encuentro mal. El vuelo dura muchas horas. ¿Cuántas? No sabría decirlo. No como nada. Tan solo acepto un vaso de agua.

No duermo ni un instante. Desde la noche en que se me llevaron presa, el sueño me ha abandonado. A veces me adormezco, pero me despierto de inmediato, empapada en sudor, con el corazón dando martillazos y la respiración entrecortada. Volamos hacia la luz. Levanto unos pocos centímetros la cortina de la ventanilla. Y, de repente, por debajo de nosotros brilla una extensión azul. Ilimitada.

¡Es el mar!, exclama el diputado. Estamos cruzando el mar, dentro de poco aterrizaremos. Nunca he visto el mar. Tengo miedo a caer en él. El mar tiene el color azul oscuro del cielo poco antes del amanecer. No tiene límites, se extiende hasta donde alcanza la vista y, más allá, hasta el infinito. En ese momento comprendí la inmensidad de Dios.

En el aeropuerto de Estambul también son todos blancos. El diputado y yo resaltamos entre ellos como manchas de tinta en una página. Pero nadie parece fijarse en nosotros. Los blancos tienen la piel con diferentes gradaciones. Algunos, color oliváceo; otros, color de garbanzo; otros, de coco. La mayor parte viste abrigos y chaquetones. Con las piernas desnudas por debajo de la rodilla y sandalias sin calcetines, tengo frío. Nos sentamos en sillas incómodas, parecidas a las del aeropuerto de Kinshasa. A nuestro alrededor, la gente habla otros idiomas. No entiendo ninguno. Esta vez, cuando me embarco, sé que estoy subiéndome a un avión. El que me ha traído hasta aquí no se ha caído. Me tranquiliza leer la misma inscripción –TURKISH AIRLINES– sobre el fuselaje blanco.

Aterrizamos en menos de dos horas. Un extraño autobús sin asientos nos descarga delante del vestíbulo de un edificio de vidrio y cemento. Se forman dos filas. En una, son todos blancos. En la otra, nosotros y los pasajeros con el pelo más oscuro y las mujeres con velo en la cabeza. Nuestra fila es no UE, pero no sé lo que significa esa sigla. La primera fila avanza rápida, nosotros avanzamos muy lentamente, a veces nos detenemos. De nuevo creo que se van a dar cuenta de que la mujer del pasaporte no soy yo, que me pararán, me detendrán y me

llevarán de regreso. Voy a morir. En realidad, ya estoy muerta. Si creyera en el diablo, pensaría que soy un zombi, una criatura a la que arrancaron el alma y es enviada de vuelta al mundo sin voluntad ni conciencia. La palabra zombi es una de las pocas que la lengua de mi país, una de las lenguas de mi país, el kikongo, ha donado al mundo entero. Muchas personas que conozco han visto a un zombi, gente transformada en león, que, a cambio de riqueza, juró no revelar nunca el secreto y aceptó ir al baño todas las noches a la una para lamer el cuerpo del diablo, caído desde el techo, mientras vomita dinero sobre él. Y yo también conocí a un músico que con tal de tener éxito vendió a su madre, y a un negociante que para tener diez tiendas en lugar de una vendió a su hijo. Y una vez me encontré con una amiga mía. Hablamos, aunque ella parecía ausente y me hacía preguntas extrañas. Y algunos días después sus padres me dijeron que hacía meses que había muerto. Pero yo no tengo nada que ver con el diablo, yo siempre he estado con Dios.

Es nuestro turno. El diputado muestra los pasaportes al hombre uniformado que hay detrás de la caseta de cristal. Este los coge, los escruta con atención, durante lo que a mí me parece una eternidad, los pasa por un pequeño aparato, luego les pone el visado y nos deja pasar. No estoy muerta, no voy a morir. Sobre los paneles que discurren a lo largo de los pasillos se puede leer: BIENVENIDOS A FIUMICINO – WELCOME, WILLKOMMEN, BIENVENUE.

El diputado me coge del brazo y salimos por la puerta acristalada. Se cierra detrás de nosotros. Estamos en las llegadas del aeropuerto internacional de Fiumicino y estoy salvada. Son las 14.30 del 26 de enero.

El autobús circula por una autopista de seis carriles, separados por una barrera de hormigón y, después de superar una desagradable masa de almacenes, centros comerciales, edificios indefinibles, hoteles y tiendas de muebles, lámparas y mobiliario de jardín, se sumerge en el tráfico de una ciudad. Caótica como Kinshasa, aunque el caos tiene aquí una naturaleza distinta. Aquí hay más vehículos y casas que personas. Avanzamos casi a paso de viandante, deteniéndonos en los semáforos. Los carteles –luces de neón– ostentan nombres y palabras que no entiendo. A ambos lados de las calles, árboles rígidos y sin hojas, desconocidos para mí. En las aceras, los blancos caminan rápidamente, arrebujados en sus abrigos. Todo el mundo habla por teléfono. Muchísimos perros con correa, mudos, como si les hubieran cortado la lengua. Se encienden

las farolas, los faros de los coches. Atravesamos una ciudad diferente a aquellas en las que he vivido. Las calles se van estrechando, un desbordamiento de callejuelas torcidas se entrelazan como hilos, con casas viejas. Muchísimas iglesias, con la cruz en la fachada de mármol o sobre el tejado, pero no son de ladrillo ni de hormigón armado, como las nuestras.

El autobús sobrepasa una extensa plaza, rodeada de pinos y repleta de taxis y autobuses, enfila una vía lateral, reduce la velocidad, aparca y apaga el motor. Hemos llegado. Bajamos cerca de una marquesina. Mientras el diputado recupera su pequeña maleta del portaequipajes situado sobre las ruedas, leo el enorme rótulo, ROMA TERMINI, encima de la entrada.

El cielo está cruzado por veladuras rosas y anaranjadas. Hace mucho frío. Mi hermosa chaqueta de Zara, los pantalones pirata y las sandalias están completamente fuera de lugar. El diputado me acompaña a los grandes almacenes de la calle Giolitti. Me compra una gorra de piel, unos tejanos de color azul marino, una chaqueta negra. Me voy a cambiar y me dejo vestir igual que una marioneta. Ni siquiera nos dirigimos la palabra. Tengo miedo de hacerle preguntas y de saber qué será de mí. En el vestíbulo de la estación me compra un bocadillo y me da un billete azul con el número 20 en la esquina derecha. Vale veinte euros. Pero yo no sé qué es el euro. Luego salimos bajo el voladizo y él se encamina hacia la parada de taxis. Tiene que regresar rápidamente al aeropuerto. Ha venido hasta aquí por mí, pero va de viaje a París y su avión sale dentro de tres horas.

Solo ahora comprendo que él considera que me ha dejado en mi destino. Su trabajo ha terminado. Susurro algo, le ruego que no me deje aquí, ¿qué voy a hacer sola? Te he salvado la vida, dice. Lo he hecho por Constantin, tu hermano es amigo mío. Pero se acabó. No puedo hacer nada más por ti. Por favor, le suplico. No soy capaz de creer que se vaya a marchar de nuevo.

La fila de taxis corre con rapidez, no hay mucha gente. El diputado se sube a un coche blanco y se despide de mí desde detrás de la ventana, con un gesto de la mano. Me quedo petrificada bajo el saledizo. Son las cinco y media de la tarde del 26 de enero. No sé dónde me encuentro. Estoy sola, en la estación de una ciudad desconocida, de un país desconocido, de un continente desconocido. Estoy sola y no tengo a nadie más.

TRECE

Pesa, sobre la ciudad, sereno el verano.

S. PENNA

A mediados de julio, Brigitte irrumpe, eufórica, en la oficina de Francesca. No se parece ni remotamente siquiera a la mujer retraída y encorvada de febrero. Está cambiando, parece que cada día experimenta una identidad distinta. También se han dado cuenta Maria y Martino en el SaMiFo. Cuando, dos semanas después del episodio del 10 de junio, se presenta a la visita con el doctor Santone, Abdu ni siquiera la reconoce y la detiene para preguntarle adónde pretende ir. Ha abandonado la ropa masculina, de militar. Es como si hubiera empezado a reconciliarse con su condición de mujer. Ha encontrado en algún lugar una chaqueta de algodón blanco, lo que resalta el color caoba de su piel. Ella dice que se la han regalado. Es de Zara. Un día me la enseñará. Es idéntica a la que vestía durante el viaje y que le robaron de la maleta, en la estación. Se venden las mismas cosas en todo el mundo.

Con una sonrisa triunfal, coloca sobre la mesa de Francesca una pequeña tira de papel en el que está escrito, a lápiz, un número de teléfono de unos quince dígitos. Dice que se encontró con un tipo de Matadi, en Termini. Francesca se sorprende. Brigitte siempre se ha mantenido alejada de sus compatriotas. Cortó todos los hilos que pudieran volver a conectarla con su vida anterior. Todavía no se siente segura. Este tipo, dice Brigitte, sin explayarse en explicaciones innecesarias, conoce al primo de Louís Bondò. Ese es el número de su móvil.

En el Centro Astalli creen que Brigitte no debería pasar tanto por Termini. Las mujeres que van solas se arriesgan a tener encuentros desagradables en la estación. Pero Brigitte siempre termina regresando. A pesar de haber pasado allí los días más oscuros de su vida, se siente como en casa. Es allí donde la salvaron.

El hombre contesta el teléfono a la primera señal y confirma que es el primo de Louís Bondò. No tiene ningún problema en proporcionarles su contacto. Francesca lo transcribe al dictado. Cuando cuelga, Brigitte y ella se miran

fijamente, sin hablar. Ambas están emocionadas. Llama tú, la exhorta Francesca. *No, tu ne le connais pas, il est quelqu'un, c'est toi mon avocat, aide-moi.*

Francesca respira profundamente y marca el número. El teléfono suena diez veces. Nadie contesta. Brigitte se retuerce las manos y no aparta los ojos de su cara. Si pudiera hacer realmente algo por ella. El abogado de un refugiado no es únicamente la persona que compila los trámites y sigue el camino de los documentos de una oficina a otra de la comisaría, no es el que reparte pequeños billetes, adquiere alguna prenda de ropa y una crema hidratante y concede préstamos que nunca sabe si serán devueltos. Es quien lo –o la– mira a la cara mientras el mundo está a punto de derrumbársele encima y tal vez de forma definitiva. La coge de la mano y deja que siga sonando. Tal vez *monsieur* Bondò no conteste llamadas de números desconocidos. Que vienen incluso de un país extranjero. El 0039 no debe de significar nada para él...

Es en ese momento cuando alguien atiende la llamada. Pero no dice nada. Francesca ni siquiera nota su respiración.

Monsieur Bondò?

Qui es-tu? Que veux-tu de monsieur Bondò?

Francesca titubea. Si comienza con una explicación, diciendo que es la abogada de Brigitte y etcétera, se arriesga a estropearlo todo. Un abogado hace pensar inmediatamente en la cárcel, en problemas con la justicia. Louís Bondò podría colgar.

Va directa al grano, recta y dura como una pedrada.

Monsieur, vous connaissez Brigitte Zébé?

Bien sûr que je la connais!, exclama el hombre. *J'ai ses enfants!*

Tiene una voz tan poderosa y ha gritado tan fuerte que hasta Brigitte lo ha oído. Había inclinado la cabeza, acuclillada sobre sí misma, como para parar un golpe mortal: se ha levantado de un salto.

Francesca, en cambio, no tiene tiempo ni de conmoverse. *Monsieur* Bondò, espoleado por la rabia, está vomitando insultos, maldiciones, acusaciones. ¿Dónde demonios está esa desgraciada? ¡Ha desaparecido! ¡Hace nueve meses que me veo obligado a mantener a sus hijos!

Francesca, apenas puede intervenir ante ese torrente de palabras. Dice que comprende que él esté *très fâché*, pero deje que se lo explique... *Monsieur* Bondò no tiene ganas de escuchar excusas o historias, en las que por instinto y por carácter no cree. Casi no la deja hablar. Saber que su inquilina está viva, pero

en Europa, lo saca todavía más de sus casillas. ¡En Europa! ¡Por Dios, hasta tan lejos se ha ido!

Les enfants!, se reanima Brigitte, tratando de entrometerse, *où sont les enfants?* Haz que te diga dónde están los niños. *Je veux être sûre qu'il a vraiment les enfants, et qu'ils ne sont pas morts!*

Les enfants!

¡Nueve meses!

Les enfants!

Monsieur Bondò...

Hace nueve meses que lo pago yo todo. Pero ¿ella tiene alguna idea de cómo comen cuatro chiquillos de seis a quince años? ¿De cuántos pares de zapatos gastan? ¿Cuánta ropa? Crecen en todas las direcciones, como las plantas de yuca, los brazos, los pies, el cuello, ¡al cabo de tres meses la ropa ya no les entra!

Les enfants!

Ha sido muy difícil ponerse en contacto con usted, *monsieur* Bondò. De haber podido, *madame* Zébé lo habría hecho antes, por favor, créame.

¿Y los médicos? ¿Las visitas médicas? ¿Las enfermedades? ¿Las medicinas? ¿La caries dentaria? ¿Las otitis?

Cuando cuelga, con el oído desgarrado por la voz atronadora de Louís Bondò, Francesca tiene que explicarle a Brigitte que los niños están en la casa del comerciante. Al menos así lo asegura él. Pero *monsieur* no tiene intención de dejarla hablar con ellos. No por ahora. ¿Por qué?, pregunta Brigitte, recelosa. Tal vez porque no sea cierto. Es una mentira. Los niños no están con él. ¡Están muertos!

Argent, exhala Francesca, enojada. Quiere dinero.

Francesca se lo cuenta detalladamente al padre Camillo. Hasta él llegan ahora todos los problemas reales de los refugiados tutelados por el Centro Astalli, él es el único que puede gestionarlos. Puede que el padre Camillo sea filósofo y teólogo moral, pero también es un lombardo pragmático y siempre encuentra una solución. Louís Bondò afirma que no tiene ninguna intención de hacerse cargo de los hijos de Brigitte Zébé y que no ve la hora de librarse de ellos. Ya tiene su propia familia, sus hijos, dos, si no he entendido mal, de su primera esposa, y unos diez de la segunda, y los negocios en estos tiempos no van nada bien. Llevarse a los niños de Brigitte con él no fue una decisión ni una elección suya.

Un día del pasado noviembre fueron a buscarlo dos funcionarios municipales y lo convocaron ante el alcalde, en el edificio del Ayuntamiento. Los vecinos de la casa de Brigitte habían llamado a las autoridades porque los hijos de Zébé llevaban solos varios días, nadie les daba de comer, en la despensa ya no les quedaba nada, llamaban a todas las puertas y lloraban. Dijeron que su madre se había ido, había desaparecido. Pues bien, dado que la casa en que vivían era propiedad de *monsieur* Bondò –no solo el apartamento de ella, sino todo el edificio–, las autoridades determinaron que si el dueño era él, también era suya la responsabilidad de esos cuatro niños. Lo obligaron a ir a buscarlos.

Al principio creyó que sería cuestión de unos pocos días. Comenzó a buscar a Zébé por todos los hospitales de Matadi; luego, por las comisarías de la policía y los cuarteles del ejército. Nadie sabía nada. No estaba registrada, no constaba que hubiera sido detenida. La buscó, de todos modos, también por las cárceles. Soltó una propina tras otra para obtener información. No estaba detenida. La buscó incluso en la morgue. Vio cadáveres destrozados en accidentes de tráfico o a saber en qué desgracia, pero ninguno de esos cuerpos pertenecía a Brigitte Zébé, no guardaba ni el más mínimo parecido.

Pensé que había huido y que tarde o temprano reaparecería. ¿Qué iba a hacer? Soy un hombre, un padre. Podría abandonar a los niños en un orfanato y lavarme las manos. No lo hice. Me los llevé a mi casa, les di de comer, les compré ropa, les pagué las medicinas, seguí enviándolos a la escuela. Pasó tanto tiempo que pensamos que Brigitte Zébé había muerto. En primavera organizamos la ceremonia. Sin ataúd, sin carroza, sin funeral y sin tumba. Pero no es la primera ni la única a la que le toca el destino de morir desaparecida. Y sus hijos, en efecto, la han llorado como si hubiera muerto.

Monsieur Bondò estaba realmente furibundo, resume Francesca, y no creo que haya logrado calmarlo. En cierto sentido, puedo entenderlo. Precisamente el hecho de que estuviera tan furioso me lleva a creer que está diciendo la verdad. Afirma que se ha gastado ya un millar de euros con los niños. Y antes de permitir que Brigitte hable con sus hijos, quiere estar seguro de que realmente tiene la intención de hacerse cargo de ellos.

El padre Camillo sabe que Brigitte no podrá hacerse cargo de los niños. Aún no conoce el resultado de su solicitud de asilo y, aunque la infección se haya curado y su psique vaya mejorando, acaba de empezar a tratarse y aún no está bien. Duerme mejor, cada vez tiene menos fenómenos de disociación y el cerebro –por decirlo con sus propias palabras– se le dispara cada vez con menos

frecuencia. Francesca a menudo habla con el doctor Santone y le cuenta que el psiquiatra está agradablemente sorprendido con sus progresos. Pero no tiene trabajo y, de momento, no puede buscarlo, y tampoco tiene casa. En virtud de los acuerdos con el Ayuntamiento, debería salir de la Casa di Giorgia antes del 15 de septiembre. En los centros de primera acogida uno solo puede permanecer durante seis meses. Dada la complejidad de su caso, el padre Camillo está trabajando duro para conseguirle una prórroga, pero aún no la ha obtenido.

Esencialmente, concluye Francesca, se trata de pagar la matrícula del colegio del hijo mayor, que cursa secundaria en un instituto privado, y comprar para los otros tres, el pequeño y las pequeñas, zapatos, batas, cuadernos, mochilitas, libros, por un total de unos cientos de euros. Bueno, un poco más, cerca de un millar.

En resumen, en el Congo, quizá en Matadi, hay cuatro niños sin padre y sin madre, alojados por un desconocido que quiere deshacerse de ellos y que los considera una carga. No hay forma de saber cómo los ha tratado hasta ahora. Un adolescente de quince años y medio, los mellizos de nueve y una niña de menos de siete. Sea lo que sea que les hayan dicho, lo habrán sufrido como un trauma terrible y deben de haberse sentido abandonados y traicionados por la persona a la que más querían en este mundo. Y que había sido, hasta el momento de la desaparición, su único punto de referencia.

El padre Camillo reflexiona, tabaleando imperceptiblemente con sus dedos las gafas graduadas. El Centro Astalli es una asociación, financiada por benefactores –por regla general, se trata de personas, de ciudadanos a veces anónimos, aunque en la lista figure también alguna empresa–. Recibe aportaciones de las instituciones, italianas y europeas, y de la Compañía de Jesús y, ciertamente, no puede llamarse pobre, pero los fondos no son ilimitados y son distribuidos cabalmente, para proyectos concretos en línea con los objetivos del centro. El decálogo se limita a tres verbos, según la voluntad del fundador, el padre Arrupe, quien inauguró el JRS en 1980, después de descubrir durante un viaje a Vietnam el drama de los *boat people*, toda esa gente que huía en barco, alejándose de la guerra en medio del mar, y que era rechazada por todos los países como indeseables: desde 1981 en Italia, el JRS ahora actúa en cincuenta y un países, y su imperativo es estar allí donde haya un refugiado. Los verbos son servir, acompañar, defender.

De ahí se derivan reinsertar y reagrupar: en la sociedad y con la familia. Porque no basta con acoger. Es necesario que el refugiado deje de sentirse tan

indefenso como un niño y, por tanto, necesitado de ser cuidado, dependiente en todo y para todo de quienes se han encargado de él. Pero hay que acompañarlo en este viaje. Que es largo y difícil, entre otras cosas porque el Estado, que, de alguna manera y a pesar de algunas lagunas vergonzosas, se las apaña para hacerse cargo de las emergencias y de la primera acogida, falla por completo de ahí en adelante. A diferencia de Alemania, Suecia y los países del norte de Europa, en nuestro país no hay casas para refugiados ni subsidios. Una vez que se obtiene el permiso, al refugiado se lo trata como a un italiano más a todos los efectos. Se pone en las listas para conseguir una vivienda social, va en busca de trabajo. Y no encuentra ni lo uno ni lo otro, como cualquier otro italiano. Con el agravante de que el italiano tiene padres y demás familia y a lo mejor entre ellos cuenta con alguien que pueda ayudarlo, albergarlo o mantenerlo, mientras que el refugiado, en cambio, está solo. Y pasan los años y no avanza ni un paso. En el centro, que regrese un refugiado al que se le había perdido la pista porque había encontrado un trabajo o se había trasladado a otra ciudad, se siente como una derrota. Y en los últimos tiempos los retornos se han multiplicado. Varios incluso comienzan a frecuentar el comedor social. Y la ciénaga en que se hunden los sueños de muchos refugiados es la misma en la que ha encallado Italia.

Así que la mayor parte de los recursos del centro se invierte solo en ese apoyo a lograr la independencia. Y, la verdad, invertir en el señor Bondò es un juego de azar. ¿Quién lo conoce? ¿Se llama así de verdad? ¿Quién es realmente? ¿Quién nos asegura que podemos confiar en él? ¿Y si ese tipo se quedara el dinero y no diera más información sobre los hijos de Brigitte? Tal vez ni siquiera los niños estén con él. Solo tenemos un nombre, que quizá ni siquiera es verdadero, un número de teléfono móvil, la dirección de una tienda que incluso podría no tener nada que ver con él. Kant decía que todo tiene un precio, excepto el hombre y su dignidad. Y cuatro niños no pueden tener un precio.

El padre Camillo autoriza el pago de la matrícula de Gervais y la compra de material escolar para Chrichina, Aissy y Trifeen.

El 4 de agosto, Francesca recibe una llamada telefónica desde Matadi. Con la voz relajada, *monsieur* Bondò informa de que la oficina de transferencias internacionales le ha comunicado el abono del dinero. Si lo llaman pasado mañana, el 6 de agosto, a mediodía, se asegurará de que los niños estén en el almacén. Francesca llama a Brigitte y la cita en su oficina. No le dice el motivo. No está realmente muy segura de que *monsieur* Bondò mantenga la promesa y

no quiere que se haga ilusiones. Tan solo le encarece que sea puntual. Aunque ahora lleve ya en Italia más de siete meses, la relación de Brigitte con el tiempo sigue siendo muy africana. Un retraso de una hora o de dos le parece tan normal como uno de cinco minutos. Sería absurdo que arruinara la oportunidad de hablar con sus hijos por una distracción. Para estar segura, Francesca la convoca dos horas antes.

De la llamada telefónica, el único que tiene un recuerdo nítido es Chrichina. Francesca recuerda únicamente no haber sido capaz de contener las lágrimas. Se ha enfrentado a situaciones dramáticas en todo el mundo y se encontraba en Lampedusa la tarde de septiembre de 2011 en la que uno de los mil doscientos tunecinos hacinados desde hacía varios días prendió fuego al centro de acogida. Tal vez pretendiera que fuera una protesta, pero aquello se convirtió en una revuelta. Avivado por el mistral, el fuego se propagó hacia la entrada y al pabellón del fondo y todos aquellos que estaban en el interior se encontraron atrapados en una trampa. Los tunecinos se escaparon, para ser luego localizados en el muelle o en los campos, y ella fue evacuada entre las llamas, intoxicada por el humo: la camioneta que tenía que sacarla fuera de allí fue atacada, rodeada, sacudida, y tuvo miedo a morir, asesinada por aquellos en cuya defensa estaba trabajando. Incluso en ese refugio dorado que es el Centro Astalli le han pasado cosas de toda índole. Una chica del Congo rompió aguas en el pasillo del sótano, mientras esperaba para ser recibida por la asesoría legal y, a pesar de sentir ya contracciones, se negaba a irse al hospital para no perder la cita con Emanuela. Esperaron la ambulancia, temiendo que la criatura naciera antes de su llegada. El bebé, en cambio, tuvo la paciencia de esperar hasta estar en el paritorio y todavía lo recuerdan como una promesa y una esperanza para todo el mundo. Y en el despacho de Emanuela un chico se ahorcó con un cable telefónico y lo salvaron por muy poco. Pero la llamada del 6 de agosto ha sido el momento más conmovedor de su experiencia como abogada en el centro. Por primera vez, ha tenido la certeza de poder hacer realmente algo por Brigitte y de poder mejorar su vida.

Brigitte recuerda haber sido prácticamente asaltada por la voz de Aissy y luego la de la pequeña Trifeen, que lloraban y gritaban: ¿Quién eres?, ¿quién eres?, ¿qué quieres de nosotros? No puedes ser nuestra madre. Nadie habla de ti como si estuvieras viva... Y recuerda cuánto le costó hablar, abrumada por la emoción, por la alegría al oír sus voces, por el dolor de no reconocerlas casi, por

la desesperación de comprender su sufrimiento y no haber sido capaz de calmarlos. Pero lo que más daño le hizo no fueron ni los sollozos desesperados de las niñas, ni los susurros del tímido Chrichina, que susurraba *maman* Brigitte está muerta, tú no eres mi madre. Fue la voz de Gervais, el mayor. Una voz madura, diferente de la que recordaba. Él la acusó, amargo y lúcido como un adulto, aunque llorara. ¿Por qué nos has abandonado? ¿Por qué te has deshecho de nosotros? Éramos tus hijos.

Chrichina, en cambio, lo recuerda todo. Cuando, algo más de dos años después, Brigitte me relata la escena, él está presente porque llegó a Roma hace una semana, aún no va a la escuela y, como ella no sabe dónde dejarlo, la acompaña a sus reuniones conmigo. Nos escucha mientras tratamos de reconstruir, fragmento a fragmento, las etapas de la odisea de su madre. Está cansado, aturdido e incluso tiene frío, porque aún no tiene ropa apropiada para el otoño de Roma, de manera que se encuentra echado en el sofá, que, aparte de la mesa ovalada y de las sillas, es el único mobiliario de la habitación de la curia provincial de los jesuitas en la que Brigitte y yo nos reunimos. Como hablamos en francés, podría entendernos y yo, que no estoy convencida de que sea lo correcto, bajo el tono de voz, mientras que Brigitte dice: Total, el niño no nos escucha. Aunque, en realidad, le gusta que lo haga, porque el hijo a duras penas reconoce en esa mujer pobre mantenida por la caridad del Centro Astalli y del Estado italiano a la voluntariosa, independiente y alegre madre de antaño, y saber que en cambio una escritora la considera importante lo ayuda a recuperar su estima por ella. Acurrucado en el sofá, con los ojos cerrados, la cabeza rizada apoyada en la chaqueta apelotonada como si fuera un cojín, parece estar dormido, pero, cuando Brigitte llega a la llamada del 6 de agosto, Chrichina se endereza y exclama, excitado: *No, no, no, c'était pas un vendredi, maman, c'était un mardi!*

Discuten. Cada uno sostiene su propia versión. Entonces ella saca la agenda de teléfono que *monsieur* Bondò recuperó de su casa y que le envió, junto con algunas fotografías y varias baratijas, en el otoño de 2013. La utiliza como agenda, anota fechas, números, nombres. *L'enfant a raison* –se rinde, sorprendida–, *regarde*. Brigitte escribió allí: *Mardi 6 août 2013 à 12 heures j'ai causé avec les enfants!!!*

Y recuerdo además que no estaba seguro de que realmente fuera ella, dice Chrichina. Había llorado a su madre como si estuviera muerta. Los muertos no

regresan. La madre había volado al Paraíso. Como su padre. Mamá le había dicho de él que lo protegía desde el cielo. No creía que volviera a oír su voz, como nunca había vuelto a oír la de su padre, de la que, además, ni siquiera se acuerda. No puedes ser tú, decía, mi madre está en el cielo. *C'est maman, c'est maman!*, gritaba ella. Y al final la creí y me eché a llorar.

CATORCE

Y ojalá de vez en cuando
odio al odio.
Porque a fin de cuentas
lo que hay es ignorancia de la ignorancia
y manos ocupadas en lavarse las manos.

W. SZYMBORSKA, *Reciprocidad*

El Ayuntamiento le ha concedido la prórroga. Es la consecuencia inevitable de una petición cada vez más extendida: las permanencias en los centros se van alargando. No existe coordinación: más allá de la tutela y la acogida, se abre el agujero negro. Los refugiados no encuentran trabajo, no saben adónde ir, su camino de reinserción se interrumpe o ni siquiera se inicia en realidad. Brigitte podrá permanecer en la Casa di Giorgia durante otros seis meses, hasta el 15 de marzo de 2014. Ha conservado la cama en la habitación número cuatro, sigue teniendo la misma mesita de noche y el mismo armario, en el que ahora cuelga ropa variada más de su gusto. No toda de segunda mano. La elige del reparto de prendas de Cáritas, pero luego la intercambia en Termini o la trueca en los mercadillos de los gitanos. Está reencontrando el gusto por el negocio. Excepto la madre marfileña con su hijo, las residentes de la Casa di Giorgia son casi todas nuevas. Juliette desapareció en agosto: una chica camerunesa con la que se mantenía en contacto dice que intentó entrar en Suiza, pero no lo consiguió, porque Suiza no forma parte de la Unión Europea. Se marchó a Francia y ahora debe de estar cerca de Lille.

Tampoco las residentes de la número cuatro siguen siendo las mismas. Malika se marchó ya en junio y la mauritana que había ocupado su lugar, Fatou, encontró trabajo como cuidadora de niños. A mediados de septiembre, una señora se dirigió a la oficina de refugiados del Ayuntamiento y dijo que quería darle trabajo a una refugiada. Ofrece comida, alojamiento, salario y las cotizaciones correspondientes a cambio de ayuda en la casa y con los niños. En pocas palabras, busca una asistenta y la busca entre las que lo han perdido todo.

Está cansada de conmoverse viendo las noticias en televisión, quiere hacer algo. El Ayuntamiento la ha dirigido al Centro Astalli.

Es el efecto de la visita del papa. De las primeras de un pontificado que se inició recientemente: lo eligieron en marzo. Primero se fue a Lampedusa y luego a la calle Degli Astalli. La novedad de su lenguaje y su carisma imantan hacia él un respeto inédito. Por eso, su visita al Centro de los Jesuitas tuvo un eco mediático impresionante. No solo por la fuerza de las palabras que pronunció —«Los conventos vacíos no le sirven a la Iglesia para convertirlos en hoteles y ganar dinero. Los conventos vacíos no son vuestros, son para la carne de Cristo, que son los refugiados»—, invitando a estar cerca de los últimos y a tener valor. Sino también por la fuerza de la imagen: el papa, grácil, vestido de blanco, junto a los refugiados que hacían cola en la acera para acceder al comedor social, como todos los días, porque su visita no fue anunciada y nada cambió los hábitos cotidianos del Centro; él, pálido en el color blanco del hábito; ellos, negrísimo, y luego en una pequeña habitación en aquel espartano sótano, sentado entre algunos de ellos, delante de una bandeja de galletas y un vaso de mate. La proximidad física, por lo menos tanto como la espiritual, desencadenó un deseo de emulación, de responsabilidad.

Pero también es el efecto de las apariciones en televisión del padre Camillo. Después de cada aparición, se presentan en el centro docenas de voluntarios y personas de buena voluntad que ofrecen dinero, casas, trabajo. Él, por su naturaleza tímida y reservada, preferiría quedarse en la madriguera subterránea de la calle Degli Astalli, con sus refugiados, pero es joven, culto, intelectualmente superior a la media, rezuma espiritualidad sin olor a sacristía, dice cosas fuertes mientras parece moderado, cosas complejas que parecen simples. En pocas palabras, posee el don de la comunicación y también convence a los que recelan de la palabra jesuita. Por tanto, la Compañía de Jesús lo envía para representar al JRS frente a las cámaras de televisión y él obedece. Supongo que lo considera un ejercicio espiritual.

La señora tiene una hermosa casa en el barrio de Portuense y dos hijos en edad escolar. Es una persona abierta de mente y logrará superar las dificultades que sin duda alguna vayan a surgir cuando la refugiada se haga cargo realmente de sus hijos. El padre Camillo no necesita examinar el expediente, porque para él sus refugiadas tienen todas un rostro y un nombre. Y elige a la mauritana, altísima, callada, perseguida por su orientación sexual, que ha ido a suplicarle que le encuentre algo que hacer durante los largos meses de espera antes de la

audiencia, porque si se quedara sola e inactiva se volvería loca. El padre Camillo, que no podía encontrarle un trabajo, la envió al cocinero del comedor social, para que le hiciera de ayudante voluntaria. Mientras cortaba patatas, Fatou cantaba con una voz límpida, afinada, perfecta. El cocinero, que ha montado un grupo musical, le propuso formar parte del mismo y, tras algunas dudas, aceptó.

La entrevista va bien, la señora acude a recoger a la joven mujer a la estación de Laurentina. Carga su equipaje en el maletero del coche y se la lleva. Fatou sigue ahí.

También Pauline y Aisha se marcharon, en cuanto consiguieron la condición de refugiadas: la primera, para París, donde la espera una numerosa comunidad de malienses; la otra, para Turín. Trata de organizarte, Brigitte, le dijo, mientras vaciaba el armario. No te acostumbres a estar aquí. Tarde o temprano te echarán, tienes que dejar tu sitio a otra recién llegada y tendrás que marcharte.

Pero ¿dónde?, se alarmó Brigitte. No tengo parientes en esta parte del mundo. Ponte en contacto con gente a la que conozcas o haz nuevas relaciones. De lo contrario, acabarás mendigando otra vez por la calle. Aisha se reunirá con un familiar, en Turín. Nunca fue a la escuela y, antes de salir de Somalia, nunca había trabajado, ni se imaginaba que tendría que hacerlo algún día. En cambio, después de huir de Mogadiscio, fue camarera en Addis Abeba. Y señora de la limpieza en Jartum, donde trabajó siete meses para reunir el dinero suficiente para pagarse el viaje a través del Sáhara. Y de nuevo fue señora de la limpieza en Libia para pagar el viaje en barcaza hasta Sicilia. Su pariente le dijo que también podrá hacer de camarera en Turín. No exactamente de camarera: estará abajo, en la cocina, fregando platos. Parece que Turín es una hermosa ciudad, limpia, con un gran río.

Bon voyage, le dijo Brigitte, un poco inquieta. Ella se encuentra muy bien en la Casa di Giorgia, aunque, aparte de Aisha, en realidad, nunca haya tenido una auténtica relación con las demás. Siempre tuvo la impresión de que la marginaban del grupo. No consiguieron olvidar en qué estado llegó aquí, los gritos nocturnos, las crisis, lo que ellas llamaban locura y ella «mi periodo oscuro». Y su carácter fuerte e intransigente tampoco la hizo popular. La inquietud no la abandona hasta que el padre Camillo le comunica la prórroga.

Las nuevas compañeras de la habitación número cuatro no tienen ni marido ni

hijos. Todas cuentan con menos de treinta años. Letizia y Rosa, por regla general, intentan formar dormitorios homogéneos, para que las refugiadas puedan mezclarse y establecer relaciones duraderas. Tienen que reconstruir una red de relaciones, una afectividad, para todas ellas hibernada, suspendida, destruida, pero a veces no resulta posible y las mujeres se ven obligadas a convivir con quienes jamás habrían elegido y se generan tensiones, discusiones, riñas. Abrehet y Semainesh proceden de Eritrea. Se dirigen a Inglaterra, Italia es únicamente la enésima parada en su interminable viaje. Como ya han dejado atrás los peores peligros, pues el riesgo de violación y de muerte ha desaparecido, quieren que esta parada forzada resulte por lo menos agradable. Las dos eritreas son muy atractivas. Se preocupan por su aspecto, se maquillan y quieren ser las que siempre fueron: chicas de buena familia con expectativas de tener una vida, si no fácil, sí feliz, por supuesto. Y, en lugar de ello, tuvieron que huir para no ser reclutadas por el ejército. El servicio militar puede durar hasta la muerte. Inmediatamente traban amistad con Halima, una compatriota musulmana alojada en la habitación contigua, también ella de paso en Italia, a la espera de marcharse a Inglaterra. Forman una comitiva bulliciosa de chicas sonrientes, casi despreocupadas. Brigitte las envidia. Ella nunca fue así. Nunca tuvo, de verdad, veinte años.

Abrehet espera a su hermano. Salieron juntos de Asmara, hace más de un año, y han logrado mantenerse juntos en Etiopía y en Sudán. En Libia, sin embargo, los separaron. Ella partió con una barcaza; él, en cambio, fue arrestado, acabó en la cárcel, luego consiguió pagar su liberación, pero aún está varado en Misurata, encerrado en una fábrica ruinoso junto con otros cientos, esperando a que los traficantes reciban, desde su país, más dinero para hacerlos partir. En la fábrica está también el tío de Halima: a pesar de que procedan de dos zonas diferentes, y uno sea cristiano y el otro musulmán, se han hecho amigos, nunca se separan y han jurado embarcarse juntos. Abrehet y su hermano llevan más de tres meses alejados y ella ha conseguido hablar solo una vez con él. Le ha contado el viaje. Tenía un miedo terrible, pero la travesía fue bien. Salieron una noche de junio y tuvieron suerte: no había viento, el mar estaba liso como una balsa de aceite, no había ni una ola siquiera. Imaginaba que tendría frío, pero tuvo en cambio que protegerse del sol, que quemaba la piel y el metal de la barcaza. Cuando el motor se apagó, tuvieron miedo de ir a la deriva y tal vez de ser arrastrados hacia atrás por la marea. En cambio, uno de los pasajeros contactó con salvamento a través del satélite. Las naves de los guardacostas italianos llegaron de inmediato. A las

siete de la tarde ya estaba en Lampedusa. No se había dado cuenta de que se encontraba en una isla hasta que una doctora le explicó que tenía que esperar en el centro de acogida hasta el traslado al continente. De todos modos, un mes más tarde, ya estaba aquí, donde se ha reunido con su prima. El novio de Semainesh, en cambio, no ha pasado por Roma, cuando lo trasladaron de Lampedusa al continente se escapó de inmediato del centro de acogida y se subió a un tren hacia el norte y ahora está de camino a Calais: se reencontrarán en Inglaterra justo cuando llegue el hermano de Abrehet.

Brigitte le explica que su hermano tendrá que esperar al estatuto de refugiado, de lo contrario los ingleses lo rechazarán en la frontera y quedará atrapado en tierra de nadie en Calais. A estas alturas, ya lo sabe todo sobre el Convenio de Dublín y sobre el hecho de que debe solicitar asilo en el primer país europeo cuyas fronteras se atraviesen. Esta regla enfurece a los solicitantes, pero, para ella, en cambio, es una ley como cualquier otra. Llegó a Italia, como podría haber llegado a París o donde fuera. Mientras no sea Matadi, tanto le da un lugar como otro. Pero es Italia la que la ha salvado y ella le permanecerá fiel a Italia. Es aquí donde quiere vivir. Abrehet le sonríe, pensando que no es muy lista. Mi hermano se negará a registrarse. No te pueden obligar a dar tus huellas dactilares, si tú no quieres. El novio de Semainesh se negó. Llegaremos a Inglaterra.

El primero de octubre Abrehet recibe una llamada telefónica mientras están en la cocina para ayudar a los voluntarios en los fogones. No es capaz de contener su alegría y comunica a todas que su hermano ha partido, ¡por fin! La barcaza es grande, son varios cientos, casi todos compatriotas. También está el tío de Halima. El mar está bien; el cielo, despejado: les han dicho que el viaje durará dos días a lo sumo. Refugiadas y trabajadoras la abrazan, felices por ella: para celebrarlo destapan una botella de zumo de naranja.

La mañana del 3 de octubre Brigitte está sentada en el patio, con un sobre de celofán transparente sobre sus rodillas. Hace unos días recibió ese pliego de Matadi. El padre Camillo le había entregado el dinero a principios de septiembre. A cambio, solo le pidió el recibo de la transferencia de dinero y la firma de una declaración en la que ella se compromete a devolver el importe el día en que su situación económica se lo permita. Una declaración formal que, en realidad, legalmente no tiene ningún valor y no puede tenerlo, pero que en el

Centro Astalli prefieren rellenar de todas formas, para que el beneficiario sienta que no ha recibido una limosna, sino un préstamo, y que se hace responsable del mismo. La relación con el dinero de quien no lo gana sigue siendo problemática, y hasta el momento nadie, ni siquiera después de haber conseguido un trabajo, se ha propuesto saldar sus deudas.

Tras el pago de los gastos y de las molestias, Louís Bondò accedió a entrar en su casa y recoger algunas cosas. Brigitte le había pedido las joyas y los documentos; si quiere mantener la esperanza de encontrar trabajo aquí, necesita el diploma de enfermera. Louís Bondò sostiene que no encontró ni joyas ni oro – la casa fue saqueada y prácticamente vaciada de cuanto tuviera algún valor durante su ausencia–. Ella no tiene forma de comprobarlo. Puede que sea cierto. Es posible que el oro lo haya vendido él mismo para mantener a los niños. Louís Bondò envió ese sobre: en el interior solo hay fotografías.

La mayoría fueron tomadas en la clínica o en el quirófano de la clínica de detrás del estadio de Lumumba. Se la ve a ella despachando recetas, suturando a una chica, con el doctor Sambou, al lado de Kenneth, un joven de dieciocho años recién operado de una hernia inguinal; con el mismo médico mientras asisten a la recuperación de la anestesia de una chica operada de apendicitis. En algunas, está muy joven y tiene un aire desenfadado y feliz. En otras, más madura, seria, responsable. La más antigua fue tomada en 1997, el día de su boda. Organizaron una gran fiesta con damas de honor y pajes; se cambiaron de ropa tres veces, alquilaron un local, la propietaria se ocupó de la comida (no podía faltar el cerdo al horno, el pollo y la calabaza), de la cerveza y de la música. La que les gustaba a ellos. Papa Wemba, Feu Gola, Madilu System. Todo esto costó más de cinco mil euros. Acudió un montón de gente, bailaron toda la noche, hasta el amanecer. La foto estaba rasgada por la mitad. Solo se ve al marido, Brigitte no está allí. Sabe que fue ella quien la rompió, recuerda perfectamente el instante y el ruido del papel rasgado. No tiene ni una sola fotografía con su marido.

Está mirando melancólicamente la cara oscura del elegantísimo joven enfundado en su traje de novio azul, la fuerte mandíbula, los ojos dirigidos hacia un punto lejano, cuando las voces febriles que llegan de la sala de usos múltiples la distraen. Se va elevando un murmullo. Y un coro de quejidos, gritos y sollozos.

En la televisión emiten una edición extraordinaria del telediario. Las imágenes proceden de Lampedusa, la hermosa isla que todas conocen, también quienes no han pasado por ella. Se ve a un periodista en el muelle, los barcos de patrulla de

la guardia costera, una multitud de hombres en uniforme, el mar azul que rompe contra el embarcadero, encrespado por el viento. Por debajo de la imagen discurre una franja de palabras. Brigitte ha comenzado a asistir al curso de italiano de segundo nivel. En la sala, es la que lee mejor. Esta mañana, antes del amanecer, entre las tres y las cinco, a media milla de la isla de los Conejos, frente a Lampedusa, ha habido un naufragio. Una barcaza se ha incendiado, al parecer a bordo alguien quemó una manta para ser detectados en la oscuridad por los barcos de patrulla, pero, como el depósito perdía combustible, las llamas se propagaron, en la nave se desencadenó el pánico, la barcaza repleta volcó y se hundió en pocos minutos. Fueron rescatados de las aguas por pescadores, deportistas, submarinistas y por la guardia costera más de ciento cincuenta hombres, mujeres, niños. Sin embargo, los equipos de rescate dicen que el mar está atestado de cadáveres, un macabro enjambre de cabezas rizadas y negras. Ya han sido recuperados ciento veinte y se han depositado en el hangar del aeropuerto. Los más pequeños son un recién nacido de poco más de un mes y una niña de tal vez tres años. Hay muchos desaparecidos. Se temen cientos de muertos. Es la barcaza del hermano de Abrehet y del tío de Halima.

Nada más escuchar la noticia, el padre La Manna organiza una misa en la pequeña capilla del Centro Astalli. La información sigue siendo fragmentaria, dudosa. Pero ya está claro que esta vez se trata de una hecatombe. Un superviviente declara que a bordo iban al menos cuatrocientas personas, otro incluso habla de quinientas. Casi todos, eritreos, también alguna familia siria. El contrabandista tunecino ha sido identificado y detenido. Ya había sido arrestado por el mismo delito y expulsado. La pequeña capilla tiene capacidad para una docena de personas y se llena inmediatamente. También están el padre Camillo y Donatella, que estaba a punto de marcharse con Sandrine, una refugiada del Congo a la que tiene particular afecto debido a su difícil situación familiar (tiene dos hijos de la misma edad que los suyos a los que no ve desde hace dos años), para que la acompañara a una reunión en un instituto de Ciampino. Nadie les ha dicho aún que en la Casa di Giorgia todas las mujeres gritan, aúllan, se arañan las mejillas y se tiran del pelo.

Al final, alguien da el aviso en la calle Degli Astalli. El padre Camillo llama a los colegas del Centro Astalli de Catania, llama al párroco de Lampedusa. Comunica el nombre del hermano de Abrehet y el del tío de Halima. Intentad enteraros de si están en la lista de los rescatados. Son de los nuestros.

El tío de Halima está en la lista de los muertos. Y el hermano de Abrehet en la de los desaparecidos. Una lista que va disminuyendo con el paso de las horas, a medida que el mar va devolviendo los cuerpos. Al final, el balance es de trescientos sesenta y seis muertos y veinte desaparecidos. El naufragio del 3 de octubre de 2013 es el más catastrófico en la historia moderna del Mediterráneo (un triste récord que durará poquísimos, pues caerá en abril de 2015). Durante algunos días la noticia es la primera en los telediarios. Perturba el espectáculo del agua transparente y burlescamente en calma que chapalea alrededor de la isla y los restos del naufragio en el fondo marino encantado. Perturban las lágrimas de los equipos de rescate, que relatan haberse visto incapaces de rescatar a las mujeres y a los niños que se ahogaban y que, viscosos por el combustible, se les resbalaban de sus manos. Perturban los ojos vacíos de los supervivientes, vendados y con la piel hecha jirones, quemada por la mezcla de combustible, orina y agua de mar. Ofende la visión del hangar del aeropuerto transformado en una alfombra de cadáveres encerrados en sacos azules, verdes y negros, entre los que caminan atónitos funcionarios y ministros, con una mascarilla en la cara. Un cementerio sin lápidas ni nombres, seres humanos reducidos a números, carne desnuda. Los políticos italianos declaran luto nacional, pero no juran que una tragedia semejante no volverá a repetirse nunca más porque ya lo han dicho. El alcalde de la isla envía un telegrama al primer ministro y lo invita a acudir a contar los muertos con él y a mirar el horror cara a cara. El duelo formal de la Europa indiferente ya ni siquiera provoca disgusto. Todo esto ya ha ocurrido tantas veces que incluso la enormidad de la catástrofe aburre. Los cuerpos son fotografiados, para que al menos después de muertos puedan ser reconocidos por sus familiares. Pero no hay tiempo para esperar a su llegada. Los muertos deben ser enterrados de inmediato, a toda prisa se trasladan desde la pequeña isla y se dispersan por los cementerios de Agrigento, de manera que de ellos no quede ningún rastro.

Abrehet y Halima no parten hacia Lampedusa. No es necesario. Sus parientes ya fueron reconocidos por los supervivientes. Y, de todos modos, ya los enterraron. Y tampoco fue en el mismo lugar. Para homenajear a las víctimas del naufragio del 3 de octubre, en la Casa di Giorgia se organiza un rito interreligioso. Están presentes todas las residentes, todas las trabajadoras y los voluntarios. En círculo, en el patio, se toman de la mano. Es una extraña ceremonia fúnebre, diferente a todas en las que Brigitte haya participado. Pero

todo el mundo llora, sacerdotes, trabajadoras, voluntarios, solicitantes, refugiadas. Quien más fuerte solloza es Semainesh. Porque siente el dolor lacerante de la prima y de la amiga, pero se sabe privilegiada, su novio lo ha conseguido. Habló ayer con él, ha llegado a Calais, y dentro de poco estarán juntos en Inglaterra.

Pero la noticia llega a la Casa di Giorgia cuando aún no se han secado las lágrimas por el tío de Halima y el hermano de Abrehet. Las dos chicas han dejado su habitación, no quieren quedarse más. No dijeron adónde iban, aunque probablemente prefirieron compartir su luto con la comunidad eritrea y se hayan ido hasta el Selam Palace, el edificio ocupado en la Romanina, donde se ha formado un asentamiento de más de quinientas personas –ilegal, pero tolerado por las autoridades– y donde se hacen la ilusión de estar de nuevo en casa.

Brigitte está sola en la habitación número cuatro con Semainesh cuando la chica recibe la llamada telefónica. La ve derrumbarse en la cama boca abajo, desmayada.

El novio de Semainesh fue rescatado ayer. Un familiar, casado con una italiana, ha obtenido la autorización para que el cadáver sea trasladado a Reggio Emilia. El novio de Semainesh intentaba atravesar el Canal de la Mancha nadando.

El padre Camillo organiza inmediatamente la salida de Semainesh y le compra el billete de tren para Reggio Emilia. El funeral se celebrará allí, el muchacho será enterrado en Italia. Semainesh se despide de sus compañeras de la Casa di Giorgia. Inexpresiva, en estado de shock, se mueve como si su cuerpo estuviera deshabitado. No se lo cree. Hasta que no lo vea, le parece imposible que el muerto sea su novio. Puede tratarse de un error. Un reconocimiento apresurado. El ahogado será otro. Su novio sabía nadar. Se había entrenado durante meses, pensando en la travesía. Ni la corriente, ni las olas, ni el frío podían detenerlo. Habrá llegado ya a Inglaterra y aún no habrá podido dar aviso. A lo mejor la policía británica lo ha detenido. Estará en algún centro de identificación. En cuanto encuentre a algún conocido suyo, llamará. El ahogado de la morgue del cementerio de Reggio Emilia será un primo, un amigo, un compañero de viaje. Los blancos nos confunden, dicen que todos nos parecemos.

Brigitte la abraza y la besa tres veces en las mejillas, con los ojos húmedos y el corazón en un puño, pero no es capaz de decirle nada. No quiere engañar a

Semainesh dándole unas esperanzas que sabe que son vanas. Su novio ha muerto. Lo identificará, tendido en la cama del depósito de cadáveres, idéntico, pero para siempre ya inalcanzable, y entonces se dará cuenta de que todo es verdad. Es así como van las cosas. Una noticia en televisión, en la radio, una llamada de teléfono, una visita imprevista... y todo ha terminado. Es así como ella supo que no volvería a ver a Gilbert.

Corría el año 2006. Mi marido estaba en un viaje de trabajo. Yo estaba acostumbrada, desde que era funcionario de la secretaría del gobernador de la provincia se marchaba a menudo. No le preguntaba nunca sobre sus viajes, no me interesaban, nunca pensé que un día tendría que abandonar Matadi. A veces volvía con un regalo. De Italia me trajo la fotografía de la Ciudad del Vaticano, donde vive el papa. Yo voy a verlo, al papa Francisco, el domingo por la mañana, a la plaza San Pedro. Me sentó mal no ser elegida cuando vino de visita al Centro Astalli, en septiembre de 2013. Ya sé que somos muchos los tutelados por el Centro Astalli y que en el cuarto no podía estar todo el mundo con él. Llamaron solo a veinte y yo no estaba entre ellos. Y el papa fue hasta el comedor social, a esas salas donde he estado tantas veces. Saludó a los voluntarios, a los trabajadores sociales, estrechó la mano a todo el mundo. Los refugiados que lo han conocido, incluso los que no son católicos, se quedaron fascinados por él. Una persona sencilla y buena. Hubo dos que prepararon un discurso y los demás juran que se conmovió. Dijo que no somos una carga, sino un don. No estoy segura de haber entendido lo que quería decir. A veces me pregunto por qué hacéis todo esto por nosotros.

Gilbert vino a Italia tres veces. Creo que fue la primera vez que oí hablar de vuestro país, ni siquiera sabía que el Vaticano estaba en Roma. Esa vez, de todas formas, no viajó al extranjero. Solo hasta Boma, en nuestra misma región. En línea recta, desde Matadi, son poco más de cuarenta kilómetros. Había hablado con él por la noche, antes de irme a la cama, me dijo que no sabía exactamente a qué hora saldrían, que no lo esperara.

Viajaba en un convoy de funcionarios, en un jeep con cristales tintados. Un buen coche, alto, con ruedas grandes y neumáticos con surcos. Son necesarios, porque la carretera es peligrosa, hundida por la lluvia, en muy mal estado debido a los baches y las raíces de los árboles. Las tormentas hacen que la arcilla roja sea tan resbaladiza como el jabón. A las dos de la madrugada la noche era un agujero negro. Volcaron en la sexta curva. El jeep rompió el parapeto y fue

rodando hasta el fondo del barranco. Algunos dicen que sabotearon los frenos, porque a bordo había miembros del partido de la oposición. O que los sacaron de la carretera. De todas formas, en el fondo, eso no cambia nada. Yo dormía, no tuve ningún presentimiento.

Me desperté tranquila, empecé a preparar el *fufu* para los niños, cuando una delegación de la gobernación se presenta en mi casa y me informa de que a las dos de la madrugada, en el camino de regreso, un jeep del convoy, uno en el que viajaba Gilbert, ha sufrido un accidente. Uno de sus compañeros me propone acompañarme hasta el hospital. Son las ocho y media de la mañana.

Pero en el hospital me dicen que no busque a mi marido en urgencias ni en quirófanos. ¿No he visto la información en la emisora local? Ya habían dado la noticia a las siete. Todos los pasajeros del jeep del gobierno que esta noche tuvo el accidente en la sexta curva de la carretera de Boma están en el depósito de cadáveres.

El compañero me dice que no haga yo la identificación, que ya se encarga él. Pero yo entro. Quiero verlo, es mi marido. Llevamos nueve años casados. En una esquina está su ropa empapada de sangre. Gilbert está tumbado en la camilla, con las manos cruzadas sobre el pecho. Retiro la sábana. En el cuerpo no se ven marcas de heridas ni de fracturas. Lo ha matado una hemorragia interna.

Empecé a sangrar yo también. Tuvieron que sacarme de allí en brazos. Estaba embarazada de seis meses. El médico me dijo luego que había tenido una hemorragia por el shock. Me llevaron al hospital general, donde tuvieron que practicarme una cesárea de urgencia, esa misma tarde. La niña estaba en las últimas. Demasiado pequeña para sobrevivir. A punto estuve de morir yo también, desangrada, porque no había forma de detener la hemorragia. Pero Dios no lo quiso. Se llevó a Gilbert, me dejó a Trifeen. La más pequeña de mis hijos no conoció a su padre y ya se habrá olvidado de mí. Si alguna vez vuelvo a verla, no me reconocerá. Cuando se me llevaron, apenas tenía seis años. Las pocas veces en que he oído su voz, por teléfono, solo me ha dicho: ¿Quién eres? Es incapaz de llamarme *maman*.

No me despedí de Gilbert. Trasladaron su cuerpo a nuestra casa a las dos – vestido con su ropa más elegante y expuesto durante toda la tarde y toda la noche en las andas–. Alguien –no sé quién, tal vez los parientes de mi marido– colocó las sillas para que pudieran sentarse quienes acudieran a rendir homenaje. La noticia de su muerte fue comunicada por la radio y por la televisión, para dar

aviso a todos los que lo conocían. Comenzaron a llegar primos, amigos, compañeros, el coro de la iglesia católica, que empezó a cantar, y no dejó de hacerlo hasta el amanecer. Es lo que nosotros hacemos. La muerte es algo solemne. Yo no estaba allí. Estaba acostada boca arriba en la cama del hospital, con el catéter en el brazo y los puntos en el vientre, atontada por el dolor y por la anestesia. Gilbert tuvo un digno funeral. Era miembro de la hermandad de la iglesia de Saint Gérard; hay sesenta iglesias católicas en Matadi, pero aquella era nuestra parroquia, tuvo cánticos y música durante toda la noche y, a las once de la mañana, cuando lo colocaron ya en el féretro, se formó una larga procesión para acompañarlo hasta la sepultura.

Fui a despedirme de él al cementerio de Kinkanda, detrás del hospital, dos meses más tarde, cuando me dieron el alta. Sobre su tumba ya habían crecido las plantas y las flores. Encomendé su alma al buen Dios. Las primeras palabras que me dijo fueron estas: Lo sabes, eres la mujer de mi vida.

Yo tenía quince años, aún iba al *collège*. Era una chicarrona alta, bien formada, pero vestía el uniforme de colegiala, con la blusa azul y una falda blanca corta. Mi padre me llevaba a la escuela en coche, antes de ir al trabajo, pero regresaba con mis compañeras. Gilbert vivía en la *cité* y yo en la *ville*, el camino pasaba por delante de su casa. En el porche habían instalado un futbolín y mis compañeras a veces pagaban una monedita para jugar una partida. Fue así como me abordó. Es que yo no te quiero, le dije, y salí corriendo para alcanzar a mis amigas. Me eché a llorar. Me daba miedo. Tenía ocho años más que yo, ya era un hombre.

Nos conocíamos desde la infancia, porque nuestros padres ya se conocían. Su padre era conserje en la oficina de la que mi padre era subdirector. Era hijo único. Fue mi padre quien lo envió a la universidad, en Kinshasa, para que pudiera abrirse camino en la vida y encontrara un buen trabajo. Si se hubiera quedado en Kinshasa, todavía estaría vivo. Y yo también habría tenido una vida completamente diferente. Pero cuando terminó sus estudios, regresó a su casa y volvió a verme. Yo me sentía amenazada, se lo conté todo a mi padre. Tengo un problema, *mon père*, Gilbert me ha dicho que soy la mujer de su vida. Mi padre le pidió explicaciones. *C'est vrai. Je l'aime*, confirmó.

Me encontré con él de nuevo en una fiesta. Había ido allí con mi mejor amiga, Espérance. En un momento dado fui al baño para cambiarme de ropa para la ceremonia y dejé el bolso sobre la mesa. Cuando volví a por él, ya no estaba. Espérance me dijo que lo había cogido Gilbert. Fuimos a preguntarle por qué lo

había hecho y qué quería, pero él lo negó. Entonces enviamos al hermano de Espérance, que era amigo suyo. Y Gilbert confesó. Lo he hecho porque la quiero. Yo le repetí: Pero yo no te quiero, *c'est pas mon choix*. No me devolvió el bolso. Se lo rogué, se lo supliqué, pero nada. No te lo voy a devolver nunca, nunca, me dijo. Debí llamar a la policía, pero no lo hice, no quería estropear la fiesta.

De todos modos, al final, me devolvió el bolso, cuando algunos días más tarde fui a su casa con mi amiga. Obligué a Espérance a que me acompañara, porque no quería quedarme a solas con él, ni entrar en su habitación. En su casa no había nadie más. Convenció a Espérance para ir a comprar algo y, aunque yo le suplicaba que no me dejara, ella se marchó, porque previamente se habían puesto de acuerdo. Tú sabes que soy tu marido, me dijo. Cerró la puerta con llave. Yo estaba aterrorizada y él me dijo, serio: Hoy voy a ir a la cárcel por ti.

Pero, en cambio, me dejó marchar. En las semanas siguientes me hizo entrega de una carta de amor y de dinero, de otras cartas y de dinero, de más dinero. Había encontrado un buen trabajo, en la secretaría del gobernador de la provincia. Siempre me decía que me amaba. Y yo siempre: No me gustas, no te quiero. Nunca, nunca, nunca. Esta no es mi vida. Pero él me quería a mí. Solo a mí. Por amor o por la fuerza. No pensaba en otra cosa. Estaba como loco. Nuestros padres al final se pusieron de acuerdo. No querían un escándalo. Aunque mi padre había abrigado la esperanza de otro matrimonio para mí, al final aceptó. Y, si quería vivir, yo también tenía que aceptarlo.

Solo estuvimos casados nueve años. Me dio cuatro hijos. No sé por qué no lo quería y nunca lo quise. Cuando te enseñé su fotografía, tú dijiste que era muy guapo y recordarás que sonreí. Porque yo nunca me había fijado en ello. También sabía ser amable. Después del nacimiento de Gervais, me dijo: Perdóname. Haré todo lo que quieras. Y lo hizo. Me ayudó a abrir clínicas, estaba orgulloso de mi trabajo y de mi éxito. Nunca me puso ningún obstáculo, ni censuró mis decisiones. Fue un buen marido y habría sido un buen padre. Me enseñaron que el amor es A-M-O-U-R. A de *amitié*. M de *mentalité*. O de *organisation*. U de *union*. R de *réconfort*. Nosotros no somos como vosotros. Os separáis después de una discusión o si ya no os gustáis. Os separáis, os divorciáis, aunque tengáis hijos. Nosotros seguimos juntos aunque no nos hayamos elegido.

Cuando regresé a casa, después de la visita al cementerio, rompí todas las fotografías. Borré mi cara de aquellas en las que Gilbert me abrazaba y me cogía

de los hombros. Me eliminé de aquellas en las que estaba sentada a su lado. No hay ni una sola imagen en la que se nos vea juntos. Pero nunca volveré a casarme de nuevo, como nunca se volvió a casar mi madre. Ahora su tumba estará abandonada. Tal vez pueda lograr que vengan aquí mis hijos y mi madre. Pero los muertos no se suben al avión. Él permanecerá para siempre en África.

El novio de Semainesh, en cambio, permanecerá en Italia. En el país en el que no había querido detenerse ni un solo día, que había atravesado en tren, sin mirar hacia atrás; para siempre en el cementerio de una ciudad que no significaba nada para él, cuyo nombre ni siquiera conocía. Si lo hubieran enterrado en Roma, Brigitte habría ido a su funeral. Cuando ve un ataúd, delante de una iglesia, se persigna y reza y se emociona, porque no puede evitar pensar que su hermano Cyprien no pudo tener su funeral, ni tampoco tendrá su tumba, el funeral de cualquier desconocido podría ser el suyo. No puede darle el pésame a Semainesh ni decirle esas palabras de consuelo que quizá, posiblemente, sabría encontrar. La chica no volverá a la Casa di Giorgia. Se marchará a Inglaterra, de todas formas, con su primo. Solo tiene veintitrés años. Tal vez también romperá todas las fotos de su novio, el hombre con el que creía que iba a compartir toda su vida, y también se despedirá así de su recuerdo.

QUINCE

¿Cómo acabé aquí, Dios mío?
Si tengo derecho,
¡cambiadme mi moneda de oro!

Ó. MANDELSTAM,
«La moneda de oro»

El 30 de octubre de 2013, en el Auditorium del Instituto Massimo, el Centro Astalli organiza un festival anual con el alumnado de las escuelas secundarias italianas que ha participado en el concurso «La escritura no va al exilio». El curso anterior, los estudiantes estuvieron reuniéndose con los refugiados tutelados por el centro que estaban dispuestos a contar su historia. Para dar por finalizada su experiencia –que les afecta emocionalmente mucho más que la lectura de un artículo o una conferencia sobre el tema–, se anima a los chicos a escribir un relato. Por regla general, se presentan más de doscientos. Desde 2009, los diez mejores se premian en el Auditorium y se publican en el número especial de la revista del Centro Astalli o, si se encuentra financiación, en un volumen propio. Para entregar los premios, el Centro Astalli invita a directores, escritores, actores, miembros de ACNUR y personas de algún mérito o alguna fama en cuyas actividades, o meramente como ciudadanos, se hayan mostrado sensibles al tema de los emigrantes y de los refugiados. El año pasado yo también entregué un premio. Consistía en una maleta llena de libros. Me pidieron que entregara otra maleta también el 30 de octubre.

En 2011 se había puesto en contacto conmigo Donatella, la responsable de comunicación. Chiara y ella habían recopilado los testimonios de diez refugiados del Cuerno de África y, para su publicación, habían propuesto a otros tantos escritores italianos que escribieran un breve prefacio, una introducción o un comentario. La petición me sorprendió, porque mi camino nunca se había cruzado con los miembros del Centro Astalli. No frecuento ni parroquias, ni asociaciones de voluntarios católicos y nunca había conocido a un jesuita. Asociaba la palabra jesuita a San Ignacio y a sus *Ejercicios espirituales* (una

lectura apasionante, aunque para mí de una forma diferente que para el padre Camillo), a los intrépidos viajeros que habían ido hasta China y Japón, a los clientes de los artistas barrocos, a un brillante abad que en 1620 había asistido a los cursos del Collegio Romano y cuya vida llevaba tratando de reconstruir hacía años, pero especialmente a los jóvenes aspirantes a misioneros que en el siglo XVI soñaban con partir hacia las Indias y cuyas voces descubrí leyendo el hermoso libro del profesor Gian Carlo Roscioni, un formidable estudioso de la literatura y un amigo inolvidable. De hecho, hasta el año 2009 ni siquiera había conocido yo a un sacerdote. Al primero, don Vittorio Buset, pintor y artista de Pasiano, destinado a la iglesia de la Madonna dell'Orto en Venecia, me había aproximado nuestro amor común por Tintoretto. La diversidad de nuestras vidas y de nuestras convicciones no nos impidió reconocer nuestras afinidades y llegar a ser amigos y sentirnos como hermanos. Sin embargo, a pesar de ignorar que dicha institución pertenecía a los jesuitas, sabía de la existencia del comedor social del Centro Astalli.

En el mercado Trionfale, alrededor de 2005, había trabado amistad con un grupo de bengalíes, forzados por la pobreza y por la esclavitud a convertirse en molestísimos vendedores de ajos. Consumo poquísimo ajo, como la gran mayoría de los italianos, por lo que su suerte me pareció tan ingrata que era incapaz de ignorarlos. Siempre he creído que la dignidad de los demás es la base de mi libertad. Durante unos años coincidíamos todas las semanas y pude seguir los progresos o los fracasos de bastantes de ellos. En cuanto encontró por fin un empleo regular, uno se acomodó bien y se casó, tuvo hijos en Italia o pudo regresar para recoger a los que había dejado en Bangladesh; otro se metió en un delirio religioso integrista, instigado por los decadentes sermones del viernes pronunciados por quién sabe quién y quién sabe dónde: después de algunas discusiones político-religiosas, cada vez más desagradables, nos distanciamos. Con el más joven, incluso intenté hacer que conociera a chicas italianas, sin éxito porque la policía lo interceptó mientras –con ropa nueva y el pelo recién cortado por un amigo– caminaba hacia el cine en el que lo esperábamos. En el Festival de Asia proyectaban una película rodada en su país. Tuvo que correr como alma que lleva el diablo y ocultarse hasta la noche. Era ilegal, no tenía ni siquiera derecho a dar un paseo. De Roma tan solo conocía el agujero donde dormía y el mercado a donde lo deportaban a vender ajos. El mayor, cuyo negrísimo pelo de seda he visto teñirse de blanco como las plumas de los cisnes, logró liberarse del ajo, pero en verano sigue peinando las playas de la costa

romana, desollándose los pies en la arena caliente en un intento de vender a los bañistas collaritos y gafas de sol falsificadas. Me topé con él en agosto pasado. Lo estaban echando del balneario en el que yo estaba construyendo un castillo de arena para los gemelos de mi hermana. Él gritaba: ¡Pero yo solo quiero saludar! Y al final lo reconocí bajo la torre de sombreros de paja que llevaba milagrosamente en equilibrio sobre la cabeza y me di cuenta de que la persona de la que estaba hablando era yo y le presenté a mi familia. A la suya, sé que no ha vuelto a verla desde hace diez años.

Por esta y otras razones, tarde o temprano he ido conociendo a todos los náufragos que llegan hasta el mercado Trionfale. Joyce era una chiquilla nigeriana de quince años, con un físico impresionante y los ojos oscuros. En Roma, hacía unos meses que había logrado ser alojada por la noche por una jubilada del Trionfale, quien le cedía el sofá para dormir. Aquella mujer romana de más de setenta años había sido mujer de la limpieza, estaba paralizada por la artritis y, como debía apañarse con los trescientos euros de su pensión, todos los días se compraba en el mercado un huevo y una patata o dos tomates y una naranja. Durante el día, Joyce mendigaba en la entrada del mercado. Era joven, bonita, aparentemente sana: nadie se apiadaba de ella. Fue Joyce la que me dijo que necesitaba trabajo, no comida, porque iba al comedor social del Centro Astalli. La anciana no podía pagarle nada. La dirigí a una asociación en la que colaboraba una amiga mía. No sé qué fue de ella, pero no olvidé el nombre del comedor social.

Así que acepté la invitación de Donatella y Chiara. Habían elegido para mí la autobiografía concisa de una joven mujer eritrea, convertida en la esposa de un carpintero y forzada a partir en tan avanzado estado de gestación que parió a su primera hija en Calabria, poco después del desembarco en Lampedusa. Nueve páginas descarnadas, pero tan densas y ricas de resonancias como para ganarse el título de *Pequeño evangelio africano*. El volumen salió en septiembre y despertó cierto interés, ya que mientras tanto los desembarcos en el Mediterráneo estaban cambiando de naturaleza y la palabra «emigrante», a la que ya nos habíamos acostumbrado para nombrar a los desafortunados pasajeros de las barcas, empezaba a ser sustituida por la palabra «prófugos» y «refugiados» y la curiosidad con respecto a ellos iba aumentando. Lo presentamos en el Campidoglio. Ante las miradas consternadas de los representantes del Ayuntamiento, representantes para entonces de partidos

xenófobos, el padre La Manna pronunció un vibrante discurso sobre la acogida. Fue el discurso político más radical que había oído yo en años.

Al terminar el festival, en el vestíbulo del Auditorium, me acerco a saludar a Chiara y Donatella. Mientras Chiara distribuye a los invitados en los taxis, comentamos la actuación de los grupos musicales y los discursos de aquellos que han prestado su testimonio, que subieron al escenario para presentar brevemente sus historias. El trabajo del Centro Astalli en las escuelas tiene, sin lugar a duda, un gran valor. Pero tendríamos que llegar hasta los padres de los niños, a los ignorantes, a los indiferentes. A los del «no me concierne». Y luego dar a entender que detrás de cada refugiado existen por lo menos veinte italianos que se ocupan de él. Que salvarlos en el mar, en una playa o en los suburbios de la ciudad no es suficiente. Como tampoco es llevarles juguetes, ropa vieja, jarras de té. ¿Por qué no escribís un libro?, le pregunto.

La persona apropiada podría ser Donatella, quien, aparte de Filippo, lleva trabajando en el Centro Astalli más tiempo que nadie: ha guardado en un cajón su licenciatura en Derecho Internacional en la LUISS para dedicarse a los refugiados. Hace años que los acompaña por toda Italia y conoce las historias de cada uno de ellos, pero también a ese ejército invisible de trabajadores sociales, voluntarios y cooperantes. Tiene dos niños pequeños, el último no llega a los dos años, y está muy ocupada con las actividades del centro, que debe hacer frente a una afluencia de solicitantes de asilo en crecimiento exponencial. No es por eso, de todas formas, que mi sugerencia, vaga, imprecisa y mal enfocada, no la convence. Un libro así –dice sonriendo– tiene que escribirlo un escritor. Y la escritora eres tú.

Pero yo tampoco estoy preparada. Hace diez días que he publicado una novela, *Eres como eres*, tengo casi terminada la serie del *Museo del mundo* y, después de dos años de escritura ininterrumpida, estoy rendida, vacía y seca, como una mina agotada. Necesito descansar, le digo que tal vez haga un viaje, me lo pensaré. Tenía planeado hacer algunas presentaciones y algunas entrevistas sobre la nueva novela: aún no sé que escribir *Eres como eres* ha sido como acercar un encendedor a un trapo empapado en gasolina, y que la historia de esa chiquilla, imaginaria pero posible, hija de dos padres, durante los próximos meses alterará mi vida por completo. Nos prometemos que volveremos a hablar en primavera.

Brigitte no ha asistido al Auditorium del Massimo. Su historia sigue en marcha, aún no está lista para convertirse en un testimonio. Se encontraba en la

oficina de Francesca para hablar del dinero que se debía enviar a *monsieur Bondò* mientras estábamos entregando los premios del concurso de escritura. Una vez más, no nos encontramos.

El 16 de diciembre Brigitte obtiene el asilo político. Su petición ha sido aceptada, al igual que otras catorce mil trescientas noventa y dos, de un total de veintisiete mil trescientas ochenta presentadas en 2013. (En 2012, las peticiones habían sido quince mil setecientas.) Entre estas, dos mil cuatrocientas cuarenta y nueve recibieron asesoría legal en una de las sedes del Centro Astalli, donde a lo largo de un año se ha asistido a más de treinta y cinco mil personas, de las cuales aproximadamente veinte mil acudieron al centro de Roma. En total, han llegado hasta Italia, por mar, por tierra o por aire, cuarenta y dos mil novecientas veinticinco personas. Brigitte Zébé Ku Phakua ya es un número de una estadística. Como mujer africana de más de treinta años y con estudios superiores, encaja en los porcentajes residuales: entre el trece por ciento de los solicitantes que han alcanzado el estatuto completo de refugiados (la mayoría ha obtenido la protección humanitaria o subsidiaria), entre el quince por ciento que estaban viviendo en la calle en el momento de la solicitud... Aun así, también es únicamente Brigitte: su historia se parece a la de muchos, pero es solo la suya.

Le entregan un pasaporte válido para todos los países reconocidos por el Gobierno italiano, a excepción del suyo. Tiene permiso de residencia y un documento de identidad italiano. Tiene derecho a reclamar a sus cuatro hijos. Por eso, con la ayuda de Francesca, el 31 de enero de 2014 inicia los trámites para la reunificación familiar. Aunque por el momento ni ella ni el padre Camillo tienen ni idea de cómo y cuándo podrán llevarlos a Italia de verdad. Brigitte, de hecho, no consigue encontrar trabajo. Tiene que lograr que le envíen desde el Congo su diploma de enfermera, pero en su casa no lo encuentran y debe andarse con pies de plomo para tratar de contactar con sus conocidos. Por otra parte, la persona que dice ser capaz de localizarlo (en la sede de la Escuela de Enfermería) quiere dinero. Y ella no tiene. Y al Centro Astalli prefiere pedirlo para pagar los gastos burocráticos de la reunificación familiar. Hay que pagar cada documento de cada uno de los pasos que se deben ir dando y eso sale caro. Por otro lado, Rosa, la asistente social de la Casa di Giorgia, le ha advertido de que su diploma no tiene valor legal en Italia. No podría ejercer la profesión de enfermera. Para que se lo convalidaran, necesitaría un trámite complejo, que exige la colaboración de las autoridades de su país, lo que, evidentemente, no resulta sencillo. Existe la

posibilidad de que incluso tenga que sacarse el título de nuevo. Es mejor que no se haga ilusiones.

Brigitte no se las hace. Les asegura al padre Camillo, a Francesca, a Letizia y al doctor Santone que para ella cualquier trabajo será bueno. Que está preparada para trabajar en un hotel, incluso para hacer las habitaciones como limpiadora en las plantas. O en la cocina, como Aisha en Turín. O de niñera, como Fatou. A pesar de que haya perdido a sus hijos, se siente preparada para cuidar a los de otra.

Letizia y Rosa envían a algunas residentes de la Casa di Giorgia a asistir a un curso organizado por la Federación de Iglesias Evangélicas. Mediante una serie de lecciones prácticas y teóricas, señoras italianas enseñan a las refugiadas de diversas edades y procedencia geográfica a llevar una casa, es decir, planchar, fregar el suelo, hacer la compra, reciclar y cocinar platos italianos. Parecería un curso superficial, e incluso, de alguna manera, regresivo, como si de una mujer no pudiera esperarse que hiciera otra cosa. La experiencia de los voluntarios y de los trabajadores sociales dice que, por el contrario, es necesario. Muchos caminos de inserción han naufragado por lo que podrían parecer detalles insignificantes. Yvette, una chica de Burkina Faso que cuidaba de una anciana dependiente, le cocinaba los especiadísimos platos de su país. Era muy querida por la familia y afectuosa con la anciana, pero pese a ello la señora quería despedirla sin contemplaciones. Hasta que los nietos –al constatar que la abuela adelgazaba y se quejaba de tener siempre hambre– descubrieron la razón. Tuvieron que decirle a Yvette que la señora quería pasta. La chica no sabía ni cocinarla ni condimentarla. Le compraron pasta congelada, ya preparada, solo tenía que calentarla. Yvette no sabía usar el horno. Nunca había tenido uno.

Al terminar esas clases, la Federación extiende un diploma. En este se certifica que la mujer está preparada para trabajar en un domicilio particular, en una cocina, en un hotel. Brigitte nunca fue ama de casa, ni se había imaginado que algún día terminaría siéndolo, pero podría servirle para conocer los hábitos y comportamientos de los blancos. No asiste al curso, no obtiene el diploma. No recibe ninguna llamada.

Otras mujeres de la Casa di Giorgia encuentran un contrato, aunque sea temporal, de pocas semanas o de pocos meses. Brigitte, nada. Ni en un hotel ni en un restaurante. Después de las primeras entrevistas, descubre que en los restaurantes de Roma se requiere un buen conocimiento de inglés para servir las mesas, un idioma que ella ignora. Y que incluso para trabajar en el hotel como

camarera de planta piden un diploma de asistencia a un curso de pago que organiza la misma cooperativa que luego debería encargarse de que te contraten. En la práctica, tienes que gastar antes de poder ganar. Y tampoco encuentra domicilios de particulares. Dos o tres entrevistas con familias en busca de una cuidadora no tienen éxito. Ella no tiene motivos para pensar que el color de su piel constituya un obstáculo. Sabe que es negra, muy negra, y no se gusta – quisiera ser más clara, como su madre o sus hijas–. Porque mandan los cánones que a un hombre muy oscuro se le considere bello, mientras que a la mujer no. Pero para ella es un problema estético, no racial. En cambio, el color negro es realmente un obstáculo, pero nadie tiene el valor de decírselo. Las entrevistas van bien, a los hijos, cuarentones en su mayoría, de los ancianos a los que debería cuidar, Brigitte les resulta simpática, preparada y despierta. Son los ancianos los que la rechazan. Una negra, no, dicen. Nunca, antes me muera. Cuando me entero, me sorprende. Donatella se sorprende de mi sorpresa. Italia, para ciertas cosas, todavía está en la Edad de Piedra. Solo los enfermos con alzhéimer avanzado la aceptan, dice. Casi deben estar en estado vegetativo para dejarse cuidar por una africana.

En cambio, la explicación recurrente, a la que Brigitte termina acostumbrándose, es otra. Es culpa de la «crisis». Hay crisis.

¿Qué es la crisis?, me pregunta dos años más tarde, porque sigue sin empleo.

Me esfuerzo para encontrar las palabras adecuadas que le den una respuesta convincente y no evasiva. Pero tengo miedo de no ser capaz de hacerlo. Más que un hecho social o una realidad económica, la crisis es un estado de ánimo. Has llegado aquí en una época oscura, le digo, la gente no tiene confianza, nadie puede imaginarse un futuro.

El doctor Santone lo había previsto y, de alguna manera, lo temía. El hallazgo de los niños, en lugar de estabilizarla, la ha destrozado. No puede oírlos, no puede verlos, solo sabe que están vivos, tal vez en Matadi, con *monsieur* Bondò, tal vez en otra parte, y que, si Dios quiere, tarde o temprano volverá a verlos. Pero nada depende de ella. La incertidumbre aumenta su sensación de impotencia y de frustración. Si los niños no existieran, ella podría gozar ahora de esa juventud que nunca experimentó. Si estuvieran con ella, podría ejercer su papel de madre, ocuparse de ellos, protegerlos. En cambio, se encuentra sola, sin ser libre; es madre, pero sin las satisfacciones ni las obligaciones que supone tener hijos. Es un ama de casa potencial, pero sin casa, una enfermera sin clínica

y sin recetas. A veces, mientras espera su turno en el SaMiFo, en la comisaría o en el hospital al que va a que le tomen pruebas de saliva para someterse a la prueba del ADN, se pregunta quién es ella realmente. Y no tiene respuesta.

En la Casa di Giorgia las últimas llegadas son escandalosamente jóvenes. Chicas solas, sin maridos, hijos ni hermanos. Suspendidas entre el mundo antiguo que han abandonado y este en que se verán obligadas a encontrar su papel: por primera vez en sus vidas ya no están bajo el control estricto de sus parientes varones. La experiencia las desorienta, pero al mismo tiempo las libera. Hacen pellas, como si fueran alumnas de instituto. Por la tarde salen juntas, no dicen adónde van, con qué compañías se ven. Las trabajadoras y los voluntarios se inquietan, pero no pueden intervenir. Casa di Giorgia no es un colegio mayor ni una prisión: las residentes son libres.

Una noche Brigitte sale con ellas: van a celebrar una fiesta de la amiga de una amiga de Desta, una chica de Eritrea que se marcha para Francia y quiere despedirse de todos sus conocidos de Roma. Ha vivido aquí casi un año entero. Pierden el último metro y regresan después de la hora permitida. Según el reglamento, la responsable debe anotar ese retraso en la ficha personal de todas las libertinas.

Brigitte se siente demasiado adulta como para recibir una reprimenda de una mujer más joven que ella. Discuten. Se dicen palabras que no deberían, que ambas, demasiado tarde, se arrepienten de haber dicho. Brigitte no está acostumbrada a que le den órdenes. La subordinación hace que se sienta aún más frágil. Pero recuperar su independencia no depende de su voluntad.

En marzo caducan los seis meses de renovación de su permanencia en la Casa di Giorgia. Ya ha solicitado una nueva prórroga a Francesca, quien le ha comunicado el problema al padre Camillo: aún no ha recibido la confirmación de que le vaya a ser concedida. La plaza de primera acogida le fue asignada por el Ayuntamiento, pero, mientras tanto, ha entrado en vigor el sistema SPRAR y la gestión y la reubicación de los solicitantes de asilo ahora es competencia del Ministerio del Interior. El padre Camillo considera que la prórroga será posible, dado que Brigitte ha iniciado el proceso para recuperar a los niños y necesita permanecer en una estructura protegida. Letizia, por su parte, advierte de que eso nunca ha sucedido, hasta el momento: ninguna residente ha obtenido dos prórrogas. Se lo explica a Brigitte, remarcando que no se trata de su opinión, sino de un hecho objetivo, una mera constatación.

Por otra parte, valorar si una residente está preparada para empezar el recorrido hacia su autonomía no resulta sencillo. Cabe la posibilidad de engañarse. Hace unos meses, ella misma encontró un apartamento para Nadira, una chica de Guinea. Un estudio, puesto a disposición del Centro Astalli por una institución religiosa. Bien amueblado, cerca del hotel donde había encontrado trabajo como camarera de planta. Pero la chica comenzó a poner excusas, a posponer su marcha, y ella no sabía explicar cuál era el motivo. Al final, Nadira confesó que tenía miedo. Desde que nació, nunca había dormido sola. De manera que la primera noche, Letizia permitió que una amiga se quedara con ella. Al cabo de una semana, se había acostumbrado. Nunca se lo habría imaginado. La chica tenía veinticuatro años, había soportado travesías de todo tipo durante el viaje por el Sáhara, por Libia y, luego, en la barcaza. La habían golpeado, le habían robado, la habían amenazado. Se había enfrentado a asaltantes, a violadores, a bandidos. Y tenía miedo a apagar la luz en una casa vacía.

Brigitte, en cambio, teme que la alejen de allí a causa de sus desencuentros. En las reuniones mensuales a las que, como manda el protocolo, debe someterse para que los trabajadores sociales evalúen sus progresos de integración y de reinserción social, Letizia le garantiza que no tiene nada personal en su contra. Si chocamos, le ha dicho, es porque las dos tenemos un carácter fuerte. Letizia sostiene que valora la diligencia que Brigitte ha demostrado en los cursos de italiano y que tiene debidamente en cuenta los informes positivos que recibe del doctor Santone. No marca ningún aspecto crítico en su documento. Y cuando efectivamente se le concede la prórroga –puede quedarse en la habitación número cuatro hasta septiembre de 2014– lo celebra con ella, se muestra sinceramente contenta. Brigitte, sin embargo, cree que cuando una relación se rompe ya no puede ponerse remedio. Se pueden soportar, pero no volverán a tener confianza la una en la otra.

DIECISÉIS

Quien vive en el exilio sin hogar
es como un muerto en la tumba.

PUBLILIO SIRO

El hecho es que en primavera el ambiente de la Casa di Giorgia ha cambiado. Entre los trabajadores y las residentes, pero también entre residentes y residentes. Se han formado dos grupos que se evitan. A menudo, las disputas estallan e incluso son encarnizadas. El Ayuntamiento ha derivado hacia la casa a mujeres con graves trastornos mentales, no solo insomnes y traumatizadas, sino agresivas y peligrosas. Una residente tiene crisis violentas, ataca a sus compañeras y empieza a perseguir a Letizia, diciendo que esta la ha amenazado. No se la puede alejar de allí, no se la puede tener allí. De manera que la mujer brama, persigue, aterroriza. La curtida Letizia, que siempre ha tenido todo bajo control y manejado el timón con mano firme, vacila.

Brigitte también se vuelve intolerante, pierde la paciencia por cualquier cosa. Se encuentra discutiendo porque las recién llegadas dejan la ducha sucia al salir y no liberan las lavadoras. La colada solamente se puede hacer los sábados y hay que hacer una reserva para tener derecho a ello. Y más de una vez ha encontrado el tambor lleno de la ropa interior sucia de otra. O porque llega tarde para la cena y no hay ni siquiera una patata para ella. Flota allí un nerviosismo que bordea la histeria. Nunca había habido robos aquí. Los voluntarios tienen la costumbre de dejar sus bolsos en la entrada con las carteras dentro, sin vigilancia. Una muestra de confianza o un cebo, en cierto sentido. Desde que se abrió la casa nadie ha puesto nunca las manos encima de esos bolsos. Nunca se ha robado ni un céntimo. A pesar de todo, que hubiera habido algún robo habría sido casi preferible. El robo puede ser algo fisiológico donde existe una escasez perenne de dinero. Y no significaría nada acerca de la naturaleza o de las inclinaciones de quien lo comete. El problema es más grave.

Las residentes se dan cuenta de que las trabajadoras están inquietas, pero no logran comprender el porqué. Las trabajadoras prefieren reunirse en otro lugar –

en la sede del Centro, en el SaMiFo– para evaluar la situación y decidir qué hay que hacer. Durante el control mensual, Amina, una mujer de unos treinta años, ha admitido que se prostituye. Con candor, porque no ve nada raro en ello, nada malo. Hace cosas con los hombres, que son conocidos suyos o conocidos de conocidos, y estos le dan algo. Es un intercambio positivo, satisfactorio para ambas partes. Todo el mundo gana, nadie pierde.

Dado que esta actividad le proporciona dinero y, como consecuencia, la posibilidad de adquirir bienes que mejoran su vida, le parece natural involucrar a sus compañeras de habitación y a otras residentes de la casa y ofrecerles las mismas oportunidades. Algunas parecen dispuestas a secundarla. Las chicas – como todos los solicitantes de asilo– no reciben ningún subsidio. Tienen derecho a dos euros y medio al día. Pero vivir sin dinero durante meses y meses es agotador y puede resultar destructivo. La educación recibida, los tabúes culturales, ya no se sostienen.

Por tanto, las trabajadoras se preguntan angustiadas qué pueden hacer con Amina. Alejarla de la casa sería una medida preventiva para impedir que arrastre a las demás por su mismo camino, pero también supondría entregarla a la explotación y a una profesión que no ha elegido y que practica sin ser consciente, solo de forma temporal. Aunque dejarla con las demás, como si nada hubiera sucedido, es arriesgado. El dinero que tiene en el bolsillo, un dinero que puede gastar en recargas para el teléfono móvil, maquillaje y ropa, constituye una tentación constante, incluso para las más reacias. Las consultas se suceden frenéticamente. Se recurre a las psicólogas del SaMiFo y, más tarde, también al doctor Santone.

El psiquiatra recomienda que no se le dé demasiada importancia al asunto. En su cultura, no la tiene.

Al final es Amina la que se marcha a París, adonde afirma que han conseguido llegar algunos de sus parientes. Su cama es ocupada esa misma noche. A Brigitte le resultaba simpática. Permanecen en contacto, de vez en cuando recibe un mensaje. Si tuviera acceso a internet en el móvil, le señala su amiga, podrían hablar gratis. Pero con su antiguo Samsung Brigitte no puede conectarse. Y, además, ¿cómo lo pagaría? En agosto, se entera de que Amina se ha casado, con un hombre de su país. *Moi, j'ai jamais fait la débauche* –me dice una mañana, algún tiempo después, sin moralismos–. *C'était pas mon choix*.

De sus hijos no sabe nada más. Después de la llamada telefónica del 6 de

agosto, no ha vuelto a hablar con ellos. Ni siquiera intenta contactar. No quiere decirles que aún no puede hacer nada para que vayan a Italia. Son demasiado pequeños, no lo entenderían. El padre Camillo y Francesca le han dado más dinero para enviarlo al Congo, de nuevo a *monsieur* Bondò. Las últimas noticias procedentes de Matadi, confusas y no verificables, informan de que se han sometido a las pruebas de ADN. Si resultan ser de verdad sus hijos, el Gobierno italiano le permitirá reclamarlos.

Pero no es solo por ellos por lo que nunca tomó en consideración las propuestas de Amina. Es por dignidad. La prostitución siempre le ha provocado terror. En Italia, donde las nigerianas menores de edad esperan a los clientes blancos en los bordes de las carreteras. Pero también en Matadi, donde las mujeres libres –las denominadas *londoniées*– los esperan en las casas que dan al puerto. Allí, más allá de los almacenes y del mercado de artesanía, hay un barrio con luces rojas. Las *putes* suspiran por la llegada de los barcos. A cada parada descienden los europeos. Tienen poco tiempo antes de la partida. El Hotel Métropole, donde trabajaba Cyprien, queda cerca de ese barrio, por lo que los tiene vistos, desde siempre. Incluso antes de saber qué era lo que iban a buscar en las mujeres del puerto de Matadi. Se acuerda también de un blanco que no quería separarse de cierta Sophie y que casi la obligó a subirse a bordo. La chica, para calmarlo, le hizo creer que quería marcharse con él y, luego, en cuanto encendieron los motores, se dejó caer al muelle. Las prostitutas de Matadi eran todas jóvenes y hermosas. Pero a ella le enseñaron que vender el cuerpo y el alma es un pecado.

A principios de agosto, Letizia la convoca a su despacho. Desde que llegó a Italia, a Brigitte ya no le gusta el verano. No solo por el bochorno, ese calor tórrido que hornea el suelo del jardín aun a la sombra de la higuera. Es un periodo difícil, sobre todo porque poco a poco se va marchando todo el mundo y, aunque el Centro Astalli permanece abierto, ella se siente perdida. El año pasado, cuando Francesca le comunicó su marcha, las lágrimas se le asomaron a los ojos. Tendría que alegrarse por su joven abogada. Francesca tiene un nuevo novio, ahora es italiano. Se llama Giovanni, se lo ha presentado y le gusta. Está segura de que es el más apropiado para Francesca, la querrá de verdad, no va a abandonarla y algún día se casarán. Pero no logró alegrarse por ella. Temía no volver a verla, que Francesca no volviera o que en septiembre no quisiera seguir ocupándose de ella. ¡Pero son solo dos semanas!, minimizaba Francesca. Vamos

a Nápoles, primero a casa de mis padres y luego al mar. Yo te llamaré y tú me puedes llamar cuando quieras. El mar... Brigitte solo lo vio desde el ojo de buey del avión. Verlo es lo que más desea en este mundo. Un día se me ocurre decirle que está muy cerca de Roma, apenas a unos treinta kilómetros. Que algún día iremos juntas.

Letizia decide no darle vueltas y más vueltas a las palabras y comunicárselo con brusquedad. Además, se lo ha dicho ya una docena de veces y a estas alturas está convencida de que Brigitte deliberadamente finge no entenderlo. No puedes obtener otra prórroga. Ya has tenido mucha suerte, te han concedido dos. Pero ahora el ministerio no te concederá la tercera. Tienes veinticinco días de plazo para organizarte. El primero de septiembre tendrás que marcharte.

Pero no puedes echarme de aquí, protesta Brigitte. No puedo organizarme, no conozco a casi nadie y la gente a la que conozco no tiene una casa donde alojarme. No puedo volver a la calle. No soy un perro, soy un ser humano, una persona, como tú. Lo siento, la corta Letizia, no soy yo quien lo decide, las cosas son así.

Desesperada, Brigitte llama a Francesca. No sabe qué hacer. Solo Francesca puede aconsejarla. Pero la abogada no está en su despacho. El teléfono suena en vano. Francesca *n'est pas là*. Pues claro, eso ya lo sabía, le habló de su marcha hace dos días, si hasta incluso se despidieron. Se le había olvidado. Francesca está de vacaciones. Todos los blancos se van de vacaciones. A la playa, a la montaña, cerca, lejos, a otro país. En agosto, no consigues hablar con nadie. Brigitte y yo aún no nos conocemos. Pero yo también estoy a punto de marcharme y el día en que llama al doctor Santone –que afortunadamente sigue en el trabajo y le confirma la cita para el día siguiente– estoy a bordo de un avión de Turkish Airlines, con destino a Estambul, desde donde volaré a Tayikistán. Vamos cuatro personas, en el aeropuerto de Estambul nos reuniremos con los otros compañeros de viaje. Borearemos durante mil kilómetros la frontera afgana y cruzaremos la cordillera del Pamir.

He elegido el corazón más remoto de Asia para poner la mayor distancia posible entre mis libros y yo. Desde hace tres meses *Eres como eres* está en todos los periódicos, las radios y las televisiones. Una asociación ultracatólica ha denunciado a los profesores de un instituto de secundaria en Roma que lo pusieron como lectura a sus estudiantes, definiendo la novela como «material pornográfico». He sido acusada de hacer propaganda homosexual, aunque tampoco podría decir muy bien por qué iba a constituir esto un delito. Mi novela

y yo recibimos insultos, ofensas e injurias de todo tipo y, durante los primeros días, para mantener alejados a los alborotadores, la policía tuvo que emplazar una furgoneta delante de las librerías en las que estaba programada una presentación. Me impactaron muchísimo las reacciones. Todo el mundo lo minimizó y se rió del tema. Considerar ridículos los ataques a la novela y a su contenido evitaba tener que tomar partido. Dejaron balbucear a los paladines de la «familia natural», los homófobos, las asociaciones de padres que se consideran propietarios de la sexualidad de sus hijos, los polícastros fracasados en busca de notoriedad y de votos para la campaña electoral de las europeas. El silencio de muchos a los que creía amigos míos me dolió más que la abyecta vulgaridad de mis adversarios. En muchos países de África, los adversarios políticos son considerados enemigos a los que hay que eliminar, derrotar y silenciar a toda costa, pero en Italia la cosa no es muy distinta. La política no mata, no necesita hacerlo: de todos modos, sabe destruir. Pero también descubrí solidaridades insospechadas. Guardé para mí como si se tratara de un regalo la sorprendente cercanía del Centro Astalli.

Brigitte va a la consulta del doctor Santone cada dos semanas desde hace un año. Debe tener paciencia una noche más. Acostada en su cama, en la habitación número cuatro, escucha el zumbido de los mosquitos, el canto de los grillos en la lejanía. Los susurros de las compañeras, un ronquido trabajoso detrás de la pared, pasos amortiguados en el pasillo, el desagüe de los lavabos en los cuartos de baño. Ruidos que a estas alturas se han vuelto familiares para ella. La Casa di Giorgia es su barcaza en Roma. No tiene ningún otro punto de referencia.

En el avión de Turkish Airlines, que sobrevuela la noche, dirigido a Dushanbe, yo tampoco duermo bien. No leo. La literatura tiene para mí un sabor rancio. No la deseo. Y tampoco la echo de menos. Sueño soledad, espacio y silencio. Todavía no sé que mi segunda vida va a terminar en la penumbra de una *yrta* en el lago Song-Köl. Arrodillada en la alfombra, mojaré con vodka que me ha prestado el conductor las muñecas y las sienes de Luigi, devorado por una fiebre misteriosa. No puedo hacer nada más por él. No puedo curarlo, no puedo ayudarlo, su vida no depende de nosotros. Treinta y nueve grados y ocho décimas de temperatura, cuarenta, cuarenta y uno, y cuarenta y uno con ocho. Cuando se sosiega –pero yo no noto su respiración y creo que ha muerto–, salgo al aire libre. A casi cuatro mil metros de altitud, el cielo está plagado de estrellas. Al otro lado del lago, el perfil irregular de las montañas es tan nítido que me parece ver su reflejo sobre el agua. Todo está quieto, implacable. Este lugar es la

imagen de la belleza del mundo y sería el Paraíso, tal vez, si hubiera creído en él. En cambio, lo he perdido todo y estoy infinitamente sola. Me quedo delante de la *yurta* mirando el agua del lago por debajo de mí, que difunde un frío resplandor, igual que una lámina de plata. Por un instante, la sombra de un caballo que está durmiendo, firme sobre sus patas, con la cabeza gacha, me consuela; luego tan solo queda el silencio y el eco del viento sobre la hierba.

Le dejé todas mis certezas al caballo salvaje del Kirguistán. Siempre he creído que nada de lo que tenemos nos pertenece, pero experimentar tu propia insignificancia de niño o con veinte años y ahora es muy diferente. Volveremos a casa, pero no seremos los mismos. Se ha desgarrado algo, en los cuerpos, en la mente. Todavía estamos vivos y, en ese momento, eso es todo. En los doce meses siguientes, aprenderé a aceptarlo. A recoger los retazos de lo que queda y empezar de nuevo. No es una comparación, nuestros desastres no se parecen. Y, además, esta es la historia de Brigitte y no la mía. Pero en el fondo sé que por eso voy a estar lista para buscarla y para reconocermela en ella.

El psiquiatra la tranquiliza y logra calmarla. Está al corriente de la situación y tiene todo bajo control. Brigitte no tiene que preocuparse.

Pero, en realidad, él sí que está preocupado. Y cuando ella se marcha, llama por teléfono a la Casa di Giorgia. El sábado me marchó de vacaciones, vuelvo el 8 de septiembre. Parado todo. De Brigitte me ocupó yo. Voy a incorporarla al proyecto Spes 2 del Fondo Europeo. Hemos ganado el concurso, recibiremos los fondos para pagar el alquiler de una casa. Ya hemos localizado un apartamento en la via Cassia, cerca del Hospital Sant'Andrea. Una casa de verdad, casi la mejor de las situaciones. Podremos alojar allí durante un año a cuatro personas, dos hombres y dos mujeres. Cristianos y musulmanes, sin relaciones de parentesco. Es un experimento nuevo de convivencia. Ya los he seleccionado. Los informes vuestros y del Centro de San Saba dicen que están listos para demostrar su autonomía. Las dos mujeres se conocen entre sí, también los dos hombres, pero entre ellos todavía no se han visto. Una de las mujeres preseleccionadas es Christelle, la otra es Brigitte. Pero, por motivos burocráticos, la cosa ha de esperar a septiembre para ponerse en marcha. Estoy fuera hasta el día 8: por favor, no hagáis nada antes de esa fecha.

El primero de septiembre, la responsable y la trabajadora social que está de guardia avisan a Brigitte de que no ha sido posible retrasar su salida, ni siquiera

unos pocos días. La Casa di Giorgia está ahora bajo el control del Ministerio del Interior, hay que respetar las reglas. Tienes que marcharte antes de que se haga de noche.

¡No soy un cerdo, soy una persona!, se pone a gritar. Despotrica, pierde el control, sería capaz incluso de levantarle la mano a alguien, eso es lo que temen las otras chicas, que asisten a la escena, mudas. Pero protestar, gritar, tirarse del pelo, morderse los dedos, golpear la cabeza contra la pared no sirve de nada. Mete la ropa en la maleta y la aparca en el almacén, diciendo que cuando se instale en algún sitio irá a recogerla. Y se encamina a buen paso por el sendero entre los pinos, sin darse la vuelta.

Han pasado casi veinte meses desde que llegó a Italia y es catapultada hacia atrás, como en una pesadilla, hasta el primer día. Solo posee un bolso de piel falsa y la ropa que lleva. No tiene ni una moneda en el bolsillo y ha gastado el saldo del teléfono. No sabe adónde ir.

Por segunda vez, naufraga en la estación. El primer día de septiembre Termini es una locura. En el vestíbulo, en la pasarela cubierta y en las más de veintinueve cabezas de vía, se amontonan miles de viajeros sudados, que entrechocan en un remolino de maletas y de carritos. Salen trenes en todas direcciones. Pero Brigitte está demasiado alterada como para razonar o como para preguntarse a quién podría recurrir, a quién podría pedirle ayuda. Después de meses en los que se ha encontrado casi bien, de nuevo el cerebro se le dispara y un terror sin fin se apodera de ella. Todo está acabado. Da igual un destino que otro. Nadie la espera. Se sube al primer tren que encuentra, sin billete y sin saber qué va a ser de ella. En el tablero, solo ha leído: Nápoles. El apellido y la ciudad de Francesca. Francesca está lejos, pero saber que el tren termina en Nápoles le basta. Se sienta cerca de la ventana, resignada ante la idea de que un revisor la obligue a bajarse en la primera parada. Será lo que será. *Dieu le veut.*

El tren se separa de los topes, sobrevuela la Porta Maggiore, las casas bajas del barrio del Casilino, con las persianas bajadas para proteger las habitaciones de la luz y de las miradas de los viajeros. El campo está quemado por el sol; la llanura amarillenta, envuelta en la neblina. El tren se detiene en estaciones cuyos nombres no le dicen nada. Torricola, Pomezia, Campoleone. Pero luego se detiene en Cisterna di Latina y en Latina. Y ella se estremece porque conoce tanto una como otra. Se bajó en Latina, en agosto.

Soussy, una refugiada de Senegal, le aconsejó que se pusiera en contacto con una agencia de empleo en esa ciudad y ella, que no podía dejar pasar ni una oportunidad, lo intentó. Bajo un sol despiadado, cruzó calles fantasmales, entre edificios que parecían escenarios de teatro, de papel maché, y llegó hasta la oficina. Un cuchitril en mal estado, la verdad. Pues claro que sí, le dijeron, hay una señora muy mayor que necesita ayuda: sus hijos buscan a una persona dispuesta a trasladarse a Cisterna di Latina. Ofrecen comida, alojamiento y una retribución. Sin saber siquiera a cuánto ascendía esta, dijo que sí. Salió de la agencia convencida de que, por fin, había encontrado trabajo. Pero luego surgieron los problemas. La agencia quería saber cuál era su situación y si, en caso de que la señora acabara falleciendo, como por desgracia era algo que cabía no excluir, dada la gravedad de su estado de salud (estaba prácticamente en estado vegetativo), ella podría volver a entrar en el centro de acogida, porque no podían permitirse el lujo de hacerse cargo de ella. Brigitte dijo que se pusieran en contacto con los responsables. Letizia y Rosa le confirmaron al potencial empleador que a partir del primero de septiembre Brigitte Zébé ya no podría residir en la casa. Y no se hizo nada más. La anciana, el trabajo, una habitación toda suya en la que vivir, el nuevo principio que estaba esperando y que, por fin, parecía materializarse... Todo se esfumó, como un sueño.

El tren se ha detenido de nuevo. En la pared de un edificio de una única planta, lee el rótulo SEZZE y ese nombre, a saber por qué motivo, le suena vagamente familiar. Se levanta de un salto y baja.

En la estación de Sezze Romano no hay nada, ni siquiera una taquilla. En la explanada trasera, hay unos pocos coches y un autobús que se aleja. Brigitte entra de nuevo, se sienta en un banco con vistas al brillo del primer andén y deja que las horas se le escapen. Trenes más rápidos que el que la ha traído hasta aquí pasan zumbando por delante de ella sin aminorar la velocidad, aturdiéndola con una ráfaga de viento caliente. No espera nada, no ve nada. No tiene futuro alguno. Es como si la hubieran arrojado al fondo de un pozo y esta vez nadie vaya a tenderle una mano para sacarla de allí. Cuando la oscuridad desciende, se encamina del otro lado de las marquesinas, se acuesta debajo de un puente, sobre la hierba pisoteada. Si un tren la arrollara, no le importaría. Está incluso peor que la primera vez. Ya ni siquiera le queda la esperanza.

El doctor Santone regresa de vacaciones el 8 de septiembre y, antes incluso de

regresar al SaMiFo, llama por teléfono a la Casa di Giorgia. Brigitte Zébé se fue el 31 de agosto, le dice Letizia. No, no tengo ni la más mínima idea de dónde está en este momento. No dijo nada y no ha vuelto a dar señales de vida por allí. El asunto no la sorprende. Muchas, cuando se van, desaparecen. No quieren ser localizadas. Tal vez tienen miedo de que informen a las autoridades y de que por alguna razón no quieran dejarlas marchar. O simplemente se trasladan al extranjero y prefieren olvidarse de Italia: en el fondo, han pasado aquí meses de apatía y de letargo, a la espera de recuperar sus propias vidas, y, cuando por fin el tiempo se pone de nuevo en marcha, los borran, como si hubieran sido tan solo la última y forzosa etapa del viaje. Por ello, cada vez que alguien envía una postal, una fotografía, o pide hospitalidad si se encuentra de paso por Roma, todo el mundo se alegra. Es una prueba de que en la casa también se establecen lazos auténticos. La señora eritrea a la que le falta una pierna, Ganesh, que ahora es mediadora cultural en Lombardía, siempre llama en Navidad. Nunca se olvida de felicitar las fiestas. En la Casa di Giorgia todas están orgullosas de ella. Una mujer con el pelo canoso, mutilada por un accidente. Esa minúscula mujer nunca se ha rendido. Les brindó, a los refugiados y a los trabajadores sociales, una lección de coraje que nadie ha olvidado. Pero Brigitte, que también ha estado un año y medio en la Casa di Giorgia, no ha llamado nunca desde que se marchó.

Santone reprime un gesto de desesperación. Protesta, discute. ¡Esto no era lo que habíamos acordado! Ha empleado más de un año para devolverle la serenidad: Brigitte ha empezado a reducir las dosis de medicación, en unos pocos meses estaría liberada del todo, y la idea de que su trabajo –de que el agotador trabajo de ella– se pueda perder por un error o un malentendido, lo desalienta y lo enfurece. Pero ya ha ocurrido. Lo único que puede hacerse es encontrarla cuanto antes. Incluso el mero hecho de imaginar que de nuevo esté en la calle, como una vagabunda, lo indigna. Pero el móvil de Brigitte no responde. El doctor Santone la busca todo el día. Tras el quinto timbre, siempre aparece la voz metálica del contestador automático.

DIECISIETE

A mí, oso polar sin témpano, me da
lo mismo dónde nivelarme (¡qué va!)
o dónde humillarme.

M. TSVETÁIEVA,
«Nostalgia de la patria»

En primavera, Donatella y Chiara me propusieron entrar en el jurado del concurso de escritura y, a pesar de que los jurados me dan miedo y desconfío de los premios, acepté. Hay peticiones a las que no se puede decir que no: ningún motivo, por muy sensato que sea, puede ocultar la sospecha del egoísmo y de la futilidad. Durante el verano examiné decenas de relatos de alumnos de secundaria. El 12 de septiembre me reúno con los otros miembros del jurado en el sótano de la sede del Collegio Romano para la selección. Me he sentido tentada de no ir. La misteriosa fiebre ha vuelto. Estamos a merced de una fuerza oscura. Me siento impotente, estoy angustiada y no soy capaz de pensar en nada más. Atravieso una ciudad que ya no me parece la mía, hago gestos que tengo miedo de no repetir nunca más, todo se desvanece como si lo viera por última vez. Pero precisamente por eso me presento a esa reunión. Nos decimos nuestros nombres, nos estrechamos la mano. Yo represento el papel de mí misma y eso me ayuda.

Somos un grupo nada homogéneo formado por voluntarios, escritores y locutores de radio Fahrenheit, profesoras, refugiados, representantes de ACNUR, trabajadores sociales del centro. Nuestros gustos, no solo literarios, sino también pedagógicos, digámoslo así, son divergentes. La discusión es encarnizada, ni que fuéramos a conceder el Premio Nobel. No soy capaz de evitar el pensamiento de que me estoy agotando para nada, porque ni siquiera voy a estar presente en el Auditorium del Massimo, a finales de octubre. Sin embargo, la polémica se enfervoriza y yo también lucho por mis favoritos. Votamos y volvemos a votar. Donatella, que es la más joven en la sala de reuniones, se encarga de escribir los números en una hoja de papel tan grande como la pared. Cuenta incluso los

decimales. No estamos de acuerdo sobre el ganador, ni sobre la terna que gana los premios principales. Nos quedamos decepcionados cuando nuestro predilecto no es reconocido como el autor del relato más bello. Al final, nos reconciliamos y nos citamos noblemente en el Auditorium. Aunque yo no vaya a estar.

De estas extravagantes reuniones, que se convertirán en un hábito, me gusta todo. Descubrirme en minoría, sin saberme explicar por qué. Escuchar puntos de vista antitéticos al mío. Desafiarme a perorar y a convencer con mis razones. Comprobar si soy capaz o incapaz de hacerlo. Comprender los mecanismos de la lectura y las razones por las cuales las mismas palabras nos emocionan, nos dejan indiferentes o incluso nos molestan. Y, sobre todo, esos relatos son para mí una ventana abierta de par en par que se asoma a unos adolescentes italianos a los que, de lo contrario, no podría conocer: una ventana que me permite entender lo que piensan y saben sobre el mundo en el que viven, un mundo que debería ser también el mío, aunque tal vez no lo sea. Y me sorprenden el buen nivel cultural, que desmiente prejuicios y estereotipos sobre la decadencia intelectual de la nación, el notable dominio de la lengua italiana y la capacidad de empatía. Pero también la más pura y absoluta extrañeza. Ninguno de ellos conoce a estudiantes extranjeros, inmigrantes o refugiados, ni la vida cotidiana les ha ofrecido la oportunidad de ponerse en contacto con ellos o de tratarlos asiduamente. Los ven con simpatía, pero desde una distancia sideral: la forma de representarlos en los reportajes de los telediarios. Así que solo son capaces de imaginarlos siempre durante su dramático viaje, mientras se ahogan en el mar o cuando desembarcan por fin en Italia. Ignoran todo lo que les sucede después.

Pero no solo los estudiantes-escritores. Todos los italianos, tal vez. Experimentamos la dictadura de la emergencia, sin razonar sobre la duración ni concebir una perspectiva. Aunque la mayoría de los que desembarcan van a marcharse a otro país europeo, otros acaban quedándose aquí. Todos los jovencísimos africanos con los que voy a coincidir, meses más tarde, en el centro de acogida de Lampedusa, partieron solos, los primeros de sus familias y de sus aldeas. No tienen a nadie con quien reunirse, nadie que los espere. Italia es el lugar al que he llegado o adonde Dios me ha llevado –me dicen, como en su momento dijo Brigitte– y es aquí donde quiero vivir. En qué o en quiénes piensan, lo que son o lo que lleguen a ser, es algo que nos concierne. Conocerlos –y asegurarse de que nos conozcan es necesario. El futuro se está construyendo ahora.

Al salir, le digo a Donatella y Chiara que, si puedo, me gustaría retomar aquel

proyecto del libro... La inocencia de los jóvenes está justificada, la nuestra es miopía o incluso ceguera. Tenemos que escribir su historia, una historia que ahora ya es también la nuestra. No solo por ellos, sino por nosotros. Me parece que se ha vuelto algo necesario.

Dieu le veut. La primera vez, la repescó un fraile. La segunda, una monja. Una religiosa que a menudo coge el tren directo a Nápoles y frecuenta las estaciones de la línea, encuentra en Sezze a una mujer negra que parece apurada. Le dirige la palabra. La mujer, que se deja abordar de buena gana, afirma que viene de Roma y que se llama Brigitte. Parece estar casi en las últimas. Duerme desde hace tiempo –no sabe decir desde cuándo– debajo de un puente. Durante el día encuentra hospitalidad en casa de una mujer de Costa de Marfil, que vive en una casa al otro lado de la carretera. Está casada con un italiano y, cuando él sale para ir a trabajar, la deja entrar, le permite lavarse, le ofrece algo de comer, pero, cuando cae la noche, la echa de casa. El marido no debe saber nada.

La monja frecuenta el Centro Astalli y se ha enterado de que están buscando a una refugiada tutelada por ellos, cuyo nombre es Brigitte. El cuadro que le pinta a Francesca, y Francesca al doctor Santone, resulta alarmante. La mujer de la estación de Sezze, en caso de que se trate precisamente de Brigitte, está alterada, parece fuera de sí.

La buena samaritana de Costa de Marfil realmente existe. Se llama Sidonie y Brigitte le está agradecida por la fugaz hospitalidad que puede ofrecerle. Durante unas horas, en su modesta casa con vistas a las vías, recuerda que aún sigue siendo una persona. Siento mucho tener que enviarte a dormir bajo el puente, le dijo Sidonie la primera vez, pero no puedo tenerte en casa. Mi marido no querría. Sidonie está embarazada de siete meses y su marido es muy protector. No se fía de nadie, quiere mantenerla alejada de las que él considera malas compañías. Brigitte, de todos modos, le está agradecida. El agua de la ducha se lleva la suciedad y el polvo, el sudor y el olor de la carretera. Sidonie es quien le compra en el estanco una tarjeta de cinco euros, cuya película de protección rasca con las uñas, e introduce el código para recargar su móvil. Gracias a ella vuelve a estar disponible.

Así, después de innumerables intentos, Giancarlo consigue establecer de nuevo la comunicación. ¡Brigitte!, exclama, casi con incredulidad.

¡Doctor Santone!

Te estamos buscando, ¿dónde estás?

En Sessa.

Para los entrenados oídos del psiquiatra, su voz suena pastosa, torpe, irreconocible.

¿Sessa? ¿Qué demonios has ido a hacer a Sessa?

No lo sé.

¿Estás con alguien?

Voces.

¿Quién está contigo?

Silencio.

¿Vives en casa de alguien?

En la calle.

¿Estás en la calle?

Debajo del puente.

¿Estás bien?

Muy mal.

El doctor Santone está de guardia en el SaMiFo y no puede subirse a un tren ni conducir hasta Sessa. Y, además, ¿lo habrá entendido bien? Ha oído un estrépito, como de trenes. Pero ¿existe alguna estación en Sessa Aurunca? ¿Y paran allí los trenes de Roma? ¿Será el directo a Nápoles? No lo coge nunca, ahora existe el Frecciarossa. ¿No será que Brigitte quiso decir Sezze? Con la fonética italiana ella todavía se confunde.

Ven inmediatamente a mi despacho. Me voy a quedar aquí, te espero.

No tengo dinero.

Súbete al tren, Brigitte.

No tengo billete.

Si te ponen una multa, ya la pago yo. Sube al tren, Brigitte.

No recuerda nada del viaje de regreso. Es como si hubiera viajado en sueños. La única prueba de que realmente vivió debajo de un puente en Sezze es el número de móvil de Sidonie, que añadió a su raquílica lista de contactos. Algunas semanas más tarde, cuando se haya recuperado, la llamará. A Sidonie se le ha metido en la cabeza ir a Francia para parir, porque allí viven algunas mujeres de su familia. A su marido aún no le ha dicho nada, porque no estaría de acuerdo. Pero ella se siente sola en Sezze y al menos en los primeros días que deberá pasar con su bebé quiere tener a su lado a alguna mujer de su pueblo.

Brigitte le desea lo mejor y le pide que le dé noticias sobre el niño, más adelante, cuando regrese.

Sidonie no vuelve. Brigitte no logra saber qué es lo que va mal durante el parto. O lo que realmente ha sucedido. Un día, unos meses más tarde, en su móvil responde su marido, el italiano al que nunca conoció y hacia el que Sidonie sentía, al mismo tiempo, respeto, veneración y miedo. Murió, le dice, celebramos el funeral en Francia. ¿Y el bebé? Está bien, está aquí conmigo.

El apartamento situado en la Cassia aún no está disponible y el doctor Santone moviliza a los trabajadores sociales para que le encuentren a Brigitte un refugio temporal. Empieza la acostumbrada rueda de llamadas telefónicas y negativas. Al final, Pietro comenta que las monjas de la Sagrada Familia de Spoleto tienen un sitio. Giancarlo no las conoce en persona, pero ya han acogido a mujeres y niñas tuteladas por el centro. Son expertas y están acostumbradas a acogidas de todas las procedencias. Una de ellas estuvo de misionera en Guatemala durante treinta y dos años.

Las monjas de la Sagrada Familia están establecidas a poca distancia de la casa general, en la cumbre del Monte del Gallo, en una calle tranquila situada detrás de la estación de San Pietro. La minúscula comunidad vive en una elegante villa de principios del siglo xx, de tres plantas, con el yeso y el estuco blancos, rodeada por un tranquilo jardín, en el que crece un olivo centenario, frondoso, pero ahora reacio a dar frutos. También hay un huerto para las lechugas y los nabos. No parece un convento, ni una casa de primera acogida, como en realidad es. En la planta baja, el comedor y la cocina transmiten la intimidad de un auténtico hogar.

En el salón, tras el vidrio que protege la mesa se ve una alegre galería fotográfica. Están inmortalizadas allí todas las residentes que han pasado por la casa y, la verdad, son muchas, porque las monjas abrieron la casa de acogida en 1993. También estará allí la fotografía de Brigitte, vestida con un chándal de poliéster azul eléctrico, con las uñas pintadas del mismo color: la instantánea cristaliza una de sus pocas sonrisas de ese otoño. La mayor parte de las mujeres ha vuelto para que les hagan una fotografía con sus hijos. Negros, chinos, salvadoreños, eslavos: son tantos que con ellos se podrían formar varias clases de un colegio. Sor Maria Laura y sor Loredana los consideran a todos sus nietos, hijos de sus hijas.

Le asignan una habitación con baño privado, en la segunda planta: después de

varias semanas, Brigitte encuentra un techo sobre su cabeza y un colchón debajo de su cuerpo. Además de sor Maria Laura y de sor Loredana, la casa puede alojar a seis mujeres. Tres son africanas, dos americanas (del centro y del sur del continente) y una rumana. Una de las mujeres está embarazada. Podrá quedarse hasta el octavo mes, luego tendrá que trasladarse a un alojamiento para mujeres con niños. Las reglas son pocas y sencillas. El almuerzo a las doce del mediodía, la cena a las ocho de la tarde, la última entrada a las diez de la noche: las monjas se levantan temprano y a las cinco y cuarto ya están en pie. Los sábados las residentes pueden dormir fuera, siempre que digan dónde van y con quién. Aquí no solo hay refugiadas, sino también mujeres víctimas de proxenetas, razón por la que resulta necesaria alguna vigilancia, aunque sea leve y discreta.

Brigitte sale temprano. No consiguen retenerla en la casa bajo ningún pretexto. Por otra parte, al final del mes de octubre comienza el curso en el Gemelli y ella es la primera en salir corriendo por la verja, marchando con paso rápido hacia la estación de tren que queda abajo. No se reúne nunca con la psicóloga que las monjas tienen contratada para ayudar a las residentes más problemáticas. También desaparece los domingos, cuando la comunidad suele reunirse y relacionarse. A sor Maria Laura siempre le ha gustado estar rodeada de gente: en Lombardía, donde, siendo ella de Apulia, vivió durante muchos años, trabajaba en una escuela. Cuando la trasladaron a Roma, no sabía nada de las mujeres víctimas de explotación sexual ni de refugiadas y se preguntaba si estaría a la altura de la tarea. Era la persona apropiada: Brigitte lo sabe, pero no puede aprovecharse de ello. Regresa por la noche, cansadísima, y se encierra a cal y canto en su habitación, a veces se mete directamente en la cama. Habla poco y solo a sor Maria Laura, durante la primera entrevista, le cuenta, de una forma confusa, algo de sí misma. Nunca le pregunta nada sobre ella. Aparte del hábito –marrón oscuro, el de las monjas de la Sagrada Familia de Spoleto–, las monjas parecen todas iguales, pero lo cierto es que son todas diferentes y ninguna es lo que es por la misma razón. Si no tuviera aún el corazón de piedra, podría llegar a sentir afecto por sor Maria Laura, que mira con dulzura a sus protegidas, resguardada tras los gruesos cristales de sus gafas.

Una de las residentes, Marie-Claire, proviene de su país, ha sufrido la misma secuencia de prisión, torturas, abusos y violaciones. Tampoco con esta mujer joven habla de buena gana. Esos días está demasiado concentrada en retomar el control, en reconstruir el escudo y la armadura para defenderse de los demás y de sí misma como para hacer algo más.

Las monjas siempre andan atareadas. Acompañan a las residentes a los ambulatorios, a las oficinas de la comisaría, a entregar sus currículos en clínicas y residencias de ancianos: encontrar un empleo se ha convertido en misión imposible y algunas, que habían ingresado para un mes, se han quedado durante más de un año, con el resultado de comportarse como si estuvieran en su propia casa, desautorizar a las monjas, intimidar a las recién llegadas y rechazar cualquier recolocación. Desde que sor Maria Laura ya no conduce, no tienen coche y van a por la comida caminando o con la ayuda de algún chico de la vecina parroquia de San Gregorio VII. Aunque la gente del vecindario cree que reciben algún tipo de financiación para mantener a «las extranjeras» y, en consecuencia, nadie les ha ofrecido nunca ninguna ayuda, únicamente perciben un subsidio por las acogidas que envía el Ayuntamiento, mientras que a las demás las alojan a su costa y sacan adelante la casa con sus pensiones de jubilación, muy modestas. Ambas han superado ya los setenta años, pero, como me dice sonriendo sor Maria Laura una tarde de marzo, las monjas nunca se jubilan de verdad. Tampoco querrían. Aunque, a veces, me confiesa, me pregunto cómo vamos a poder seguir. Uno de sus apoyos, un carnicero que cada mes les regalaba bastantes kilos de carne, ha muerto. Y las chicas no siempre se dan cuenta de lo valioso que es lo poco que queda. Cada vez que se rompe algo, creen que no pasa nada, que van a comprarlo de nuevo. Pero no siempre es posible. Y cada día se hace más difícil ir de compras. Esta no come carne de cerdo; aquella, queso; la otra, verdura. Conciliar exigencias alimentarias tan contradictorias con tan poco dinero es una batalla.

Brigitte se da cuenta. La pobreza de las monjas la aflige y, por primera vez, la llena de sentimientos de culpa. Un día encuentra sobre la mesa del salón la factura de la luz. Aparece el total anual: la suma que se debe pagar antes de fin de mes asciende a casi seiscientos euros. Al teléfono, en la otra habitación, sor Maria Laura le está diciendo a alguien en voz baja que la acogió de buena gana y que le gusta tenerla allí, que le parece que se encuentra bien y que está mucho mejor; por supuesto que puede quedarse hasta que la vivienda esté lista, pero que, por favor, contribuya de alguna manera, aunque sea con una pequeña suma, porque verdaderamente esta vez no van a llegar al día 27. Una de las chicas se ha puesto enferma, ha habido gastos médicos imprevistos. Brigitte no distingue bien la voz del interlocutor. Pero es inconfundible el timbre del doctor Santone, de manera que es de ella de quien están hablando. Sube las escaleras, abatida, y se

dice que algún día, cuando tenga un salario, le llevará a sor Maria Laura esos quinientos setenta euros de la factura de la luz.

Pequeña, los ojos oscuros protegidos por los gruesos cristales de las gafas, a pesar del cansancio acumulado en muchos años de servicio (viste el hábito desde los dieciocho años, en 1962) y del realismo teñido de algo de desolación en que se ha convertido su entusiasmo inicial, sor Maria Laura transmite serenidad y un deseo sincero de ayudar a sus hijas temporales para encontrar –o reencontrar– su lugar en el mundo. Es una lástima, me digo, que Brigitte no le dijera a ella lo que me dijo a mí, que ella, la madre superiora, fue la primera persona que le inspiró de nuevo, después de tanto tiempo, pesar, ternura, empatía.

Estuvo aquí poco tiempo, señala sor Maria Laura. Y, además, las africanas son todas así. Cerradas, al principio, recelosas y asustadas. Para que nazca una relación de verdad se requiere tiempo y paciencia. Y con Brigitte no tuve tiempo. Pero nunca nos causó ningún problema. Las italianas, algunas veces. Chantajes, acosos e incluso amenazas. Tuve que pedir protección a los *carabinieri*. Estas experiencias de ingratitud dejaron en mi corazón mucha amargura. Y si puedes superar el agotamiento nervioso, el dolor por el mal que se te hizo sin razón alguna nunca se desvanece.

Brigitte reaparece solo para la cena. Las ocho mujeres comen en la misma mesa y ese es el único momento en que están verdaderamente juntas. Las monjas tienen una sola exigencia: que las acogidas dejen los móviles en su habitación. Les entristece ver a su alrededor cabezas inclinadas sobre la pantalla, dedos que toquetean en el teclado, mientras el silencio se vuelve más y más denso, como si no tuvieran nada que decirse, como si cada una de ellas estuviera sola. En cambio, aquí nadie está solo, somos o deberíamos ser una comunidad, una familia. Brigitte acepta esa condición de buena gana. Nunca recibe llamadas telefónicas, aparte de las de Francesca, quien la llama para asegurarse de su recuperación, y del doctor Santone, quien la pone al día sobre los progresos de la casa en la Cassia. El proyecto Spes 2 despega, le garantiza, ten paciencia, están entregando los muebles, dentro de unos días estará todo.

Pero pasan cuatro semanas. De todas formas, Brigitte no tiene prisa para trasladarse. Tan aislada y solitaria, la casa de Monte del Gallo es casi un oasis. A ella le gusta salir por la mañana a la pequeña y silenciosa calle, bajar a la ciudad mecida por el estruendo de los trenes que traquetean en las vías que quedan abajo. Resulta tranquilizador, igual que la visión, casi de cuento de hadas, de la

cúpula de San Pedro, que descuella altísima contra el cielo de septiembre, detrás de los muros del Vaticano.

Sin embargo, no tendrá buenos recuerdos de los días del Monte del Gallo. Es allí donde una noche recibe una llamada desde el Congo. Por despiste, ha transgredido la exigencia de las monjas y lleva consigo el teléfono a la mesa, de manera que responde delante de todas. La ven ponerse en pie de un salto, gritar, luego dejarse caer al suelo, como si se hubiera roto por dentro. Cuando se levanta, empieza a golpear la cabeza contra la pared. ¡No, solloza, no, no! Solo muchos minutos después encuentra fuerzas para decir: *Mon frère, mon grand frère...*

Constantin, el hombre que le salvó la vida y permitió su huida, ha muerto envenenado.

Es el doctor Santone quien envía al Congo quinientos euros para la compra del ataúd y para pagar el funeral. Su hermano de Kinshasa no necesitaba ese dinero, pero Brigitte quiere contribuir a organizar un funeral digno, con música, coros y andas. Y comprar la tierra para cavar la tumba donde enterrarlo. Ahora sabe que ya nunca podrá saldar su deuda con Constantin.

DIECIOCHO

El papel en blanco rígido espejo
solo devuelve lo que eres (...)
El papel blanco habla con tu voz,
tu propia voz
no la voz que te place.

Y. SEFERIS

El apartamento de la via Cassia al que se traslada el primero de noviembre recibe de inmediato por parte de sus inquilinos el cariñoso apodo de «Casa Santone». La convivencia inédita de cuatro adultos de distinto sexo, que no están unidos por lazos de parentesco, ni de amor, ni de fe religiosa, se asienta sobre una tolerancia recíproca. Todos ellos tienen algo más de cuarenta años. Richard y Komlan proceden de Togo. Ambos tienen familia en su patria y, como Brigitte, cuentan los días para reunirse con sus hijos. Son ordenados, discretos, nada conflictivos. En un año de convivencia, no hay ninguna discusión. Nunca se emborrachan. Ni una sola vez llevan mujeres a la casa. El doctor Santone podría considerarlos la prueba de que el audaz experimento ha funcionado y de que el proceso de recuperación iniciado juntos es un éxito, pero resulta serlo incluso en exceso: según está previsto en el proyecto Spes 2, Richard y Komlan viven doce meses en la casa de Cassia y, al final del año, sin dudarlo ni un solo día, hacen las maletas y se marchan para Francia.

A la cuarta inquilina, Brigitte ya la conocía. Christelle también vivió en la Casa di Giorgia, durante los tormentosos meses de Amina. Tiene un año menos que ella, una hija en Nigeria y procede de Camerún. Pero esta vez comparten habitación. No pueden tener secretos la una con la otra. Y Brigitte prefería no saber los secretos de Christelle. Al principio, Christelle le pidió, por favor, que volviera un poco más tarde por las tardes. Pero empezó a empeorar el tiempo y ella estaba cansada. A finales de octubre, había empezado a asistir a un curso teórico-práctico de ciento veinte horas en el Policlínico Gemelli. Si lo termina

con provecho, al final le entregarán un certificado que la habilitará para la asistencia a domicilio de ancianos dependientes.

El curso de formación es de pago y ella no podría permitírselo. El proyecto Spes 2 ofrece una casa a los refugiados, pero no hay ningún subsidio y Brigitte no lleva en el bolsillo ni siquiera un euro. Es Cáritas la institución que la incluyó en el proyecto. Después de su regreso de Sezze, la convocaron en la oficina de la calle Zoccolette para decirle que tiene una suma de tres mil seiscientos euros a su disposición. Puede retirar de inmediato el dinero o invertirlo para su futuro. La trabajadora de turno, asistente social, le advierte que hoy tres mil seiscientos euros le parece mucho dinero, pero que una vez que se los haya gastado no dispondrá de más. Por eso le aconsejan, puesto que ya tiene un título académico, que se ponga de nuevo a estudiar. Un diploma como el del Gemelli podría garantizarle la posibilidad de reintegrarse en el mundo laboral y ganar, a largo plazo, bastante más de lo que hoy podría recibir como subsidio. Brigitte, quien al menos por un instante fantasea con cuántas cosas podría hacer con tres mil seiscientos euros, necesita encontrar un camino que pueda llevar a sus hijos hasta ella. Y acepta matricularse en el curso.

Cada mañana llega al Gemelli, sube al ascensor, entra en el aula y hasta el final de la tarde sigue las clases en compañía de setenta alumnos, que se convierten en cincuenta y ocho cuando algunos abandonan por no poder pagar las tasas. En los primeros meses, se trata de lecciones teóricas. Doctores y doctoras del hospital distribuyen libros de texto y explican a los estudiantes (que proceden de todo el mundo, incluida Italia, aunque la mayoría son extranjeros como ella) los fundamentos de la geriatría. Los estudiantes son todos jóvenes: nadie tiene más de treinta años y ella, que está a punto de cumplir los cuarenta, es la más madura. Para muchos de sus compañeros, la vejez es una hipótesis remota, casi improbable. Están acostumbrados a ver morir en la flor de la vida a sus amigos y familiares. Nunca han estado en una sala de geriatría ni en una residencia de ancianos y algunos ni siquiera saben lo que es eso. En su país, un hombre o una mujer que tiene la suerte de llegar a viejo es acogido en casa por sus hijos, por sus nietos o por sus parientes más cercanos, hasta su muerte. Para Brigitte sería inconcebible confiar a su padre o a su madre a los cuidados de un extraño. Cuando la anciana tía Albertine Nchimba, la hermana gemela de su madre, se quedó sola, se la llevó a casa. Y ahora acogería en casa a su madre, le bastaría con poder hacerlo. De todas formas, le dijeron, es precisamente eso lo

que podría hacer en Italia. La edad media de la población es altísima, es un país para viejos que necesita jóvenes como ella.

La vejez, empieza diciendo el profesor, no es una enfermedad. Es solo un proceso fisiológico fundamental, común a todo ser vivo. Envejece de la manera correcta solo quien acepta interiormente hacerse viejo. Un anciano es una persona entre los sesenta y cuatro y los setenta y cinco años, pero un viejo es alguien que está cansado, que ha perdido el interés por las cosas, que se ha encerrado en un mundo limitado. Brigitte toma apuntes furiosamente en un cuaderno con la tapa azul. Escribe en italiano, con una hermosa caligrafía y poquísimos errores. Lo anota todo, incluso los modelos de comunicación de Lasswell y Watzlawick.

A medida que pasan las semanas, las lecciones versan sobre temas más concretos. Aprende que el cerebro senil se caracteriza por el menor peso del órgano y por el volumen menor de los hemisferios. Aprende que con la edad el ritmo sueño-vigilia cambia y que el primero se hace fragmentario y su duración, más corta. Aprende nociones de alimentación y de higiene personal. A descifrar el lenguaje verbal y no verbal de un anciano, a leer la cara, los labios (si la persona no es capaz de emitir sonidos), el gesto, la postura, el olor. A cómo actuar si el paciente sufre de hipocinesia, diabetes, alzhéimer. Y, al final, aprende a asistirlo mientras muere. Una de las últimas lecciones teóricas está dedicada a la capacidad de ofrecer apoyo, comprensión y calor a quienes se han dado cuenta de que están llegando a su fin. El título de esa lección es «Acompañamiento al moribundo».

Todo esto es interesante, pero también agotador para ella, pues, ahora que ya conoce aceptablemente el italiano, encuentra desagradable el lenguaje médico-científico (¿qué significa, exactamente, lumbalgia?). Cuando sale del Gemelli le duele la cabeza y le arden los ojos, de manera que por la tarde no le quedan ganas de pasear por la ciudad, con el frío o bajo la lluvia, y prefiere volver a «Casa Santone».

Llegan a un acuerdo. Que Christelle haga lo que quiera. Brigitte se mete en la cama, se vuelve contra la pared y lee la Biblia. No ve nada, a pesar de que no puede evitar oír algo. Ahora ha adquirido la costumbre de citar versículos. De hablar con las palabras de Isaías y de Malaquías. El Antiguo Testamento la ayuda a interpretar lo que sucede. A veces, en la cocina o en el salón, se topa con los invitados de su compañera. Nigerianos, en su mayoría, que acampan en los sofás mientras trasiegan cerveza y fuman hachís, pero también hay italianos,

quienes, por razones que a ella se le escapan, creen que a su compañera le parecen interesantes sus penas de amor y se desahogan explicándole sus problemas sentimentales con sus esposas o sus novias. También hay un conductor de autobús, romano, que se excede con los cumplidos. Brigitte no se siente guapa ni deseable. Después de lo que pasó, los hombres le dan horror, todos ellos. Se fía únicamente de los religiosos, lleven estos hábito o no. Y de los que parecen lo bastante mayores como para que pueda considerarlos padres. Al doctor Santone, a quien sigue viendo cada dos semanas, a pesar de que después de haber estado consumiendo algo así como cincuenta viales de promazina, le ha ido reduciendo tanto las dosis que pronto no tomará más medicamentos, así como a Francesca, a la que pasa a saludar cuando puede, no les dice nada sobre sus noches de cara a la pared. Piensa que, si hablara, Christelle terminaría en la calle y eso no sería justo. Su amiga es un poco ligera de cascos, pero no le desea que viva lo que ella vivió. Dios lo quiere: también esto pasará.

Al final de las lecciones teóricas tiene que presentarse a un examen. Lo supera y accede así a la parte práctica del curso. La destinan a la tercera planta, donde la mayoría de los pacientes ancianos son incapaces de moverse, debido a las fracturas de fémur o de cadera, a osteoporosis aguda o a otros fenómenos incapacitantes. Los empuja en la silla de ruedas o hace las maniobras en sus camas. Los médicos y los enfermeros del Gemelli le enseñan prácticas que ya conoce, como medir la tensión: empezar todo desde el principio le produce la ilusión de tener de nuevo veinte años y toda la vida por delante. Pero también le enseñan a cambiar pañales, a lavar cuerpos inertes, a espolvorear con talco pieles tan finas como el papel de seda, a introducir en la boca alimentos que las gargantas se resisten a tragar, a cambiar de postura a los que tienen las extremidades atrofiadas y ni siquiera mueven un músculo, a tratar las úlceras de decúbito. Tareas tal vez repugnantes, pero no para ella. Volver a un hospital, respirar de nuevo el olor de los medicamentos y de los desinfectantes, e incluso de los cuerpos en descomposición, la llena de alegría. Se toma como algo personal a la señora Amelia, devorada por una grave infección, a la que ha de curar con máscara y guantes. El marido, encorvado, decrepito y servicial, no la abandona ni un momento y sufre casi más que su esposa. Descubre que viven en Cassia, bastante cerca de ella. Esa criatura en la cama, debilísima, más blanca que la sábana, la mano lánguida y fría como una manija, parece que no vaya a levantarse nunca más, que saldrá de esa habitación para terminar en la morgue y luego en el interior de un ataúd, pero la señora Amelia quiere vivir y en

primavera le dan el alta. Se los encuentra por la calle una mañana, él, encorvado y decrepito, y ella, lenta y minúscula, aferrada a su brazo, pero ambos sonriendo y con confianza en ellos mismos. La vejez no es una enfermedad.

En Matadi, Brigitte se había sacado el título y había sido la primera de su clase, con un 71/100. Ninguna nota, en cambio, figura en el certificado de asistencia al curso sobre «El arte de la asistencia a domicilio del anciano dependiente» de la Universidad Católica del Sagrado Corazón, que le entregan en abril de 2015. No obstante, en Cáritas, la institución que le ha permitido obtenerlo, y en el Centro Astalli, donde todo comenzó, lo muestra con orgullo. «El arte de la asistencia» le parece una hermosa definición. También ella tiene confianza en sí misma. Tampoco el exilio es una enfermedad.

Ese día me encuentro en la sala de reuniones. Me siento preparada para empezar y así se lo he comunicado a Donatella y al padre Camillo, quien, entretanto, ha sido nombrado presidente del centro y se ha convertido oficialmente en su guía. Voy a escribir sobre los refugiados y sobre las sombras, es decir, sobre las sombras de ellos. Tengo que comprender cómo y de quién. En un primer momento, un libro es una nebulosa, un amasijo de posibilidades, que la escritura va eliminando una a una, con naturalidad. Un libro nunca se convierte en lo que debería ser y a veces ni siquiera se le parece. Pero no puede ser nada más que eso. Solo sé una cosa: no será una colección de historias, una antología de testimonios. Será la historia de un único refugiado, porque nadie es un número, sino que es una persona, única, irrepetible.

Nos reunimos en la misma sala en la que delibera el jurado del concurso de escritura. He leído todos los materiales que han recogido en los últimos años. Los recuerdos de los llamados testigos, los refugiados a los que acompaña Donatella a las escuelas. Cada uno de ellos tiene una historia que merece ser conocida. Pero son historias con un principio y un fin, de alguna manera ya han concluido. Llegaron a Italia hace quince, diez años. Sufrieron, tuvieron esperanza, aguardaron y, al final, lo consiguieron. Las suyas son historias del pasado. Además, ahora que ya hablan nuestra lengua y tienen aquí sus vidas, podrían escribirlas ellos mismos. Estoy buscando otra cosa.

He leído todos los expedientes, las fichas compiladas por Filippo y Francesca en la asesoría legal. Inevitablemente, me siento más implicada con las historias de mujeres. Las otras me parece que, de alguna manera, ya las he oído, ya las he leído, ya las he visto. Libros, películas, documentales, investigaciones siempre

hablan de los refugiados varones, jóvenes y solos. Es natural, son la mayoría. Pero, en cambio, ¿quiénes son las mujeres? ¿Es diferente, para una mujer, perderlo todo?

Filippo me dirá que estaba sorprendido por la facilidad con la que un hombre se olvida de su familia y de sus hijos. Separarse de ellos y abandonarlos para salvarse le parece natural. Está acostumbrado a dejarlos para salir en busca de trabajo, a emigrar a otro país, a desaparecer durante años, a no preocuparse por su esposa, o sus esposas, por sus hijos, a no enviar ni dinero ni hacer llegar noticia alguna. Aunque Filippo llegó a comprender que es un comportamiento cultural, por así decirlo, le costó aceptarlo. A veces, al principio, preguntaba, inocentemente: ¿Acaso no sientes remordimiento? Luego no volvió a repetir la pregunta. La cara de sorpresa de sus interlocutores era ya una respuesta.

Me centro en las fichas de las mujeres. Proceden casi todas del África negra. Las mujeres del Magreb nunca se marcharían solas. Desde Afganistán, sin compañía, no ha llegado ni una siquiera. Las africanas son profesoras, doctoras, miembros de partidos de la oposición. Son empresarias, comerciantes, jugadoras de baloncesto, pero también las hay analfabetas, campesinas y esclavas. Llegaron con barcas a Lampedusa o en avión, con documentación falsa y gracias a un contrabandista. Perdieron a sus novios, a sus maridos, a sus amantes. Perdieron a sus hijos, a los que tuvieron que abandonar con sus madres o con extraños, durante años, algunas, para siempre. Parieron a hijos de violadores o de compañeros de viaje que luego las abandonaron. Se vendieron o fueron vendidas. Han sobrevivido a dificultades inimaginables, a violencias y torturas espantosas. Esas fichas transmiten una fuerza impresionante. Una vitalidad indomable.

Llega a mis manos la ficha de Brigitte. Su nombre ha sido borrado. No figura el país de origen, la República Democrática del Congo. Dedicé una novela a Annemarie Schwarzenbach, escritora, fotógrafa, periodista y poeta de Zúrich que en 1941, después de varias desgracias personales, se trasladó al Congo, por aquel entonces colonia belga, soñando con volver a trabajar como corresponsal de guerra. Fue la primera vez que el personaje de mi libro era una persona real. En el archivo suizo de literatura, en Berna, localicé los negativos de las fotografías que había tomado durante su tormentosa estancia. Vi lo que ella había visto. El río, los rápidos, los acantilados, las efímeras nubes blancas que se arracimaban al ocaso, los bancos de niebla, las colinas del Bajo Congo, las palmeras, las termitas, la pista en la jungla, las puestas de sol repentinas, las tormentas, pero

sobre todo me leí el manuscrito de su novela africana, *El milagro del árbol*, que quedó inédita a su muerte. Annemarie había creado un *alter ego* masculino, Marc. En la novela, se relataba la huida de Marc, de la cárcel, a la selva tropical. Sin embargo, Marc era ella. Annemarie realmente se escapó de un centro de detención, que en realidad era un manicomio, y estaba en Estados Unidos. Pero en su reelaboración fantástica, había situado esa escena en el lugar donde realmente se había perdido y reencontrado. En el Congo.

Me gustaría conocer a esta mujer, le digo a Donatella.

No la conozco, dice ella. La lleva Francesca. Es una de nuestros tres abogados, me explica. Tenemos que preguntarle a Francesca qué piensa al respecto.

Francesca no puede respondernos de inmediato. Se encuentra luchando con el enigmático *monsieur* Bondò. Alentada por el curso del Gemelli y por el diploma, Brigitte ha decidido retomar el contacto con él. Una vez más, es Francesca quien hace de mediadora, mientras Brigitte escucha, angustiada. La llamada telefónica reproduce la de hace más de un año. El hombre está indignado, furioso, se muestra hostil. A él le gustaría entender por qué durante meses Brigitte no ha dado señales de vida, no es posible que las cosas sigan así. Los niños preguntaban por la madre, ¿qué tenía que decirles? Los hechos son los hechos. Les dijo que de nuevo los había abandonado.

Pero no es así, intenta explicarle Francesca. *Monsieur* Bondò, sin embargo, no se cree que Brigitte no tenga ni empleo ni dinero. Está en Europa, en Italia, será rica y estará disfrutando de la vida. Él ya ha tenido suficiente. No tiene intención de mantener por más tiempo a los hijos de Brigitte. Ella le debe miles de euros. Francesca no logra calmarlo, aunque se despiden de manera civilizada porque le ha prometido que encontrará una solución.

Le explica al padre Camillo que *monsieur* Bondò no tiene intención de seguir esperando. Sus negocios en el Congo van mal, le ha parecido entender que está a punto de marcharse de Matadi y trasladarse a Angola. El padre Camillo pregunta si ha amenazado con quedarse con los niños. No, no lo ha hecho, no parece esa clase de persona. Pero si se marcha realmente, se romperán todos los contactos con él. Y los niños de nuevo se perderán.

Encontrarle un trabajo a Brigitte se convierte en algo indispensable. El padre Camillo y Cáritas movilizan a sus contactos. Una monja que trabaja en una

residencia de ancianos y que en el pasado le encontró trabajo a alguna refugiada, les da a entender que tal vez en verano, con las vacaciones, haya alguna oportunidad. Pero le pregunta de inmediato si esa Brigitte de la que hablan es una enfermera fiable. ¿Es capaz de gestionar una planta entera de una residencia? ¿A treinta ancianos dependientes, caprichosos, que sufren, que necesitan de todo y en todo momento?

Aunque ya no ejerza, el padre Camillo es médico, pero, si bien no tiene forma de comprobar la capacidad profesional de Brigitte, le resulta imposible no pensar en esos cuatro niños que desde hace casi tres años viven con un extraño, quien les da de comer y los sustenta, pero no duda en recordarles que para él representan un lastre. El padre Camillo ha optado por ponerse al servicio de los demás. Como médico, primero, pero después como sacerdote. Eligió vivir para ellos. Para él fue algo tan natural como respirar. Pero conoce el mundo. No se puede obligar a un ser humano a amar.

Dice que sí.

No obstante, al final será un sacerdote congoleño quien ofrezca el consejo apropiado. Se encontró con él fuera de la embajada. El día anterior, por la calle, fue abordada por una mujer con el pelo color ceniza, los ojos escondidos por lentes gruesas como culos de botella. Con voz de conjurada, le pregunta si ella cree en Dios. Brigitte responde que sí y la mujer, que no está acostumbrada a que le presten atención, solo negativas, excusas e invitaciones groseras para que se aleje, le sonrío, fervorosa. Después de un intercambio de frases sobre la misericordia del Señor, sin preocuparse ni por el sol que cae a plomo sobre sus cabezas ni por el estruendo del tráfico, inician una conversación sobre el Fin del Mundo y el Día del Juicio. La mujer es testigo de Jehová, pero, cuando se lo revela, Brigitte se limita a comentar que Dios es uno solo. Le cuenta su historia y la mujer se echa a llorar. Cómo puedes vivir así, repite, es imposible, nadie puede vivir así. Por desgracia, le dice que es una mujer pobre, que tiene poco dinero y pocos conocidos, pero la encamina hacia un restaurante de la plaza Cavour, donde están buscando a alguien para limpiar en la cocina.

En el restaurante, el trabajo ya se lo han dado a otro. Sin embargo, el propietario le pregunta si lo tiene todo en regla, si tiene los papeles para poder ser regularizada, por si fuera a necesitar a alguien más. Brigitte nunca había oído la expresión «regularizar». Al final, lo que le queda claro es que, para poder trabajar es necesario presentar los papeles. Brigitte se procura esos papeles, pero

resulta que no son válidos sin las pólizas que certifican su autenticidad. Entonces va corriendo al estanco y allí descubre que la póliza cuesta dieciséis euros. Obviamente, no los tiene. Ha pedido dinero a todo el mundo, ya no sabe a quién recurrir. Así que se le ocurre ir a la embajada del Congo, en la calle Barberini. Por allí delante, sus compatriotas siempre están paseando y alguien podría ayudarla.

Se coloca en un banco, en las inmediaciones de la entrada. Pasan varias *maman* con su ropa de marca y los peinados recientes de peluquería, pasan varios religiosos con sus alzacuellos. Es increíble la cantidad de sacerdotes que el Congo ha proporcionado a las parroquias de Italia. Uno de ellos, de unos cuarenta años, se vuelve para mirarla, como si quisiera preguntarle si necesita algo, pero luego no lo hace. Dos horas más tarde cierran las oficinas, salen las *maman* y la gente que hacía cola en las oficinas y Brigitte sigue ahí delante, acalorada, hambrienta y desanimada. El sacerdote esta vez se detiene y le dirige la palabra. Brigitte le pide que le preste dieciséis euros y, para convencerlo de que no es una limosna, sino una inversión, le explica lo de la póliza, el restaurante y el hecho de que lleva ocho meses en busca de trabajo, inútilmente, y se desgasta los pies de tanto caminar, preguntar, ir de arriba abajo, hacer entrevistas y esperar una llamada que nunca llega, ya no puede más. Y, a veces, incluso se pregunta si no habría sido mejor morir en el Congo, en vez de vivir así. El sacerdote asiente con la cabeza, comprende, se compadece. Luego se le ilumina la cara y dice que la esposa de un amigo suyo italiano, enfermera, trabaja para una cooperativa de Tívoli. La cooperativa proporciona personal a diversas clínicas y residencias de ancianos: enfermeras, pero también auxiliares, cocineros, empleados de cocina. ¿Por qué no vas a llevarle tu currículum?

Brigitte va allí, pero va sin muchas esperanzas, porque ha dejado su currículum en docenas de agencias, cooperativas, hoteles y empresas de limpieza y no le ha salido ni siquiera un empleo temporal de unas pocas horas. Su currículum, en cambio, le interesa a Claudia, la directora de la cooperativa, ya que en verano tiene que hacer frente a varias solicitudes para sustituciones, permisos, enfermedades. Precisamente, necesita una auxiliar para las monjas de San Vicente de Paúl. En verdad, el nombre completo de la congregación es Compañía de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl. Un chiste que corre por los círculos católicos bromea acerca de la dificultad de memorizar nombres tan elaborados. Dios, que lo sabe todo –dice– hay tres cosas que sin embargo no sabe: el dinero de los salesianos, qué piensan los jesuitas y los

nombres de las congregaciones religiosas femeninas. El diploma del Gemelli parece abrir puertas. Por supuesto, si Ku Phakua tuviera referencias sería mejor. Pero en la cooperativa trabaja gente de todo el mundo –peruanas, etíopes, eritreas– y los que vienen de lejos tienen que ganarse el currículum. El hecho es que la cooperativa la llama. Claudia le pide que vaya a los juzgados y que le extiendan el registro de antecedentes penales. Las monjas exigen que demuestre no haber sido condenada por nada.

Brigitte va allí. Presenta la solicitud, al cabo de dos semanas retira el documento. El registro de antecedentes está immaculado. Vuelve a Tívoli. La cooperativa le ofrece un contrato por tres meses, seis horas de trabajo cada día; después de impuestos, comisiones, cuatro euros por hora. No es mucho, pero puede serlo todo. Ella solamente necesita una oportunidad. Tal vez sea esta, por fin. Acepta.

El 15 de julio empieza su servicio en la residencia de ancianos de las monjas, cerca de la terminal de autobuses en la circunvalación de la calle Cornelia, detrás de la estación de servicio. En ese gran y laberíntico edificio viven unas sesenta religiosas: es aquí donde las ancianas se retiran en los últimos años de su vida. Adosado a la blanca iglesia de Regina Mundi, rodeado por un agradable jardín que antaño fuera huerto, con vistas al verdoso valle de Pineto. Desde el arranque del valle del Infierno se pueden ver los pisos superiores de las torres grises de viviendas de protección oficial del valle Aurelia. Desde las ventanas de la segunda planta se ve flotando en la niebla, más alta que todas las construcciones de la ciudad, la cúpula de San Pedro.

Queda lejos de Cassia y, para quienes se mueven a pie, Roma es interminable. Brigitte se levanta a las tres de la madrugada, sale a las cuatro, mientras la ciudad –que comienza a vaciarse por vacaciones– todavía está durmiendo. Espera el autobús en la parada de aquella calle que parece una suma de consulados, junto a un grupo de moldavas que trabajan para una empresa de limpieza y que, como ella, no tienen medios de transporte. A bordo, a veces dormita, con la cabeza apoyada contra la ventana. El N25 la descarga en la plaza Venezia, precisamente donde, bajo los pinos y entre los cipreses, dormía en febrero de hace dos años. Todavía está oscuro y en los bancos reconoce las siluetas deformes de los sintecho, con la cara oculta bajo una manta. Si Dios quiere, esa época ha terminado ya y jamás volverá. Espera el 46 o el 916. No hay correspondencias, a veces tiene que sentarse en los escalones de travertino y dejar que pase media hora o incluso más.

A las seis y treinta y cinco saluda a la monja de guardia en la conserjería, que le tiende el registro de asistencia. Detrás de ella, en la penumbra, dos monjas octogenarias hacen encaje: las pupilas fijas en los minúsculos agujeros de las agujas, las manos surcadas por venas azules. La radio transmite una homilía en francés: las Hijas de San Vicente tienen su origen al otro lado de los Alpes. A las seis y cuarenta se cambia en la habitación de las enfermeras, saca la bata y los pantalones blancos del armarito, se calza las *crocs*; a las seis y cincuenta busca su nombre en el registro, para ver si está de guardia en el M1, es decir, la enfermería, o en el M2, es decir, la sección de las ancianas. No hay un plan semanal, cada día descubre lo que le corresponde. Empieza a las siete en punto. Se pone los guantes, carga el carro con los cuencos de agua templada, esponja, jabón, pañales, toallas. Durante una hora lava espaldas huesudas, brazos esqueléticos, muslos, ingles, genitales pelones. Rostros alelados le sonrían. Alguna le habla. Una monja de noventa y siete años se desespera porque se siente demasiado débil e inútil y le gustaría ayudar a su madre: su hermano soldado ha regresado de la guerra, mamá necesita que la ayuden. Pasa de una habitación a otra: en algunas hay seis camas, separadas por doseles de cortinas rosadas; en otras, dos, a veces una sola. A las ocho, chirriando, se acerca el carrito. La enfermera jefa, sor Anna, distribuye el desayuno. Pero las ancianas ingresadas en la Regina Mundi, muchas de las cuales tienen más de ochenta años, y algunas van ya a por el centenar, no son capaces de comer por sí mismas: en la siguiente media hora Brigitte tiene que darles de comer, ayudarlas a tragar, secar su saliva de la barbilla. A las ocho y media recoge los cuencos vacíos, barre las migas y prepara para el baño a aquellas a las que puede desplazar unos metros. Las coloca en las sillas de ruedas o les ofrece un andador, las empuja o las acompaña hasta los lavabos, comprueba la temperatura del agua (que debe estar tibia: ni caliente ni fría), las lava con delicadeza, porque su piel se araña y se amorata enseguida, les cambia los pañales y la ropa interior, las deposita en la sala común, que se llama sala de la comunidad. Unas quince sillas están dispuestas a lo largo de las tres paredes, orientadas hacia la televisión, colocada en la cuarta pared, donde siempre se sintoniza RAI 1. Las monjas, todas pequeñísimas de estatura y aún más disminuidas por la senilidad, celestiales con su hábito azul, la ven en silencio. Algunas escuchan, si no las palabras, al menos los sonidos; otras, con los ojos empañados y la mirada perdida, no ven nada y ya están, dice sor Anna, cerca del Paraíso. Vuelve a las habitaciones vacías, que han de ser limpiadas y arregladas antes de su regreso. Llevan a las que pueden hasta

la capilla central para oír la misa. Pero todas las habitaciones, incluidas las de la planta superior, tienen ventanas con vistas a la capilla, incluso las que no pueden levantarse de la cama pueden ver el altar. Ella cambia las sábanas, las fundas de almohadas, airea los colchones, vacía las papeleras. También asea los lavabos. A las once, llevan a todas de vuelta a sus habitaciones y las acomodan en sus camas. Cada dos horas debe comprobar si han orinado o defecado, cambia otros pañales, extiende la crema sobre las partes íntimas y sobre las úlceras de decúbito, espolvorea talco, a veces cambia de nuevo los chándales o los pijamas o los camisones y los reúne en el cesto, que luego lleva hasta la lavandería. Recoge la cesta con la ropa limpia, la sube de nuevo a la planta, pero mientras tanto, a las doce, sor Anna avisa de que se ha hecho la hora del almuerzo. Es la enfermera jefe, de unos sesenta años, una toscana del valle del Arno, franca, enérgica y realista. Vive en la tercera planta del mismo edificio, con las otras monjas que aún siguen de servicio, y reina sobre un ejército de unas quince enfermeras, a las que no siempre ha elegido, pero, de todos modos, de sus capacidades depende el funcionamiento de la sección. Es precisa y puntual y exige lo mismo a las demás. Recomienda eficiencia y velocidad. Y también limpieza, porque las monjas tienen un olfato delicado y consideran peste hasta el sudor o un aliento con olor a vino o a tabaco. Brigitte escucha las órdenes y los consejos, le parece que tiene que hacer demasiadas cosas en muy poco tiempo para demasiadas personas y no está acostumbrada a estos ritmos tan rápidos, que no le permiten paradas ni pausas, pero no se queja. Sor Anna le gusta, le gustó desde el primer momento, no quiere decepcionarla. De nuevo ayuda a comer, a tragar, retira y seca. Coloca, limpia y, cuando mira su reloj, es la una, su turno ha terminado. Tiene la espalda destrozada, los pies hinchados. Va a cambiarse a la sala del personal, le piden que se quede también para el turno de la tarde. Una compañera está enferma, no se puede dejar sin cubrir la planta. Ella dice que sí. Es mi trabajo.

El segundo día, cuando sale, está tan cansada que no tiene ni fuerzas para plantearse la pequeña caminata hasta la estación de servicio. El sol veraniego arde, a esa hora no hay ninguna sombra. Se sienta en el banco, en el jardín que queda delante de la entrada, agotada. Sor Anna, que ha ido a llevar las sobras de la cocina a la «taberna» (una especie de comedor social donde distribuyen comidas a los sintecho, en su mayoría ancianos y gente avejentada por las dificultades, de todas las nacionalidades, aunque muchos de ellos son o creen ser italianos), se percata de su presencia. Va cargada con las cestas de la compra

para la comida y las deja en el suelo un momento. Pesan varios kilos, demasiados para una monja de más de sesenta años al finalizar su turno. Brigitte no se ofrece a ayudarla. Sor Anna le pregunta si desea llevarse algo. Pero lo dice por amabilidad y por costumbre, no piensa que Brigitte necesite provisiones. Sí, gracias, se ilumina ella. Tengo hambre. Entonces le confiesa que hace dos días que no come nada.

Hay cosas que simplemente no se te pasan por la cabeza, me dice sor Anna cuando voy a verla, en una límpida mañana de finales de marzo. No me había dado cuenta. No me imaginaba que no pudiera siquiera comprarse algo para comer. En Roma existen los comedores sociales para los pobres, nadie tendría que pasar hambre. Sin embargo, hay que llegar hasta los comedores, pienso, y a unas horas determinadas, y a veces no son capaces de hacerlo. Mientras la esperaba en el saloncito de la planta baja, he matado el tiempo examinando los muebles y las piezas de cerámica colocadas en un aparador con las puertas de cristal. Tal vez fueran exvotos, tal vez donaciones o herencias mínimas de las monjas que murieron en la planta superior. Me sorprenden una ardilla disecada y adornos exóticos, seguro que procedentes de las misiones. También sor Anna, que viste hábito desde 1970, había pedido ser destinada a una misión. Mantuvo esa esperanza y aguardó, pero nunca la llamaron y ahora su misión está aquí. Para muchas de las monjas de la residencia de ancianos, África era un sueño en su juventud y África ha seguido siendo un espejismo. Y cuando África, encarnada en la persona de Brigitte, ha venido para curarlas en sus camas, para muchas ya era demasiado tarde y no la reconocieron.

Nos internamos en el edificio. No estoy acostumbrada al silencio de los claustros, tal vez tampoco Brigitte lo esté. La sigo a través de pasillos vacíos, alegros únicamente por pequeñas imágenes de santas. Sor Anna me dice que en la iglesia principal tienen una valiosa reliquia de Juan Pablo II: la camisa que llevaba el día del atentado en San Pedro. Pero no tiene tiempo para enseñármela. Brigitte nos precede, deteniéndose para saludar a las monjas a las que reconoce y que la reconocen. Todavía sigue allí la monja que tenía que cuidar a su hermano y que cree vivir en 1946, junto a su querida madre. Ha cumplido noventa años. Pequeña y cerúlea, sigue instalada en la posguerra y el recuerdo de Brigitte no ha podido grabarse en su mente. La saluda con curiosidad, como si la viera por primera vez. En la sala de la comunidad, en cambio, casi todas las monjas que están erguidas en sus asientos delante de la televisión se acuerdan de ella. La encuentran cambiada, aunque no sabrían decir en qué. Su juventud oscura, su

físico exuberante contrastan con sus palidísimas caras, con sus cuerpos demacrados. Pero luego Brigitte se asoma a las habitaciones de las enfermas inmóviles. Y en las camas no encuentra a las que ella cuidó. Pregunta dónde está sor Albertina. Y sor Giovanna y sor Maria... Tres, cinco, siete. Ya no están entre nosotras, dice sor Anna. Nos han dejado.

Si mon avocat dit que c'est bien, c'est bien pour moi. Estas son las primeras palabras que Brigitte me dirige. Acaban de presentarnos y nos hemos estrechado la mano, pero no me mira. Es a Francesca a quien se dirige. Después de consultarlo con el doctor Santone, quien le dijo que no tenía nada en contra, Francesca le preguntó si tenía ganas de contarle su historia a una escritora. Brigitte respondió que, si ella se lo pide, sí. Haría lo que fuera por Francesca. Francesca me salvó en dos ocasiones, me dirá unos días más tarde. Concreta y moralmente. Francesca fue el ancla cuando estuve a la deriva, fue mi apoyo. Mi hermana y mi ángel de la guarda. Sin ella, me habría dejado ir. Francesca encontró a mis hijos perdidos.

A pesar de que sea una sofocante tarde de finales de julio, viste un traje oscuro de tela gruesa. La americana a rayas, parecida a la del traje cruzado masculino, con los pantalones a juego. El pelo oculto por una gorra de falsa piel de cocodrilo. Todavía no lo sé, pero acaba de comprársela en Zara. Ayer, por primera vez en años, recibió el salario de su primer mes de trabajo en la Regina Mundi. Para no faltar a la verdad, si tenemos en cuenta que la cooperativa paga el día 23, por su primera semana. Doscientos cuarenta euros.

Todo lo que tiene, desde su llegada a Roma, no es suyo. Ni la casa, ni la cama, ni la ropa. Todo lo que utiliza, desde el teléfono móvil hasta la ropa interior y las compresas, lo ha recibido como un regalo o un préstamo. Ayer volvió a poseer algo. El dinero recogido en una cuenta Bancoposta que acababa de abrir a su nombre. Era feliz. Decidió regalarse algo superfluo, a pesar de que el estilo vagamente militar de la gorra hace que parezca menos frívola. La visera le ensombrece el rostro y me oculta su expresión. Tal vez la atemorizo. Me pregunto si le gustaba leer. Si entre sus amigos tenía algún escritor. O si soy la primera que conoce y qué pensará de mí. Ha venido con su ropa más elegante y más seria, como para una entrevista de trabajo. Y yo a la buena de Dios, con unos vaqueros y una camiseta, el pelo a la *je m'en fous*, sin maquillarme. No me gustaría haberle faltado al respeto.

Deteniéndose solo para beber un vaso de agua, me cuenta su historia con el mismo tono inexpresivo con el que, ahora lo sé, se la relató a Filippo, a

Francesca, a Maria, al suplente del prefecto el día de la audiencia. Cuando ha concluido, se dirige a Francesca, para conseguir su aprobación. Tengo la impresión de que se siente aliviada, como si hubiera cumplido una misión. Como cuando se quita la bata y se descalza los zuecos de plástico, al final de su turno en la Regina Mundi. No es así como tendría que ir. Esto no va a funcionar.

Me saluda cordialmente, pero como si no fuéramos a vernos de nuevo. La miro mientras sale por la puerta, escoltada por Francesca. La abogada, diminuta. Ella, maciza, casi como un bloque de mármol. Comprimida, sellada, inaccesible.

Cuando nos quedamos a solas en la gran sala de las reuniones, Donatella me pregunta qué pienso al respecto. Si Brigitte me parece la persona adecuada. Donatella empieza a entenderme. También nosotras parecemos muy distintas. Tengo diez años más que ella, al principio me trataba respetuosamente de usted. Nuestra historia está desajustada, éramos líneas destinadas a divergir. A los dieciocho años, Donatella era una estudiante en la LUISS, la universidad de las hijas de buena familia, y soñaba con especializarse en derechos humanos. A su misma edad, a mí los árboles y los animales me interesaban incluso más que las personas. Era una ecologista militante y montaba guardia en la montaña, con unos prismáticos al cuello, para avistar incendios provocados, pero no me dejaban intervenir con los demás, como apoyo de la guardia forestal. En esa época se pensaba que no era una tarea adecuada para una chica. En el grupo, de hecho, yo era la única. A los veinte años, Donatella hacía en verano el turno de noche como voluntaria en la Casa di Giorgia, mientras yo viajaba por Asia Menor tratando de averiguar quién era. A los veintinueve años, ella se casó, mientras que a mí me ingresaban en el Hospital Mauriziano de Turín en estado catatónico. Empezamos a conocernos en la barra de un bar cerca del Centro Astalli. Siempre me pareció que únicamente valía la pena alcanzar lo que está distante.

En la mesa de las reuniones han quedado los vasos de plástico, la botella vacía y la carpeta con los archivos de las refugiadas. En los oídos, todavía tengo el sonido de la voz de Brigitte. Potente, profunda, oscura. No tengo ni idea de si voy a ser capaz de escribir el libro. Ni cuándo ni cómo. Pero es así, aceptando el riesgo, como empiezan las cosas. Nos roza y, sin ser capaz de explicar el porqué, una chispa crepita, allá abajo, y hay que elegir. Tan solo merece la pena explorar lo desconocido.

Sí, digo, es ella.

DIECINUEVE

¡Qué solo estoy yo sobre la tierra
con mis errores, mis hijos, el infinito
caos de nombres ya vacuos y la guerra
penetrando en mis huesos!

G. CAPRONI, *El paso de Eneas*

Nos vemos todas las semanas, en la sala de reuniones del Centro Astalli: no tengo ni idea del cansancio que se apodera de ella al final de su turno en la Regina Mundi y no comprendo que los bostezos que interrumpen nuestros diálogos no son debidos al aburrimiento o a la incomodidad, sino a la falta de sueño. Solo meses más tarde me hablará de sus despertares a las tres de la madrugada.

Desde mediados de octubre –cómplice de ello resultará el inicio de los indispensables trabajos de rehabilitación de los locales del Collegio Romano– nos trasladamos a la sala de entrevistas de la curia provincial de los jesuitas, al lado del comedor social y detrás de la iglesia Del Gesù. Esto nos permite una mayor intimidad y soledad, algo que empezamos a necesitar. También a la segunda cita viene con Francesca, luego ya deja de pedir que la acompañe.

Inicialmente, nos estudiamos. Al fin y al cabo, no sé nada de ella. Brigitte no sabe nada de mí. Nuestro viaje va a ser muy largo. Solo al cabo de cuatro o cinco encuentros memoriza mi nombre. Su expresión habitual para expresar sorpresa y estupor, «Ah, *bon*», se sustituye por «Ah, Melania»... Yo estoy en silencio y escucho. Me esfuerzo por dejar a un lado mi historia, mi identidad, para dejar que me habiten su experiencia y sus opiniones. Mi agenda-cuaderno comienza a llenarse de apuntes, notas, signos de interrogación. Estoy delante de un puzle roto, que tengo la intención de reconstruir pieza a pieza. Necesito entender todo. Sobre todo, a ella.

Y Brigitte necesita entenderme a mí. Así que a veces soy yo la que habla y quien cuenta sus recuerdos. Y también quiero que ella habite mi historia. Una tarde le hablo de *Ella, tan amada*, mi libro sobre Annemarie Schwarzenbach.

Entre junio de 1941 y primavera de 1942 vivió en Kinshasa, que por aquel entonces se llamaba Léopoldville, y en Thysville, que ahora se llama Mbanza-Ngungu. Podría haber conocido a su abuela, la belga Suzanne Makosu, que emigró al Congo en los años treinta y era coetánea suya. Annemarie frecuentó a varias mujeres belgas, tanto en Léopoldville como en Thysville, la pequeña ciudad situada en las frescas colinas del Bajo Congo, que se encontraba, y todavía se encuentra, a lo largo de la línea de ferrocarril que desde Matadi conduce a la capital. En alguna parte leí que muchos de los trabajadores que la construyeron eran italianos y que miles de ellos murieron a causa de la enfermedad del sueño, porque la mosca tse-tsé infestaba la zona en aquella época. Suzanne Makosu hablaba flamenco y se lo enseñó a la madre de Brigitte. Brigitte ya me ha contado que cuando era pequeña Marceline Nzusi Tamba le cantaba cancioncillas en flamenco, ella todavía recuerda algunas palabras.

Le explico que, por razones políticas, sobre Annemarie recayeron las sospechas de ser enemiga del gobierno. Para escapar de su detención, desde Léopoldville se dirigió hacia el interior del país, a bordo de un pequeño barco de vapor que, dos veces al mes, ascendía por el río Congo hasta Kisangani, que por aquel entonces se llamaba Stanleyville. Después de siete días de navegación, se detuvo en Lisala. Por aquel entonces era un remoto puesto avanzado o eso le pareció a ella. Ni siquiera había luz eléctrica. Sí había algunos almacenes cerca del embarcadero y, sobre la colina, una aldea de chozas con tejados de paja y rodeada por el mar verde del bosque. Los blancos, que vivían en villas circundadas por exuberantes jardines de los que nunca salían, solo eran cuarenta y cinco. Salvo algunos propietarios de plantaciones, los demás eran funcionarios del gobierno colonial y comerciantes, todos ellos deseosos de enriquecerse lo más rápido posible para luego marcharse de un lugar que percibían como una amenaza, enigmático y potencialmente mortal. Pero ella, de todos modos, los temía y se mantuvo a distancia. Annemarie se bajó en Lisala sin saber muy bien por qué, algo parecido a cuando Brigitte se bajó en la estación de Sezze, en septiembre de 2014.

Brigitte me interrumpe sonriendo y dice que conoce Lisala perfectamente. No ha estado nunca allí, pero todos los congoleños nacidos después de los años setenta conocen Lisala. *Comment s'appelle notre Président?*, empieza a recitar. *Il s'appelle Monsieur Mobutu. Sese Seko kuku mgbendu wa zabanga. Il est né le 14 octobre 1930. Où? Lisala, region de l'Équateur.* Es la cancioncita que todas las mañanas, en la escuela primaria, tenía que cantar junto con sus compañeros

antes de que se izara la bandera. El presidente Mobutu nació precisamente en esa aldea. Su madre era camarera en el minúsculo hotel de la misma; el padre, cocinero del juez belga que administraba la ley de los blancos a los negros.

Yo ignoraba que Annemarie Schwarzenbach podría haber conocido a Mobutu. En verano de 1941, ya huérfano de padre y educado a la francesa por el afecto que sintió la esposa del juez hacia el hijo de su difunto cocinero, el futuro presidente –destinado a convertirse en el casi mitológico dictador del Congo y la encarnación por antonomasia del omnipotente dictador africano– podría ser uno de los chiquillos negros que ella iba fotografiando por el pueblo o con los que se iba topando mientras vagaba por la *cit * de Léopoldville. Golfillos descalzos y semidesnudos, sirvientes impecables o adolescentes emperifollados a la moda occidental, como una parodia, erguidos, siempre posando. Sus caras impenetrables no transmiten la sorpresa que, en cambio, debía suscitar la mujer blanca, rubia, de ojos grises, delgadísima, altísima, vestida de hombre, que con la cámara fotográfica colgada del cuello y un cigarrillo entre los labios vagaba como alma en pena por la selva tropical o a lo largo de la orilla del Congo. De todos los niños a los que se acercó durante su estancia africana, Annemarie anot  únicamente un nombre. Sambou, como el doctor amigo de Brigitte, y su hijo.

Se espera a los niños en el aeropuerto de Fiumicino el 17 de octubre, a las cinco y cinco de la tarde. Brigitte est  con treinta y nueve de fiebre, pero nada podría impedir que estuviera presente para recibirlos. Ha esperado tanto tiempo este día, lo ha imaginado tantas veces que ahora le parece recordarlo y no vivirlo realmente. Está detrás de las barreras de las llegadas, aferrada a la barandilla. Los pasajeros del vuelo Royal Air Maroc procedente de Casablanca comienzan a salir de detrás de la puerta automática. Es opaca, cada vez que se cierra se convierte en un muro, la última frontera.

Hace unos días, *monsieur* Bond  informó a Francesca de que había entregado a la Cruz Roja a los hijos varones de Brigitte. Será responsabilidad de la Cruz Roja llevarlos hasta Kinshasa y embarcarlos en el avión para Casablanca. Solo los varones, porque *monsieur* Bond  no ha recibido dinero suficiente para hacer las pruebas de ADN a los cuatro hijos de Brigitte. Cada prueba cuesta trescientos cincuenta euros. Los billetes de avión los ha pagado de su bolsillo. El gasto, lo suficientemente importante, por cierto, como para superar los mil cien euros, lo suma a las deudas de Brigitte, aunque a estas alturas teme que nunca podr  recuperarlos, pero, con tal de deshacerse de ellos, prefiere hacerlo así. Brigitte

espera, pero los niños no salen y ella no creerá que hayan salido de su país hasta que aparezcan por detrás de la puerta.

Primero ve a Chrichina. Qué delgado está. Escuálido como una ramita. La piel color de chocolate, los rizos finos como una pelusa, los ojos brillantes bajo la sombra de sus largas pestañas. Se parece tanto a Cyprien que su corazón se detiene. ¡Chrichina!, empieza a gritar. Todo el mundo se gira hacia ella. Se abre paso a través de la multitud y corre hacia él. Chrichina trata de buscar de dónde procede el grito. Detrás de las barandillas, un desfile de caras blancas, extranjeras. Y una oscura. Una mujer que bracea, gesticula, llama. Por un instante, se queda perplejo. Hace casi tres años que no ha visto a su madre. Luego la reconoce y, grita *Maman, maman!!!*, y se abandona al abrazo.

Gervais los alcanza con paso flemático y apoya las manos en los hombros de su madre. No ha crecido mucho en altura, pero ya tiene una sombra de bigote y una perilla en el mentón. Es oscuro como Leonard y se mueve con la indolencia distraída de su hermano. Qué delgado está también... ¡Y qué frío debe de tener! Partió de allí en camiseta, con chancletas. Ni *monsieur* Bondò ni la Cruz Roja los han preparado para el otoño de Roma.

Todos los pasajeros que salen por la puerta de llegadas de la Terminal 3 el 17 de octubre de 2015 se dan la vuelta para verlos. Una mujer negra y dos chiquillos, un adolescente y un niño, con los pies desnudos en chancletas, que se abrazan salvajemente, se tocan, se miran, lloran y no son capaces de decir ni una palabra.

La auxiliar con plaza ha vuelto de su permiso y no le han renovado el contrato con la cooperativa de Tívoli. Las otras residencias de ancianos a las que proporcionan personal por ahora no necesitan a nadie. Sor Anna, que le ha cogido afecto a Brigitte, le promete que se esforzará para encontrarle otro trabajo. Pero, mientras tanto, la invita a pasarse por allí cuando quiera y le regala arroz, pasta, huevos, leche, mermelada, judías. En cierta ocasión (habremos dejado la sala de entrevistas para reunirnos en su casa), sobre la mesa de delante del congelador, encuentro una bolsa de macarrones congelados de tres kilos. Las personas mayores no tienen apetito, necesitan una menor ingesta de calorías y comen poco, lo dice también el libro de texto del curso de Brigitte. Y también los supermercados de la zona entregan a las Hijas de la Caridad productos caducados que ya no podrían vender. Las monjas alimentan así a los sintecho parroquianos de la «taberna» y a quien, como Brigitte, no podría comprarlos.

Brigitte, sin embargo, no sabe cómo se conserva la pasta precocinada y la deja descongelarse sobre la mesa. Haber asistido al curso de la Federación de Iglesias Evangélicas le habría sido útil, pero en su momento no la seleccionaron. Una mujer sola no tiene que preocuparse por el funcionamiento de una casa.

Sor Anna es la cuarta persona a la que presenta a sus hijos. Las dos primeras son Francesca y el padre Camillo; la tercera, el doctor Santone. Los tres, cada uno a su manera, han hecho posible su llegada. Los habían visto en fotografía, habían oído hablar de ellos durante años y no esconden su alegría al saber que por fin están con ella, pero también saben que el reencuentro con su madre no es la culminación de un camino, sino más bien el comienzo de otro. Y nada será fácil. En el Centro Astalli, al igual que en el SaMiFo, los niños no abren la boca, intimidados. Les sorprende muchísimo descubrir que su madre es tan amiga de tres blancos.

Gervais y Chrichina se encuentran de un día para otro en un país del que lo ignoran todo, con una madre a la que casi no conocen y que, en cualquier caso, no se parece a la mujer con la que vivieron. En Matadi, Brigitte gestionaba dos clínicas y manejaba dinero con desenvoltura, con una generosidad grandiosa. En Roma, se alimenta en los comedores sociales, retira paquetes de alimentos que le da una monja o en el mostrador de Cáritas, vive en la periferia con tres desconocidos, no tiene ni una moneda en el bolsillo y ni siquiera puede comprarles unos zapatos. Y hasta que sor Anna no le consigue un montón de ropa de segunda mano, Gervais sigue moviéndose con la camiseta y las chancletas, entre charcos y con el termómetro a doce grados. Se pone enfermo casi de inmediato. Y su madre ni siquiera puede cuidar de él porque al adolescente no le permiten estar con ella en la Casa Santone, porque en Spes 2 no se contempla otro inquilino y únicamente se hace una excepción con Chrichina, pues con once años todavía se lo considera un niño.

Chrichina nunca se ha separado de su hermana melliza, Aissy, durante más de una hora. Son parecidísimos, siempre han vivido juntos. Si uno tenía hambre, también la tenía la otra; si ella quería hacer algo, él también. Y ahora ni siquiera sabe dónde está su melliza. *Monsieur* Bondò se marchó para Angola. Con las hermanitas. Antes de confiárselos a la Cruz Roja, le entregó a Chrichina los pasaportes de Aissy y Trifeen. Y Chrichina se los ha dado a su madre. Brigitte no puede explicarse lo que ese gesto significa. ¿Cómo habrán cruzado la frontera las niñas? ¿Cómo podrán venir a Italia? ¿Tal vez, devolviéndole los pasaportes,

monsieur Bondò pretendía hacerle saber que se quedaban con él, para siempre, y que ella no volvería a ver a Aissy y Trifeen nunca más? Chrichina siempre tiene la impresión de llevar a Aissy a su lado y, cuando se da cuenta de que está solo, se siente como si le hubieran arrancado el corazón.

La quinta persona a la que Brigitte presenta a sus niños soy yo. Los abrazo, la abrazo. Estoy feliz por ti, digo, estúpidamente. Pero yo no puedo ser feliz, me responde, sin mirarme. No tengo nada.

Le propongo interrumpir nuestras reuniones durante un tiempo. Me imagino que necesita estar sola con ellos, recuperar el tiempo que han perdido. Reencontrarse. Niega enérgicamente con la cabeza. Me sienta bien hablar contigo, dice. Y proseguimos. Siempre los niños con ella. Chrichina se acuesta en el sofá. Gervais se quita las gafas de espejo que lleva sobre la nariz incluso en los días sin sol y clava la vista en su tableta. La trajo desde Matadi, junto con dos móviles de última generación, de fabricación china. Como para todos sus coetáneos de diecisiete años, la verdadera realidad se encuentra en la pantalla. Para él, nosotras no somos nada más que sombras. Nos dirige una sonrisa tímida y se abisma en aquella. Si fuera un alumno de instituto cualquiera, su alienación digital sería preocupante. Pero no lo es. Gervais tiene su perfil de Facebook y se intercambia continuamente fotos y mensajes con sus compañeros de escuela y sus amigos. Conversan vía Messenger, como si se encontrara justo al otro lado de la calle. No tiene a nadie más con quien hablar. En Roma, durante meses, hasta que empieza a asistir a la escuela de italiano en el Faro, no conoce a nadie de su edad. Algunas tardes, si el tiempo acompaña, va a jugar al fútbol a los jardines de la plaza Vittorio. La madre prefiere no llevarlo tras de sí mientras deambula de oficina en oficina intentando desenredar la madeja de trámites para sus permisos de residencia, los números de identificación fiscal, las tarjetas sanitarias. Prefiere que no sepan de inmediato que ser pobres significa hacer cola, esperar una hora, dos, tres, malgastar ese tiempo suyo que a nadie le parece valioso. En la cola para un documento, para una entrevista, incluso tan solo para una información. En los jardines de la plaza Vittorio, Gervais siempre incluye a Chrichina en su equipo, para no perderlo de vista. Los jugadores son todos africanos, pero entre los espectadores se puede ver también a italianos a quienes su habilidad con la pelota entre los pies les importa poco. Gervais se esconde detrás de unas gafas de sol de espejo de *gangsta*, pero tiene unos ojos hermosísimos, con una forma vagamente oriental, y parece un ídolo de ébano.

Chrichina, pelo rizado, dulcísimo y sonriente, es encantador. Hacedles entender que no estáis solos, que tenéis una madre, les recuerdo cuando me hablan de los elogios que reciben y que les hacen sentirse orgullosos. Pero ni siquiera el nombre de Cáritas, de la que explican que los asiste, consigue desanimar a los admiradores. Solamente la lluvia de noviembre, solo esa lluvia pone fin a los partidos en el parque. Los chicos los echan de menos. Era el único entretenimiento que podían permitirse. Un señor amable le había regalado incluso las botas de fútbol con tacos y el chándal de una marca famosa. Le pidió a Chrichina que se fuera a vivir con él.

De manera que el ancla de Gervais es su tableta. Le permite estar todavía en Matadi, en la vida que ha perdido. No tiene culpa, no tiene ideas políticas ni ideales que expiar, ni comportamientos nobles y al mismo tiempo rebeldes que pagar con la cárcel y la muerte. Todo lo que sabe sobre la vida es lo que le ha pasado. No eligió estar aquí. Aunque sin padre ni madre, vivía en una bonita casa, con un hombre acomodado, a quien, a esas alturas, su hermano pequeño y sus hermanitas llamaban papá. Dormía en una cama, en la habitación de Chrichina; ahora duerme en una casa de primera acogida, rodeado de extraños. Era un estudiante de instituto: ahora se ha convertido en un refugiado forzado a dar empujones entre las masas desesperadas que se agolpan contra las vallas de la comisaría para obtener su documentación. Empieza a temer que quizá nunca vuelva a ir a clase, no termine sus estudios, no se convierta en director o en actor, como soñaba, porque su madre, que tiene un notable talento histriónico y actuaba delante del público desde los trece años, le ha transmitido su pasión por el teatro. Su hermano es un niño. En diciembre lo inscriben en quinto de primaria y empieza a asistir a la escuela pública italiana. Chrichina encontrará su lugar aquí. Él prefiere ignorar Roma. Vive en la pantalla, como si fuera bajo el agua. Se defiende así de la realidad. Brigitte lo mira y llora.

No hay alegría en su reunificación familiar.

Ya no tengo nada. Ya no puedo darles nada.

Gervais vino del Congo con los teléfonos móviles, la tableta, las gafas de espejo, una maleta llena de pantalones de algodón, blancos y ajustados y, aparentemente, nada más. En realidad, le hizo a su madre un regalo cuyo valor, al principio, ella no fue capaz de calcular. Le trajo de nuevo el Congo. Números de teléfono, contactos, noticias de sus conocidos. Y poco a poco estos la van encontrando. El Samsung siempre mudo de Brigitte comienza a sonar. El nuevo

móvil, con conexión a internet, recibe mensajes y llamadas de todo el mundo. Nuestro trabajo, constantemente interrumpido, se resiente de ello. Pero me alegro de la transformación de Brigitte. Me dice que cuando está sola con los niños no hace más que llorar, y aunque se esfuerza por ocultárselo, la descubren, y su dolor los pone infinitamente tristes. De todas formas, la mujer con la que me reúno en la curia provincial ya no es la del verano, la metamorfosis resulta incluso asombrosa.

Estoy con Brigitte cuando su mejor amiga, con la que no había hablado desde hacía años, la llama llorando desde Lubumbashi para decirle que su marido ha muerto. Se ha quedado viuda a los cincuenta años. Estoy con Brigitte cuando su sobrino, Girens, el hijo de Valère, se materializa en el Messenger. Es un muchachote de poco más de veinte años, de dos metros de altura, con camiseta blanca, una dentadura perfecta que deslumbra la pantalla. Los escucho conversando en kikongo, entiendo que le habla de mí, él quiere verme y ella quiere exhibirme. Soy, al mismo tiempo, su nueva hermana y un trofeo de caza. La duplicidad de mi papel es simétrica a la suya y nos hace idénticas. Así que me acomodo en el encuadre y saludo con la mano. Girens se divierte enormemente cuando la cámara web le envía mi imagen. Hasta Brasil, porque él también tuvo que huir del Congo. Y así como ella, por azar, acabó en Italia, así, por azar, Girens acabó en Río de Janeiro. Conocía a unos ingenieros brasileños, trabajaba para ellos cuando alguien le avisó de que los militares iban a ir a detenerlo. Estaba en la lista. Pidió ayuda y los brasileños le compraron el billete de avión. A las pocas horas se encontró completamente solo al otro lado del mundo. Yo le digo que, al fin y al cabo, ha tenido bastante suerte. Que, desde mi punto de vista, Río de Janeiro es el mejor lugar para encontrar refugio. Girens no entiende lo que quiero decir. No tenía la más mínima idea de qué era Brasil, antes de aterrizar, ilegalmente, en el aeropuerto de Río.

Estoy con Brigitte cuando, después de una interminable llamada telefónica intercontinental que escuché como un dúo de rap, me pide que la ayude a encontrarle una esposa a su primo, el hijo del primer matrimonio del diácono, es decir, el marido de la hermana gemela de su madre. En la foto de perfil de Facebook que me enseña, el «primo» tiene treinta y tres años, una cara regordeta adornada con una barbita puntiaguda y una sonrisa *malin*. Quiere que Brigitte le encuentre una esposa italiana. ¿En qué sentido?, me informo, suponiendo que lo que busca es un truco para entrar en Italia. No es así. El hijo del diácono es comerciante, trabaja para los chinos y no quiere salir del país. Quiere un

matrimonio de verdad. Quiere casarse con una mujer italiana –no una blanca cualquiera, sino exactamente una italiana, porque las italianas son guapas– y espera que Brigitte se la consiga. No es así como funcionan las cosas aquí, le digo. No debe elegir una esposa, sino ser elegido por ella. Que venga a Italia o que chatee con alguna chica italiana: si le gusta, entonces tal vez se hagan novios e incluso pueden llegar a casarse. Brigitte se ríe, sorprendida. *Ah, vous êtes fous, les blancs!*

Estoy con Brigitte la mañana en que la llama desde el Congo una voz femenina a la que ella saluda efusivamente, con los ojos llenos de lágrimas. Es de nuevo su amiga de la infancia, la que se quedó viuda hace poco. Le comunica que ha decidido volver a vivir en Matadi. No tiene hijos, dinero no le falta, su casa es grande, incluso demasiado, para ella sola. De buena gana se encargará del cuidado de las hijas de Brigitte, hasta que ella pueda llamarlas para que viajen a Italia. Me parece una buena noticia. Lo sería, dice Brigitte, si supiera al menos dónde están las niñas. Y si están vivas. En Matadi circula el rumor de que, después de la marcha de Chrichina y Gervais, la pequeña, Trifeen, se puso enferma y murió.

No puedo entender quién ni por qué le ha proporcionado esta información. El control de las fuentes está fuera de mi alcance. Le pregunto por qué no llama por teléfono, es decir, por qué no le pide a Francesca que llame por ella a *monsieur* Bondò. Porque nadie sabe dónde está, me responde. Luanda tiene cinco millones de habitantes.

Estoy con Brigitte cuando me dice que el primo de Bondò, el mismo que en julio de hace dos años le facilitó el contacto con él, le ha informado de que *monsieur* Bondò pasará por Matadi antes de las fiestas de Navidad. Encargó unas mercancías, han sido descargadas en el puerto, tiene que retirarlas. Si lo llamamos el 18 de diciembre, por la mañana, Bondò estará en su oficina. Le digo que avise a Francesca. Es ella la que siempre se ha encargado de las relaciones con Bondò. Claro, dice Brigitte, pero tienes que venir tú también. Me siento mejor cuando te veo. Tú haces que me sienta bien.

Así que estoy con Brigitte cuando Francesca llama a Matadi y habla con *monsieur* Bondò. Si he podido imaginar la conversación del 6 de agosto de 2013 es porque escucho esta. Porque oigo la voz atronadora del propietario de la antigua casa de Brigitte, las amables protestas de Francesca, que intenta calmarlo, las peticiones, las excusas, las acusaciones. Porque veo a Brigitte

abriendo los ojos por completo y temblando sin atreverse a levantar la mirada cuando Francesca le explica las condiciones. Que son las mismas de siempre. *Monsieur* Bondò no se quedará con las niñas, las devolverá. Nunca quiso arrebatárselas. Es una persona decente, se ha hecho cargo de ellas. Le parece bien que una persona de su confianza las acompañe hasta la frontera con el Congo para entregárselas allí a la amiga de Brigitte. Todo eso en cuanto reciba el dinero que se ha gastado con los niños. Por lo menos debe saldar una parte de la deuda.

Ninguna de las tres logra estar contenta. Ni siquiera cuando el padre Camillo asegura que de alguna manera encontrarán el dinero y lo enviarán de inmediato, porque el asunto es demasiado urgente y la situación demasiado grave como para andarse con rodeos. Las niñas aún están con vida y no son rehenes de nadie. Serán rescatadas. Todavía queda un pequeño paso, pero, después de todo, hay que dar ese paso.

La entrega de las chicas se lleva a cabo con normalidad el 23 de diciembre, en la frontera entre Angola y el Congo. La amiga de Brigitte sube a Aissy y Trifeen en el coche y las lleva de vuelta a Matadi. Las pequeñas, explicará luego Brigitte, no hacían más que llorar. No querían dejar a *monsieur* Bondò. A esas alturas ya lo consideran un padre. Trifeen nunca conoció al suyo y Aissy no puede acordarse de él, pues solo tenía dos cuando Gilbert terminó en el barranco, en la sexta curva de la carretera. Y su primera llamada telefónica a su madre la llena de dolor.

Estoy con ella, en el despacho de Francesca, en la misma silla, delante del mismo cartel, bajo la misma luz artificial. Es 24 de diciembre, por encima de nosotras la ciudad enloquecida por la inminencia de las fiestas empieza a tranquilizarse, los transeúntes se dan prisa en sus vehículos, cargados de regalos de Navidad. En el sótano, en cambio, reina un silencio cargado de tensión. Escucho los gritos de dos niñas desesperadas que le gritan en lingala y kikongo, mezclado con expresiones francesas, palabras cuyo significado se me escapa, pero no el tono. Es el tono implacable y despiadado de una chiquilla de casi doce años que te pregunta por qué llamas si no puedes ir a recogerla y de una niña de nueve años que te rechaza y que se niega a perdonarte y a comprenderte y que te reprocha que no estés ahí, que no existas, que no seas su madre.

Al final, me quedo en la silla, sin decir palabra, Francesca ha ido a buscar al

padre Camillo y Brigitte llora acurrucada sobre sí misma. Es la primera vez que se suelta, delante de mí. Tendría que decirle que, en el fondo, se ha logrado un objetivo. Las niñas están bien y están seguras con su amiga. Algún día, cuando ella encuentre un trabajo, las traerá aquí. Recompondrá su familia. Será difícil, se necesitará tiempo, pero lo conseguirá. Y ellos la querrán de nuevo, como están aprendiendo a hacer Gervais y Chrichina. Y de nuevo la llamarán *maman*.

Pero no soy capaz de abrir la boca. Una esperanza tan vaga, tan alejada en el futuro que podría no llegar nunca, es un paupérrimo regalo de Navidad. Y prefiero no imaginar la primera Navidad romana de Brigitte, Gervais y Chrichina. Todos aquellos a los que conocen –Francesca, Giancarlo, el padre Camillo, Donatella, sor Anna, y también yo– les han traído algún regalo, pero cada uno de nosotros, mientras estaba comprando un jersey, un colgante, una gorra, un libro ilustrado o un pastel, sabía que nada sería suficiente.

Un mes más tarde, Chrichina me dice que fue el 25 de diciembre más feo de su vida. Quería comer judías y bacalao en hojas de yuca, cocinado con aceite de palma. En el mercado de la plaza Vittorio sí venden las hojas de yuca. Las importa desde Francia una mujer africana. Pero Brigitte no tenía los seis euros que costaban esas hojas.

Antes de separarnos, nos damos un largo abrazo. Ella susurra que es demasiado duro, que ya no puede soportarlo. Y me digo que esto no puede ser el final.

VEINTE

Pon la mano
en mi frente
como si fuera
mía tu mano.
Hazme la guardia
como el que mata,
como si fuera
tuya mi vida.

A. JÓZSEF,
«Pon la mano»

El final de esta historia puede ser la furgoneta blanca que se detiene debajo de Casa Santone el primer día de enero. Brigitte y los chicos cargan sus escasas pertenencias –maletas y bolsas llenas de ropa– y toman posesión de su nueva casa. El párroco de San Roberto Bellarmino, atendiendo a la invitación del papa, ofreció a Cáritas un local propiedad de la iglesia, cerca del cuarto de la caldera. Albergaba un centro de consulta psicológica y se había quedado vacío. Cáritas se puso en contacto con el Centro Astalli y el padre Camillo inmediatamente pensó en Brigitte.

El local, adosado a la iglesia, se reparte en dos plantas. Ha sido reformado y equipado con los muebles indispensables, obtenidos en los inagotables desvanes de las monjas, de los voluntarios y de las asociaciones: dos literas y una camita en la estrecha buhardilla que queda sobre la escalera de caracol, un sofá rígido y una mesa de comedor con tres sillas en la salita sin ventanas de la planta baja; en la cocina contigua, una mesa, que también hará las veces de superficie de trabajo, la nevera, los cuatro fogones, los colgadores con las ollas, los platos, los vasos, algunos cubiertos. Aunque no parece un apartamento, sino más bien un *loft* industrial, es una casa de verdad, para ellos tres solos. Ya pueden empezar a ser una familia.

Aunque el padre Camillo y Francesca empezaron a hablar de la casa en

diciembre y también le pidieron que fuera a verla, Brigitte no creyó que realmente se la asignarían a ella hasta que no fueron a recogerla a Cassia para hacer el traslado. Somos tantos los necesitados, ¿por qué precisamente a mí?

Cuando me comunica la dirección, le digo bromeando que no debe presumir demasiado por ahí, pues, de lo contrario, todo el mundo la envidiará: se encuentra en la zona más chic de Roma, en los Parioli. A menos de cien metros está la Casa Bellonci, la sede del Premio Strega. En los lujosos edificios del otro lado de la calle viven periodistas, directores y administradores de empresas, políticos, presentadores de televisión. Brigitte piensa que le estoy tomando el pelo. Nunca se dará un paseo por el barrio, ni siquiera para disfrutar del agradable jardín de la adyacente Villa Ada o de la Villa Borghese. Lo detestará inmediatamente. En las tiendas y en los escasos supermercados todo es tan caro que no puede comprarse siquiera una manzana.

A la casa se accede cruzando un minúsculo patio de cemento rodeado por una valla de celosía, de metal pintado de plata, de dos metros de altura, algo carcelaria. La puerta queda delante de la entrada de un gimnasio, adonde cada día acuden cientos de personas. Por la mañana, para las clases de pilates, solo hay mujeres, la mayoría de ellas son abuelas. Ninguna se percata de la existencia de Brigitte y los chicos. Solo el vigilante, al cabo de unas semanas, le dirige la palabra y hace correr la voz entre sus conocidos, por si alguien estuviera buscando una niñera o una cuidadora. Nadie hace caso del aviso. Lo primero en que se fija Chrichina, al entrar, es en la ausencia de televisión. Se desespera hasta que sor Anna les consigue una.

Un domingo de enero, Brigitte, decidida a inaugurar dignamente la casa, invita a almorzar a Francesca y su novio, Giovanni. Comen juntos, alrededor de la mesa, como unos amigos de visita, en un día de fiesta. Brigitte ha preparado todo un banquete: ha cocinado pescado frito y un kilo generoso de pasta con salsa de tomate. Nadie le ha explicado la regla de oro de los cien gramos por persona. En las fotos que sacan con el móvil de Gervais, sonríen los cinco, y nada permite imaginar que Brigitte no tiene ni un euro para hacer la compra, y a Francesca, que le dio un billete de cincuenta hace dos semanas, no puede pedirle más. Tiene que esperar a la entrega de la exigua asignación semanal de treinta euros que la parroquia pone a su disposición, una asignación que le traen, pero no le entregan, dos jóvenes *scouts*, quienes la acompañan todos los lunes o martes al supermercado más cercano, y no al mercado más barato de la plaza

Vittorio, porque no tienen coche para llegar hasta allí y los jóvenes han recibido la orden de no darle el dinero en mano, sino vigilar que lo gaste en bienes realmente necesarios. Una disposición paternalista y un tanto humillante que ha provocado un malhumor inconfesable. La asignación obviamente no le llega ni para invitar a los amigos ni para su familia de tres personas y, cuando las provisiones de Cáritas y de sor Anna se han agotado y la nevera se queda vacía, Brigitte y los niños se meten en la cama, para ahorrar energías y conservar la suficiente para llegar hasta la escuela al día siguiente.

O bien el final de esta historia podría ser el cumpleaños de Gervais, que en febrero alcanza la mayoría de edad. El fatídico día se ve estropeado por una misteriosa citación de la prefectura, que lo conmina a presentarse a una dirección concreta de la Tiburtina, precisamente el día de su cumpleaños. Brigitte ha intentado conseguir que le expliquen la razón, pero no ha entendido la respuesta y yo he tratado en vano de llamar al número que le han escrito en una nota. La dirección corresponde a una escuela: la busco en la guía de la ciudad y me parece bastante alejada como para que Brigitte y Gervais sean capaces de llegar hasta allí en autobús, de manera que le pido a Luigi que nos acompañe con el coche la semana antes de la citación para ver de qué va todo aquello. Nos citamos a las ocho de la mañana en la calle Montebello, en el colegio de Chrichina.

No hemos previsto que ese día hay mercado en la vía pública y que vamos a perdernos en la maraña de calles de sentido único del barrio de detrás de la estación de Termini. Está lloviendo y deambulo sin paraguas por entre los puestos en busca de Brigitte y Gervais, mientras Luigi cuida del Toyota Yaris mal aparcado en la esquina, justo en el paso de peatones. Ellos aún no lo conocen, pasan por delante sin fijarse en él. Solo Chrichina posee el don de identificarlo sin saber quién es Luigi: algunos días después, sale a su encuentro con los brazos abiertos, sonriendo. Sois idénticos, me explica, dejándome estupefacta. Luigi lleva la cabeza afeitada, yo una melena de rizos. Él tiene la nariz carnosa, yo afilada como un tiburón; él una tez de alemán, yo de árabe. Serán las gafas, pienso. Pero tal vez el genio instintivo de un niño ha reconocido el tiempo que hemos pasado juntos y que nos ha transformado.

Me voy abriendo paso entre los puestos. Me parece estar en una ciudad de Asia Central o en un bazar del norte de África. Son Brigitte y Gervais quienes me encuentran: es más fácil. Soy la única blanca del barrio. Entre el tráfico, los

semáforos y las señales equivocadas, el viaje hacia el Casal Bruciato se nos hace más largo de lo previsto. Pero Gervais lee en su tableta y Luigi es tan lacónico como el niño. Soy yo la que anima la conversación. Las mujeres blancas siempre están hablando, eso es lo que, en opinión de Brigitte, nos caracteriza y esta cualidad, que a ella le parece un defecto, sé que yo también la poseo y no me disgusta.

La escuela aparece desierta a esa hora. El conserje conduce toscamente a Brigitte y Gervais hacia las oficinas, por el pasillo de la izquierda. A pesar de ser una mujer de cuarenta años, enseguida la tutea. En el cristal de la puerta cuelga un desteñido cartel: horario de atención al público de once a doce. Son las nueve y media. Durante dos semanas he intentado en vano conocer el horario de apertura de la oficina. La idea de esperar durante dos horas me alarma. Brigitte llama al cristal: hay una funcionaria, en la mesa al fondo de la sala, pero no reacciona. Luigi y yo nos miramos sabiendo ambos que no va a abrir.

A una señal nuestra, Brigitte se aleja. Llamamos. La funcionaria se acerca inmediatamente al mostrador, nos indica que el horario de atención al público, etcétera. Le explico, amablemente, el problema. Accede a proporcionarnos información. Pregunta quién debe presentarse el 19 de febrero. El chico, le decimos, aludiendo a Gervais, que se ha ocultado en la penumbra. ¿Trabaja para ustedes? No, le dice Luigi, es el hijo de una amiga nuestra. No debe preocuparse, nos tranquiliza la funcionaria. La citación del chico es para el curso de educación cívica. Mientras salimos, Brigitte dice, sonriendo, que si Luigi o yo pudiéramos acompañarla a todas las oficinas, se ahorraría la mitad de los desplazamientos: ¡siempre tiene que volver dos veces! Bromea, pero sabe que dice la verdad.

Tampoco durante el trayecto de vuelta Luigi y Gervais se hablan. Gervais se ha tranquilizado, pero no parece sentir curiosidad por saber qué van a enseñarle en ese curso. Cuando se lo pregunte, más adelante, me dirá vagamente que el profesor explicó que Italia es una República. El curso se lleva a cabo en francés. En febrero, la comprensión del italiano por parte de Gervais es todavía pobre. Los acompañamos de vuelta a casa. Me gusta Luigi, aprueba Brigitte. Se ve que os queréis. Gervais huye inmediatamente hacia el piso de arriba. Pero no es verdad que no nos haya escuchado, que no nos haya estudiado, que nos haya ignorado. Luigi es un buen papá, le dice a su madre. No sé en qué se ha basado para pensarlo.

El día de su cumpleaños lo pasa asistiendo al curso de educación cívica y no puede celebrarlo. Ahora ya es un adulto, también para el Estado italiano. Su

destino ya no está unido al de Brigitte. Recibe su permiso de residencia a mediados de marzo. El padre Camillo, el doctor Santone y Francesca empiezan a aconsejarle que piense en su futuro.

Pero no ha decidido si va a aprender el italiano tan bien como para hacer el examen de tercero de secundaria y empezar de nuevo los estudios desde donde los interrumpió o si va a buscarse un trabajo, quizá de técnico, puesto que las cámaras de vídeo no tienen secretos para él. Por la casa ha comenzado a aparecer una chica africana de veinte años, hermosa, silenciosa, siempre atareada en la cocina o en el patio. Cuando le pregunto a Brigitte si es amiga suya, ella lo niega: Luciette trabaja en este barrio pero vive en un centro de acogida situado en la otra punta de Roma y tiene que coger un autobús al amanecer, pasó por su casa para no quedarse en la calle congelándose y quiere sentirse útil mientras espera hasta que sea la hora de empezar su turno. Así que creo que es amiga de Gervais. También él lo niega. Pero la chica sigue allí y hablan en voz muy baja, y solo cuando habla con ella, él sonríe.

O un buen final de consolación podría ser cuando Chrichina se convierte en monaguillo en la parroquia y durante la misa de los domingos por la mañana se fija en él una señora mayor, que se enternece, lo mimaba y lo inscribe en la escuela de fútbol de la plaza Delle Muse. Ignorando hasta qué punto es prestigioso y exclusivo el círculo en el que se llevan a cabo los entrenamientos, Chrichina puede por fin mostrar el toque aterciopelado de su pie derecho y su velocidad. Ha encontrado algo que hacer por las tardes, después del colegio, porque las horas de ocio de un niño de doce años son interminables. Y jugar al fútbol es lo que más le gusta en el mundo. Casi podría ser feliz, pero, a pesar de que durante semanas no se lo dice a su madre, ni a mí, ni a nadie, sabe que no está presente en la fotografía de la clase, porque en el momento en que la hicieron no tenía un euro para pagarla, y sabe que no ha podido participar en el juego de los libros, porque no tenía ni uno para intercambiar. Y solo cuando la maestra se dio cuenta, un compañero le prestó su viejo y arrugado cómic de Mickey Mouse. Pero igual que Francesca hace dos años, yo también me juré algo a mí misma. Este niño que solamente pide cuando ya no puede más... –y pide una pelota, una bicicleta, una tarde al sol– no va a tener menos que los demás. Pascua no será como Navidad. Tendrá su bacalao en hojas de yuca. Tendrá su Mickey Mouse. Y su viaje.

A principios de abril, se marcha con diez compañeros de clase, en un viaje de

estudios al palacio de Caserta y las excavaciones de Herculano. Ninguno de ellos tiene el mismo color de piel, los padres que los acompañan al punto de encuentro han llegado a Roma desde todas las partes del mundo. Esta vez, en las fotos de grupo, Chrichina sí que va a estar.

O bien estamos nosotras dos, sentadas a la mesa del comedor, hojeando mi cuaderno de notas, para corregir cosas que no entendí bien y para añadir otras, para rellenar las lagunas, valorar las contradicciones, respetar los silencios, los vacíos. Podemos vernos por las mañanas, mientras Chrichina está en el colegio y Gervais se ducha y se pone colonia y se prepara para hacer su marcha, porque aún no trabaja. Brigitte lleva la peluca afro con trencitas que ha guardado en la caja durante todo este tiempo, ya no tiene miedo de parecer una mujer.

A veces prepara el almuerzo y escucho el chisporroteo del aceite de palma en la sartén. Estaría casi bien, dice, subiendo el fuego, si pudiera trabajar. Solo necesito un punto de partida. Soy valiente. Lo sé, Brigitte, digo, lo sé.

Y estoy triste, porque pasan los meses y nada se mueve y entonces me acuerdo de Faustin, un chico de Senegal al que conocí en Toronto, en 2005. Trabajaba de taxista y me estaba llevando al Harbourfront, el festival literario al que me habían invitado para leer y charlar sobre *Vita*. Me sorprendió la corrección e incluso la elegancia con que hablaba italiano. Viví en Florencia durante seis años, me dijo. Estaba bien allí. La ciudad era fantástica; la gente, hospitalaria: nunca tuvo ningún problema. Ni por el color de la piel ni por la religión. Había hecho muchos amigos, también italianos. Me habría gustado quedarme, pero no progresaba, pasaban las estaciones y no cambiaba nada. Empecé vendiendo elefantes y jirafas de madera y, seis años más tarde, seguía allí, paseando arriba y abajo por el Ponte Vecchio y la plaza Della Signoria, con el saco al hombro y la policía siempre pisándole los talones. Yo quería algo más y al final me resigné a marcharme. Estoy en Canadá desde hace seis meses. Ya tengo mi propio taxi. En un mes gano lo que allí ganaba en un año. En invierno, cuando voy por ahí con el taxi por las calles heladas y la temperatura en el exterior a menos veinte grados, pienso en Florencia, en el campo, en las plazas, en la lengua italiana que tanto me gustaba, pero no tuve elección. Algún día volveré a Italia, de turista, como todo el mundo.

Pero también estoy contenta porque Brigitte acaba de decirme que su madre, que ha cumplido ya los ochenta años, está mejor. La señora Tamba sabe quién soy y yo la conozco por la fotografía que le hizo llevar a un conocido su hija: se

encuentra en el umbral de una casa rodeada por la selva tropical, el pelo oculto por un fular arreglado igual que turbante, como se usa en su región, vestida con un severo traje azul marino, una expresión seria y, pese a todo, amable en la cara. En los lóbulos, unos brillantes pendientes de oro; en el cuello, un colgante de Murano que no parece casar con nada. Un modesto talismán que le regalé a Brigitte cuando nos conocimos y que ella quiso enviarle a su madre a Boma. Tengo la esperanza de que la pequeña señora viva lo suficiente para que pueda volver a ver a su hija y a los chicos. Las raras veces que habla con ella por teléfono, llora y le pide que la deje marcharse de allí. Ya no le queda nada más en Boma. Y a estas alturas se da cuenta de que ni su hija ni sus nietos van a regresar, porque es en Italia donde quieren vivir. Pero a principios de marzo la amiga de Brigitte fue a recogerla y ahora la anciana Marceline Nzusi está con sus nietas, en Matadi.

Brigitte cuelga la ropa en el raquítico patio. En las cuerdas, se mezcla la ropa de sus hijos y los vestiditos de las tres hijas de una amiga suya: aún vive en un centro de primera acogida, donde la lavadora lleva rota desde hace meses. Una vez a la semana, trae una bolsa y un bote de detergente, para hacer la colada: quiere que sus hijas, que siempre están llorando mientras preguntan cuándo podrán tener una casa, al menos vayan limpias y huelan bien. En la pared, las petunias que le regalé a Brigitte para alegrar un poco el patio y hacer que pareciera un jardín ya se han marchitado, aunque intentan resistir. Entre una tarea doméstica y otra, más de nueve meses después de la primera vez que nos vimos, me cuenta cómo le han ido realmente las cosas y por qué accedió de inmediato a participar en el proyecto del libro. No es verdad lo que le dijo a Francesca y luego Francesca a mí. No es verdad que lo hizo porque su abogada se lo pidió. Cuando Francesca le preguntó si quería contar su historia a un escritor, inmediatamente dijo que sí. Sabiendo muy bien lo que estaba haciendo. Yo no era la primera escritora a quien conocía. Conocía a cuatro, en Matadi. Algunos tuvieron problemas debido a sus libros, eso sucede en todas partes, por supuesto. Los había perdido de vista. Papa Desoto era amigo de Constantin y paciente de su clínica. Y ella estaba orgullosa de curar sus achaques. Siempre le ha gustado la lectura, especialmente las historias del pasado, las biografías de los políticos. Su libro favorito era la vida de Kasavubu: originario del Bajo Congo, como ella, fue uno de los políticos más importantes para lograr la independencia del Congo. Un radical que predicaba la desobediencia civil y la resistencia pasiva: se convirtió en el primer presidente de la Primera República del Congo.

Luego, después del golpe de Estado de Mobutu, prácticamente se desterró a su pueblo de origen y murió joven, en 1969. Brigitte dice que fue asesinado.

¿Recuerdas un día de noviembre en que me prestaste veinte euros?, me pregunta. Te dije que los necesitaba para comprar comida a los niños. No lo recuerdo, pero si ella lo dice será cierto. Y si me hizo creer que tenía hambre, yo lo creería. O no me lo creería, pero pensaría que necesitaba ese dinero y no me preguntaría en qué iba a gastárselo. No tengo la actitud propia de un padre ni de un supervisor. Diez euros me los gasté de verdad en el mercado de la plaza Vittorio. Pero con los otros diez compré una recarga de móvil y llamé a Papa Desoto, a Matadi. Quería volver a ponerme en contacto con él. Le hablé del libro, que estabas escribiendo un libro sobre mí y conmigo. Él supo que estaba diciéndole la verdad. Tenemos que enviárselo.

Le aseguro que me acordaré de ello. El hecho de que haya presumido de mí y de nosotras con el escritor congoleño me parece como un rito de paso positivo: Brigitte está cansada de ser la presa y empieza a mirar a su alrededor con avidez. De manera que aún no se ha apagado del todo su entusiasmo cinegético por la vida.

Pero antes de la catástrofe, antes de perderlo todo, también le gustaba escribir, dice. Canciones que cantaba ella misma, la primera, en el funeral de una compañera suya de clase, cuando tenía trece años. Dice que terminó siendo una canción famosa. Me recita la letra, parece un poema. Textos teatrales, que luego llevaba al escenario también como actriz. Tiene un cedé del espectáculo. Pero no tenemos un reproductor para verlo: me limito a mirar atentamente el disco de plata y a intentar imaginarme a Brigitte, feliz mientras canta y baila en una especie de musical. Mil historias se agolpan en su cabeza. No solo la suya. Historias de otras personas, de sus antepasados belgas, de su abuela blanca casada con un negro, de sus hermanos. Tan solo tiene que escribirlas o, hasta que no domine el italiano, encontrar a alguien que lo haga por ella. Si un día tengo dinero, enviaré a alguien a Matadi para recuperar mis archivos. Los documentos, las fotografías. Podemos escribir otros diez libros, Melania.

Por eso le dijo a Francesca inmediatamente que sí. Lo primero en que pensó es algo concreto: un escritor resulta muy útil. Lo segundo, algo hermoso: un escritor nunca muere.

El sol todavía está bajo en el horizonte, en el patio han caído las sombras y el viento silba entre las rendijas de la valla. Entramos. Brigitte echa los despojos en la olla y la tapa antes de subir el fuego. Y no tengo más preguntas que hacerle, porque el libro lo he escrito después y es este. Y nos quedamos en silencio y de repente me dice que, algún día, ella y yo iremos juntas al Congo. Tienes que enseñarme los rápidos y el puente de Maréchal, el cementerio y la clínica de detrás del estadio. Y, sobre todo, la selva. Para hacerme entender cómo es un árbol de mindonga, y cómo crece la yuca, tuvo que pedirle a un campesino que trabajaba para un amigo que sacara una fotografía del campo, no está segura de que yo pueda describirlos sin haberlos visto nunca.

Me gustaría, claro, contesto. Aunque hay viajes que he hecho únicamente con las palabras y no fueron menos gratificantes. Pero antes, Brigitte, tenemos que ir al mar. Cuando estoy triste, le digo, me quedo sentada en la arena o en una roca, bajo el sol, mirando el horizonte. El infinito me calma y me transmite fuerzas. Brigitte me mira, sorprendida, porque infinito para ella solo es Dios, entonces sonrío y exclama: *Ah, les blancs...*

POST SCRIPTUM

Defiende la verdad.
Con eso basta.

B. JONSON,
Descubrimientos

Este libro está dedicado a Gervais, Chrichina, Aissy y Trifeen, para que sepan quién era y quién podrá ser su temeraria, frágil, rota y, a pesar de todo, indestructible madre.

Me habría sido imposible escribir *Estoy contigo* sin el amable apoyo de las personas que, en varias funciones y con diferentes responsabilidades, trabajan en el Centro Astalli y en el SaMiFo. A todos ellos les transmito mi agradecimiento tanto por lo que hacen como por lo que me han enseñado. Tengo la esperanza de que *Estoy contigo* recuerde, al menos un poco, el libro que, juntos, hace unos años, imaginamos.

Esta es la verdadera historia de Brigitte, tal y como ella me la contó a mí y yo os cuento a vosotros. Todas las personas que aparecen, actúan y hablan existen realmente. He cambiado sus nombres tan solo para proteger su identidad o cuando no he podido localizarlas para pedirles permiso para mencionarlas.

La política y la jurisprudencia sobre el derecho de asilo están en constante evolución y algunos trámites en vigor en 2013, cuando Brigitte presentó su solicitud, hoy en día han sido revocados o han cambiado, de manera que los porcentajes de aceptación de las solicitudes han cambiado: según los datos del Ministerio del Interior, si en 2013 se denegaron un veintinueve por ciento de las peticiones, en los primeros seis meses de 2016 fueron denegadas entre el sesenta y uno y el sesenta y ocho por ciento de las examinadas y también tienen menos posibilidades de ser aceptados los recursos de apelación. En los últimos meses, la asesoría legal del Centro Astalli se ha convertido en la meta de una peregrinación desesperada: Francesca se esfuerza en ayudar a decenas de hombres, mujeres y niños que han recibido un «denegado» a pesar de parecer contar con los requisitos para obtener la condición de refugiados o, por lo

menos, la protección subsidiaria o humanitaria. La política es tan clara como un trago de agua. Algunos países levantan barreras de alambre de espino, otros prefieren muros de papel. Ni unos ni otros frenarán la marcha de la historia.

A principios de junio, sor Anna cumplió su promesa y la Regina Mundi llamó a Brigitte. Hace el turno de noche. Ha encontrado allí a sus monjas ancianas, su uniforme blanco, las débiles quejas de las inválidas, las sonrisas inciertas en las caras erosionadas por los años, el silencio de los pasillos. Durante dos meses no ha dormido, porque mientras tanto asistía por las mañanas al curso para formarse como camarera de planta y poder, algún día, hacer las camas, limpiar los baños y ordenar las habitaciones de un gran hotel. A veces, por la tarde, se va a ver a Francesca a su despacho legal, ya no para ser tutelada. Hace de intérprete para las chicas de su país, recién llegadas a Italia, que solo hablan kikongo. Ayudó a una joven de Matadi a reencontrar a sus padres. Como a ella, a la chica la lloraron como si hubiera muerto.

Brigitte dice que soy una «persona recta». Así que, tiempo después, fuimos al mar. Aunque ninguna de las dos sabe qué nos espera, contemplamos juntas el horizonte.

Roma, septiembre de 2016

FUENTES DE LAS CITAS

Las citas de los epígrafes proceden de las siguientes obras:

E. Cioran, *La tentación de existir*, trad. de F. Savater, Taurus, 1973; *Tratados hipocráticos*, trad. de C. García Gual, et. al., Gredos, 1983; A. Zanzotto, *Vocativo*, Mondadori, 1981; W. Benjamin, *Sonette*, Project Gutenberg, trad. de Jorge Seca; G. Hajdari, *Maldiluna*, Besa, 2007; J. Brodsky, «Römische Elegien», citado a partir de la traducción italiana: *Poesie*, edición de G. Buttafava, Adelphi, 1986; P. Celan, *Obras completas*, trad. de J. L. Reina Palazón, Trotta, 1999; V. Maiakovski, «La flauta vertebral», en Elsa Triolet, *Recuerdos sobre Maiakovski y una selección de poemas*, trad. de J. Batlló, Kairós, 1970; J. L. Borges, *Obra poética 1923-1977*, Alianza, 1985; S. Penna, *Poesía*, trad. de P. L. Ávila, Visor, 1992; W. Szymborska, *Hasta aquí*, trad. de A. Murcia y G. Beltrán, Bartleby Editores, 2014; Ó. Mandelstam, *Kamen*, citado a partir de la traducción italiana: *La pietra*, edición de G. Lauretano, il Saggiatore, 2014; M. Tsvetáieva, «Nostalgia de la patria», trad. de T. Bubnova, en Tatiana Bubnova, «El falsete del tiempo: Marina Tsvetáieva», *Acta Poética*, 28 (1-2), abril-noviembre de 2007; Y. Seferis, *Mithistórima y otros poemas*, trad. de J. García Terrés et al., Orbis, 1983; G. Caproni, *El paso de Eneas (1943-1955)*, en *Antología poética (1932-1990)*, trad. de Pedro Luis Ladrón de Guevara, Huerga & Fierro, 1999; A. József, «Összes versei: 1928-1937», *Szépirodalmi Könyvkiadó*, citado a partir de la traducción italiana: *Poesie*, trad. de U. Albin, Lerici, 1979; B. Jonson, *Tymber, or Discoveries made upon men and matter...*, Biblioteca Virtual Universal, 2008.

Título de la edición original:

Io sono con te

Edición en formato digital: septiembre de 2019

© imagen de cubierta, Aida Muluneh

© de la traducción, Xavier González Rovira, 2019

© Giulio Einaudi editore s.p.a., 2016

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2019

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4089-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es